un ABUELO ROJO *y otro* ABUELO FACHA

Manifiesto contra el mito de las dos Españas

Juan Soto Ivars



un ABUELO ROJO *y otro* ABUELO FACHA

Manifiesto contra el mito de las dos Españas

Juan Soto Ivars



un

ABUELO ROJO

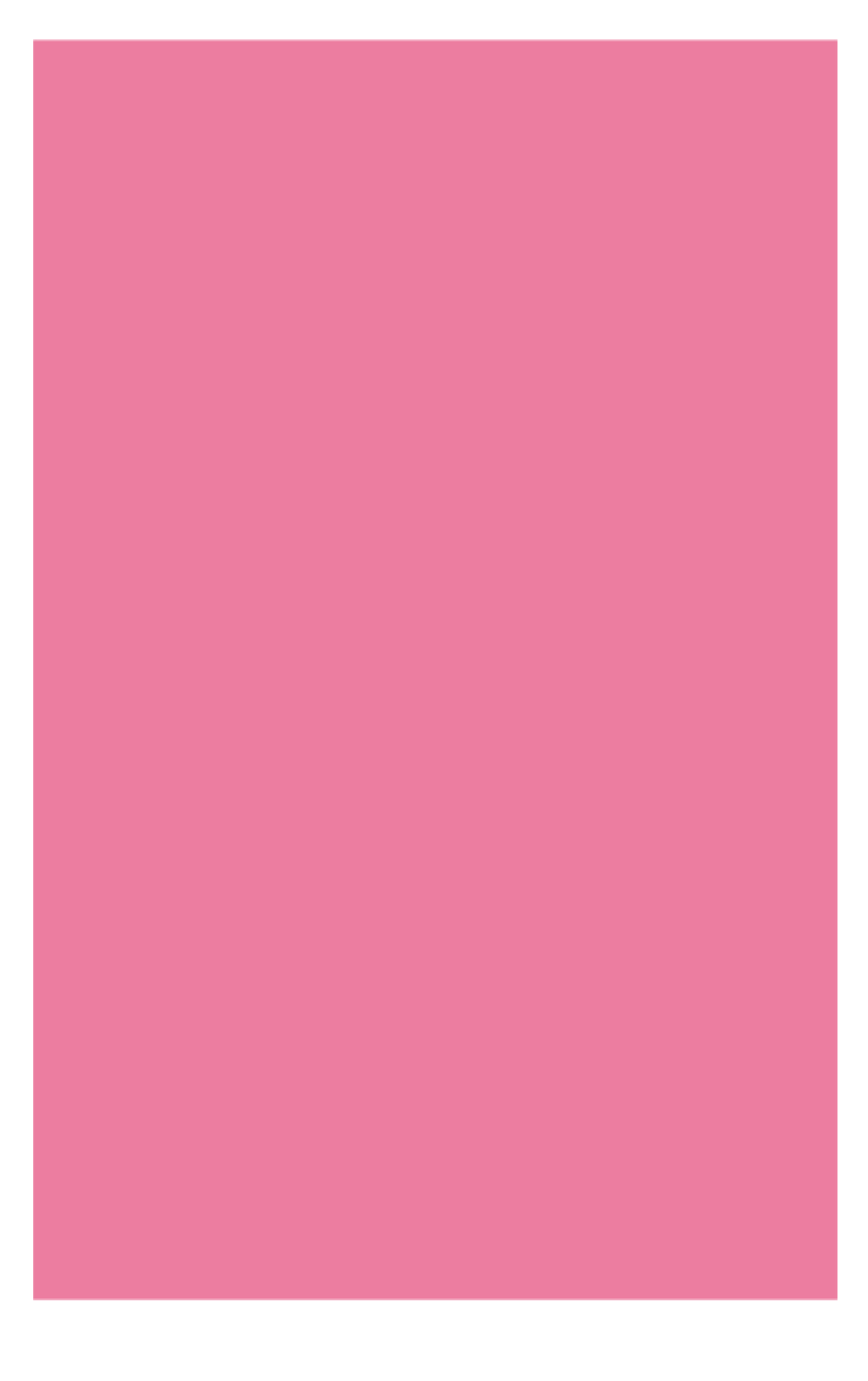
y otro

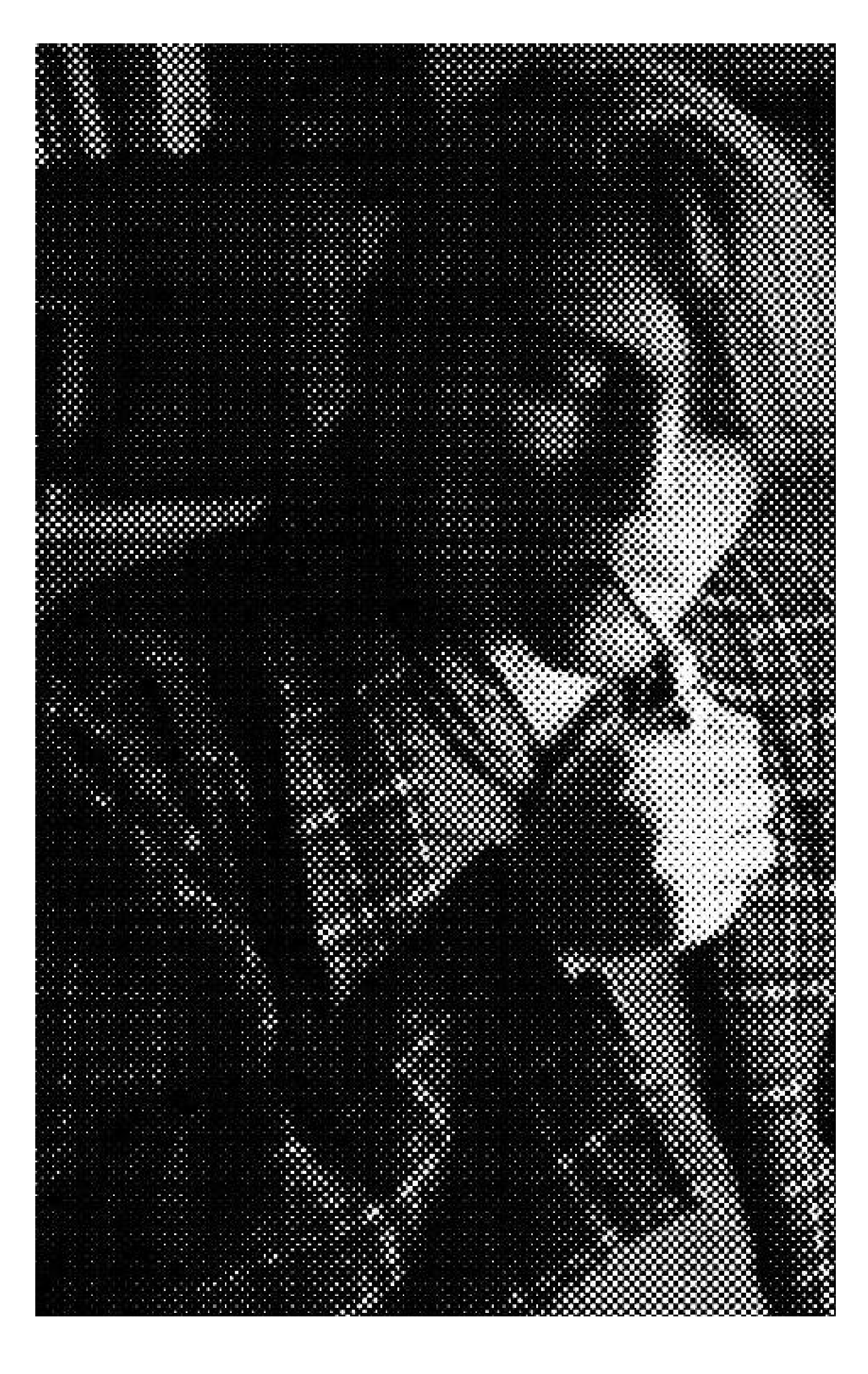
ABUELO FACHA

Manifiesto contra el mito de las dos Españas

Juan Soto Ivars







Título: Un abuelo rojo y otro abuelo facha

De esta edición:

www.circulodetiza.es

Primera edición: septiembre de 2016

Diseño gráfico: Miguel Sánchez Lindo

Impreso en España por Imprenta Kadmos

ISBN: 978-84-944340-5-1

E-ISBN: 978-84-120391-4-6

Depósito legal: M-5526-2016

un

ABUELO ROJO

y otro

ABUELO FACHA

Juan Soto Ivars

De vegades és necessari i forçós
que un home mori per un poble,
però mai no ha de morir tot un poble
per un home sol:
recorda sempre això, Sepharad.
Fes que siguin segurs els ponts del diàleg
i mira de comprendre i estimar
les raons i les parles diverses dels teus fills.
Que la pluja caigui a poc a poc en els sembrats
i l'aire passi com una estesa mà
suau i molt benigna damunt els amples camps.
Que Sepharad visqui eternament
en l'ordre i en la pau, en el treball,
en la difícil i merescuda
llibertat.

Salvador Espriu

A veces es necesario y forzoso

que un hombre muera por un pueblo,

pero jamás ha de morir todo un pueblo

por un hombre solo:

recuerda siempre esto, Sepharad.

Haz que sean seguros los puentes del diálogo

y trata de comprender y de estimar

las diversas razones y hablas de tus hijos.

Que la lluvia caiga poco a poco en los sembrados

y el aire pase como una mano extendida,

suave y muy benigna sobre los anchos campos.

Que Sepharad viva eternamente

en el orden y en la paz, en el trabajo,

en la difícil y merecida

libertad.

Traducción: José Agustín Goytisolo

Para Andrea

Manifiesto autobiográfico

i.

Dicen que mi país tiene forma de piel de toro, pero yo siempre he pensado que se parece más al pictograma que ponen en la etiqueta de los zapatos de cuero, y esas pieles no provienen del toro sino de animales peor tratados por la mitología. Si yo me empecinase en mantenerme leal a la tradición y aceptase que nuestras fronteras dibujan una piel de toro, enseguida oiría voces discrepantes: unas gruñirían que la piel es de cerdo; otras murmurarían que es un disfraz de piel de cordero, y un tercer grupo menos numeroso, pero compuesto por voces más atronadoras, exigiría que dejemos de matar animales de inmediato, aunque sea figuradamente, y nos obligaría a vivir en un país con forma de tofu.

Pero la vida es cruel. Aceptemos que mi país tiene forma de piel desollada y puesta al sol de injusticia que siempre nos alumbra, y que tuvieron que sacársela a la fuerza a algún animal que sufrió lo suyo en el proceso. Sea por culpa de ese dolor primitivo o por cualquiera de los que nos acuchillarían más tarde, mi país ha llegado al siglo xxi sembrado de asperezas. Es una piel demasiado curtida, dura y reseca, como la de unos zapatos olvidados durante años en el fondo de un armario; una piel pinchosa, sin desbastar, poblada de pelo duro y frito de torrezno; la tocamos con la memoria y nos parece una carcasa acartonada, calcificada, achicharrada, poco maleable y muy difícil de cortar. Aunque no nos han faltado buenos curtidores que intentasen dulcificarla y han sobrado poetas dispuestos a someterla con ungüentos exquisitos, la piel que es mi país todavía provoca eccemas y rojeces en muchas personas de epidermis fina.

Supongo que está claro que el país que describo se llama España y que las personas de epidermis fina no son invasores. Nadie se muestra tan a disgusto en España y en compañía de otros españoles como un español cualquiera.

Una característica de este espécimen sin parangón en el mundo viene heredada de los judíos que expulsamos hace siglos. Si uno junta a dos judíos a discutir, enseguida aparecen tres opiniones contradictorias, divergentes y virulentas. En España, el vigor que le dio al converso la dieta de tocino y algarroba provocó una mutación. Si juntamos a discutir a dos españoles contemporáneos, en lugar de tres opiniones saldrían seis, pues nunca falta quien diga ocho al oír a otro proclamar

ochenta. Las divergencias solo se multiplicarán si los que discuten son dos españoles cultos y la conversación los arroja al tema de España. Que Dios nos libre de vernos envueltos en ese combate, tan frecuente, por otra parte, que me pregunto si la piel que da forma a nuestro país no será de buey, que es el más paciente de todos los animales de la Creación.

Aquí todo son discusiones e incongruencias, y jamás hay pacto duradero. Hagamos un repaso y verá usted que, desde la laca que fija el cabello de la reina Letizia hasta las botas del albañil que le tira un piropo desde el andamio, no hay forma de llegar a un entendimiento: mi país es una monarquía constitucional donde abundan los republicanos; tiene un Parlamento que los ciudadanos renuevan constantemente en las urnas solo para quejarse a continuación de los políticos a los que acaban de dar trabajo; es un país compuesto por llanuras, gargantas, cordilleras, ríos y marismas, cabos y bahías, con tantos paisajes como opiniones; un país donde toda diferencia geográfica se alimenta desde las Diputaciones y se demuele a continuación con esta manera municipal de levantar edificios que recuerda al nacimiento de los accidentes geográficos; un país con una historia trágica de sangre, conventos en llamas y poetas muertos a balazos, que muchos consideran su leyenda santa; un país con otra historia gloriosa de imperio, galeones y oro, a la que no faltan acusaciones de genocidio; un país cuyo escudo complejo y multicultural no comprende quien va de patriota; un país cuya bandera ondea al viento del sonrojo porque la desprecian quienes más apegados están a su trozo de tierra; un país con un himno que no tiene letra y, por tanto, un país indefenso ante las abstracciones, con la épica eternamente sometida al vaivén del cinismo y la travesura. Será por este último motivo por lo que, de críos, rellenábamos la Marcha Real con lo de «Franco, Franco, que tiene el culo blanco...».

No le conozco, pero sé que usted y yo vamos a coincidir en un dato esencial: nuestro país se llama como la viuda de Francisco Umbral. Yendo un paso más lejos, podremos mantenernos en lo cordial si le digo que esta tierra tiene nombre de mujer, pero será complicado perseverar en la unanimidad si profundizamos en su apariencia, sus virtudes y sus pecados. No contaba con que la entente fuera duradera pero tampoco me preocupa: si algo bueno tiene la imprenta en comparación con el todopoderoso ciberespacio es que aquí, durante unas cuantas páginas, seré yo quien hable mientras usted se queda en silencio. El único privilegio que nos queda a los escritores de esta época es el derecho al pataleo. Es más, por el poder que me concedo a mí mismo, esto será un diálogo entre usted y yo. El acuerdo implícito que supone leer los pensamientos y las palabras de otro queda a partir

de este momento explícitamente formalizado.

Dicen que hablo mucho de España, pero lo cierto es que casi nunca me he comportado como un patriota. Uno de los momentos más patrióticos del mes en que tomo estas notas se dio hace dos días, cuando eché unas monedas en el bote de un viejo que se pudre en la calle sin jubilación. La limosna ha sido una costumbre patriótica cuando Franco vivía y lo sigue siendo ahora, porque los españoles tenemos la certeza de vivir en un país humilde de boina, vino de garrafa y agua del grifo, de manera que cuando damos dinero a un pobre parece que se lo estemos dando a España. Queda en mí, como puede verse, algún tipo de nacionalismo residual e incongruente y, de hecho, no siempre un nacionalismo a favor de España. Considero la incongruencia una virtud no desprovista de contradicciones, y por eso intento tomar desvíos y dar vueltas en la narración de mi vida y mi nacionalismo, y no me privaré de circunvalar ni una sola de las rotondas con que deformaron nuestros mapas. Conduzco así porque, de lo contrario, este acabaría siendo un libro lineal, y no hay forma más vulgar que la línea recta para dibujar las peripecias de un país.

Lo que quiero contar es mi historia personal como hijo de este país, al menos a lo largo de unas pocas páginas, y para eso he de referirme muy pronto a mis abuelos. Aquí llego al primer escollo: si es difícil definirse a uno mismo, ¿cómo definir un país? ¿Acaso no es España un país de países? ¿Qué pensarían los catalanes si me oyeran? ¿Qué dirían los canarios, los valencianos, los gallegos y los vascos? ¿Aceptaría un habitante de Triana que lo igualase a sus vecinos sevillanos del otro lado del Guadalquivir? No puedo responder a estas preguntas sin hacer antes una confesión: nací hace treinta años en Murcia, uno de los rincones —o países— más unánimemente denostados de España.

Del dialecto ancestral de los murcianos, llamado panocho, nos ha quedado un acento basto, abierto de oes que parecen aes, de íes que parecen ees, escaso de eses y con muchas papeletas para convertirse en pura gramática parda. Es un acento que te marca desde la cuna como a Tristram Shandy lo predestinaron el nombre, la nariz y el hecho de que su madre no hubiera dado cuerda al reloj en el momento de su engendramiento. Un acento feo. Yo quería ser anciano y hermoso como Manuel Astur, así que lo primero que hice cuando llegué a estudiar la carrera a Madrid fue extraviar mi fonética materna. Muchas veces me preguntan por el acento hombres y mujeres que se extrañan cuando digo algo y lo entienden como si yo hubiera nacido en Getafe. Siempre les contesto lo mismo, que me lo operé, y es verdad que implantarme los fonemas que me faltaban fue

una intervención dolorosa. Me sometí a ella por orden de Alejandro Castillo, mi profesor de Economía y Cultura Clásica en Tánger, uno de los hombres que más he admirado en mi vida y a quienes más he querido parecerme siempre. Castillo es de Córdoba, pero su fonética terminó en zona neutral. Cuando era alumno suyo, recién salido de Murcia, me dio un consejo sabio que no he podido olvidar nunca:

—Soto, si quieres ser alguien en la vida, sácate la mierda de la boca.

Gracias al acento feo, entre otras cosas, las almas sofisticadas de mi tierra están condenadas a cargar con una visión pesimista de sus particularidades regionales. Esto vacuna a los murcianos ilustres contra uno de los males que están devastando la vieja despreocupación española: el sentimiento de ofensa colectiva. Cuando Castillo insultó a mi acento, no me ofendí como hubiera hecho un gallego o un canario. Hice justo lo contrario: me saqué la mierda de la boca. Hoy todavía me parece una de las tareas más heroicas que he finalizado con éxito, porque el proceso que arranca lengua, garganta y labios del acho pijo y los deposita en el sí de las niñas es algo sobre lo que se podría escribir un libro interesantísimo. Lo escribiría yo mismo, en primera persona, si hubiera terminado Filología Hispánica.

ii.

La Filología me interesó mucho durante algún tiempo, y sospecho que no la acabé porque quien se quita el acento está condenado a cierta dispersión intelectual, como si el acomodo en la dialectología de la región materna, con lo que tiene de ensimismamiento, fuera aliado de la capacidad de concentración. De hecho, parece que perder esa ancla nos deja a merced de las corrientes y las influencias externas. Será porque saben esto por lo que los nacionalistas periféricos y centralistas quieren poner a su población en corro alrededor de las cosas propias y chillan hechos unos basiliscos ante cualquier peligro de contaminación cultural.

Cuando me instalé en Cataluña definitivamente —aunque nunca renuncio a la idea de que un día volveré a vivir en Madrid— empecé a aprender a toda prisa que este miedo a la contaminación, que yo había atribuido a los catalanes más que al resto de los españoles, estaba tan fijado en una como en otra de las partes. Me di cuenta de que yo mismo me sentía molesto en algunas situaciones donde se hablaba en catalán, como si esto me estuviera insultando de alguna forma. Tiempo después, cuando ya me había quitado los prejuicios de la cabeza y estaba empezando a disfrutar de verdad con esa lengua que yo considero española, en un periódico de Murcia me pidieron un texto sobre el catalanismo en clave de corresponsal en el extranjero. Lo que sugerí en aquel texto era que si queremos mantener España más o menos unida en contra de los deseos del nacionalismo catalán, lo que tenemos que hacer es volvernos más catalanes todos los españoles.

Por eso, en estos tiempos de lucha contra el cambio climático yo hago un alegato a favor de la contaminación. Hablar de manera distinta a los murcianos, y por tanto de manera diferente a la mía propia, me permitió tomar una distancia crítica con las cosas de mi tierra y al mismo tiempo me hizo permeable y fascinable, dos virtudes que la tradición católica relaciona directamente con el demonio. Me convertí de forma involuntaria en un imitador de modales, de costumbres y de acentos. En uno de los infinitos viajes en autobús entre Madrid y Murcia para visitar a mis padres pude comprobar hasta qué punto ya no había vuelta atrás. En esos Alsa se ha escrito buena parte de la historia de mi generación, que tenía por costumbre estudiar en la capital, bien porque su carrera preferida no existiera en sus

provincias, bien porque allí no les diera la nota, o porque hubieran convencido a sus padres con cualquiera de estas excusas para pegarse la vida padre en la ciudad más enloquecida de España.

En el Alsa de marras se me sentó al lado un chino de aspecto hermético. Vestía, según esa costumbre oriental, camiseta interior de tirantes, pantalón de pinza oscuro, calcetín blanco y zapato negro. Yo entonces sufría la caótica curiosidad de los jóvenes de provincias y solía conversar con mis compañeros de viaje para conocer un poco más de ese mundo fascinante que estaba descubriendo, así que le pregunté al chino qué tal estaba y si se dirigía a Murcia o a Albacete. Él sonrió, abrió un poco la boca, y entonces yo recibí dos impactos consecutivos: el primero, la visión de sus dientes, cuyo color abarcaba un arco cromático del verde al negro pasando por el amarillo de la cara de los Simpson; el segundo, la bocanada de fuego químico que sus palabras amables enviaron a mi nariz. Aquella boca olía peor que el desodorante del demonio —alguna variedad de Axe—, y fue una suerte que el chino solo la abriera para decirme:

—Siento, no habla espanol.

Contento de haberme librado de una conversación cordial con un pantano ambulante, me concentré en el libro que estaba leyendo pero no pude librarme del olor. Era un olor grumoso, capaz de anidar en el interior de la nariz y poner allí sus huevos de microolor, y el chino era de esas personas que duermen con la boca abierta en los autobuses. Miré por encima del asiento de delante: no era posible cambiar de sitio.

Cuando al fin llegamos a Murcia, después de cinco horas de castigo, el chino me sonrió y lo dejé pasar. Salí del autobús con los pasos temblorosos de un liquidador de Chernóbil que ha pasado demasiado tiempo sobre el reactor. Tenía que coger un bus interurbano para llegar al pueblo donde vivían mis padres, y en esas veo acercarse al chino con un amigo suyo y sentarse en los bancos de plástico naranja a esperar... ¡el mismo autobús que yo!

Ya en el nuevo bus, creí oír a los dos chinos conversando en el asiento de detrás. No quería girarme para no morir por efecto de la nube tóxica que llegaría de nuevo a mi nariz. Metí el hocico en la camiseta y me preparé para lo peor, pero entonces me di cuenta de que pasaba algo raro. ¡Yo entendía el chino! ¡Era capaz de comprender lo que decían esos dos! ¿Qué clase de enzimas me había metido ese aliento en el aparato respiratorio? Resultó que los dos chinos no habían montado en el autobús. Los que iban en el asiento de atrás eran dos

murcianos que hablaban a toda velocidad con el acento cerradísimo de la Vega Baja.

—Acho, guasah la juhta.

—¡Que no, hotia, acho, amo pah-cantarilla y luego salimah puraí!

Que mi acento materno me hubiera sonado a chino durante unos minutos no me sorprendió menos que la transformación de mi forma de hablar, que desde ese momento empecé a estudiar con atención. Si estoy con un madrileño y un gallego, voy cambiando de acento según me dirija a uno u otro. Creo que esto se debe a mi deseo irrefrenable por caer bien a los demás. Todo lo que estimula mi curiosidad se me queda pegado durante un rato hasta que viene otro hecho insólito para sustituirlo, así que cuando escribo una novela no puedo leer nada que tenga demasiada personalidad, pues mi forma de escribir es tan mutable como la de hablar.

Gracias al columnismo convertí este defecto en una profesión. Ahora, por ejemplo, me dedico a poner en limpio algunos pensamientos mientras pasan las noticias por las portadas de los periódicos: leo que en España hay dos necios que gritan vestidos de diputados; en Siria, doscientos mueren por culpa del matiz interpretativo de un libro sagrado, y todo esto el mismo día en que los científicos encuentran un planetoide nuevo en el sistema solar y le ponen un nombre como si hubieran adoptado un gato. Siempre tengo el periódico abierto en el móvil, de manera que las noticias se oyen en mi estudio como trenes de mercancías corriendo demasiado cerca de la ventana. El ruido constante de nuestra época sobreinformada puede aniquilar el criterio o hacer que desarrollemos cierta sensibilidad, cierto oído selectivo, cierta capacidad para atender a movimientos que antes pasaban inadvertidos, aunque siempre vivamos en la insatisfacción de quien oye más de lo que puede comprender, como si, al contrario de lo que me pasó en aquel autobús, de repente todo el mundo se hubiera puesto a hablar en chino. Ayer leí el artículo de un psiquiatra o neurólogo o experto donde decía que este bloqueo se debe a la saturación de nuestros sistemas neuronales bajo el bombardeo de noticias, pero también a una fuerza invisible —social— que nos obliga a opinar de todo ello sin tiempo para reflexionar. En su artículo, el simpático experto nos describía como trituradoras de información que tragan noticias y devuelven excrementos al ciberespacio.

Cuando quería ser escritor y detestaba el periodismo pensaba que el mundo de la actualidad y el de la sabiduría solo debían rozarse en una franja estrecha, como el mar y la arena. Atribuía a la palabra escritor

y a la palabra filósofo un sentido y una dignidad que estaban desapareciendo mientras yo crecía, de manera que tuve que comprarme americanas y cuadernos Moleskine y meterme en el Pepe Botella para hacer ver que leía, y tuve que escribir novelas y luchar por publicarlas y descubrir, después de lograrlo, que tampoco es que cambiara nada. Me di cuenta de que vivía la vida de los escritores para desaprender, que es el oficio del alma según cantó el poeta Eugénio de Andrade.

Digo ahora que en esa época de aspirante a escritor envidiaba a los santurrones de la cultura. Hubiera querido aprender a desconectar de todo para penetrar en la cueva de la concentración y descender, como ellos, a la profundidad de un libro sin hacer caso a las tonterías que dice Pedro Sánchez. Sin embargo, el tiempo y el oficio de columnista me han enseñado dos cosas: la primera, que los hechos de actualidad son un espejo en el que vale la pena mirarse cada mañana porque devuelve una imagen justa de uno mismo; la segunda, que muchos santurrones de la cultura, abstractos y leídos, resultan tan útiles para comprender las complejidades del mundo de hoy como poner el ojo en un caleidoscopio o escuchar los ladridos de un perro. Estos descubrimientos son, en todo caso, algo que intuí antes de que un director de periódico quisiera pagarme por escribir de las cosas que deja el día, obligándome a estar en permanente conexión con las gilipolleces de la actualidad. De hecho, siempre había escuchado con atención las opiniones de mis semejantes para hacerme una idea de cómo funcionaban sus cabezas. San Agustín dijo que para conocer a un hombre no hay que preguntarle lo que piensa sino lo que ama, pero yo estoy seguro de que muchos de nuestros vecinos aman sus propias opiniones por encima de todas las demás cosas. He visto a gente defendiendo su opinión con más perseverancia y más violencia de las que gastarían protegiendo a su familia de una jauría de negros armados y empapados en crack.

Cada opinión que hace pública un periodista, un escritor o cualquier aficionado a dejarse los pensamientos en las redes sociales nos ofrece una descripción del ánimo y las circunstancias en las que vive, pero ni un solo dato de quién es esa persona. Hay quien se pone mordaz porque está triste y nos da una sátira ácida y descarnada sobre la última declaración de la ministra de Agricultura, y quien se pone solemne y pesado hasta cuando está contento y nos suelta un sermón edificante sobre lo que hay que desayunar para evitar el estreñimiento. También están los que tratan de encontrarse a través de las propias opiniones. Los que no emiten una opinión sobre el mundo, sino que intentan opinarse a sí mismos para conocerse un poco mejor. Todas estas formas de opinar, en la España de nuestro tiempo, se han

confundido con la forma de ser, y no es raro que un tipo que estaba expresando sus pensamientos sobre tal o cual tema, al ver que le discuten, acabe zanjando la cuestión al grito nihilista de «Es Que Yo Soy Así». Es ahí donde la opinión se convierte en una escopeta con la que volarse la sesera. Si la leyenda «Es Que Yo Soy Así» figurase en las lápidas de quienes la usaron a menudo a lo largo de su vida, creo que nos sería más fácil comprender por qué avanza tan despacio nuestro viaje con destino a la civilización europea.

El mito establece que todas las opiniones son respetables, pero se trata de una mentira peligrosa de la que quiero prevenirle, querido lector, aun en el caso de que sea un insensato. Las opiniones no son respetables, y algunas son suficientemente despreciables como para arrebatar el respeto a la persona que las emite. ¿La prueba? Podemos conocer a un tipo en el trabajo, y es posible que a primera vista nos parezca toda una lumbrera. Podemos hablar con él largo rato sobre cualquier tema, ir a un bar después de trabajar, escuchar allí sus giros mentales, ponerlos a prueba con preguntas impertinentes y descubrir si es capaz de zafarse con buen humor o con la determinación de un razonador analítico. Podemos ir a su casa y conocer a su familia, podemos viajar hasta su pueblo en vacaciones, examinar sus pertenencias cuando él vaya a la cocina para traernos una cerveza. Podemos hacer todo esto, recopilar toda la información disponible sobre su personalidad, pero solo calibraremos cuánto respeto nos merece ese tipo una vez que su opinión sobre nosotros haya llegado a nuestras orejas. Si nos considera unos imbéciles o nos considera unos genios, nosotros le daremos inmediatamente la misma consideración sin que haya importado gran cosa todo lo anterior.

Esto demuestra que las opiniones de los demás son mucho más importantes de lo que parecen, lo cual será una de las tesis de este libro, con el que también intentaré convencerle a usted de que las mías son todavía más importantes que las suyas. Cuando uno trabaja a costa de su opinión, sin embargo, se vuelve cada vez más cauto y más distante y relativiza su valor. El amor propio de un columnista es proporcional a la capacidad de tragarse sus palabras. Yo, al repasar mis artículos tiempo después de haberlos publicado, me he visto más de una vez como un tipo más frío, irreflexivo, recalcitrante y superficial de lo que hubiera estado dispuesto a admitir ante algunos de los que intentaron discutir lo que yo decía. Antes dije que adoro la incongruencia y ahora usted supondrá que esta adoración es interesada: que la incongruencia de la que hablo me redime de mis meteduras de pata.

Pues ha dado en el clavo. De hecho, opino que la vida es tan larga

para que tengamos tiempo suficiente de cambiar de parecer tantas veces como sea necesario, a fin de alcanzar la jubilación convertidos en auténticas personas. ¿Será por eso que venero a mis mayores? Por eso y porque no suelen participar de internet, con lo que muchos ancianos se convierten en seres puros, como las bestias o los dioses, que diría Aristóteles. Mi abuela Pepita, por ejemplo, sigue considerando mi ordenador portátil una especie de oficina ambulante y ni se le pasa por la cabeza la cantidad de pornografía que cabe aquí.

Pero el cable de ADSL no solo conecta nuestra esfera doméstica con el puticlub interminable de la red. También nos enlaza a la verborrea callejera de todos los taxistas, fontaneros, jubilados y tertulianos de la galaxia, y tiene razón quien se queja por este motivo, pero hay una ironía deliciosa en la denuncia, y es que quien protesta por la saturación de opiniones no está haciendo otra cosa que alimentarla. A ellos, a los que están hartos de opiniones ajenas, debo recordarles que la plaga tiene también sus cosas buenas. Bastará con una fábula de tres céntimos de euro: una vaca disfrazada de persona puede dar rienda suelta a sus mugidos, y muchas veces le oiremos expresar cosas estúpidas e irritantes, pero es bueno que las palabras de una vaca la retraten como vaca. Eso sí, hablando de rumiantes hay que ser justos: hubo una vez una vaca que fue capaz de emitir opiniones más profundas que las de los hombres. Me refiero a aquella que levantó la cabeza del abrevadero y, mirando a su alrededor, caviló juiciosamente:

—Todo cuadra.

Además, ¿qué puede hacer una persona irritada contra el exceso de opiniones? Podrá cerrar las orejas con persianas, pero el mundo seguirá su camino con su cháchara constante. ¿No se blindan solas las opiniones, no se multiplican sin que nadie, ni tan siquiera un Malthus resucitado, parezca capaz de controlar su proliferación? No nos queda más remedio que aguantarnos, igual que nos aguantaron a nosotros cuando éramos adolescentes. Benditos sean nuestros padres y parientes por ese heroísmo desmesurado.

iii.

En Siberia escribí una descripción de la adolescencia de la que siempre me he sentido muy orgulloso: es la grasienta transformación del niño en adulto.

Cuando yo era uno de esos surtidores de sueño y grasa, me daba un reparo terrible esa palabra. Mi amigo José Ignacio y yo nos mandábamos cartas entre Tánger y Alcantarilla y en los sobres no escribíamos esa palabra sino, sarcásticamente, Reino Visigodo, Joseignachistán, Espina, Espuña, Pañal, Hispania, Península Ibérica, Periferia de Euskadi, Periferia de Catalunya, Espanya, Ese País. Por esa época conocí a mi primer amor que, como Andrea, era una catalana. Catalana que entonces, adolescente y menos novia por tocamiento que por correspondencia, había cambiado su nombre, Lola, por Nekane, porque ser catalana le parecía poco pudiendo fingirse vasca.

Hoy puede parecer sorprendente que una joven nacida y educada en el pujolismo como Lola fuera a buscar rebeldía al monte Gurugú teniendo la estelada tan a mano, pero recordemos que, a finales de los noventa, Madrid y Cataluña no tenían una relación tan tirante como la de hoy. Eran tiempos de abrazos cordiales en los que prevalecían las cosas que los políticos de ambos territorios han tenido siempre en común: Pujol robaba en Barcelona y en Madrid robaba un PP con la economía en manos de Rodrigo Rato.

—Soy de Tánger —dije con orgullo a los amiguetes murcianos cuando las vacaciones me obligaron a soportar su compañía en Águilas. ¡Soy de Tánger! Lo revelé con orgullo a esos chicos que veía como españolitos incultos, atrasados e ignorantes pero que eran en realidad chicos risueños, atléticos y gamberros. Quería mostrarme superior, viajado y cosmopolita, y ellos, como represalia, me apodaron Juan el Moro, mote que todavía oigo de vez en cuando en Águilas, y miro a un lado para descubrir que me saluda un hombre risueño, entrado en carnes y gamberro, que todavía me recuerda como el antisistema vascomoro y catalanofílico que fui a los dieciséis.

Euskadi era un país sin estado y a los chicos de mi época que jugábamos a ser rebeldes nos parecía un proyecto de futuro, mientras que España era imposición y absolutismo, algo tétricamente parecido

a la vida de un adolescente cuya impaciencia por crecer se estrella contra la autoridad de sus padres. Euskadi era un sueño de libertad y España el instituto donde nos obligaban a tragar las ruedas de molino de la literatura de España, los muertos putrefactos de la historia de España, las peñas secas de la geografía de España, las agujas de pino de la botánica de España, los cuernos de cabrón de la zoología de España y hasta los números primos de las matemáticas de España. En aquel imperio adolescente en el que había que recogerse por narices en cuanto se ponía el sol, vivíamos sometidos a una guardia civil paterna que daba golpes en la pared del dormitorio para que bajásemos el volumen de Kortatu. Euskadi representaba crecer. España, que nos tratasen como a unos críos.

Esta visión de mi propia adolescencia me ha impedido tomarme en serio las reivindicaciones de los nacionalistas catalanes y vascos, por los que he ido cultivando una simpatía y una comprensión de las que hablaré en otro capítulo. Vivo, amo y trabajo en Cataluña en la época equivocada. Si fuera todavía adolescente, los discursos de los políticos independentistas que comparan a España con un padre autoritario y a la República catalana con una chica guapa con ganas de salir del redil habrían ido directos a mi corazón. Para desgracia mía, a los dieciocho años se me abrió de piernas una ciudad mucho más directa y experimentada: Madrid, y enseguida me di cuenta de que estar cerca de la Corte no es como cuentan en el Parlament.

Madrid fue la libertad del DNI de adulto recién estrenado y me condujo a un reino de perversiones y de vicios con los que tampoco le abrumaré, pero, paradójicamente, esa discoteca descomunal, ese viaje al fin de la noche fue el primer peldaño de mi regreso a casa. En el alegre desorden de Madrid, de fiesta en fiesta y de resaca en resaca, siguiendo los pasos de los escritores que caminaban, creyéndose alados, hacia el abismo, me fui dando cuenta de lo equivocadas que eran las nociones sobre mis padres y sobre España que me habían dictado la intuición y la impaciencia. Si no me volví nacionalista español tras ese flechazo fue gracias a que este sentimiento me parece tan adolescente como el de los catalanes.

iv.

Dicen que el primer amor nunca se olvida y que tamiza todos los que vienen después. A mí esta afirmación siempre me ha parecido de una cursilería y un conservadurismo dignos de terminar en el diván del psicoanalista, pero si quiero ser sensato y justo tendré que aceptar que el mantra, por odioso y condicionante que sea, tiene algo de verdad.

Las frases lapidarias, como los sueños o el horóscopo, están para interpretarlas y solo adquieren sentido reflejadas en el espejo del yo. Alcantarilla es el pueblo murciano en el que me vi obligado a permanecer hasta el viaje sanador al moro. No dejó en mí más que asco y resentimiento, porque allí pasa como en tantos pueblos feos y aburridos de España: hay que comportarse de un modo discreto porque está muy mal vista la extravagancia. ¡Ay! Los atributos físicos que me repartió la diosa Biología en la etapa del estirón me condenaron precisamente a la extravagancia: orejas desplegadas, delgadez extrema, cabeza enorme, un problema del acné comparable a los efectos de la radiactividad y, para colmo, el vicio de andar con los pies torcidos hacia dentro. Mis esfuerzos por resultar normal y corriente no obtuvieron resultados satisfactorios, especialmente cuando venían precedidos de una etapa de hidrofobia que me mantuvo alejado de la ducha el tiempo suficiente como para que me llamasen Soto Pestes en la escuela. Dado que fracasé en la búsqueda de una pandilla de amigos que me permitiera pasar desapercibido, los nativos del colegio, al verme solo, decidieron que mis deformidades transitorias eran mérito suficiente para concederme el cargo de pringado, figura que siempre necesitan los niños populares para su correcta diversión. Años después encontré en Falstaff una vuelta de sentido que me hubiera ido muy bien entonces:

La gente ordinaria se ríe de mí

y se vanagloria de ello;

pero, sin mí, estos con tanta jactancia

no tendrían ni un pellizco de sal.

Soy yo quien los hace astutos.

Mi argucia crea la argucia de los otros.

Por desgracia, no solo ignoraba yo por esas fechas quién era Verdi, sino que aquellos abusones consideraban que Camela, los Backstreet Boys y las Spice Girls eran los hitos más altos de la música en la historia de la humanidad, de manera que hubiera resultado contraproducente ponerme a cantar óperas ante ellos en mi intento desesperado por ser normal. Tuve que pasar la infancia en mi habitación jugando con los muñecos y cultivando la soledad. Esta existencia de Gollum me arrastró paulatinamente al vicio de dibujar cómics que al inicio eran plagios de Star Wars y Ultraman pero se fueron haciendo más intrincados, hasta convertirse en mamotretos de trescientas páginas que cimentarían mi futura carrera literaria.

Creé mi propia editorial a los once años, MP, siglas cuyo sentido he olvidado pero que debían de significar algo como Magic Productions o Master Pieces, palabras en inglés, eso seguro, porque siempre estaba pensando en mi futura expansión internacional. Poco después inauguré mi propia revista de reseñas, donde las viñetas eran pasadas por la picadora inmisericorde de la autocrítica y me dedicaba a mí mismo elogios pero también desprecios descarnados. Vivía, pues, en la tensión creativa y con el miedo a los críticos de la cabeza, y el resto del tiempo libre consistía en torturar a mi hermano pequeño Paco, a quien secretamente culpaba de todos mis males. Mi madre y mi padre eran los únicos destinatarios de las producciones de MP. Mis primeros lectores.

Pero cuando cumplí trece años ocurrió algo que en un primer momento no supe calibrar correctamente. Empecé a notar que, en paralelo al circuito de cómics para enseñar a mamá, iba proliferando una industria similar, una suerte de underground lleno de porno donde las historias versaban sobre pajas cubanas y la seducción satisfactoria de mi primera musa onanística, una pobre chica llamada Lorena a la que pido perdón desde aquí por las innumerables fantasías húmedas a las que la arrastró mi mente enferma. En mi defensa diré que las hormonas habían levantado su estandarte de guerra y que, en cuestión de meses, ni siquiera los cómics pornográficos que dibujaba y destruía podían calmar mi necesidad de ser considerado por el sexo contrario como un homínido apto para la reproducción.

Empecé a ansiar el reconocimiento, una sed que más tarde sería la gasolina necesaria para empezar a escribir en serio. La vida en Alcantarilla se convirtió en un laberinto asfixiante pero el destino, compasivo, se apiadó del pajillero. Me mandó a Lola/Nekane y creo que tardé quince segundos en darme cuenta de que estaba enamorado.

Era rubia, pero sobre todo era catalana, es decir: Lola no pertenecía a

mi pequeño mundo aburrido y hostil. Comparada con las rubias de Alcantarilla, ella era una explosión de exotismo y desenfreno que galopaba con sus palabras bien dichas a lomos de su personalidad. Mientras las niñas de mi curso hablaban de pintarse las uñas, ella discutía de política; mientras los críos de mi clase disertaban sobre los tubos de escape de las motos, ella leía libros y los citaba de memoria; mis idolatrados abusadores comían gofres y cantaban canciones de Camela, pero Lola era vegetariana y escuchaba música estrambótica. Para colmo, llevaba tras su nombre un apellido holandés que serpenteó y martilleó durante años en mi pueblerina imaginación.

Lo más divertido que me pasó con ella queda registrado en el apéndice —por cierto, a Lola le habían extirpado el suyo y la cicatriz todavía provoca cosquilleos en mi memoria—, pero es el hecho de que fuera una chica de Barcelona lo que la ha traído sin su consentimiento a esta parte de la narración. Si la leyenda de que el primer amor tamiza todos los demás me parece una gilipollez supina, también tengo que admitir que el amor me ha arrastrado a Barcelona muchas veces, y que la última y definitiva vino precedida por el juramento de que jamás volvería a pisar esta ciudad.

Como les ha pasado a tantísimos españoles de provincias, Barcelona fue mi primer contacto con las grandes ciudades en un momento en que mi experiencia más cercana a cruzar Grand Central Station habían sido las escaleras mecánicas de El Corte Inglés de Murcia, y lo más parecido a las luces de Las Vegas, el anuncio de Movierecord que pasaban en el cine que había frente al Malecón. Cuando Lola me hablaba de Barcelona, yo ansiaba estar allí. Sin haber viajado nunca demasiado lejos, ya me consideraba un ciudadano del mundo y un extranjero en Alcantarilla. Mi municipalísima concepción del universo no fue obstáculo para que comprendiera que la gran ciudad no es una arquitectura, sino el espíritu inquieto que se refleja en los modales de los urbanitas. Había una forma de ser de pueblo y otra forma de ser de ciudad. Lola cogía el metro sola, no tenía miedo a hacer el tonto por la calle, no se quedaba mirando fijamente a la gente que vestía raro y decía sentarse en el suelo de las plazas para beber cerveza con unos amigos llamados Nil o Pau que tocaban instrumentos y que a mí me provocaban unos celos murcianos muy difíciles de soslayar. Conocerla supuso una epifanía en la que vi que todas mis rarezas tenían una explicación. Su mundo era el planeta del que yo procedía y del que me había extraviado como el cachorro de Superman. Yo era de Barcelona. Mi nacimiento al otro lado de Levante era un error que había que solucionar.

He ido comprobando más tarde que el amor nos convierte en

imitadores. Bajo la influencia lolística, dediqué mi último año en Alcantarilla a dejarme una melena que me tapase las orejas y los granos y di inicio oficial a las hostilidades adolescentes contra mis padres, que al principio solo consistieron en un bloqueo comercial a la compra de zapatos y en promover mi derecho sagrado a llevar camisetas negras. Mi lucha por alcanzar una posición de dominio cultural provocó un choque de trenes que hoy me recuerda la pugna de los diputados de Podemos con los demás grupos por la manía de ir deschaquetados y con rastas entre las corbatas de la Cámara. Si yo hubiera sido diputado de Podemos a los catorce años, seguramente me habrían visto ustedes en el periódico con mi camiseta negra de los Simpson parodiando el baile de Full Monty.

De cualquier forma, los abusones de Alcantarilla no quedaron deslumbrados por mi transformación. Mi último intento de adaptación al medio había fracasado, pero unos meses más tarde mi padre me dio la noticia de que nos íbamos a vivir a Tánger. Aunque al principio me rebelé (¡que me quería quedar en Alcantarilla, joéee!), en Tánger me esperaba una existencia dulce que me convertiría en el guay de clase. Allí iba a encontrar a mi segundo amor y, en medio de tantos éxitos, mi personalidad alcanzaría el punto más vergonzante de la metamorfosis: el odio a España, el odio a mis padres y la intoxicación ideológica por ingesta masiva de basura contracultural, combinados con el deseo cursi y afectado de convertirme en escritor.

Lola y yo nos distanciamos en cuanto se me cruzó la novia tangerina, pero el influjo de Barcelona iba a quedarse agazapado en alguna capa inferior de mi sistema linfático. Allí esperaría su momento, nutriéndose de glucosa y de alcohol, hasta convertirse en un impulso gigantesco que me lanzaría una vez y otra a Barcelona, una ciudad de la que todavía no he aprendido a ser ciudadano por más que lo intento. Pero aunque no he vuelto a ver a Lola, siempre que paso a curiosear por una manifestación indepe fantaseo con verla a lo lejos entre la gente, guapa como cuando tenía trece o catorce años, agarrada a su estelada con las dos manos en una postura tan sensual que hasta el españolista más recalcitrante se haría amigo de Carles Puigdemont.

V.

Pero cuando me voy a vivir a Tánger quedan quince años para que las porteras conozcan el nombre del sucesor de Artur Mas. Hay una niebla densa en el Estrecho. Está como una hoja recién sacada de un paquete nuevo de quinientos folios y el ferry se abre paso estilográficamente en dirección contraria a las ballenas, los delfines y las pateras. Mi padre me ha prestado un libro de Paul Bowles pero yo no leo. Nunca leo. No me gusta leer, y menos si el libro me lo da mi padre, ¡soy adolescente! ¡Y todavía soy murciano! Desde la cubierta ferruginosa oigo un ruido raro y lo tomo por un muecín en su mezquita, sin saber que es la primera nota del canto de sirena que después, durante años, ha hecho que me estrelle una vez y otra contra la misma piedra. Porque en Tánger me espera el vicio de la literatura, que en 1999 ya luce en España con el resplandor de una vela entre los exvotos.

Escribir en Madrid fue llorar en los tiempos de Larra y morir en los de Miguel Hernández. Hoy no matan a nadie por el argumento de su novela, y el llanto es una reacción demasiado intensa y liberadora que tiene poco que ver con lo que significa hacer literatura en España en el siglo xxi. Ahora la experiencia se parece más a vivir en una casa de la que vas a mudarte en un par de semanas. Llorar, lo que se dice llorar, no lloras, pero todo te estorba y te fastidia. Reconoces el sillón donde leíste a tus anchas tantas tardes de otoño, pero ahora te sientas y ya no puedes concentrarte porque te preguntas dónde lo colocarás en la casa nueva. Esta duda te lleva a otra, y te pones a seleccionar los muebles que transportarás y los que dejarás tirados, y calculas cuánto mide la pared del despacho nuevo y si casa bien con la longitud de las estanterías. Así que dejas en el sillón el librito que habías cogido con la idea de leer y lo miras como a un enemigo: pronto estará en una caja, habrá muchas cajas destinadas a ir a alguna parte. Das vueltas por tu casa que ya no es tuya como un preso en la celda los últimos días de su condena. Los ojos no miran, miden, y aunque te rodean tus posesiones favoritas parece que acechan con aires amenazadores. Todo se transforma en tiempo y peso, aprendes que todo lo que amas pesa, pero al mismo tiempo te inquieta que algo se extravíe en la mudanza. Aunque podrías disfrutar los últimos días de la casa donde fuiste feliz, hay algo dentro de ti que se ha mudado. Vives sin vivir en ti.

Intento enderezar un texto como un par de raíles por los que el

pensamiento pueda deslizarse hacia el sentido de las cosas, pero apenas agito un poco los dedos en el teclado se cuela en mi cabeza el día de mañana y esta palabra me muda, me enmudece. A mi amigo Víctor Balcells le pasa algo parecido. Tiene Víctor la elegancia de los vampiros románticos y una mirada penetrante de ajedrecista. Pasar un rato cerca de su melancolía es bueno para mi salud mental. Hablábamos de algunos autores misántropos franceses que dicen escribir sin pensar en el lector. Víctor me anima a que me deprima como ellos. Me recomienda que odie el mundo y lo desafíe, pero le digo que no pertenezco a esa cofradía: soy simple, simpático y tratable. No puedo evitar las atenciones con la prensa y los lectores, aunque me entristezca el espectáculo que estoy dando. Quisiera volverme ceñudo y borracho como Bukowski, un eremita; entender la escritura literaria como un ejercicio de consagración del yo por encima de toda esa gente despreciable, pero en cuanto llevo un rato dándole a la tecla pienso en usted y me paraliza el miedo a encontrar su buzón cerrado. Supongo que hay dos tipos de escritores: los que se creen profetas y los que envían cartas con la esperanza de que alguien se alegre al recibirlas. Yo soy de los segundos.

No soy apocalíptico, pero me pregunto cuál será el papel de la literatura en un mundo adicto a lo inmediato y con tantas formas entretenidas de estar solo. Hoy hacen el bachillerato esos chicos que llamamos nativos digitales, como si hubiéramos desembarcado en una isla remota y los hubiésemos encontrado allí; como si no fueran el producto de nuestro progreso enloquecido o la consecuencia de galopar sobre nuestras máquinas sin preguntarnos adónde nos llevaban. Estos bachilleres siguen estudiando con libros, viven obligados a la compañía del libro, pero hay quien dice que muestran menos interés por ellos que mi generación, que ya es decir. Me da entonces por ver a los protohombres del futuro como chicos y chicas mucho más evolucionados que nosotros y nuestros mayores: sacerdotes que dan misa y repican para millones de congéneres en un lenguaje vernáculo que todavía no ha encontrado su propia vertiente literaria, para un dios que no nos comprende y al que ni siquiera somos capaces de ver.

Pero no es el espíritu de los jóvenes lo que ha cambiado, sino la época en la que les toca crecer y madurar. Andrea nos dijo ayer a Víctor y a mí que había preguntado a sus alumnos de bachillerato si les gustaba la literatura, y que los chicos se habían convertido en un coro contundente y unánime para responder que no. Es natural: a ellos los fuerzan a aprender nombres de escritores y corrientes literarias con el método del profesor de gimnasia que te obliga a correr en torno a la pista de fútbol bajo el sol. Lo que me preocupa no es la unanimidad

del «no», sino que nuestro tiempo, que ya es el tiempo de ellos, va a ser un enemigo feroz de la concentración.

Esto nos afecta a todos. Entre mis amigos escritores son multitud los que abandonan temporalmente sus perfiles de Facebook para leer a gusto. Profundizar más allá de la corteza de un ensayo o una novela hasta alcanzar la gloria cálida de su tuétano es más difícil ahora que hace veinte años. No digo nada nuevo, sé que antes que yo lo dijeron otros: al libro le fueron apareciendo enemigos en las ondas de radio y los rayos catódicos de la televisión. No ha habido una sola camada de escritores que no se quejara de que el pueblo lee muy poco y hasta del apocalipsis de la cultura, que es nuestra forma de patalear contra nuestro voto obligatorio de pobreza. En la vanidad de los escritores siempre está el hecho de creerse una raza extinta (ex-tinta), un fin de raza, dicho con la voz engolada de Michi Panero en El desencanto.

Pero, sin pronosticar la muerte de la lectura de libros, aceptaremos esto: ahora el enemigo es más letal que el peor monstruo imaginado por McLuhan. ¿Cuántas veces ha mirado usted Facebook, Twitter, Gmail o WhatsApp desde que empezó a leer estas pocas páginas? Dese un azote y una ducha fría por cada una. No, no lo haga. Usted no tiene la culpa, ¡si supiera cuántas veces lo he hecho yo desde que empecé a escribir todo esto! Internet no es un medio, es un órgano. Una parte de nosotros mismos. No es una ventana que se abre y se cierra como la televisión, sino que se parece más a una lentilla que nos pusimos un día y ahora ya no podemos arrancar de nuestros ojos. Le hemos entregado una parte sustancial de nuestra identidad, y desde ahí hay algo nuestro que nos llama y nos interrumpe en la lectura, en el paseo, en el amor. Un amigo mío me dijo que tenía un problema: el deseo de mirar las actualizaciones del móvil le provocaba gatillazos durante el coito. Si a algunos las redes les interrumpen el sexo, ¿qué será de la lectura? Los informes de las instituciones que velan el cadáver de la lengua culta coinciden en que en los últimos diez años hemos alcanzado un punto extremo de deslectura, que es una clase de deslealtad hacia nosotros mismos. Y todavía no sabemos muy bien a qué le estamos profesando fidelidad. Si internet es un nuevo dios, está claro que no es un dios antropomorfo. Si desea rehacernos a su imagen y semejanza, antes tendrá que destruir lo que hemos sido.

Los editores sienten que el Cthulhu ha empezado por ellos y repiten en petit comité algo que no se atreven a decir en público: en toda España no quedan más de cinco o diez mil lectores de verdad. ¿Y qué es un lector? ¿Usted me lo pregunta? No su tía Marisa, que lee tres o cuatro libros al año, sino quien siente un interés morboso por las novedades literarias y querría perseguir a sus escritores favoritos, como en

Misery, pero sublima la manía y se contenta con lanzarse con avidez sobre su última novela. Sobre los huesos de lectores así, y no sobre los de escritores brillantes, está construida la historia de la literatura. Han sido ellos, ustedes, quienes ordenaron a los autores en las estanterías de la tradición y descartaron a los mediocres, quienes construyeron el edificio de las bibliotecas con su ejercicio de lectura silenciosa o académica, para que la siguiente remesa de lectores pudiera seleccionar sus presas en el coto de la Literatura Universal.

Tal y como he planteado el capítulo, uno diría que, si esta clase de lector fuera un animal con las orejas puntiagudas y cubierto de pelo naranja, los ecologistas nos advertirían de que se encuentra en peligro de extinción. Pero si vuelvo a mirar a los adolescentes de hoy, a esos que supuestamente no leen, a los de la pantallita, como dicen despectivamente los escritores insatisfechos con sus ventas, estoy obligado a ser honesto y reconducir el asunto hacia el lado opuesto.

Hace seis meses, una chica de dieciséis años ganó un concurso de poesía al que concurrían aspirantes de todas las edades y de todos los países de Latinoamérica. Dieciséis años, como los que yo tenía cuando empecé a escribir, antes de que la raza de los youtubers hubiera aterrizado en la Tierra desde su galaxia incomprensible.

Creerse fin de raza, este síndrome de músico de la orquesta del Titanic, no es más que una muestra de vanidad. Ni siquiera tenemos esa gloria decadente asegurada.

vi.

Francisco Brines describió la inquietud de escribir en unos versos que seguramente hablaban de otra cosa: «Y besar, con los labios del niño rescatado, / este mundo tan viejo, / que hoy no alcanzo a saber / por qué, si el amor no se ha muerto, / me quiere abandonar». Fue el primer escritor de verdad que se parapetó tras un atril para que yo lo escuchase.

Tengo dieciséis años, como la poeta que ha ganado el premio. En este momento, ella acaba de nacer y yo soy un adolescente con camiseta negra que empieza a robar horas al estudio para leer y escribir. El salón de actos del Severo Ochoa de Tánger es un hervidero hormonal que huele a calcetines y a vestuario de polideportivo, no existe WhatsApp pero nos lanzamos mensajes escritos en papeles los unos a los otros, tengo a mi lado a mi novia Fanny y ella exige toda mi atención y ensortija los dedos entre mis greñas. Magia, porque todo lo que pienso está debajo de su ropa y no deseo otra cosa que deslizar un dedo bajo el tirante de su camiseta, que la adolescencia es un hambre de piel ajena mientras la propia se intoxica con granos rojos y repugnantes.

Cuando el viejo poeta sube los peldaños del cadalso ya estamos haciendo bromas sobre él. Nos reímos porque lleva un traje marrón que nos recuerda al del profe de geografía, porque nos saluda hablando muy bajito y el micrófono se acopla y pita como las alarmas de nuestras braguetas, porque es calvo y tiene la cabeza gorda, pero sobre todo nos reímos porque ahora se va a poner a leer poemas, y nuestra timidez escandalosa, que es una ruborescencia púber, nos obliga a presentar batalla de carcajadas contra su intimidad.

Pero Pilar es una centinela. Mi profesora de literatura murió, pero ahora puedo ver su cabeza como un casco que se levanta y desfila hasta el estrado. Desde ahí arriba nos impone el pavor de ser descubiertos en nuestra inanidad, su mirada severa silencia los conatos de rebeldía y de chanza. «Paco Brines es el poeta más importante de su generación», nos confiesa, a un tiempo cómplice e imperativa. Así que por un instante dejaré de meterle mano a Fanny y le echaré un vistazo al viejo con otros ojos. Él romperá a recitar sus versos y se sacará de la boca palabras enteras, sin morder, sin saliva, puras y grandes. Juan Carlos Suñén me dará años después la

definición de poesía más precisa que he oído: poner palabras donde el lenguaje no había logrado hacerlo por sí mismo. Las de Brines, esa mañana de instituto, son armas que apuntan al lugar donde se fragua mi porvenir. Al poco tiempo aplaudimos cada estrofa como focas ante el cubo de pescado. Brines no se lo puede creer, pero es cierto: el auditorio ha cambiado de bando y ahora está de su parte. Los que marchaban a la Bastilla a guillotinar la cabeza del rey se han hecho monárquicos de repente al trasponer la puerta de su dormitorio.

Concluido el recital, corro a mi casa. Escribo un poema a toda prisa en un papel amarillo y vuelvo al instituto galopando. Encuentro a Brines en la sala de profesores y con toda la valentía del mundo se lo doy. Él lo lee muy rápido, de un vistazo. Su voz suena amarga cuando me recomienda que lea más, pero la encuentro muy dulce cuando me anima a seguir escribiendo para pulir mis errores de juventud. Aunque la vanidad ya rige mi destino, recuerdo cierta tristeza en sus palabras. Ataviado con mi camiseta negra de Marilyn Manson pienso que lo decepciona mi poema mediocre, pero hoy, cuando ya conozco el mundo que nos abandona aunque el amor no se haya muerto, sospecho la auténtica razón de su abatimiento: Francisco Brines sabe que ha envenenado a un joven inocente con el virus de la escritura.

Será a partir de ese día cuando la palabra escritor se separe de las otras en mi diccionario cerebral y se eleve como la carroza de Medea, de la que, por cierto, tiraba una jauría de serpientes voladoras. Ocupará el lugar antagónico de la palabra España, proscrita y entumecida, y con el espejismo en las retinas marcharé a Madrid, no con el plan de ser periodista como les he asegurado a mis padres, sino para abrirme camino en los corrillos del café Gijón capitalino, cuyos parroquianos ya no visten chaqueta con lamparones ni soplan el café con leche, sino que han pasado del modernismo a lo moderno y de Recoletos a Malasaña. Loco por aparecer, por que me vean, por que me lean, por ser el centro de la fiesta, me lanzaré tras ellos por las cloacas de la noche. Querré caminar por la estela de mis contemporáneos como un imitador de Jesús marchando sobre las aguas. Durante el día, José María Calleja trata de despertarnos el interés en las aulas de Periodismo, pero no le hago caso y escribo. Empiezo muchas novelas y termino un par, condenadas a conocer las profundidades de la papelera. Por las noches me veréis merodear alrededor de los escritores madrileños, con sus copas en vaso de tubo, por las tardes los otearé en las presentaciones de libros tratando de discernir entre humanos y editores. A los últimos los veré como criaturas mitológicas, deidades proveedoras de la gloria, la ruina y una clase de indiferencia digna de la de Barbara Stanwyck en Perdición. Todavía no conozco el significado de la palabra

distribuidora, ni lo vital que es el Excel para este negocio que yo imagino tan elevado. No he oído hablar sobre los cinco o diez mil lectores reales que quedan en pie en España, país cuyos misterios ni siquiera se acercan a interesarme.

El proceso de aprendizaje de un escritor es divertido y humillante, porque los chicos tardan más años en formarse de lo que les gustaría. A lo largo del camino nos vencen las prisas: mire, por ejemplo, a ese muchacho que escribe en su cuaderno a la vista de todos en el bar, sosteniéndose la frente con la palma de una mano, con el codo apoyado en el papel. Creo que tiene veinte recién cumplidos y está escribiendo una novela, ¡una novela! Estamos a viernes, ¿verdad? Pues el lunes, tras un fin de semana desenfrenado, el chico despertó a las dos de la tarde sobrecargado de arrepentimiento. La ventana de su habitación de piso compartido filtraba la luz cadavérica del patio de luces, por el que subía el cacareo de dos vecinas y un olor a legumbres y coles hervidas. ¿Por qué los llaman patios de luces si solo se filtra un resplandor enmohecido y pálido? ¡Deberían llamarlos patios de ruidos o patios de pestes! El chico dedicó sus primeros pensamientos al sentimiento de culpa por no escribir suficiente y salir demasiado de fiesta, pero aun así le costó mucho trabajo decidirse a salir de la cama.

Antes de quitarse el pijama ya se había propuesto quedarse encerrado hasta terminar el quinto capítulo de su novela. Se levantó tiritando y encendió su ordenador. Para cuando se activó el procesador de textos, el chico había decidido abandonar el quinto capítulo y empezar otra vez el cuarto. Poseído por una extraña fuerza que encorvaba su espalda y lanzaba impulsos espasmódicos a sus dedos, tuvo el nuevo capítulo escrito solo dos horas después. Entonces releyó lo que había hecho mientras las tripas del ordenador emitían ruidos mecánicos, como si les costase digerir todo aquello. Su parrafada no tenía ninguna relación estilística ni temática con los tres primeros capítulos. Era pura inspiración, sin orden ni concierto, pero qué bonito quedaba. Tendría que empezar, pues, otra vez desde el principio. Y sin embargo dudaba: ¿cómo había alcanzado ese estado de gracia que le permitió escribir tantas páginas sin pensar en nada, sin parar a preguntarse dónde iba la metáfora y dónde el adjetivo? Sospechó que un ángel había estado con él, antes de irse volando por la ventana y escabullirse por el patio de ruidos.

Pero hay que seguir de cualquier forma, se siente furioso y amenazado como un personaje de Don Carpenter. Presiente que todos los demás lo adelantarán pronto, conoce a otros escritores principiantes como él y teme que lo avisen en cualquier momento, tan contentos, de que ya han terminado sus libros. No podría superar el golpe de que otro

consiga la celebridad antes que él. Todos los escritores noveles tienen la aspiración de ser hijos únicos, y él está tan preocupado por terminar una novela que hace bastante tiempo que no lee. Cuando coge un libro, lo primero que hace es calcular la edad a la que su autor publicó su ópera prima. Ahora va a su estantería con el propósito de torturarse: Rilke se hizo famoso siendo un crío, Mary Shelley publicó Frankenstein con veintiún años, con veintitrés Scott Fitzgerald ya había publicado A este lado del paraíso, Hemingway se estrenó a los veinticinco, a misma edad con la que Goethe publicó su Werther, y no hay que irse tan lejos en la línea del tiempo: Bret Easton Ellis dio la campanada con American Psycho a los veintisiete años, pero había publicado su primer libro a los veintiuno. Con veintiuno, es decir, el año próximo, el chico no solo habrá terminado su novela, sino que esta lo consagrará, quedará ganadora o finalista del Premio Herralde, será celebrada por la generación de moda, por sus adversarios y por un estupefacto Javier Marías. Se van a enterar de quién es él. Así que ahora está en el bar, donde lo miramos y nos llena de ternura porque toma notas a la vista de todos, y de vez en cuando levanta los ojos para comprobar que lo estamos mirando, que lo esperamos. Quiere que mañana seamos sus lectores.

Escenas como esta se repiten, con ligeras variaciones, en un buen montón de novelas protagonizadas por escritores. La tradición marca comienzos duros que tienen su recompensa al pasar los años y exhibe a los triunfales genios juveniles para espolear a los que solo conseguirán cierto predicamento a base de trabajo, prueba y error. Pero la teoría ha caducado. Demasiadas cosas han cambiado radicalmente. Durante mis años de formación, el progreso humano estaba descalabrando los libros y a los escritores por las escaleras, sin ningún disimulo si observamos lo ocurrido en España. Para cuando mi generación consiguió ponerse guapa para la fiesta y se encaminó al parnasillo literario, encontró allí demasiados invitados, demasiado ruido y muy poco de beber.

En Madrid conocí a Alberto Olmos, el primer escritor de verdad con quien hice amistad, y él, cuando le iba con mis penas de autor genial sin novelas publicadas, siempre me prevenía de que sacar un libro ya no era para tanto. No le creía porque el escritor inédito se aferra con reverencia a sus ilusiones, y además Alberto siempre estaba un poco amargado, resfriado y taciturno. A la búsqueda, siempre a la búsqueda, al año me hice amigo de Ignacio Merino. Él necesitaba compañía y yo necesitaba ánimos, así que hicimos un pacto y Merino me aceptó como aprendiz. El viejo lobo de la novela histórica vivía como un rey vendiendo sus libros y tenía una fe desmesurada en que este mundo sobreviviría a todas sus enfermedades. Cuando yo estaba a

punto de tirar la toalla, él me animó a seguir escribiendo y me hizo prometerle que lucharía hasta que alguien publicase Siberia. Paralelamente, tiró de sus contactos para que yo empezara a ganar algún dinero publicando artículos en la revista Tiempo, donde iba a conocer al hombre que dignificaría mi idea adolescente de la profesión periodística: Luis Algorri.

Hice buenos amigos entre los aspirantes a escritores de Madrid. Alejandro García Ingrisano es un tipo con tanto talento para contar historias que abandonó la escritura y se hizo empresario; Juan Gómez Bárcena se convertiría en el mejor novelista de mi generación con su segundo libro, El cielo de Lima, aunque se tiene que ganar el pan sin gluten dando clases; Guillermo Aguirre, sin duda el genio vivo entre nosotros, y un hombre que aparenta más años de los que tiene en la prosa y en la cara, vive detrás del mostrador de una escuela; o Manuel Astur, que después de mucho complicar la vida de su mejor amigo con los lamentos propios de un autor inédito, se ha convertido por fin en una de las mejores plumas con el ensayo sentimental Seré un anciano hermoso en un gran país. La cuestión es que, mientras nosotros nos formábamos en la bohemia, pasaba el tiempo con esa rapidez que gasta cuando un idealista corre en la dirección equivocada.

Todos recibimos las primeras noticias de la crisis económica mundial sin asustarnos demasiado: a mí acababan de darme trabajo en la empresa de publicidad online donde trabajaba Olmos, este había ganado un premio y Merino vendía proyectos muy lucrativos a editoriales, revistas y hasta a una bodega de vinos. Sin embargo, el suelo desaparecía bajo nuestros pies sin que nos diéramos cuenta. En unos pocos meses, las editoriales más respetables se levantaron las faldas para enseñar sus agujeros financieros y supimos que no los había taladrado la crisis, sino los gusanos de una burbuja empresarial que las devoraba desde dentro. Consecuencia: los anticipos en concepto de derechos de autor disminuyeron como el contenido de una botella de whisky en manos de un alcohólico. En paralelo, los grandes periódicos expulsaban a buena parte de sus trabajadores como aviones a los que se les incendia un motor y han de desprenderse del peso prescindible, de manera que las secciones de cultura adelgazaron como si hubieran enfermado de anorexia. Los suplementos de libros se deshojaron, en parte por la caída de ventas pero también porque el público ya no se fiaba de una caterva de críticos que anunciaba cualquier folletín como el acontecimiento literario del año. Y así fue como los trabajos del ramo literario adaptaron sus salarios a los tiempos de la miseria. Hoy son legión famélica los periodistas culturales y los escritores que no cobran o que ven apenas cuatro duros por su trabajo. No solo íbamos a descubrir que el optimismo de

Merino estaba injustificado: es que además el pesimista Olmos se había quedado muy corto.

Todavía hay quien se hace una pregunta ridícula mientras pide limosna vendiendo libros: el problema de este sector ¿es la economía? Diré que no a mendigos y curiosos. Durante los primeros metros de la caída hubo quien se consolaba pensando que la causa de que los editores ya no vendieran libros era la pobreza, como si los españoles fueran personas con muchas ganas de leer pero sin pasta suficiente para ir a la librería. Otros auguraban que las aguas volverían a su cauce tarde o temprano, como si la lectura de novedades fuera una necesidad del pueblo y alguna vez se hubieran leído todos los libros que se compraban. Un tercer grupo se preocupaba de que el e-book desatara una ola de piratería como la que había devorado a las discográficas y reivindicaba no sé qué rollos del olor a tinta de los libros de toda la vida, de nuevo como si el problema tuviera causa pecuniaria y no de escasez de otra riqueza mucho más trascendental para el lector: el tiempo. Pero la crisis mundial iba a mostrarse como la comparsa de nuestra tragedia literaria. La expansión enloquecida del entretenimiento gratis por internet y la popularización de los teléfonos inteligentes y conectados en red tenían asignado el papel protagonista.

Hubo quien perdió la esperanza cuando se percató de que la gente ya no lee libros en el metro, sino que se alumbra la cara con el móvil. Cuando Merino tuvo que dedicarse con todas sus fuerzas a la supervivencia, que es el más arcano de los secretos de los escritores, el verdadero rostro de la ruina libresca se perfilaba ya con los trazos claros y contundentes de una escultura de Miguel Ángel: hay demasiados escritores, muchos nefastos, publicando demasiados libros que son jaleados por algunas voces de la prensa y leídos por muy pocos pares de ojos. Pude saborear el clima de desconcierto que se ha instalado entre los lectores más avizores cuando di un curso a aspirantes de escritor y estos me confesaron que no habían leído a Alberto Olmos, Elvira Navarro, Manuel Vilas, Sara Mesa ni Andrés Barba. ¡Apenas conocían la existencia de cinco de los autores más brillantes del momento unos chicos que querían convertirse en escritores!

Pero las constantes vitales de la literatura española siguen interrumpiéndose a medida que nos alejamos de la librería y nos aproximamos a la universidad, que se demuestra una y otra vez inútil para separar lo bueno de lo malo y pescar del torrente caótico de novedades los libros que deberían pasar a formar parte del canon, de la historia. Desorientados y muy posiblemente tan decepcionados

como el resto de los lectores, la mayoría de los doctorandos se refugian a investigar a los clásicos, exploran el exotismo de los autores extranjeros o se fingen fascinados por movimientos pseudoliterarios, como el que en España llamamos posmodernidad, compuesto por libros y autores tan áridos que no sobrevivirían ni quince minutos en manos de un lector que busque claridad o evasión de las cosas mezquinas de su vida. Unos estudios de literatura avanzados como los de Norteamérica, Francia, Alemania o Inglaterra parecen incompatibles con los paraninfos rancios y miopes de la universidad española.

Y en cuanto a usted, qué puedo decir. Usted ha tragado ya tanta basura por culpa de su necesidad de seguir leyendo que se ha vuelto desconfiado y rencoroso. No perdona al autor que lo decepciona a no ser que le tenga mucho cariño, lo cual es muy comprensible. Comprar un libro y leerlo consume mucho más tiempo que ver una película y hasta una serie de siete temporadas. Lo saben muy bien los escritores consagrados, que en los tiempos de la tele con dos canales encontraron una paciencia y una confianza suficientes para permitirse algunos bodrios a lo largo de su trayectoria. Pero también ellos se han dado cuenta de que, después de tanto tiempo, los lee mucha menos gente que antes. Su influencia ha disminuido en un ambiente cultural que se decanta por la gastronomía pija, la moda pijísima o la parafernalia más pija todavía de eventos como ARCO. Algunos, antes vacas sagradas, han protagonizado caídas tan aparatosas que casi resultan cómicas, de manera que los supervivientes temen perder su lugar de dominio cultural y se muestran reacios a leer y promocionar a los autores nuevos, en quienes no ven novatos inocentes sino rivales arribistas.

De manera que a los autores de mi generación solo les queda fantasear con abrirse camino hasta el circuito de las traducciones internacionales, forma en que se manifiesta para nosotros esa emigración forzosa que ha lanzado a tantos jóvenes españoles a países con unas condiciones laborales más dignas. Sin embargo, cuando la novela de un compañero salta a otro idioma no siempre se alegran sinceramente los que siguen publicando en castellano. Sin un horizonte de progreso a la vista, los egos engordan y las personas adelgazan, y por todas estas cosas, después de convertirme en escritor, la palabra que había sido casi sagrada para mí perdió toda la dignidad que tuvo en los tiempos de camisetas negras, con Pilar y Francisco Brines.

Y sin embargo, ¡qué satisfacción provoca escribir una novela!

vii.

Si todos los españoles nos reclinásemos al mismo tiempo en el diván de un psicoanalista para buscar en nuestra mente colectiva el origen de nuestros complejos, la primera conclusión que yo extraería es que algún chalado está construyendo divanes de proporciones exageradas. Mucho más grandes, en cualquier caso, que el que tenía en su despacho Sigmund Freud, que según Billy Wilder era de un tamaño más bien liliputiense. Antes de ser cineasta, Wilder fue joven y periodista, y movido por estas dos fuerzas demoníacas quiso entrevistar al padre del psicoanálisis. Armándose de valor y convencido de ser una criatura con encanto de sobra para seducir a un forense onírico, llamó al timbre de Freud y compuso su sonrisa más radiante. Cuando se abrió la puerta vio ante sí a un viejo barbudo que le preguntaba por qué diablos lo estaba molestando. Le dijo que quería hacerle una entrevista, ensanchó su sonrisa y, cuando estaba a punto de soltar su fórmula de cortesía más galante, recibió un portazo en las narices. Todo lo que había logrado vislumbrar de Freud, aparte de sus barbas y su cara de vinagre, fue el célebre diván originario, el padre de todos los divanes, que Wilder seguiría describiendo muchos años después como un mueble decepcionante. Tras un fracaso de esta categoría cualquier otro periodista se habría marchado a casa para ahogar las penas en barbitúricos, pero Wilder ya tenía entonces el poder de condensar personajes enteros en una sola frase. Lo que diría sobre Freud es que había construido la teoría psicoanalítica usando como materia prima los sueños de gente enana.

Algo tenemos en común con Billy Wilder los españoles y es nuestra capacidad sorprendente de sacar petróleo del infortunio.

Siempre me he preguntado por qué usted y yo nos recreamos en los males de España en lugar de buscarles solución. Quemamos lamentándonos la misma energía que gastan los extranjeros en presumir de los logros de sus atletas olímpicos. Algo he viajado, algo he leído, y no he visto otro país cuyos pensadores hayan vertido tanta tinta y llevado a rastras sus neuronas durante tantos kilómetros de papel en una misión tan poco constructiva como describir de la forma más devastadora posible la personalidad de sus compatriotas. De hecho, creo que si un Pérez-Reverte de New Hampshire, pongo por ejemplo, escribiera alegremente un ensayo sobre la obesidad mórbida y la estupidez del norteamericano medio, la Asociación Nacional del

Rifle, varias cofradías baptistas y no pocos congresistas demócratas se echarían a la calle con antorchas y horcas para pedirle explicaciones. Los españoles, por el contrario, disponemos de una versión propia del patriotismo que se basa en la contemplación morbosa de nuestra fealdad. Sin darnos cuenta, cuando nos quejamos de lo mal que va España empleamos una técnica de escapismo muy sofisticada que nos permite estar al mismo tiempo dentro y fuera de la caja fuerte que tiramos al mar.

Donde los italianos tiran del tanto l'Italia è cosí nosotros nos vamos a una fórmula mucho menos concreta: Spain is different, que sirve tanto para justificar nuestro atraso como para presumir de lo bien que nos queda la tortilla de patatas. ¿Qué significa? ¿En qué se diferencia? Y si es diferente, ¿a qué se parece? El sentido de España se pierde en las tinieblas de la vaguedad y en su búsqueda nunca llegamos a ninguna parte. Uno puede hacer un viaje hasta los confines más remotos del planeta y no encontrará un solo pueblo que pase tantas horas al día palpándose los michelines ante el espejo sin decidirse a empezar con la dieta y el deporte. ¿Qué es un español?, se pregunta el vecino del 4.º A con la cara apoyada en el cristal de la ventana. De la ventana de enfrente no llega una respuesta, sino otra pregunta: ¿qué no es un español? Solo hay que abrir cualquier mañana los periódicos para encontrar más: ¿los catalanes son españoles? ¿Qué partido político es más español? ¿Son los andaluces más españoles que los catalanes? ¿Es un andaluz en Cataluña más español que otro que vive en Sevilla? ¿Es español Picasso? Y así, perdidos en un laberinto de preguntas elementales, después de cinco siglos de historia ni siquiera tenemos del todo claro si haber nacido aquí es más condena o bendición.

Los franceses saben que son franceses y punto, por eso se dedican a escribir libros deprimentes, recordar el olor del té y las magdalenas, guillotinar gente, embotellar vino, venderlo como si fuera el mejor del mundo y volcarnos los camiones de fruta. Los ingleses saben que son ingleses y punto, así que han tenido tiempo para colonizar medio planeta, azotar hindúes con varas de verdillo, construir buenos buques, inventar el pop, beber ginebra, cultivar el ingenio, espigar la ironía y aún les queda tiempo para buscar en nuestras cunetas el esqueleto de Lorca mientras se achicharran al sol. Los alemanes saben que son alemanes y punto, y como ser alemán es sinónimo de ser eficiente han construido la democracia liberal más eficiente, el fascismo más eficiente, el totalitarismo comunista más eficiente, el federalismo más eficiente, las lavadoras y los coches más eficientes y hasta las salchichas más eficientes. De hecho, cuando las corrientes filosóficas de la época (es decir: el hambre) han llevado a los alemanes a hacerse la misma pregunta que nos hacemos siempre los españoles,

se han puesto a la tarea de responder con una meticulosidad tan temible que por poco no lo contamos en el resto de Europa. ¿Y qué decir de los norteamericanos, tan jóvenes, guapos y seguros de que ser norteamericano no es otra cosa que molar mucho y enseñar a los demás a imitarte? ¿Y de los rusos, suficientemente orgullosos como para que su presidente aparezca luciendo pectorales en los periódicos de medio mundo sin sonrojar demasiado a la mayor parte de sus vasallos?

Pero nosotros vagamos desorientados porque medimos España en función del número de pérdidas y no en el de conquistas. Siempre nos salen las cuentas a pagar, como si nuestro país no solo tuviera una deuda económica sino también existencial. Los herederos de los Reyes Católicos malograron las colonias americanas y así perdimos nuestro imperio glorioso. Cuba y Filipinas se independizaron y perdimos nuestro imperio moral. El Sáhara se escapó sin mediar un tiro y así perdimos nuestro imperio residual. Y luego murió Franco, y los cuarenta años de cuentos con los que habían enseñado a nuestros padres que España era un gran país se cubrieron de incredulidad. La verdad cruda sobre nuestra historia nos arrebató el último imperio que nos quedaba: la fantasía. Ahora hay quien echa un vistazo a nuestro pasado y aparta la vista con sentimiento de culpa.

¿Paraliza a los norteamericanos la responsabilidad de que sus tatarabuelos mataran a tiros a todas las naciones indias desde Alaska a Nuevo México? Pues generan el mito de Acción de Gracias, colocan a los indios supervivientes en reservas junto a sus lugares sagrados, y a celebrar las figuras individualistas y aventureras del cowboy y el pionero. ¿Sienten pesar los franceses por haber declarado la guerra al mundo en tiempos de Napoleón? Pues entérense ustedes de que Bonaparte fue el mayor héroe militar de todos los tiempos y de que llevaba consigo los principios morales de la Revolución Francesa, así que quien no los adoptó, tonto que fue. ¿Avergüenza a los ingleses haber sido la tiranía más longeva y expoliadora del mundo moderno? Pues déjenme decirles a sus señorías que además somos la democracia parlamentaria más antigua, así que ya pueden aprender un poco de nosotros y respetarnos por conducir por el lado contrario de la carretera, porque como se pongan tiquismiquis nos vamos de la Unión Europea y ahí se quedan ustedes con sus pamplinas.

España necesita urgentemente un libro de autoayuda para países; es una lástima que no los hayan inventado. Imagino un anuncio en la Casa del Libro de Gran Vía: ¡Desarrolle al máximo sus potencialidades nacionales por medio de nuestro método de superación basado en los Trece Escalones! ¡Descubra el lado bueno de las batallas perdidas!

¡Conviértase por fin en una potencia cultural! ¡Adáptese a la civilización moderna sin complejos! ¡Memoria histórica y equilibrio emocional por fin juntos! Un panfleto de esta clase nos proporcionaría eso que tanto combate la izquierda española: un relato mítico con que limar los callos que dejaron las canalladas de nuestros antepasados en las paredes del tiempo. Así, tal vez, se animaría un poco ese sindicalista taciturno que rumia avergonzado por las barbaries que cometieron en Perú unos tiparracos con ojos de Klaus Kinski, y ese manifestante con barba dejaría de pedir clemencia al plato de almendras por la brutalidad de los legionarios que decapitaban moros en Marruecos, y con toda seguridad esa vegetariana de los piercings frenaría en seco la redacción de encíclicas para disculparse en nombre de todos por la Década Ominosa de Fernando VII. Somos un pueblo que busca el sentido de ser pueblo y lo pierde por el camino, como si buscásemos las llaves antes de salir de casa, las encontrásemos, las metiéramos en el bolsillo del abrigo y al cerrar la puerta nos percatásemos de que no lo llevamos puesto.

Pero, al contrario de lo que podría parecer, repetirnos los unos a los otros que vivimos en un país de mierda nos da más alegrías que pesares. En la escala de placeres nacionales, el gusto de ver a un visitante con cara de pasmo solo puede compararse a un gol de Iniesta contra Holanda. Nos avergüenza que los extranjeros se lleven mala impresión, y al mismo tiempo nos satisface. Si The New York Times llama corruptos a nuestros políticos, sentimos la fascinación morbosa de quien decelera el coche al pasar junto a un accidente de tráfico.

Tiene que ver con nuestro carácter abierto y expansivo. Para nuestras intimidades somos herméticos como teoremas, reservadísimos; pero para las curiosidades, vicios, manías, denuncias, mudanzas, chanzas, usos y costumbres españolas nos explayamos con cualquiera hasta resultar cargantes. Lo percibe con total claridad un inglés que está de viaje en Madrid. El rubicundo visitante ha venido a España con la idea de ver cuatro museos y, cuando lo anuncia a un grupo de parroquianos de bar, rápidamente se ve rodeado de españoles deseosos de hablarle de España, como le pasó a George Borrow cuando vino a regalar biblias luteranas montado en su burrita o al guiri imaginario que paseó con Larra en el artículo «Vuelva usted mañana». Seguramente huirá pronto, aburrido de un pueblo que se muestra sistemáticamente encantado de hablar de sí mismo y describirse en los términos más autocompasivos.

Pero esta autocompasión tiene una cara oculta que le da sentido: la feliz autoindulgencia que nos proporciona. Cuando un español se convence de que en España tenemos los políticos más corruptos e

incultos, los taxistas más estafadores, los jóvenes más borrachos, ignorantes, escandalosos y desconsiderados, los funcionarios más incompetentes, los constructores más jesugilianos, la policía más pegona y los maridos más machistas, antes de preguntarse si el superlativo está justificado ya tiene una coartada para otras cosas que van mal y dependen exclusivamente de él. Vivir en un país donde la chapuza está establecida como estándar es cómodo para quien no tiene ganas de hacer bien un trabajo, así que en nuestros pecados no llevamos la penitencia, sino el perdón. Cuando me di cuenta de lo poco exigentes que eran consigo mismos algunos tipos que siempre llevan el Spain is different y el mohín de disgusto en la boca, supe que, a veces, decir que España y los españoles no estamos tan mal es más un acto de exigencia que de presunción.

viii.

En la infancia siempre estamos lidiando con amenazas. La más acuciante en Alcantarilla eran los gitanos que vivían detrás de las vías del tren, capaces de robarme varios relojes Casio al año. Sin embargo, había muchas formas de estar a salvo de ellos: calles seguras y populosas y compañías que actuaban como un talismán contra el peligro terrorista. Otro riesgo constante eran las reprimendas suaves de mis maestros, cuya gravedad se redoblaba si llegaban a oídos de mi padre, pero sortearlas también era muy sencillo: bastaba con permanecer callado en el aula, por mucho que encontrase cosas interesantísimas que decir sobre los globos de agua o las cacas de perro en medio de una clase de matemáticas. Había otras amenazas domésticas, como morir electrocutado o partirme el cuello en una mala caída, pero gracias al celo materno disponía de protocolos de seguridad suficientes para liquidar estos riesgos. Y luego, por supuesto, estaba el miedo irracional a criaturas de ultratumba, pero esto me causó pocos problemas porque desarrollé una táctica que me servía para ahuyentar a los cenobitas de Hellraiser, al payaso de It o a Freddy Krueger: sabía que era mi responsabilidad estar asustado en la cama por haber visto una película de miedo, así que me concentraba en la idea de que ya sería demasiada casualidad que vinieran a aniquilarme justo la noche que yo los había visto por la tele.

Pero había un terror de otra clase en mi infancia, tan colosal que pasaba por encima de la protección de mi casa, mis padres o las tretas psicológicas: entre los ocho y los doce años, el telediario fue el emisario de este tipo de pánico insoslayable.

Cada vez que Ana Blanco se ponía seria y describía con sus modales maternales y serios los asesinatos en masa de Yugoslavia o los bombardeos de Irak de la primera guerra del Golfo, yo daba un respingo y salía disparado a mi habitación con cualquier excusa. El pánico al noticiario era tan atroz que ni siquiera me atrevía a mostrarlo ante mis padres; pero no lo ocultaba por vergüenza, sino porque creía que la confesión empeoraría las cosas. Temía que, al darse cuenta ellos de que yo era consciente de lo grave que era un conflicto internacional, mi sinceridad les induciría a hablarme con franqueza espeluznante y compartirían conmigo la verdad que yo advertía detrás de las noticias, es decir: que pronto empezarían a volar los misiles atómicos sobre nuestras cabezas, detonarían en forma de

hongos en las grandes ciudades y dispersarían una lluvia de ceniza radiactiva por el resto del planeta. En ese momento las aguas quedarían contaminadas de cesio y partículas de plutonio, los isótopos pasarían a la cadena trófica de los animales y todo, desde las verduras a la carne pasando por el agua del grifo, se convertiría en veneno. Estaba al corriente de la existencia de refugios subterráneos para la población civil, pero la idea de ser seleccionado en los sorteos y vivir en lo profundo de las antiguas minas tampoco me parecía demasiado halagüeña. Además, nadie podía estar seguro de que las partículas radiactivas respetarían la corteza terrestre. Cualquier gotera allí abajo podría erradicar lo que quedase de especie humana.

A los nueve años estaba tan familiarizado con este asesino invisible que era capaz de calcular la radiactividad liberada por las 17.000 cabezas termonucleares. Mi convencimiento de la inminencia del Armagedón nuclear era indiscutible, y lo único que no sabía era qué día de la próxima semana se iba a producir. Puesto que no me atrevía a mencionar el tema delante de mis padres, concentraba todos mis esfuerzos en cerrar los oídos a los heraldos. Ana Blanco daría la noticia del ataque masivo en cualquier momento, así que me escondía. Temblando en mi cuarto como una gelatina en la cuchara de Michael J. Fox, caía preso de la histeria y proyectaba una película sobre las consecuencias, al estilo El día después. Sería una suerte caer en el perímetro de la explosión, que proporcionaba una muerte instantánea, pero yo vivía en Alcantarilla. ¿Quién iba a acordarse de mi pueblo a la hora de seleccionar los objetivos? Dibujaba sobre un mapa tres círculos concéntricos con el compás, del hipocentro al epicentro, colocando la aguja en Valencia, Alicante y Murcia. Era evidente que la onda expansiva se iba a quedar muy corta y que a la familia Soto Ivars le iba a tocar la peor parte: el invierno nuclear. Me daba pánico que mis padres sucumbieran antes que yo a los efectos de la radiación y me dejaran solo en un mundo condenado. Me asomaría a la ventana para ver mi calle, libre de los gitanos aficionados a los atracos infantiles pero irradiada de ceniza blanca y desierta bajo la nube atómica. Como la parte racional de mi cerebro no ofrecía ningún consuelo, la ponía a trabajar buscando la mejor forma de suicidarme cuando el viento soplara.

La expresión del viento no es poética, sino documental. La semilla del terror fue una película de animación que mi madre, de un temperamento pedagógico cariñoso y creativo, tuvo a bien grabar para mí en una cinta VHS. Cuando el viento sopla narra la corrosión de dos ancianos ingleses en su propia casa bajo los efectos de un ataque termonuclear a Gran Bretaña. Hace poco volví a verla con Andrea porque quería que mi mujer comprendiera por qué pasé la infancia

pensando en adquirir comprimidos de yodo o de cianuro. A mitad de la película noté esa extraña humedad y blandura del aire que percibimos cuando la persona que tenemos al lado se ha puesto a llorar. Ya habíamos cumplido los treinta años, la tensión de la Guerra Fría estaba más que superada, pero Cuando el viento sopla conservaba todas sus propiedades aterradoras.

Mis padres nunca me ocultaron que el mundo es un lugar peligroso, ni que los hombres son capaces de convertir en armas letales los triunfos de la investigación científica. Muy pronto supe que la bomba atómica es hermana de la electricidad barata, que los misiles intercontinentales son primos de la exploración del cosmos, que los bombardeos sobre población civil son cuñados de la aviación comercial y que el despliegue de submarinos nucleares con capacidad de ataque es sobrino de los vídeos de calamares fascinantes que viven en las simas oscuras del océano. Antes de valorar el papel disuasorio de las bombas atómicas ya sabía tantas cosas sobre su diseño —la parte mecánica del artefacto no es mucho más compleja que una máquina de pinball—, su capacidad —la de Hiroshima era un peta zeta comparada con las B61 que ensamblan en Texas—, su conservación —las soviéticas son más inestables que las norteamericanas— y, sobre todo, las consecuencias de los ataques, que si me hubiera tocado ser niño en la era de la Wikipedia los iraníes me habrían contratado antes de que me diera tiempo a echar el primer polvo.

Pues bien: aunque recuerdo mi preocupación permanente por el desastre atómico, por más que exprimo el contenido de mis meninges no soy capaz de averiguar en qué momento me di cuenta de que los españoles habíamos vivido una guerra de verdad.

Los niños de mi generación aprendimos a desenvolvernos en un mundo sobreprotegido y pacífico. El canto del cisne del militarismo español había sonado años antes de que naciéramos o tuviéramos la capacidad de sentir respeto por un tricornio, y además estábamos destinados a librarnos del servicio militar obligatorio. Nuestra relación con el ejército iba a ser muy diferente a la de generaciones enteras de españoles que lo habían percibido como una institución peligrosa para la democracia, como ocurrió con los romanos de la época de Septimio Severo. Para nosotros, las fuerzas armadas profesionales se parecerían más a una ONG, siempre en supuestas misiones humanitarias. La idea de que nuestro propio ejército se sublevara contra el Estado y aspirase a gobernarnos nos parecía tan remota como la posibilidad de una revolución comunista. Y sin embargo, el as de espadas y el as de bastos fueron los naipes en juego solo cincuenta años antes de que naciéramos. Cuando mi generación creció, la Guerra Civil se acercó lo

suficiente a nuestro sistema de valores como para que hoy haya treintañeros que piensan como si todavía no se hubiera terminado del todo. Me refiero a esas personas que han elegido un bando para articular a su alrededor la idea de una España inexistente a la que se abrazan con fanatismo.

El destino no solo me puso fuera del radio de una posible explosión termonuclear, sino que me colocó más allá del diámetro del maniqueísmo de las dos Españas. No he recibido mayor enseñanza contra el fundamentalismo político que haber tenido dos abuelos que padecieron bajo el franquismo y otros dos que habían ansiado que ganase el general.

ix.

Mi primera noción de nuestra guerra debió de venir de mi yaya Virginia Rubio, que conservó esa herida fresca hasta el día de su muerte. Sin embargo, oír sus historias no me asustaba: me aburría. Bajo el epígrafe «tiempos de guerra» se contaban unas anécdotas fofas de hambre y de miseria incongruentes para mí, porque la protagonista, que pasaba frío y se veía obligada a comer mondas de mandarina, era la misma mujer que ponía a tope el brasero debajo de la mesa camilla y me deslizaba en el bolsillo infinitos billetes de mil pesetas. Además, sus penurias carecían de los efectos especiales de las guerras de la tele, lo que las despojaba de cualquier tipo de interés para un crío adicto a Star Wars. La guerra de mi yaya siempre se desenvolvía en el mismo paisaje gris, quieto y enfermizo, del todo carente de escaramuzas trágicas, hazañas heroicas y tiroteos. Cuando mi yaya se echaba a llorar en medio de sus propios recuerdos, yo la abrazaba y le daba palmaditas en la espalda para consolarla pero por dentro pensaba que era una exagerada, porque su guerra no había sido para tanto. Después de todo, mis cuatro abuelos habían sobrevivido. ¡Qué distinta habría sido su suerte si les hubiera tocado una guerra atómica de verdad como las que me aterraban a mí!

Uno de los atributos más memorables de mi yaya Virginia era la forma tan solemne que tenía de dar consejos a sus nietos. Poseía un corazón de tamaño suficiente para querernos a los trece —hasta la muerte prematura de mi prima Loreto fuimos catorce— con desesperación. A mí, como fui ateo desde niño y en la adolescencia me vio afiliado al bando de sus hijas rojas con mis camisetas negras, me daría quince millones de veces un consejo que mis primos más religiosos no deben de haber oído jamás: que nunca, nunca, nunca me metiera en política.

Buena parte de los abuelos de mi generación repitió este mantra a sus nietos, pero el dramatismo con que lo hacía mi yaya es insuperable. Me hizo prometerle un millón de veces que no me afiliaría a ningún partido, y su cara adoptaba siempre una expresión de pánico cuyo recuerdo me llevaré a la tumba. Era como si en lugar de un nieto tuviera delante una bomba de relojería y todo el amor pudiera convertirse en sufrimiento en cuanto yo la desobedeciera. Esa cara reflejaba el miedo a la democracia de los niños de la guerra. Según dicen algunos historiadores, fue esto lo que hizo de nuestra Transición un proceso sin venganzas pero fracasado en la conquista de las

libertades. Cuando la veía así, yo reaccionaba jurándole sobre el libro rojo de Mao que la obedecería, pero si he cumplido la promesa no ha sido por los motivos que le obsesionaban a ella. A mi yaya, meterse en política no le parecía peligroso porque un ciudadano suela convertirse en gilipollas nada más afiliarse al partido, sino porque para ella aparecer en las listas electorales era sinónimo de figurar en las de las checas.

Para ver llorar a mi yaya, solo había que preguntarle qué había pasado la noche remota en que los milicianos fueron a buscar a su padre para darle el paseo. Mi bisabuelo fue un capitán de la Guardia Civil flaco y orejudo y un hombre de severas ideas monárquicas. Según mi yaya, había enchironado a muchos ladrones. Uno de estos criminales debía de tener convicciones republicanas, porque en cuanto la sublevación fracasó en Mogente, el ratero llamó a la puerta de la casa de mis bisabuelos con la culata del fusil.

No dieron con el guardia civil a quien buscaban. En cuanto mi bisabuelo supo que estaba en la lista negra, huyó a zona nacional, donde pasó la guerra a salvo sin un rasguño. Eso sí: dejó a las mujeres de la casa solas y asustadas. Mi bisabuela cayó gravemente enferma. Mi yaya seguiría describiendo siempre a su padre como el hombre más bueno del mundo, pero yo siempre lo he considerado también un cobarde. La noche en que echaron la puerta abajo, los comisarios políticos encontraron a una niña pequeña —mi yaya—, a una adolescente —mi tita Finita— y a una anciana prematura, mi bisabuela, enferma y metida en la cama. Frustrados, trataron de arrancar a la vieja de las sábanas con intenciones homicidas, pero las niñas tenían toda la valentía que le faltaba al padre y se lanzaron contra sus botas dispuestas a luchar con el poder de sus lágrimas y sus mordiscos.

—Déjala, si ya está medio muerta —dijo el ladrón al que mi bisabuelo había metido preso. Los milicianos a sus órdenes dejaron a las mujeres llorando, se subieron al remolque del camión militar y cerraron el compartimento con una lona en la que habían pintado la hoz y el martillo. Mi yaya Virginia conservaría esa imagen en lo más profundo de su subconsciente. No tenía más de diez años y el comunismo ya le parecía la peor de las pestes de la humanidad. La victoria de Franco, tres años después, iba a significar el reencuentro con su querido padre.

¿Cómo hubiera podido nadie convencer a mi yaya de que la represión en la zona nacional había sido igual de espantosa durante la guerra e infinitamente más cruel después de la victoria de los sublevados? ¿Por qué ella, que siendo niña vio cómo los comunistas intentaban matar a

su padre y a su madre, tendría que soportar una historia objetiva de la contienda nacional? No exijo heroísmo a mis seres queridos. La compasión se impone cuando conocemos a los demás, así que voy aún más allá: ¿qué le hubiera importado a ella que Franco matara rojos, cuando lo que vio fue que los ladrones que su padre metió en chirona se convertían en policías y buscaban a los hombres justos para fusilarlos? A menudo, cuando hablamos de nuestra Guerra Civil, olvidamos que nos oyen los niños traumatizados de los dos bandos, gente común y corriente que sufrió sin tener ninguna responsabilidad por lo que estaban haciendo los adultos.

De mi yaya aprendí algo muy importante: a no poner mis principios por delante de la realidad. Los dos bandos, el justo y el injusto, el que defendía a los pobres y la legalidad y el que defendía de forma ilegal y salvaje a los señores, atacaron a la gente que queremos. La historia de nuestro país es demasiado compleja como para estar cómodos en el maniqueísmo o en las grandes consignas. Esto ha estado siempre para mí por encima de mis consideraciones políticas y de mi visión de la historia, obviamente antifranquista.

Pero la grandeza de las enseñanzas de mi yaya radica en que su forma de ser y su forma de pensar eran totalmente incongruentes. Mi yaya era una mujer de derechas, lo que hoy llamaríamos una señora franquista, pero al mismo tiempo ejerció un feminismo práctico y cultivó la tolerancia comprensiva hacia los demás. Siempre me contaba una anécdota que dará idea de otro de sus atributos más valiosos: su sentido íntimo de la justicia y su valentía cuando tocaba reclamar un derecho a la autoridad.

Después de la guerra, a mi yaya le gustaba coger a escondidas un caballo del cuartel. No debía de ser una jinete demasiado brillante, porque en uno de sus paseos el potro la tiró al suelo y le provocó unas heridas que hicieron necesario llevarla con urgencia a Madrid para que se repusiera en un hospital militar. Por aquel entonces, Franco había decretado que los militares que se hubieran quedado en zona nacional serían prejubilados por exceso de cupo. Mi bisabuelo, aunque había salvado el pellejo, fue arrojado a una ociosidad enfermiza y cayó en un estado depresivo que, para mí, no es más que otra muestra de esa debilidad de carácter que mi yaya nunca hubiera estado dispuesta a admitir.

La experiencia de la guerra la había hecho madurar a toda prisa, pero en el fondo seguía siendo una niña mimada, el ojito derecho de unos padres cansados y poco estrictos. En Madrid le tocó estar sola, nunca he sabido por qué nadie la acompañó. Me la imagino entonces como

una adolescente con ideas románticas en la cabeza, recluida en el hospital desangelado donde mueren combatientes heridos en una ciudad conquistada y vencida, destrozada por los bombardeos. Imagino sus tardes largas rodeada de monjas enfermeras que pululan en silencio entre los moribundos, e imagino también sus noches abismales en una cama de hierro y sus desayunos de ración mohosa de pan y manteca, y sus lecturas desesperantes mientras el tiempo pasa al ritmo geológico de los huesos que se están soldando. En las jornadas interminables del hospital militar, mi yaya ignoró lo que sucedía al otro lado de los muros decrépitos. Mientras ella se recuperaba, mientras leía y mordisqueaba un mendrugo de pan, la represión galopaba sobre los hambrientos resistentes de Madrid, sobre los vencidos, aplastados ahora por las botas militares mientras los rezos y los cuidados proliferaban en las galerías polvorientas y los salones blanquecinos del hospital.

Allí dentro, en aquella paz engañosa, conoció a una mujer sin hijos que velaba a su esposo, un coronel llamado Miquel, moribundo con un tumor en la cabeza. Muchos años después seguiría recordando a esa señora con la arrogancia de una adolescente que se encariña con una mujer mayor que está muy sola. A la esposa del coronel Miquel le hablaba mi yaya de su padre con candor. La prejubilación por exceso de cupo era una injusticia y su único tema de conversación. La esposa del coronel Miquel decidió que era urgente poner a trabajar de nuevo al padre de Virginia. Tiró de los contactos de su marido y consiguió que un general de Justicia Militar diera audiencia a la jovencita en cuanto pudiera valerse por sí misma.

Poco a poco, Virginia se recuperó y se acercó el momento de poner a prueba su personalidad y su valentía. El día que le dieron el alta se armó de valor y marchó hasta el edificio de la Comandancia. Traspuso sus puertas de hierro forjado y se encontró sola en mitad de una estancia aterradora y enorme. Fue interrogada por los guardias y estos le permitieron subir peldaño a peldaño unas inmensas escaleras de mármol. Atravesó arcos de piedra, cruzándose con burócratas militares que la repasaban con miradas indolentes. Debía de oír el eco de sus pasos rebotando en los techos amenazantes. Al fin alcanzó un despacho dominado por una mesa de proporciones geológicas. Al fondo la esperaba el general de Justicia Militar. En los primeros tiempos de la dictadura, tras la derrota republicana, un hombre con ese cargo no solo adoptaba una apariencia temible: también era dueño del destino de los hombres, dominador de la vida y de la muerte, un semidiós color caqui. Pero mi yaya tragó saliva y le dijo con voz clara aquello que había ido a decirle:

—Usted es general de Justicia Militar, y yo vengo a pedir justicia para mi padre.

Solo tenía dieciséis años y su valentía dio frutos. Su padre fue readmitido de inmediato, y ella aprendió una de las lecciones más importantes que me daría a mí, mucho tiempo después, con su voz solemne de dar consejos:

—Tú derecho al jefe, que si te dicen que te lo arreglan se pierden los papeles por el camino. Derechico al sitio, sin miedo. Habla siempre con quien manda, no te conformes con menos, aunque no conozcas a nadie y te sea difícil llegar. Derecho al sitio.

En su consejo no solo hay una inteligencia práctica, sino un convencimiento moral de que lo justo está por encima de los escalafones de rango y del papel que la sociedad atribuye a los hombres, las mujeres y las niñas. Ella siempre se abriría camino con fiereza, convencida de la justicia de sus ambiciones. Ya casada, abriría en Yecla el primer negocio regentado por una mujer, una academia de corte y confección, y además sería la emperatriz de una tienda de telas que su único hermano intentó arrebatarle. El comercio sobrevive en los tiempos de H&M gracias al trabajo duro de su hija Virginia Ivars.

Desde que murió mi yaya, muchas veces tengo la sensación de que algunas personas de mi edad, rabiosamente antifranquistas desde un punto de vista ideológico, no han tenido la suerte que tuve yo: conocer gente de derechas que, en contra de los prejuicios, demuestran una actitud humanitaria y una mentalidad abierta. De hecho, la persona más desprejuiciada que yo he conocido en mi vida posiblemente votó a Falange en las últimas elecciones. Es el marido de mi yaya, mi yayo Juan Ivars, que hace poco cumplió los noventa años y sigue bebiendo vino a mansalva y fumando puros recios sin parar.

El yayo condensa todas las contradicciones y falacias del mito de las dos Españas. Puedes preguntarle qué piensa de la homosexualidad y te dirá que a los maricones hay que tirarlos a la acequia para que se ahoguen, pero si profundizas averiguarás que uno de sus mejores amigos era gay aunque según mi yayo solo un poco mariposo. Después puedes interrogarlo sobre la situación política española y seguramente te diga que Pablo Iglesias es un totalitario sin el más elemental sentido de la bondad, pero si vuelves a profundizar más allá de la palabrería es posible que te cuente cómo salvó él mismo de la miseria y el ostracismo a un comunista del pueblo que ni siquiera era su amigo, a quien metió como socio en su fábrica de pantalones —uno de sus célebres negocios fracasados— convencido de que un hombre

inteligente siempre se merece la prosperidad. A continuación, puedes indagar en lo que piensa mi yayo del reparto de la riqueza que idearon Engels y Marx. Es muy posible que responda con una confusa teoría que culmina en que el marxismo es la puerta abierta a la barbarie, pero si le dejas seguir hablando descubrirás rápidamente que, en el batiburrillo de su ideología personal, la defensa violenta de la unidad de España o el respeto a la Iglesia están muchos escalones por debajo de una sociedad donde ningún trabajador tenga que mendigar.

En casa de mis yayos, las ideas preconcebidas no computan ni sirven para nada. Tengo dos tíos, Paco y Manolo, que según mi forma de ver las cosas son un par de fanáticos religiosos. Podría dejar ahí la descripción y así usted se quedaría sin saber que, aunque cualquier conato de discusión política con ellos será sinónimo de gritos infernales al estilo de las películas de Fellini, yo he tenido la oportunidad de presentarles a muchas novias, chicas contestatarias y ateas, y ellos las han querido a todas con absoluta incongruencia hacia los tópicos de una moral derechista, sabiendo como sabían, además, que vivíamos en pecado mortal. Lo mismo que ha pasado siempre con mis yayos, que hasta muy entrados en la ancianidad se han mostrado siempre encantados de tener la casa abierta, llena de ruido y de gente diversa. Yo mismo soy un nieto querido gracias a la divina incongruencia de mis yayos con su sistema de pensamiento: cuando mi padre, profesor de instituto, se casó por lo civil con su hija pequeña, a la que había conocido cuando ella todavía estudiaba el bachillerato, mis yayos no tragaron saliva: hubo cacharros volando, silencios pétreos, condenas y admoniciones, y al cabo de poco tiempo mi padre se había convertido en el sexto de sus hijos y ahí no había pasado nada.

Solo sé dividir el mundo entre buenas y malas personas, y ni siquiera creo que pueda establecerse una línea inmóvil entre unos y otros, porque en esta división tan simple se esconden todas las subjetividades, los rencores o los afectos de las experiencias personales e intransferibles.

Pero en este punto es necesario hacer una aclaración: no soy relativista. A mis treinta y pocos, con el paso de las lecturas y la curiosidad por quienes viven peor que yo, he desarrollado una sensibilidad que, por mucho que algunos progres de carné insistan en llamarme facha por Twitter, yo considero de izquierdas. Digo sensibilidad de izquierdas y no ideología porque desconfío de los partidos de mi cuerda y de sus soluciones teóricas con tanto convencimiento como del optimismo neoliberal de los partidos de

derechas. Mi pensamiento político es confuso y contradictorio, y me molestan por igual los fanáticos de las dos tendencias. La opresión ideológica del pensamiento, tanto si lleva escapulario como pañuelo palestino, me parece una forma injusta de tratar a las personas que no piensan como uno. Es cierto que, tal como yo veo el mundo, las ideas de mis yayos y de mis tíos católicos son equivocadas y resultarían nefastas para todos si se aplicasen a la sociedad. Creo que están equivocados con la misma firmeza que ellos creen que estoy equivocado yo. Pero escribo como español.

No es lo mismo escribir en España que escribir en Alemania. Aquí arrastramos las cadenas oxidadas de nuestra Guerra Civil y sus consecuencias, que han sobrevivido a la dictadura y a la Transición y vuelven a ponerse de manifiesto en los años de la crisis económica. El esquema de los vencedores y los vencidos sigue vigente, aunque ahora los vencedores y los vencidos ya no sean los mismos. Cuando un partido gana las elecciones quiere mandar como si hubiera ganado una guerra. Vivimos en un maniqueísmo de etiquetas que divide el mundo entre los que tienen razón en todo y los que no la tienen en nada. Muchos españoles hablan y se comportan como si quienes no piensan como ellos fueran sus enemigos, como si la malicia, la mediocridad intelectual y el arribismo no hubieran encontrado sillones mullidos y cómodos en las dos ideologías, la izquierda y la derecha.

A mí, tres décadas de alternancia bipartidista me han demostrado que la mitad de los españoles es de derechas y la otra mitad de izquierdas. Si seguimos tirando de la cuerda por los dos extremos nos vamos a quedar donde estamos. Y nuestras manos se cubrirán de ampollas.

x.

Mi yayo Juan, el derechista, sabe más sobre el trabajo duro y la injusticia social que todos los profesores de Política de la Universidad Autónoma. La guerra destruyó a su familia. La barbarie de los rojos lo convirtió en un niño de derechas. Nunca hemos conseguido averiguar a fondo lo que le ocurrió de pequeño porque mi yayo recuerda al personaje de Big Fish, y cuando no le conviene dar información se inventa cualquier historieta. Es tan hermético para los sucesos de esos años que sospecho que incluso mi yaya se fue a la tumba sin averiguar lo que había pasado con su marido entre 1936 y 1939. Lo que sí sabemos es que, tras la contienda, el padre de mi yayo se deprimió hasta el punto de la invalidez y que mi yayo no había cumplido los doce años cuando empezó a fumar puros. No era ningún marqués: chuperretear el caliqueño en Sueca era el rasgo distintivo del trabajador, pero las peripecias de Juan Ivars tendrán en breve su propio papel estelar.

Para Juan y Virginia la guerra fue el infierno pero mi abuela paterna, Pepita Moreno, ni siquiera recuerda gran cosa de esos tiempos. Sabe que los españoles empezaron a matarse, pero no vio milicianos ni requetés porque la mandaron al campo. Allí se crio a salvo de los bombardeos de la aviación italiana y de las hambrunas que azotaron las ciudades sitiadas de Levante. Hija de un ferroviario totalmente despolitizado, pudo conservar a su padre en perfecto estado de revista después de la contienda. La pobreza que dejó la guerra no sería para ella una fuente de lamentos como para su consuegra, sino una escuela elemental donde aprendió a vivir con muy poco. Si ha quedado en su personalidad algún trauma de aquellos tiempos, solo se nota cuando intenta cebar a sus nietos más allá de todo límite sanitario. A Pepita, la necesidad la hizo ser generosa con los demás, pero al mismo tiempo le enseñó a aprovecharlo todo. Puedes regalarle un pañuelo o un par de pendientes, que ella los guardará en lo profundo de su cómoda y seguirá usando los mismos de hace treinta años. Se jacta de que jamás ha roto un plato ni un vaso de cristal. Si alguna vez suelta una filípica breve sobre la fortuna que tenemos los jóvenes de mi tiempo, es igual de cierto que nunca se ha quejado de lo que a ella le tocó en suerte. Toda su conexión con la política era votar a Izquierda Unida por orden de su hermano Juan Moreno, tan comprometido con la causa proletaria que pasaba a recogerla en el Vespino para llevarla a rastras al colegio electoral. Pero es una mujer sin ideas políticas. Lo único que

le importa es que a nosotros nos vaya bien.

La peor parte de la vida dura se la iba a llevar el marido de Pepita, mi abuelo Juan Soto López, al que sí recuerdo contándome los bombardeos de la aviación italiana sobre Águilas. Era muy pequeño cuando tuvo que echarse a la mar en un pesquero hediondo como grumete y esclavo de sus hermanos mayores. Debían de ser unos tipos bastante brutos, porque lo maltrataron sin misericordia hasta que él adquirió la envergadura suficiente para plantarles cara y amenazarlos con tirarlos por la borda. Aunque sus condiciones mejoraron un poco a partir de ese día, la vida de mi abuelo en los barcos de pesca le iba a dejar una marca fatal por el efecto combinado de sal y sol, que se traduciría en una salud permanentemente averiada. Consiguió prosperar sin alcanzar lo que hoy llamamos prosperidad. Tenía un gran cerebro con el que solventó la carencia de dinero y tiempo.

Cuando yo me quejaba por los estudios, él me contaba con orgullo que por las noches, en la bodega ínfima y hedionda y tenebrosa del pesquero, él se las apañó para estudiar un par de libros, sus libros sagrados, que conservaría hasta su muerte. Se presentó como autodidacta al examen de primer mecánico naval, que aprobó con la mejor nota, y más adelante siguió estudiando con ayuda de un marinero al que llamaban Panzamelba para sacarse el título de patrón. Jamás ganaría más dinero que el estrictamente necesario para alimentar a sus dos hijos, pero el estudio le permitiría demostrar lo mucho que valía y formarse una idea propia de las injusticias del mundo.

Cuando yo empecé a dejar de ser niño y a conocer a mi abuelo, me di cuenta de que él era lo más parecido a un rojo en mi familia. Su ideología provocaba discusiones a mi alrededor antes de que yo aprendiera lo que significaba. Mi abuelo, mi padre y mi primo Fermín se chillaban unos a otros en las comidas a medida que el consumo de vino aumentaba, y solo ponían término a esas tertulias políticas violentas cuando la sangre de mi abuelo alcanzaba la graduación suficiente para ponerse a recitar canciones de Espronceda o el poema rimado que había compuesto para mi abuela. Por las tardes, el anciano se iba a Comisiones Obreras, donde ayudaba a los sindicalistas como contable. A veces hablaba de Franco y lo hacía con un desprecio tan enorme que podía llegar a cabrearse. Años después de su muerte, yo me daría cuenta de que no detestaba a Franco por una cuestión política, sino por la práctica.

Mi abuelo era un rojo al que nada le gustaba más que repasar el extracto del banco. Fue un hombre humilde que hubiera querido

hacerse rico a costa de su trabajo. Cada peseta de sus ahorros era la demostración de que algo había fallado. Odió la dictadura de Franco porque le había impedido amasar fortuna con el trabajo que terminó costándole la salud. No hay una sola persona que haya trabajado en condiciones salvajes toda su vida y que no quiera ser rico. Mi abuelo fue un verdadero proletario.

Pepita, después de enviudar, tuvo un sueño que ilustra perfectamente la clase de juventud que les tocó, y para contarlo he de pedirle prestada su voz:

Ya cuando tu abuelo estaba en el barco últimamente, que era barco de pareja, no se iba fuera como antes. Se iban por la mañana y volvían a lo mejor por la tarde o por la noche. Pero de jóvenes… ¡bu! Se iban a Agadir, a Melilla, a todos esos sitios, y no sabían ni cuándo venían. Y luego, a lo mejor venían con las manos vacías. Entonces no había sueldo, si pillaban bien y si no pillaban o pillaban poco, pues menos, o nada. En esos tiempos no existían los sábados ni los domingos. El único descanso era cuando había mal tiempo. Bueno, pues el sueño que yo tuve era de la época durísima de antes de salir con el barco de pareja, cuando se iba y nadie sabía cuándo iba a volver. Y fíjate lo que me pasa: me desperté llorando de lo feliz que estaba. Fue con la edad que teníamos. Estaba tiempo sin venir, que era lo que pasaba, y entonces dije: voy a ver si los barcos se comunican por radio para saber cuándo viene. Pero entonces entró él, tan joven, tan gracioso, tan formal, con una caja así de grande de pescao. Fíjate qué sueño, ¿eh? Pero era medio sueño y medio recuerdo. Era todo como era en la realidad. Estaba la casa, la mesa, todo. Cuando él entra yo estaba en un lado de la mesa con mi Julia, que era pequeña —a tu padre no lo vi—, y tu abuelo aparece al otro lado de la mesa. Y entonces yo me lancé y le doy un beso y un abrazo y digo yo: qué ganas tenía de verte. Y dice: yo también. Bueno, ¡una cosa natural, natural, natural! Y cuando ya abro los ojos me quedé… Me pegué una panzada de llorar que me hinché. Eso era la realidad de cuando nos vinimos a la casa baja, cuando éramos jóvenes. Así que cuando me despierto y me vi aquí, vieja, en un piso… Y un ratico antes era joven, con la Juli pequeña, el abuelo pues como era, como era de joven, ¡ay qué cosas! Yo creo que cuando las personas se mueren descansan. Eso no lo sabemos, pero tiene que ser así. Ya has cumplido, ya has hecho tu camino. Pues cuando me muera no quiero que nadie sufra, quiero que digáis: ya está contenta con su Juanico. Lo que espero es que seamos jóvenes como en el sueño pero sin que tu abuelo tenga que trabajar. Que sea todo el rato esa alegría de cuando él volvía con la caja de pescao. Le dije: qué ganas tenía de verte. Y él: y yo también.

Me pregunto si llegará el momento en que las dos Españas se digan eso mismo, separadas por las ideas pero juntas en la familiaridad. Para disolver la costra que dejó la herida de la guerra es preciso conocer al otro con indulgencia.

Cualquier niño con unos buenos abuelos los considera criaturas extrañas y dadivosas con las que es fácil encariñarse pero a las que resulta difícil ver como personas de verdad. Después de un romance espantoso con una mujer perfectamente descrita en El grito de la lechuza de Patricia Highsmith, hui de Barcelona como un veterano de Vietnam para lamerme las heridas. Mi abuela Pepita ya se había quedado viuda. Unos días antes me había dicho por teléfono que se sentía un poco vieja, así que elegí Águilas como destino curativo y me planté en su casa. La obligué a hacerme la comida todos los días, explicándole que yo tenía que escribir una novela que me habían encargado y no podía pensar en esas cosas. Ella se puso a mis órdenes encantada de tener compañía.

Aquella novela, La conjetura de Perelman, no me gusta especialmente, pero le tengo cariño porque en la página de créditos puse que fue escrita gracias a la beca para jóvenes escritores Pepita Moreno.

Cada día, durante la comida y después viendo la telenovela, manteníamos unas conversaciones que ya no eran entre nieto y abuela sino entre dos personas que se estaban conociendo de verdad. Delante del cojín confortable y cariñoso que me había parecido mi abuela desde que nací, empezó a surgir una mujer fascinante, llena de un ingenioso y diabólico sentido del humor, armada de un concepto de la lealtad absolutamente inspirador. Esta nueva relación con mi abuela me enseñó que, a veces, lo que creemos conocer de sobra está oculto tras nuestras ideas preconcebidas. Trabar una amistad con la Pepita Moreno verdadera fue un flechazo parecido al que se iba a producir en esa misma época entre mi país y yo.

xi.

Una noche de verano más corta que el libro que estaba leyendo y la luz del alba en la página quinientos cincuenta y tres. Una ducha desperdiciando el champú, la toalla limpia y rasposa colgada en el gancho, la loción para después del afeitado y el calor del sol escondiéndose en el interior de un banco de piedra por la noche, y chafar una lata en el suelo de un pisotón, y la siesta con el ventilador girando encima con sus aspas que se agitan como manos porque todas las cosas del mundo saben que me voy a dormir. Los cajones de la casa de mis padres con el viejo dibujo que les hice y que conservan, la calle Arenal de Sol a Ópera vacía un domingo por la mañana, el vecino que no llega a tiempo al ascensor. Un rastro de ropa femenina como miguitas de pan que empieza en el salón y termina en el dormitorio, los zapatos, más adelante la chaqueta, la falda, la camisa, las medias, el sujetador y finalmente las bragas junto a la cama donde ella me está mirando y sonríe. Beber agua con la boca amorrada en el grifo de la cocina, quedarme en Babia cuando mi amigo me habla y que me chille ¡ground control to major Tom! y que nos entre el descojone. El teléfono que se queda sin batería y me doy cuenta al día siguiente. Mi casa, mi casa con Andrea. Encontrar a la primera el libro que busco en la estantería, el mechero en el bolsillo, las farolas de luz amarilla; comprar un granizado de limón con una bola de nata así de grande porque me sale de las narices, invitar a cerveza, hacer un regalo, ir a la farmacia y mirar cómo envuelve las cajitas de medicamento la boticaria con un papel muy fino; y el arco de triunfo que hierve en la boca después de un buen trago de whisky sin hielo, y el humo del cigarrillo que baila encima del teclado del ordenador como si él también quisiera escribir palabras, y pasar la tarde con gente que no se queja y el trabajo terminado, tropezar con un adoquín sin que me haya visto nadie. Pero sobre todo: tardes que se han convertido en noches sin que nos diéramos cuenta porque son una prórroga de nuestra juventud, y bromear, hacer chistes bestias porque estamos contentos y decir barbaridades entre gente risueña que se comporta como si se hubiera abolido la moral...

Tenía tantas ganas de escribir este capítulo... ¿Sabe usted qué es la despreocupación? Es muy sencillo y muy hermoso: la despreocupación es el estado de gracia que se produce cuando el alma inocente sabe que nadie se va a enfadar. ¿Qué ha sido de ella? O mejor dicho: ¿qué han hecho con ella? Hoy aparece proscrita, está mal vista. A la

preocupación corriente y moliente que nos trajo la incertidumbre política y financiera la ha sucedido una especie de ofuscación frívola. Cada día veo a gente que disfruta mostrándose ofendida y preocupada, sé que sus motivaciones son hipócritas porque la preocupación continua no se convierte en acción. Son yonquis de la agitación que fomentan una polémica tras otra armados con sus perfiles en redes sociales, en tertulias, en comentarios de periódicos de internet. Son los que ayer me pedían que firmara una petición para defender a los osos panda, los mismos que mañana lanzarán otra petición para castigarme porque olvidé manifestar mi apoyo a esos animales adorables.

Paseo buscando escenas de despreocupación. Un chico sale a las tres de la tarde de la casa de una mujer que conoció la noche antes. Se ha duchado en ese cuarto de baño exótico mientras ella se quedaba durmiendo en la cama. El chico miraba todas las cosas de ese piso desconocido y se maravillaba como si hubiera descubierto un continente. Usó jabones de mujer y experimentó la victoria masculina y animal de mear en su ducha sin dejar rastro. Se despidieron con más camaradería que cariño, los dos habían conseguido lo que buscaban, no les hacía falta nada más. La escalera por la que el chico subió unas horas antes con la vista fija en el culo de su amante, ahora, a la luz del día, parece otra. Cuenta los pisos en la bajada porque no sabe cuántos subió, y cómo se borran entonces del recuerdo el tedio del ligoteo y el bar, y el ruido y los amigos de ella, y también el borracho peligroso que ladraba en la calle Carretas, el titubeo de la desconocida ante el primer beso, la conversación de circunstancias en el pequeño sofá incómodo, todo se borra, todo se borra al bajar esa escalera salvo el primer vistazo a un cuerpo nuevo, tan esperado que el chico tuvo ganas de gritar ¡tierra! como un marinero en la torre de vigía, y es que a veces nos damos esta revelación como si fuéramos milagros los unos para los otros. El muchacho ha salido a esta calle resplandeciente a las tres de la tarde. Yo lo miro fijamente cuando aparece en el portal, recién duchado, sonriente, triunfal. ¡Es la imagen viva de la despreocupación!

Pero no he llegado a este capítulo para celebrar las despreocupaciones que encuentro todavía. Hoy son cada vez más extrañas y están permanentemente amenazadas por un clima que incita al cabreo como el viento de noviembre anima a ponerse una bufanda. Yo hubiera preferido nacer unas cuantas décadas antes por dos motivos: el primero, que hace años me hubiera sido algo más fácil convencer a mi mujer de que su papel en esta vida es ser mi esclava; el segundo, que tras el desmoronamiento de la despreocupación puedes meterte en un lío estúpido y complejísimo por hacer una broma tonta como esta.

Cuando me di cuenta de que la despreocupación es lo que desaparece en nuestro devenir cotidiano, sentí una alegría pasajera por el hallazgo que al final solo sirvió para ahondar mi melancolía. Algo tan estrafalario como revisar las bromas ochenteras de Martes y Trece basta para profundizar en las honduras del proceso. Comprendo que el humor de esos cómicos haya perdido la gracia porque nos hemos vuelto más sensibles a determinados vicios de la conducta humana y porque tampoco nos escandaliza ver a un par de maromos con peluca, escote y pelo en el pecho, pero el caso es que tienen una actuación en la que Millán Salcedo representa a una mujer maltratada por su marido. El travesti llora vergonzantemente, guiña el ojo con espasmos, hace pedorretas con la boca y su monólogo quejumbroso termina con un delirio musical de mamachichos al son festivo y patético de «a mí Mario me pega, me pega cada vez más». El número no me pareció gracioso por su contenido, pero me reí a cuenta de su simpática grosería y su incorrección. Acto seguido contemplé la preocupación derivada del miedo a las palabras que reina en nuestros días y pensé que, si un humorista se atreviera hoy con un número de ese calibre, tan desenfadado y de mal gusto, el público no se contentaría con apagar la tele o reírse con incomodidad: una élite de santos desataría una tormenta perfecta sobre su cabeza, sería tachado de inmoral y maltratador de mujeres por esa clase de jurado popular espontáneo que no atiende a razones ni investiga los actos. Se recogerían firmas para exigir a instancias nebulosas que prohibieran el espectáculo, las redes sociales se convertirían en su infierno y no faltarían tertulianos dispuestos a machacarlo como si lo conocieran de toda la vida. Cualquier desviación de su biografía, como haber engañado a una novia del instituto o haber mirado el escote de la dependienta del Pryca, sería presentada como prueba de su complicidad con todos los crímenes del heteropatriarcado. Sus amigos más timoratos lo abandonarían. Ningún papanatas que presumiera de izquierdista se atrevería a manchar su historial dejándose ver con él.

Pero la izquierda no solo ha imitado a la derecha en su atención obsesiva a la pureza de sus historiales. Los tiempos del norteamericano Frank Zappa coinciden en parte con los de los españoles Martes y Trece, y él tuvo una serie de problemas debido a sus palabras que me parecen un juego de niños si los comparo con las consecuencias actuales de una desviación verbal. Entonces la censura era patrimonio del pensamiento conservador, siempre temeroso de la capacidad de las palabras para remover las conciencias dormidas. Sabemos por la biografía de Zappa que en Estados Unidos había agrupaciones religiosas encantadas de suplir el tedio de su castidad con la recogida de firmas contra cualquier músico que resultase

molesto a su fanatismo. Siempre encontraban la complacencia de algún senador republicano y un juez jurásico que aupara la denuncia hasta una espectacular comisión pública de investigación, con la prensa conservadora haciendo piruetas, pero el artista solía contar con el amparo de los derechos constitucionales de su país.

En el siglo xxi, colectivos fanáticos como los que persiguieron a Frank Zappa o Prince por decir fuck en sus canciones han servido como modelo de conducta a grupos cuya misión me parece más justa a simple vista. Organizaciones civiles de defensa de la mujer, de los padres divorciados, de los animales, los paralíticos o los palestinos lanzan un día sí y otro también su proclama contra las palabras de alguien que les ha herido (que les ha herido a ellos y no necesariamente a las personas que ellos dicen defender). Hoy montan un boicot contra un profesor de una universidad israelí que viene a dar una charla a España y mañana contra un columnista que ha proferido alguna barbaridad en las páginas de un periódico de provincias. Si aplico la ironía me entra la risa, porque los colectivos de izquierdas y los de derechas están luchando al fin juntos, cada uno desde un lado, en la misión colosal de destruir el lenguaje y encorsetar el pensamiento libre. Pero lo que digo deja de parecerme irónico. Rescato a dos de los personajes insignificantes que han ocupado las primeras planas de los periódicos en los últimos años solo por haber dicho palabras desafortunadas: el edil de un villorrio mierdoso de doscientos habitantes que soltó una barbaridad contra los inmigrantes y un grupo de titiriteros de tercera indignos de tanta atención nacional.

Cuando la izquierda abrazó el lenguaje políticamente correcto hubo motivos para alarmarse, pero fue mucho más grave lo que pasó a continuación: una vez que este corsé del pensamiento pudrió los cerebros de algunos izquierdistas poderosos, el proceso de la corrección ha degenerado en el dogma, compartido por toda clase de imbéciles de rango inferior, de que determinadas palabras de una persona sin responsabilidad política son una amenaza contra grupos difusos de ciudadanos. Esta es la marmita en la que se cuecen los colectivos españoles actuales. Los grupos fanáticos de la derecha siguen persiguiendo a cualquiera que haga bromas sobre ETA, la patria, Cristo o el aborto, mientras que la nueva tribu de fanáticos de izquierdas se lanza contra cualquiera que se atreva a mofarse de las putas, los negros, los lisiados, los gordos, los subnormales, los pordioseros, las chachas, las bestias de carga, los homosexuales o cualquier otra minoría discriminada. Odian las palabras que yo he elegido para nombrarlos y su odio los incita a perseguir a quienes las usan. Estos presuntos salvadores de la humanidad son los responsables

de la erradicación de la despreocupación. Son ellos quienes nos han sumido en la Era del Papanatismo, ellos y la piara de personas dispuestas a ofenderse por lo que otro les ha dicho que les tiene que ofender.

Pero lo más irritante es que este clima de preocupación obsesiva y tensión social permanente es estéril. Los perseguidores de palabras luchan por arrancar del discurso público ciertas conjunciones de sílabas y no las conductas a las que hacen referencia. ¿La prueba? Los movimientos de censura popular que se reproducen por todas partes no han hecho del mundo un lugar más habitable; de hecho, ocurre todo lo contrario: el esplendor de Facebook, Twitter y los fabricantes de teléfonos que han favorecido a los movimientos-por-la-dignidad-de-lo-que-sea es simultáneo a la peor crisis económica y de derechos sociales de la historia occidental. Si antes de esta crisis no existían las redes sociales y no se veían iPads, es hora de que le preguntemos a nuestra última revolución social por qué no nos ha traído un poco más de progreso. El problema es que la respuesta sería tachada inmediatamente de demagógica por los papanatas del libre mercado, sobre los que habría que escribir otro capítulo: los nuevos inventos obedecen a la lógica neoliberal y no a la del progreso científico. Todo lo que rodea a esta revolución digital es rentable y nosotros lo incorporamos a nuestra vida, dejamos que su influjo cambie nuestra forma de estar en sociedad y solo empezamos a preguntarnos si sienta bien a nuestra salud mental después de haber pasado por caja.

Es hora de abandonar el optimismo que sigue rodeando a Google y demás multinacionales de internet, porque el mundo empieza a ser un lugar peor bajo su influencia. ¿Qué nos han dado los nuevos romanos? Nos han dado muchas cosas, los foros de debate, la capacidad de movilización sin moverse del sofá, comprar en el Mercadona sin pisarlo, el porno gratis para acariciarse la polla, los retuits para acariciar el ego, la Wikipedia.

—¿Y la paz?

—¡Que te den por culo!

De entre los escombros de la incomunicación surgió primero un cacareo lleno de esperanzas y palabras de libertad que poco a poco conformó un nuevo totalitarismo. Por primera vez en la historia es un totalitarismo que no necesita caudillo, porque las masas se bastan y se sobran para organizar sus estructuras represivas. Desde que la Tierra fue suplantada por el Planeta Internet, nuestra existencia se rige por dos movimientos, uno de rotación alrededor del egocentrismo y otro

de traslación alrededor de la ofensa de los demás. Jonathan Franzen ha tenido la osadía de comparar internet con la República Democrática Alemana en su novela Pureza, traducida para la editorial Salamandra por Enrique de Hériz. Cito:

Cuando concedía entrevistas se había aficionado a dejar caer la palabra «totalitario». Los entrevistadores más jóvenes, que identificaban esa palabra con la vigilancia absoluta, el control total de las mentes y los ejércitos grises que desfilaban con misiles de alcance medio, lo interpretaban como una opinión injusta sobre internet. En realidad, él se refería solo a un sistema del que era imposible abstraerse. La vieja República, sin duda, había demostrado su excelencia en materia de desfiles y vigilancias, pero la esencia de su totalitarismo había sido algo mucho más cotidiano y sutil. Podías cooperar con el sistema u oponerte a él, pero lo único que no podías hacer en ningún caso, tanto si disfrutabas de una vida agradable y protegida como si estabas en la cárcel, era no relacionarte con él. La respuesta a cualquier pregunta, importante o banal, era el socialismo. Si sustituías la palabra «socialismo» por «redes», tenías internet.

[…]

Según su experiencia, había pocas cosas más parecidas entre sí que dos revoluciones. Lo que distinguía una revolución legítima —la científica, por ejemplo— era que, en vez de ufanarse de su condición revolucionaria, se limitaba a ocurrir. Solo las débiles y recelosas, las ilegítimas, tenían que ufanarse.

[…]

Los apparatchiks también eran una tipología nueva. El tono de los nuevos, en sus charlas TED, en sus lanzamientos de productos por medio de PowerPoint, en sus declaraciones ante parlamentos y congresos, en libros de títulos utópicos, era un lisonjero sirope de convicciones oportunas y rendiciones personales que Andreas recordaba bien de la República.

[…]

Los privilegios disponibles en la República eran irrisorios, un teléfono, un apartamento con algo de luz y aire, el importantísimo permiso de viaje, pero quizás no más irrisorios que tener x seguidores en Twitter, un perfil de Facebook muy popular y una aparición de cuatro minutos de vez en cuando en la CNBC. El verdadero atractivo de ser un apparatchik era la seguridad que conlleva encajar. Fuera, el aire olía a

azufre, se comía mal, la economía estaba moribunda, el escepticismo proliferaba, mientras que dentro «la victoria contra el enemigo de clase estaba asegurada». Dentro, «el profesor y el ingeniero aprendían a los pies del trabajador alemán». Fuera, la clase media desaparecía más rápido que los glaciares, los xenófobos ganaban elecciones o almacenaban rifles de asalto, las tribus enfrentadas se masacraban religiosamente, mientras que dentro «las nuevas tecnologías disruptivas hacían obsoleta la política tradicional». Dentro, las comunidades descentralizadas ad hoc estaban «reescribiendo las reglas de la creatividad», la revolución «premiaba a quienes asumían y entendían el potencial de las redes». El Nuevo Régimen reciclaba incluso las palabras clave que la antigua República había usado: «colectivo», «colaborativo». En ambos casos se consideraba un axioma la emergencia de «una nueva especie de la humanidad».

Una nueva especie que, por más que oigo el mensaje optimista y machacón de los gurús a los que Franzen llama apparatchiks, a mí me parece más estúpida que la especie obsoleta. Que los entusiastas de los nuevos tiempos vean señales de madurez democrática donde yo veo olas de selfies y machaconería ofendida con ribetes de puerilidad mental, me hace sospechar que esos mesías de la Nueva Era todavía están deslumbrados porque ven demasiado porno a oscuras en la pantalla del iPad. Para mí lo expresó con más gracia y finura que nadie el matemático Ian Malcolm (Jeff Goldblum) de Parque Jurásico cuando dijo: «Que Dios nos asista, porque hemos caído en manos de ingenieros». Ya sabe usted lo que pasó después. Dinosaurios persiguiendo gente. Pienso en esa escena cada vez que un trending topic sirve para masacrar la imagen pública de alguien que ni conozco ni me ha hecho nada, aunque me pueda caer mal.

En fin. Por mucho que los idealistas tecnócratas como Enrique Dans —que, por cierto, se están forrando gracias a sus teorías insustanciales— consideren que la participación masiva de la ciudadanía en los debates en red enriquece el ambiente y acelera el advenimiento de la democracia directa, lo que yo descubro una semana tras otra es a una masa estúpida que se cabrea con gran escándalo por cualquier cosa y se demuestra absolutamente incapaz de cambiar ni lo que tiene más cerca. No, yo no creo que internet nos haya hecho madurar, creo que nos ha provocado un envejecido prematuro sin darnos tiempo a hacernos más sabios. Creo que nos ha vuelto tan irritables como esas señoras que dicen ¡ay Señor, ay Señor! Las ideas estúpidas no son combatidas con el debate sino que tienden a expresarse en soledad, a quedar impunes mientras el desdichado que las parió se enfrenta a un escarmiento público igual de estúpido e irreflexivo.

xii.

No tengo ni idea de lo que viene ahora, solo sé que todavía me apetece contar algunas cosas más, que otras tendré que discutirlas conmigo mismo y que un tercer grupo de temas es tan pantanoso que lo más inteligente sería saltarlos con una pértiga. A usted, en cambio, le basta con cerrar el libro en torno a un dedo para ver dónde estamos. Si una página no le gusta puede arrancarla y usarla para depositar cáscaras de pipa, y si las siguientes le aburren puede lanzar el libro contra la pared. ¡Le envidio! Uno puede leer lo que le dé la gana, pero no siempre consigue escribir lo que le gustaría. Me propongo plasmar unos pensamientos muy concretos pero descubro que hay un motín en el extremo sur de mis brazos y que los dedos traman otra cosa en el teclado. Para dar orden al desconcierto, hay escritores que se planifican y siguen su itinerario como turistas con la guía de viajes en la mano. Sacan fotos a esta metáfora y a esa idea, saben dónde les espera cada capítulo y cuando termina su safari han acabado de escribir el libro. Otros nos parecemos más a esos bebedores solitarios que gastan su tiempo de ocio prendiendo un papelito entre los dedos y luego lo dejan arder encima del cenicero. El reto más grande que tengo por delante es seguir bebiendo y charlando con usted sin ponerme coñazo, que es lo peor que se puede ser en esta vida.

Si Michi Panero hubiera sabido adónde le llevaba el camino del exceso, ¿habría tomado el desvío macrobiótico de Enrique Bunbury? Recibir información del futuro solucionaría unos cuantos problemas a la humanidad. Antonio Muñoz Molina reflexionaba sobre el tema en Todo lo que era sólido, que es el mejor ensayo sobre los años de la burbuja y los pelotazos en España. Da la sensación de que a Muñoz Molina le espolea un pensamiento culpable: ¿cómo es que no me di cuenta de la barbaridad a la que estábamos llamando crecimiento económico? ¿Cómo es que gasté boletos en esa feria, cómo es que participé alegremente en tantos congresos en Nueva York pagados con dinero de constructoras? El escritor mira hacia atrás y hace un diagnóstico que nos hubiera venido muy bien cuando Aznar ganó las elecciones, pero los escritores tenemos que conformarnos con lanzar palabras al futuro con la esperanza de que allí sean de utilidad. Cuando leemos a un autor de tiempos remotos y sentimos que conoce nuestra época mejor que nosotros mismos, es solo porque los vicios de la condición humana han sido iguales desde los tiempos de Artajerjes

y Victoriano. Pero convertir a los hombres del pasado en nuestros lectores nos otorgaría la capacidad de cambiar las cosas sin esfuerzo, como pretenden esos pesados que me invitan a firmar una petición tras otra en change.org. ¿Cuántas vidas salvaríamos si pudiéramos escribir a los habitantes de Hiroshima la noche del 5 de agosto de 1945? ¿Cuántas si whatsapeáramos a los neoyorquinos en la madrugada del 10 de septiembre de 2001? ¿Y si pudiéramos advertir a los técnicos de Chernóbil a la hora de la cena del 25 de abril del 86? Yo mandaría este mensaje el 10 de marzo de 2004:

mañana no suba al tren

Pero por desgracia el compromiso requiere mayores esfuerzos en el mundo de lo posible. Cuando llegué a Madrid para estudiar la carrera no lo sabía. Era un muchacho con la cabeza llena de letras de los Reincidentes y el armario atiborrado de hediondas camisetas negras. Me consideraba tan comprometido que estaba dispuesto a insultar a cualquiera que no me lo pareciera tanto. Solo veía cine social, no escuchaba música sin «mensaje», y si no leía más que El principito y Hermann Hesse, si no me había encerrado en los koljós de Gorki o Mayakovski, era porque los adolescentes rebeldes suelen asentar sus principios de hierro encima de un lodazal de sentimentalismo. Tenía mi experiencia tangerina por un máster en injusticias sociales y alardeaba de las cosas que había visto ante quien cometiera el error de escucharme: uno podía preguntarme si prefería los churros o las porras, que yo encontraría la forma de exponer gozosamente todo lo que había aprendido en las dos semanas que trabajé en la playa de Tánger con los niños adictos al pegamento. En realidad, ahora puedo admitirlo, me había mantenido todo lo alejado que pude de esas bestias, chicos salvajes con el cerebro destruido por el disolvente, el hambre y la desesperanza, que me asustaban tanto como los gitanos abusones de mi etapa escolar. Pero haberlos visto de cerca me parecía suficiente, y además creía que la escasa asignación que me ingresaban mis padres cada mes me daba derecho a considerarme parte del lumpemproletariado.

Un día, tomándome una cerveza en una terraza de Malasaña con un libro de Galeano entre las manos, se me acercó una vendedora de periódicos bastante atractiva según el canon que hoy encajaría en el término perroflauta. Quería hablarme de política, así que dejé el libro de Galeano sobre la mesa de forma que la portada pudiera leerse desde todos los edificios circundantes y la invité a sentarse conmigo. Hablaba por los codos y leía en voz alta artículos del periódico que vendía, pero aun así conseguí endosarle mis cartas marruecas en el segundo asalto. Ella se mostró asombrada y disponible y yo tuve una

erección por debajo de la mesa. Su dominio de conceptos como alienación, fascismo o acción directa me sedujo antes de que hubiera podido calibrar el tamaño de su escote. Cuando me explicó que pertenecía a un partido político clandestino que no se presentaba a las elecciones, yo, que acababa de ver Soñadores de Bertolucci, rápidamente me imaginé con ella en una bañera mientras los disturbios asolaban París. Engatusado, le compré uno de sus periódicos y le di mi número de teléfono, y no pasaron más de tres horas antes de que su grupo, la Unificación Comunista de España, intentara rapiñar los doscientos cincuenta euros que mis padres me enviaban mensualmente. Fui a muchas reuniones con la esperanza de volver a encontrar a mi captadora, pero la UCE sabe cómo mantener atadas a las vacas que se ha propuesto ordeñar.

En aquel momento, lo único que temía era que mi activismo llegase a oídos de mi yaya Virginia, siempre en contra de que me metiera en política, pero la verdad es que si ella hubiese sabido cómo funcionaba la UCE lo más probable es que se hubiera reído en mi cara. Este falso partido despliega sus tentáculos entre la juventud con la esperanza de seguir financiándose a sí mismo. El anzuelo es un periódico lleno de artículos delirantes, el De Verdad, que los esclavos voluntarios de la UCE venden según las técnicas callejeras de La Farola. Una vez que has picado, te invitan a las innumerables asambleas que celebran, muy parecidas en el fondo y la forma a las quedadas de la Thermomix. Allí piden dinero sin disimulo para sufragar actividades secretas destinadas a corroer los cimientos de la sociedad capitalista. La fortuna, que es muy buena conmigo, quiso que yo sacase tres enseñanzas de esta enajenación transitoria.

La primera tuvo que ver con mi educación sentimental. Con una persona o dos, yo podía desplegar mis encantos sin problema, pero una vez que me veía disuelto en un grupo numeroso me sentía torpe y cohibido. Puesto que las reuniones de la UCE están pensadas para recolectar dinero, los cabecillas me halagaban y me permitían explayarme tanto como quisiera. Descubrí que podía hablar durante diez minutos seguidos, interrumpir a quien quisiera, que mis ideas eran discutidas con argumentos y que nadie se reía de mí, así que lo primero que aprendí allí fue que no hay que tener miedo a hablar en público. En segundo lugar, la UCE tenía en sus estatutos una seña de identidad inusual entre los grupos y sectas de izquierdas de aquella época: practicaban un nacionalismo español activo y desacomplejado. A mí me sorprendía que hablasen de España como algo bueno y que criticaran a Izquierda Unida y al PSOE por haberse vendido al egoísmo de los nacionalismos periféricos. Para un chico tan impresionable como yo, aquel discurso no era menos inaudito que un

negro pálido, pero la idea de que España no es un concepto negativo en sí mismo y no está reñido con una sensibilidad de izquierdas se iba a quedar en mi mente mucho tiempo después de haberme alejado de la UCE. Años después, cuando Podemos sacase la bandera, resucitase el discurso español y llamase antipatriotas a quienes evaden impuestos al extranjero, yo me extrañaría menos que muchos de sus militantes. Con la UCE aprendí que España, como pasa con Cataluña, el País Vasco o una escalera de vecinos, solo es una comunidad, y que su personalidad dependerá siempre de los acuerdos a los que lleguen los habitantes y los gobernantes. Con esto me había quitado de encima el tópico de que España es una cosa franquista. A más de un miembro distinguido de la izquierda española le vendría bien pasar una temporada por el expolio de la UCE.

Sin embargo, la idea más duradera y valiosa que iba a sacar de las asambleas comunistas sería mi alergia a cualquier clase de grupo político organizado y la desconfianza radical hacia las ideologías. Hasta entonces, para mí, tener un pensamiento discordante con lo que decían las canciones de los Reincidentes me había hecho sentir como una beata que ha soñado con una macedonia de (!!!). Era un adolescente dogmático y solo exponía mis ideas en busca de la aprobación de quienes podía considerar afines. Entendía que ser de izquierdas significaba estar de acuerdo con otras personas de izquierdas, que el progresismo era la única postura moralmente aceptable y que, como en todo sistema ético, había muchas normas que cumplir y ciertos tabúes que no merecía la pena discutir. Salir asqueado de la UCE fue la semilla de mi pensamiento crítico, pero aunque empecé a sentirme incómodo y estafado enseguida, hubo un episodio violento que precipitaría mi huida.

xiii.

La reacción en cadena empezó una mañana en que yo dormía con placer porque me estaba saltando las clases de la universidad. No había cumplido todavía los diecinueve y el teléfono sonaba, y sonaba miles de veces porque mi familia conocía mi itinerario para llegar desde Malasaña a la Carlos III de Getafe. Cuando por fin me despertaron, dediqué los primeros minutos de vigilia a escuchar con sorpresa cómo me premiaban por hacer novillos. Acto seguido me levanté y empezaron las arcadas. Así empecé mi 11 de marzo de 2004. Cada cual tiene el suyo, y tengo que admitir que el mío fue muy hermoso, tanto como Lara, la hermana de mi compañera de piso. Ella tenía unos cuantos años más que yo y le atribuía una vida larga de viajes y romances, pero cuando abrí la puerta de mi madriguera la encontré indefensa y asombrada como una niña delante del noticiario. No sé si me miró, nunca me miraba lo suficiente, pero sí sé que pronunció una frase destinada a cambiar de sentido en las horas siguientes:

—ETA ha atentado en Atocha.

Hay noticias que desvelan más rápido que un café bien cargado. Las vías del tren, que tienen fama de rectas y confiables, habían enloquecido en la pantalla hasta convertirse en una madeja desordenada. Cuando mi procesador interno hizo los cálculos necesarios para que yo pudiera cerciorarme de que no estaba soñando, introduje mi clave en la pestaña de Hotmail y en unos minutos pude comprobar vía Messenger que todos mis compañeros estaban bien. Sin embargo, la atmósfera se había vuelto demasiado pesada como para alegrarse por las buenas noticias que se reproducen siempre alrededor de las catástrofes. Me tiré a la calle y respiré un aire espeso de ondas de radio; había vecinos en corro alrededor de transistores portátiles y dar cuatro pasos por mi barrio era como girar la rosca de un dial. Caminé asombrado y sin saber adónde iba, pero cerca de San Bernardo oí que alguien decía que se necesitaban donantes de sangre con urgencia y nos arremangamos allí mismo, dispuestos a abrirnos las venas para que nuestros glóbulos rojos llegaran a Atocha siguiendo el curso de las cuestas de Madrid. De pronto pasó un taxi libre. Me vi apretujado con cuatro desconocidos en el asiento de atrás mientras el taxista trataba de llevarnos a las inmediaciones de la estación sin cobrar ni hacer una sola pregunta.

Por más que lo intento, no recuerdo si el 11 de marzo llovía en Madrid. Allí abajo se dispersaba y se contraía la multitud, nos habíamos convertido en peces, nos movíamos como un banco de peces, yo miraba a los demás y caminaba, nadie parecía asustado aunque a lo lejos se veía una estación que conectaba Madrid con las provincias del otro mundo. Alguien dijo que había que ir a Ifema, pero otro nos aseguró que habían montado unas carpas de donación al otro lado del perímetro de seguridad. No sabíamos cómo dar semejante rodeo pero vi a un Colón urbano señalando con el índice una isla al otro lado de la marea quieta del asfalto. Hacia mediodía había conseguido arrastrarme hasta el puesto de un vampiro, creo recordar que en Santa María de la Cabeza, pero aún no sé si llovía o no llovía. En la cola se propagó el rumor de que nuestros antecesores habían llenado los depósitos, así que nos quedamos impávidos y arremangados, y un hombre de ojos saltones que había permanecido serio y valiente a mi lado se derrumbó y lloró. Decidí acercarme a la Puerta del Sol como si alguien hubiera declarado la República, todavía no recuerdo si llovía o no llovía, pero subiendo por la calle Atocha me crucé con una mujer agobiadísima que le preguntaba a un policía qué podía hacer ella para ayudar. El agente quiso saber a qué se dedicaba. Ella le respondió que era peluquera. A los tres nos dio un ataque de risa.

Me había convertido en un sucedáneo de Dante que vagaba por los círculos superpuestos del cielo, el purgatorio y el infierno. Me contaron que un hombre empezó ese día como mendigo y al anochecer era conserje en un hospital, los milagros se reproducían en los bordes de la calamidad. Si los desconocidos que ocupan los asientos de nuestro tren cualquier martes de tres al cuarto nos resultan odiosos, los explosivos los habían convertido en nuestros hermanos. Forges iba a dibujar una viñeta inolvidable que ilustraría los libros de historia: se ve el skyline de Madrid fundido por la parte de abajo en una gota sanguínea. «Madrid, te quiero» es el único mensaje.

Y luego, a media tarde, éramos río como escribió Antonio Areces. Discurríamos hechos caudal en una manifestación llena de pancartas pintadas con dudas y apresuramiento. Los carteles iban en las manos de las mujeres de la calle Serrano, con sus narices altas y sus comisuras bajas; en las de las chicas de Vallecas, que vestían chaquetas de un cuero tan sintético como el chicle que mascaban; en las de los hombres de negocios de Azca, con la corbata importada de Italia y la chaqueta importada de Inglaterra; en las de los falsos ricos de Madrid, alopécicos que no valen un duro y compran en el DIA pero llevan los productos a su casa en bolsas de El Corte Inglés; también pancartas en las manos de los moros del kebab, en las de los chinos

vendelatas, en las de los albañiles que viven en Ciudad Lineal y trabajan en el centro, en las de los policías que soplan café cortao en un antro de la calle Leganitos a las tres de la madrugada rodeados de cocainómanos, en las de las crías y los críos de todos los institutos de la periferia, pancartas escritas en papel cuadriculado de cuaderno, en folios DIN A4, en cartones de caja de frigorífico, en las caras, en las camisetas, en el alma. Éramos río y aunque no sé todavía si llovía o no llovía, sé que Madrid tenía cara de pasmo, que Madrid tenía cara de pena, que Madrid tenía cara de no pasarán.

No sé si llovía, pero el río humano creció y el compromiso de los ciudadanos se propagó desde Madrid hacia todos los rincones de España. Antonio Alcolea estaba cerrando la campaña de Izquierda Unida en Murcia y tuvo la primera sensación de extrañeza al poner la radio, de camino a la ducha, y oír música clásica. Esa noche había un concierto de los Pet Shop Boys en la capital y Manuel Astur se había hecho con unas entradas que trató de endosar a alguien. Me cagué, me dice, me cagué y me quise ir de Madrid, tenía la sensación de que estaba viviendo la Historia con mayúsculas, de que me perseguía la Historia con toda su violencia y su peligro. Sergio del Molino trabajaba de periodista y vivía en Castellón, y me cuenta que empezó el día oyendo los gritos de su compañero de piso. No sé qué hicimos, dice, entré en una rueda muy extraña que giraba cada vez que salía alguien del Gobierno mintiendo, y al día siguiente me fui a Zaragoza y caminé por la ciudad sin saber adónde iba, y de pronto me dirigía rodeado de desconocidos a la sede del PP, iba a estallar algo y tú ibas a estar en el estallido. A Miguel Ángel Rodríguez lo había dejado su novia la tarde del 10 de marzo. Al día siguiente habló por teléfono con ella y se fue a su casa y decidieron volver a estar juntos solo un día más. La hermana de Christine Andrés corrió a Ifema para ayudar en lo que se pudiera, pero ella siempre dice que su novio de entonces, que hacía el MIR en traumatología en el Gregorio Marañón, lo pasó mucho peor: tenía que decidir quién se podía salvar y quién no, demasiado para un médico novato. Pablo Sánchez recuerda el silencio en el autobús que iba a Sol para la primera concentración de condena, sin gritos ni histerias, y Anna María Iglesia dice que decidió saltarse una clase por primera vez en su vida y acudió a la de Barcelona. Consuelo Gallego pasó el día frente al televisor y tardó una semana en volver a coger el Cercanías, y aún quedaban entonces velas encendidas en el andén. J. V. Martí cumplía dieciséis años al día siguiente y se coló en el metro por primera vez. Elios Mendieta era un crío y fue al teatro y los actores dijeron: «Hoy no es un día agradable para estar sobre el escenario». Marina Ramos entendió cómo funciona el mundo cuando oyó las declaraciones de Zaplana. Rajoy anunció que se estaban

produciendo manifestaciones ilegales delante de sus sedes, y en ese momento Álex Hinojo cogió una cacerola y se fue para allá. Almudena de Maeztu recuerda a Otegui diciendo que ETA no tenía nada que ver, y Gabriel Neila vivía en Inglaterra, donde los presentadores de la BBC se quedaron boquiabiertos cuando Aznar insistió en que sí. Recaredo Veredas quería ir a las manifestaciones pero su mujer tenía claustrofobia y acabaron tomando té en los salones versallescos del hotel Fénix, no como Juanjo López, que se había lesionado la rodilla pero el día 13 acudió a la gran manifestación con sus muletas. Luis Llorente dice que en Madrid iban todos como zombis por las calles, Alicia Marmisa recuerda a Gemma Nierga describiendo desde la calle Téllez cómo estaban recogiendo un carrito de bebé tirado entre las vías, Iván Vaquero dice que iba a trabajar con la Renault Kangoo de la empresa y que ese día cogía por primera vez la R-5, fíjate qué tontería, la primera vez que se metía él en un peaje, y estaba tan ilusionado que paró a tomar un Cola Cao y unas tostadas en la Repsol que había entre Móstoles y Madrid y allí escuchó las primeras noticias. Juanan Martín Blázquez había ido en su moto a protestar a la sede del PP de Barcelona, pero allí creyó escuchar ruido de sables y salió corriendo sin mirar atrás. Cuando Irene López se dirigía a la manifestación, el metro se paró y se apagaron las luces y todo el mundo se puso a gritar, y ella se agarró a su amiga y cuando volvió la luz todo eran lágrimas y caras de espanto a su alrededor. Esto era dos días después del atentado, cuando Francisco David Murillo estaba en el cine viendo Lost in Translation y recibió el sms que convocaba a la protesta al mismo tiempo que una compañera de facultad le decía: «Ya estoy borracha, vente que te quiero ver». Mientras tanto, Raúl San Mateo robó un jamón en El Corte Inglés, y Cristóbal Terrer Mota compuso una canción que se llama «El día de la infamia». Javier Sagarna conducía por Génova cuando la gente empezó a concentrarse y paró en plena calle, hizo sonar el claxon y jaleó sacando el puño por la ventanilla, pero luego dejó a los niños con su madre y se vistió de traje y corbata porque tenía una boda. El día 14, Raúl Roa recuerda que en el colegio electoral un chico dijo: «No cojas las papeletas del PP, que te mancharás de sangre». Pablo Mahaux, que estaba en Cabo Verde, regresó a España el día 14 y le impresionó el silencio de Madrid, y en Galicia Xaco PG vio por primera vez mezcladas banderas de España, de Galicia, independentistas y hasta alguna okupa, y mientras tanto Joaquín Muller se recuperaba de un infarto, y Santiago Fernández había ingresado en la Fundación Jiménez Díaz por fiebre insistente y desconocida y al tercer día su amigo Fran le dijo que no podía ir a verlo al hospital y empezó a oír ambulancias y las enfermeras le iban contando, y tres días más tarde pidió que le quitasen el suero y con la vía en el dorso de la mano, apoyado en el

brazo de quien poco tiempo después sería su marido, fue a votar en contra de los que quisieron aprovechar la muerte de tanta gente en beneficio de su partido.

La hija de Raúl Hoces había nacido el día 4 de marzo de aquel año. El 11, el padre reunió el tiempo y los papeles necesarios para inscribirla en el registro de Sant Cugat. Se metió en un bar a hacer un café, donde tenían puesta la tele con las noticias, y necesitó que el camarero le confirmase que aquello era lo que parecía. Me cuenta que se asustó tanto que llamó a su mujer, que estaba en Parets del Vallès cuidando del bebé, para comprobar que estaban bien. Y Marta Sebastián dice que sufría acoso laboral y que cuando oyó por la radio las noticias pensó que iba a llegar tarde a la oficina y la iban a matar y no andaba desencaminada: su jefe le llamó la atención al día siguiente y le dijo que cambiara la cara, que cualquier fin de semana había más muertos en accidentes de carretera. Paula Paulinda lloró con el discurso de Pilar Manjón mientras José Miguel Pérez Ramos visitaba a su amigo Samuel, un chico vallecano que se había convertido al islam. Y cuando Óscar Esquivias fue a la manifestación de Madrid, se empapó porque llovía a mares.

¡Conque llovía!

xiv.

Llovía en Madrid en marzo de 2004 y llovieron los votos en las elecciones que dieron al traste con la aznaridad y nos trajeron el zapaterismo, pero si pienso en este tiempo aparece la muerte subida al esqueleto desplumado de una urraca y sobrevuela en círculos la copa del olivo de mi familia. En 2005 lanzó sus redes sobre mi abuelo Juan. Mediante el arte del arrastre nos arrancó al único pescador que yo había conocido. La noche antes estuve en la playa pidiéndole a Neptuno que se lo llevara de una vez. Una luna desnuda y grotesca enseñaba sus carnes entre sábanas de terciopelo azul mientras el padre de mi padre agonizaba ante su mujer. Durante su vida había arreglado mil veces el motor del barco de pareja en plena mar y ahora su cuerpo estaba destrozado, pero el motor seguía latiendo ciega y concienzudamente. Mi abuela Pepita trataba de consolarlo. La última vez que los vi juntos, ella le ponía poquitos de agua en la boca con una cucharilla de café y la lengua seca de mi abuelo se asomaba a beber como una pequeña criatura sedienta y viva, la última habitante de un planeta en extinción. Los estuve mirando desde el quicio de la puerta hasta que no pude soportar más la hermosura perversa de la despedida.

Su velatorio estuvo organizado por la compañía de seguros, así que fue tan grosero como cualquier otro funeral típico español. Todavía conservo la esquela, escrita con plantilla, entre las páginas de un libro, y también la imagen del muñeco que habían depositado en el ataúd. La muerte es difícil, hoy y en tiempos de los romanos, como recuerda María Folguera en Los primeros días de Pompeya. La costumbre de ocultar al muerto debajo de kilos de maquillaje sirve para que la familia pueda digerir mejor la idea de que la caja donde lo meten no será devuelta. Se limpia primero al muerto, se le aclara el gesto de agonía y de paso se friega la memoria de los vivos, para que los recuerdos patinen sobre un cristal atravesado por la luz. Cuando metemos en la caja una figura extraña perdemos el control de la emoción, la anestesiamos. Yo, antes de que la luna terminara de cubrirse con las sábanas y se echara la siesta, soñé que mi abuelo resucitaba. Estábamos de nuevo en el salón de casa de Pepita esperando el final, Faemino y Cansado salían por la tele y la respiración mecánica reptaba por el pasillo. De repente cesó el respirador automático y pensamos que había muerto, pero mi abuelo va y aparece asomado a la puerta. Medía medio metro de estatura y

tenía la cara roja. Nos explicó entre risas agudas que había llegado a un pacto y se le permitía vivir unos cuantos años más a cambio de hacerlo con ese aspecto de duendecillo. Creo que mi subconsciente me estaba diciendo que ahora mi abuelo era una cosa portátil, un recuerdo, y desde entonces pienso en él y lo veo encaramado a su sillón delante del noticiario, clavando en la diana de Felipe González y Aznar los dardos de su desencanto político. A veces, sin embargo, regresa otra imagen, una de su funeral en la que ya no participa él: veo a un viejo marinero borracho que hipa y llora a mares en un rincón de la iglesia. Con un susurro le pregunté a mi abuela quién era ese, con mala cara me respondió que lo ignoraba. Durante mis siguientes viajes a Águilas traté de encontrar al marino por la calle, me paseé por el muelle, pregunté a los barcos diminutos que sus dueños bautizan con los nombres de sus hijos, merodeé el cadáver de la lonja, pero jamás di con él. Tuve que quedarme con la fantasía, como me pasa siempre que no doy con explicaciones razonables: decidí que ese marino es el fantasma que se aparece en los funerales de los pescadores, un espectro que en Águilas tiene ya muy poco trabajo porque mi pueblo no es el de mi abuelo Juan Soto López.

En esa época empecé a leer en serio. En paralelo, dejé de creerme comunista y me convertí en un pequeño neoliberal. Sí, sí, tal cual. De la sartén a las brasas.

El camino hasta el descreimiento es muy largo. A veces dura toda la vida. A veces se tuerce justo al final de la vida. La muerte se acerca lanzando pan sobre las creencias. Por eso me alegra haber alcanzado el descreimiento ahora, al menos el descreimiento político, con un trecho hasta la muerte que todavía parece muy largo.

Mi viaje desde el comunismo, del que ignoraba el noventa y nueve por ciento de la teoría filosófica pero conocía las consecuencias históricas superficialmente, al neoliberalismo, del que ignoraba el noventa y nueve por ciento de la teoría y también las consecuencias históricas que estaban a punto de estallarnos en la cara, hoy me divierte más de lo que me inquieta. Los jóvenes se ciegan con las grandes palabras, con las teorías políticas y sociales, con las etiquetas; los jóvenes quieren tener una explicación rápida que condense el universo, por eso Leonardo Cano acierta cuando hace una traducción libre del inglés y llama a este proceso la edad media. Después, esto solo les pasa a algunos sociólogos, politólogos y a todos los miopes que no pueden ver la sustancia universal que anida en los detalles.

¿Por qué sufrí la transformación de Jiménez Losantos sin que nadie intentara atentar contra mi vida y en cuestión de un año? Cuando

murió mi abuelo había pasado año y medio desde que Zapatero ganó las elecciones, se había legalizado el matrimonio homosexual y ampliado el derecho al aborto; los progresistas estábamos felices y nos negábamos a creer que la economía española fuera una obesa que engañaba a millones de esclavos amarrados al cordón de sus préstamos hipotecarios. Mientras el pueblo de mi abuelo hundía su flota pesquera bajo el peso de nuevos hoteles y bloques, mientras los constructores colocaban en el tablero de Monopoly sus trampas para cazar a unos turistas que no tenían pensado posarse por allí, hubo un alcalde, luego lo sucedió otro, y el pueblo creció según los deseos de la grúa. Los dedos rectos de estas máquinas de hierro movían los hilos de la política municipal no solo en Águilas: todo Levante se rendía a los gigantes, municipios a un lado y otro de la península y más allá de todas las demarcaciones provinciales abrieron sus puertas a la avaricia de los constructores más zafios de la galaxia. Los animaba el viento a favor que hacía volar los billetes de quinientos y estaba a punto de volverse en contra. Tengo la sensación, pero seguro que me equivoco, de que los estratos que explican nuestro gran cataclismo no se encuentran en las grandes cifras, sino que están enterrados en los cimientos de las urbanizaciones fantasma. Dejo esta sospecha mía para que los arqueólogos del futuro busquen allí los restos del asteroide que nos destruyó.

Mi relación con mis abuelos fue una de las claves de mi conversión al pensamiento neoliberal, aunque admito que «pensamiento» es mucho decir. Fue una nueva fase en el camino hacia la descreencia, una etapa en el tour ciclista que culmina cuando vistes el maillot del escepticismo. Yo sabía que la vida de mis abuelos y de mis padres había sido mucho más dura que la mía. Recordaba esto siempre que oía las quejas de los antisistema de mi edad. Igual que nuestra ruina económica tiene cimientos de chalé adosado y de bloque de obra nueva, las creencias tienen un sustrato de hechos empíricos, son la deformación que hace del hecho la mente de quien necesita una respuesta.

Mientras esta nueva creencia engordaba, en Madrid continué con mis ejercicios olímpicos de salto de clase y esgrima contra los exámenes. Seguí explorando las curvas de la vida y del sexo contrario. Caí enamorado, conocí el alcohol y algunas drogas, me di a la hermosa inmoralidad de la juventud mientras intentaba desesperadamente aprender a escribir novelas.

Todo mi esfuerzo estudiantil se agotaba negociando apuntes con algunas alumnas caritativas. Una vez que los conseguía no me quedaban fuerzas para leerlos. Depositaba las fotocopias en la mesa

del piso compartido e ideaba complicadas estrategias para aprobar sin haber leído una página. Merece la pena relatar la táctica que me permitió sacar nota en innumerables asignaturas por si nos está leyendo algún estudiante de Periodismo; a él le servirá. Me inventé un nombre rimbombante, P. Carmona Pastrana, y decidí que sería experto en todas las áreas del conocimiento. Mientras mis compañeros se lamentaban porque había caído una pregunta difícil o festejaban un examen tirado, yo ponía invariablemente a Carmona Pastrana a trabajar. Mi académico imaginario siempre tenía algo que decir al final de una respuesta improvisada: «La comunicación mediática, compuesta por emisor, receptor, mensaje y medio, es al fin y al cabo un proceso semejante a las charlas junto a la hoguera en las culturas precolombinas. Esa magia, ese espíritu bailarín que nace de la llama y la palabra, conecta los medios de comunicación actuales con lo más recóndito de la condición humana». P. Carmona Pastrana, Nuevos retos de la comunicación mediática.

Gracias a este ayudante, era yo quien examinaba a mis profesores. Los que quedaban impresionados por mis falsas lecturas complementarias y me subían la nota recibían un deficiente; los que me cateaban pese a las palabras dulces de Carmona Pastrana y me obligaban a examinarme en septiembre después de haber estudiado de verdad recibían un sobresaliente. Así, me vi obligado a disfrutar con las lecciones de Julio Checa en Literatura, Antonio Gómez Ramos en Filosofía, José María Calleja en Comunicación y Ángel Bahamonde en Historia, pero sobre todo con las del culpable de mi conversión al neoliberalismo: un economista llamado Pedro Fraile Balbín, tan seguro de que el sistema funcionaba con el piloto automático del mercado que me convenció de abandonar la pose comunista en menos de tres clases.

Repito que yo había sido comunista porque me parecía que era lo que esperaban de mí los Reincidentes o porque suponía que le haría ilusión a Evaristo, el de La Polla Records. Por debajo de mi palabrería panfletaria latía una sensibilidad de izquierdas que se adormeció durante los pocos años que pasé entregado al hedonismo. En este sentido, creo que Víctor Lenore acierta de pleno en su análisis de la generación que él llama hipster pero yo prefiero llamar mimada. Al menos, acierta conmigo.

Cuando Fraile deslizó sus lecturas de teoría neoliberal entre mis canciones protesta, empecé a mirar a mi alrededor de otra forma y a escuchar otra clase de música, esta vez sin mensajes, diseñada, más que compuesta, para que el oyente se sintiera feliz en medio del planeta de la abundancia. Puesto hasta las cejas de hedonismo, creí

ver una maquinaria majestuosa que velaba por nuestro bienestar. La componían personas ajenas al Gobierno, gente que vendía cosas y gente que las compraba, que hacía la fotosíntesis en un ambiente de paz y devolvía prosperidad a la atmósfera. Bajo el efecto del soma, encender la luz de casa me fascinaba: mi mente seguía el recorrido de los cables, más allá de la central hidroeléctrica, hasta el lugar donde los habían fabricado; mi fantasía mariposeaba alrededor de la bombilla, cuyas piezas se habían ensamblado tras una serie de movimientos convergentes, y yo trataba de calcular cuántas personas diferentes habían recibido un salario por fabricar, montar e instalar este sencillo aparato. El plástico, el cobre y el cristal en funcionamiento me parecían una constatación de la inmortalidad de las democracias capitalistas. Confiaba en que los servicios públicos asegurarían a los hijos de los pobres un lugar entre los aventajados, estábamos en un mundo de competencia y de fiesta, solo teníamos que esforzarnos para brillar. ¿No es esa, exactamente, la filosofía que regía el mundo de mi generación?

Seguía habiendo muchos antisistema, claro. Mi paso al neoliberalismo me proporcionó la fantasía de haber ascendido de nivel, como le pasaba a Fernando Fernán Gómez cuando empezó a beber whisky y dejó la ginebra. Desde mi atalayita imaginaria, tachaba de agoreros a los que pronosticaban que el fin estaba cerca. Me estaba comportando con absoluta honestidad. Estaba analizando el mundo con las pocas herramientas de las que yo disponía, un Copérnico miope. Recordaba la miseria de Marruecos, pero estaba seguro de que cada país recorre su propio camino hacia el progreso.

Según el esquema mental de la aznaridad, el zapaterismo y la Unión Europea, es decir, según el relato de la Transición, los que nacimos en los ochenta podíamos ser antisistema por capricho o por aburrimiento, rara vez por convicción. Los problemas graves estaban fuera, repartidos por el mundo, y llegaban a nuestras costas en patera. Cuando comprábamos productos fabricados en Bangladesh, nos parecía mucho peor la esclavitud de los bengalíes que la destrucción del tejido industrial en España. No sabíamos nada, yo por lo menos no sabía nada, había leído No logo y después Rebelarse vende. Un día, un amigo viajaba al Tercer Mundo y traía como souvenir una sincera o fingida solidaridad y algunas fotos de niños negros sonrientes. Conocí a muchos turistas solidarios, a niñas mimadas que se iban a Perú a comprarse una chacana con el dinero de sus padres, pero a nadie suficientemente comprometido como para quedarse a vivir allí. Sé que los hubo, y desde aquí les agradezco su coherencia. Ellos, más que nadie, estarán de acuerdo conmigo en que el compromiso de mi generación era en su mayor parte una postura de reafirmación

personal. Algo que se adaptaría perfectamente a los esquemas sociales de la época de internet.

La manifestación a la que asistíamos una tarde podía ser contra la guerra, contra el cambio climático o por los derechos de la mujer, que nosotros cantaríamos eso de «mucha policía, poca diversión», que sirve para resumir nuestro grado de frivolidad política. No manejábamos reflexiones sobre la deriva económica del mundo y creíamos tener la vida resuelta. Estábamos a salvo en nuestro rincón del mapa. Solo le pedíamos a la vida un poco más de emoción. Quemar un contenedor, hacer una pintada, gritar a los antidisturbios o votar a Izquierda Unida a menudo eran actos más parecidos al exhibicionismo que a la verdadera incomodidad social.

Yo era un chico, después de todo. Había entonces gente mayor mucho más ciega que yo, y lo que me extraña más es que todavía sigan en el mismo sitio. La capacidad del hombre para empecinarse en una idea equivocada es una de las cosas más fascinantes de la humanidad. Somos una raza de creyentes empecinados.

Con el tiempo no he aprendido mucho más sobre lo que necesita el mundo, no tengo más que intuiciones, pero sí he sacado algunas conclusiones sobre mi forma de pensar. Creo que mi problema era el punto de vista, como les pasa a buena parte de los novelistas bisoños. Si alguien me recordaba la existencia de los pobres españoles, yo lo despachaba culpándolos de su pobreza. Cualquiera con un buen cerebro y ganas de trabajar podría ascender por la escalera social. Los albañiles cobraban un sueldo tan digno como los funcionarios. No sabía lo que pasaba tras las fachadas de ladrillo de los pisos de protección oficial, me negaba a creer que algunos de mis compañeros de clase trabajasen hasta doce horas al día para pagarse el título, me parecía que las noticias enloquecidas que mostraba la prensa en forma de oportunidades inmobiliarias eran una cosa perfectamente natural.

Así pensé hasta que el hundimiento de la economía me demostró que Pedro Fraile me había engañado con su optimismo. ¿Sufrimos ahora por la explosión de una burbuja? Uno va leyendo y descubre que hay otros factores para explicar nuestra falta absoluta de oportunidades. En su libro Internet no es la respuesta, Andrew Keen teoriza sobre la economía del uno por ciento, es decir: la economía de la época de las redes sociales, en la que una empresa como Instagram, con solo trece trabajadores a jornada completa, monopoliza el negocio virtual de la fotografía y destruye por completo a Kodak, que tenía en Estados Unidos miles de trabajadores, sin contar con todos los empleos asociados de fotógrafos de pueblo, reveladores y fabricantes por todo

el mundo.

Pero lo más impresionante del análisis de Keen, para mí, es que, precisamente mientras yo celebraba el neoliberalismo, la sociedad del bienestar estaba dejando de existir.

XV.

La falacia narrativa que me llevó a pensar así durante los años en que agonizaba la revolución industrial y moría el mundo del bienestar capitalista era la vida de mis abuelos y mis padres. Ellos habían vivido peor que yo. Hasta en los peores años de mi vida, cuando creía que jamás conseguiría vivir en una casa razonablemente habitable, he seguido pensando en ellos. ¿Qué lucha es la mía comparada con la suya? Tomaré prestadas las palabras de mi yayo Juan Ivars:

A la escuela de dibujo iba por la noche, pero claro, luego vino la guerra y eso fue el desastre y cerraron la escuela. Yo, diez años y medio. Un día iba al colegio y de pronto me constituí en cabeza de familia. Teníamos a mi tío Joaquín escondido en casa, mi hermano mayor en la cárcel de Sueca, mi padre a cuatro kilómetros y medio y mis hermanas que no podían salir, porque les decían beatas y fascistas.

Cuando terminó la guerra mi padre no podía trabajar, así que yo me fui a trabajar al campo con los padres de un amigo mío. Tres pesetas al día, los domingos veintiuna pesetas. Entonces no había Seguridad Social ni había horas extras ni domingos ni nada, y de estraperlo valía una barrica así de pan doce pesetas. El pan que te daban de ración era redondico todo, no era de barrica, eso te daban, un pan por persona, pequeñico. Aguantabas. Luego trabajé de albañil y mi hermana, la mayor, la que vive en Sueca, se puso a coser, y ella me enseñó a mí al principio corte y confección. Entonces hicimos unos vestidicos, calzoncillos, pantalones azules, camisas para el trabajo, cosas de esas baratas. No había más que percal y vichí, no había más telas. Me puse a hacer mercado, a vender, y cuando llevaba casi un año, pasó una que vendía a tiendas, Encarna, y le dijo a mi madre:

—Oye, he visto a tu hijo unas cuantas cosas que me gustaría comprarlas.

Cogí unas cuantas muestras con una maleta que había en casa y me fui a ver a Encarna. Y va y me compra como si yo tuviera tela de sobra, que no teníamos casi. Pero pensé: coño, pues si esta me compra, resulta que en Cullera también hay otra tienda, a cinco kilómetros y pico, y le pedí al señor Salvador la bicicleta, cogí las muestras y me fui a Cullera. Les muestro, van y me compran. Digo: ¿Qué pueblo hay más allá? Me dicen: Tabernas de Valldigna. Voy a Tabernas de Valldigna y

me compran. Le pregunto al cliente que hice: Oye, ¿qué pueblo hay más allá? Está Gandía. Ah, pues voy a Gandía. Y vendo tres. Y de ahí me tuve que venir a Sueca porque no tenía ni una peseta, porque vendía en nota para hacerlo, te pagaban al entregar o les fiabas si eran buenos clientes.

Total, que voy a Sueca y le digo a mi padre: Padre, mire todo lo que he vendido, tengo que ir a Barcelona a comprar telas. Y me dice mi padre: Pero si yo no tengo un duro. Así que me fui a la Mamá Inés, a la madre de un amigo mío, viuda, y le digo: Mamá Inés, déjeme usted quinientas pesetas, porque valía doce duros el billete de Valencia a Barcelona y doce de vuelta, veinticuatro. Le digo: El tren de Barcelona sale a las ocho, cuando toquen las nueve, que vaya su hijo a mi casa y les diga que me he ido a Barcelona. Así que me fui a Barcelona a comprar sin que en mi casa lo supiera nadie. Entonces se necesitaba una tarjeta de antes de la guerra, una tarjeta blanca, de papelico, pero hecha por el Estado. Como yo no tenía permiso para comprar tela, entraba por la puerta a una fábrica de tejido y pum, salía por la ventana.

Ya cuando me quedaba lo justo para venirme, yo desesperado porque el viaje no me había servido más que para perder dinero que no era mío, al final de la calle Lauria, al bajar, veo que sacaban unos paquetes de tela de una casa particular. Pues entro. Me hacen pasar al final de la casa y el hijo me anota seis piezas de vichí y seis de percal. Me da la nota y dice: Dásela a mi padre que está ahí fuera, y pagas. Voy yo, le doy la nota al hombre y me dice el dinero que es. Y digo yo: Si yo lo sé, ya lo he sumado, pero no tengo un duro. Me mira así de arriba abajo y me dice: ¿Tú no eres hijo de Fulano? Y yo: Qué leche de hijo de Fulano, si mi padre está en Sueca, yo a usted no lo conozco de nada y es mi primer viaje que vengo a Barcelona. Me está pasando esto, le cuento. Me acuerdo que era un tío gordo, y va y me fía las doce piezas: seis de vichí y seis de percal. Entonces en el tren tenía que esconderlas, porque la Fiscalía te las quitaba, porque yo no tenía tarjeta de comprador ni factura ni nada, me hice estraperlista sin más remedio. Vine a Sueca, lo confeccionamos, lo vendimos, pusimos el dinero en el banco, cogí unas letras y le devolví los cien duros a Mamá Inés.

Este fue el primer viaje de mi yayo Juan Ivars Ivars, de profesión viajante. El segundo lo hizo en bicicleta, y esto es lo que me contó:

Tuve que ir y venir de Barcelona a Sueca en bicicleta, y el primer viaje a Madrid también. Y el primer viaje que hice a Cádiz también, en bicicleta. Yo hacía dos o tres pueblos al día por la carretera general,

que era de tierra. Cuando llegué a Jerez de la Frontera, estoy trabajando con el primer cliente que hice, con la bicicleta en la puerta, y me dice el hombre:

—Niño, ¿ha vendío musho?

Y digo:

—No, si es la primera visita que hago.

Y sin mirar las muestras me dice:

—Ehpera un momento que llame por teléfono a un amigo.

Estamos trabajando, viene el amigo, se meten dentro:

—¡María, baha, que noh vamo!

Y entonces me llevaron a las bodegas de vino de Jerez y de anís y de todo eso. Con el hambre que había y yo sin comer, que no tenía dinero ni para comer, chacho, pues por aquí, a la otra bodega, a la otra bodega y a la otra bodega... A los seis días me desperté de la borrachera. Me llevaron a una pensión, y ya cuando me desperté me dice el hombre de la pensión:

—Zi to lo día vienen a preguntar por ti, pero uté zigue durmiendo.

Y desde entonces aborrecí el vino blanco y no lo puedo ver. Tendría entre catorce y dieciséis años, y por las noches pedaleaba por las carreteras sin farol. Había alguno que tenía farol en la bicicleta, y joer, eso era ya de mucho dinero. La primera bicicleta que me compré me costó cincuenta y dos duros, a pagar un duro a la semana, y el que me la vendió se compró una Orbea buena. Y con esa me hice Madrid, Barcelona, Cádiz... Todo eso lo he conocido en bicicleta.

Una vez salía desde Cullera y sería media tarde, y va y me pasa la carrera ciclista de la Vuelta a España. Y digo: venga, me junto con estos. Yo iba con la maleta de muestras y con una maleta mía, y con pantalón largo y una camisa, y allá a las diez y media de la noche llegamos a Alicante. Cuando llegamos allí, bajan unos tíos de un cochecico que venía detrás todo el camino y me dicen: Oye, si te compro una bicicleta de carreras, ¿tú harías carrera con nosotros? Y yo digo: ¡Qué coño, si yo tenía que trabajar en Tabernas de Valldigna, que está al lado de Cullera! Y le dije a uno: Oye, me llevo todo el camino meando, me cagüen la leche puta, y no habéis parado en todo el día. Y me dice: ¡No, hombre, no, si nos meamos encima! Digo: ¡La

madre que me parió, si no tengo otros pantalones!

Pues bueno: así me hacía yo generalmente Almansa, Montealegre, Fuente-Álamo, Hellín, Tobarra, y después hasta Archena, de allí a Pinoso, y de allí por una senda de caballos a Villena y a Caudete. Un día me dice don Ramón Beltrán: ¿Es que no vas a Yecla? Y digo yo: No valdrá la pena ir. Y me dice: ¡Pero si es grande, nene!

Así fue como mi yayo Juan Ivars Ivars trató de vender también en Yecla, y allí fue donde conoció a mi yaya Virginia Rubio Francés y donde se instaló definitivamente el día 6 de abril de 1944. Llegó en su bicicleta de segunda mano y sin farol en una noche cerrada, con los bolsillos vacíos y las piernas acalambradas, helado de frío, pues aquel año la nieve cubría el pueblo como una postal de los combatientes de la División Azul. Así transcurrió su primera juventud, mientras yo, durante la mía, soñaba con ser escritor y vivía del cuento, y me quejaba, y mientras yo perseguía a las mujeres él perseguía la prosperidad, primero pedaleando y después de casarse en coche. La conseguiría. Mi yayo tiene hoy una casa propia de dos pisos, pero aunque se ha quedado viudo y es dueño y señor, nosotros, los nietos, seguimos llamando al palacio la casa de la yaya.

—Yayo, ¿y a la yaya te costó mucho ligártela?

—Medio año na más —dice con una sonrisa mientras besa con la boca viuda su sempiterno caliqueño.

xvi.

—Que sepas una cosa —le confesé a Andrea cuando empezamos a enamorarnos—: tengo tres defectos muy grandes. El primero es que me gusta mucho trasnochar y me pongo como la colgada de las Grecas, el segundo es que no tengo un duro y no me dan casi trabajo, el tercero es que necesito mucho tiempo para estar solo y cuando escribo me vuelvo huraño y rabioso.

Como ella no salió por patas, sino que asintió mansamente, añadí que en los últimos años, después de una serie de relaciones tortuosas, había ido elaborando una teoría compleja y me había convertido a la misoginia militante. Aunque Andrea milita en el feminismo, apenas parpadeó, así que le dije que prefería estar solo pero que, en vista de que ella se empeñaba en fastidiarme el plan, lo único que podría tolerar era una mujer que no me diera la lata, que me dejara en paz, vaya, y viendo que no se amilanaba le dije que quizás ella era la persona adecuada porque no parecía muy lista pero tampoco es que fuera fea y, como ni siquiera con esto provoqué su desbandada, la primera noche que pasamos juntos me tiré una serie de pedos espeluznantes y cuadrafónicos en la cama.

A la mañana siguiente me hizo el desayuno.

Esta mujer era un peligro.

Esta mujer estaba tan loca como para que la locura de sus antecesoras quedara como un caso de simple extravagancia.

Intenté oponer resistencia con todas mis fuerzas, pero fui cediendo a su dulzura. Tras una batalla desigual tuve que aceptar que me quisiera y recibir su amor y corresponderlo. En cuestión de tres o cuatro días hasta estaba un poco dispuesto a olvidarme de mis presupuestos teóricos sobre la maldad desequilibrada de todas las mujeres y ella buscaba un piso para los dos en Barcelona. Yo me había prometido no volver a vivir en Barcelona nunca más bajo ningún concepto, así que traté de boicotear su búsqueda quejándome y poniendo pegas. Han pasado los años. Escribo todo esto en la casa del Borne que Andrea encontró en dos semanas, donde me sigo quejando de lo poco que me gusta Barcelona aunque tal vez me guste. La vida da mucho más de lo que merecemos y a cambio nos obliga a hacernos dignos del regalo, con lo que salimos ganando doblemente.

Suelo escribir historias desgraciadas en los periódicos y en las novelas, me invento amores que acaban mal, doy a luz a personajes para que sufran sin encontrar más que una modesta redención, y a casi todos los políticos los pongo de ridículos y de tontos, pero en cambio, si escribo sobre mí mismo, tengo que hacer malabares para que usted no descubra que soy un tonto que disfruta con las historias felices. Mire lo que el amor y el dinero han hecho con Vargas Llosa y dígame si no es preferible vivir una vida amarga de soledad y de miseria.

xvii.

Vayamos hacia atrás, huyamos de la felicidad conyugal y regresemos al día en que Manuel Astur se despertó pasadas las tres de la tarde con una nueva resaca acojonante. ¿Por qué hemos sido tan frívolos? ¿Por qué a mi generación le ha pillado por sorpresa lo que estaba por venir?

Su cuarto le ofrecía a Astur el mismo paisaje de siempre: el colchón en el suelo bajo la luz pútrida que goteaba del patio de luces, las manchas de manos femeninas saludándolo en la pared, los montones de ropa sucia como bolsas de té de las que emanaba una infusión de alcohol sudado y zumo de tabaco. Astur tenía la costumbre de toser a todas estas cosas durante los primeros minutos de vigilia después de sus noches brutales de farra por Madrid. Exorcizaba a base de carraspeos los demonios agarrados a su garganta y a sus bronquios, y las paredes del piso temblaban. Habitualmente, yo oía sus explosiones de moco desde mi colchón con agujeros de colilla, pero aquel día no había audiencia para su concierto matutino. Mis padres habían venido a Madrid de visita y a la una del mediodía me los había llevado a comer.

Puesto que mis padres querían ir a un restaurante que estuviera lo más alejado posible de la cocina infecta de mi casa, me pidieron permiso para dejar a Rufo en el salón. Rufo no era un niño subnormal, sino el perro de la familia, un fox terrier que había cumplido más años que la tortuga Casiopea y que a esas alturas se había convertido en un chucho decrépito y furioso que acostumbraba a encararse con sus ojos lácteos contra una pared para gruñir a los fantasmas del pasado. Rufo nunca fue demasiado simpático y la vejez no lo dulcificó en absoluto. Mordía el aire para defenderse de cualquier posible agresión si sus oídos detectaban el más mínimo movimiento a su alrededor. Que estuviera lo suficientemente sordo como para no oír las toses y los esputos de Astur no hacía más que empeorar las cosas: notaba que te habías acercado a acariciarle el lomo cuando estabas a la distancia ideal para clavarte los dientes de su boca hedionda. Pero dejemos a Rufo y a Astur, por el momento, gruñendo a la pared y echando los pulmones por la boca.

Estar con mis padres no me resultaba tan divertido como ahora. Yo tenía muchas cosas que ocultarles debido a mi afición al alcohol, las

mujeres y las drogas, de manera que nuestras conversaciones no eran todo lo fluidas que llegarían a ser cuando me reformase. Nunca he sabido qué parte de mis vicios sabían y qué parte sospechaban, pero, de entrada, podía notar que les espeluznaba el piso que compartía con Astur. Es comprensible: mi amigo y yo estábamos viviendo una época dura y nos defendíamos de la luz solar en la planta once de un edificio de la avenida de Portugal, en el mismo piso donde había vivido Carmen Sevilla. Nos informó de esta circunstancia, muy orgullosa, la portera, sin saber que sus hijas terminarían odiándonos debido a nuestra costumbre de perder las llaves en los bares y a nuestra preferencia por despertarlas en mitad de la noche aporreando su ventana para que nos abrieran la puerta.

Fer era nuestro tercer compañero. Aunque él y yo habíamos sido muy buenos amigos, ahora no teníamos demasiadas cosas en común. Hizo esfuerzos por adaptarse a nuestras aventuras, pero tenía un temperamento mucho más conservador y apacible. Trabajaba en el Banco de España e intentaba convertirse en un hombrecito responsable. A lo largo de nuestro primer año de convivencia, Fer demostró su madurez durmiendo en casa de sus padres la mayor parte de las noches. Nadie hubiera podido reprocharle esta conducta. Dormir en aquel piso era muy peligroso, nunca sabías quién podía aparecer borracho en tu cuarto a las cuatro de la madrugada. Lo único que no logro explicarme es que las mujeres estuvieran dispuestas a penetrar en aquel tugurio para acostarse con nosotros: mi habitación, concretamente, era un vestidor en el que yo había conseguido instalar un colchón que tocaba con las cuatro paredes. Una vez abierta la puerta del habitáculo, la única posibilidad era saltar encima de la cama, cosa que no convenía hacer sin asegurarse antes de que no hubiera objetos punzantes entre las montañas de ropa sucia que hacían las veces de colcha.

Para demostrar que mi habitación no era lo peor de la casa, le diré que un día, muchos años después, Astur y yo mantuvimos una discusión acerca de la cocina. Estábamos en desacuerdo sobre una cuestión elemental: ¿teníamos microondas? Por más que aportamos datos y anécdotas y ejercitamos la memoria, al final no conseguimos desvelar el misterio. Sí teníamos, por ejemplo, un fregadero. Esto es algo muy difícil de olvidar. Estaba compuesto por dos pozas metálicas rellenas de cacharros sucios y podredumbre, de cazos que meses atrás habían servido para recalentar salchichas frankfurt y en los que ahora proliferaba la vida. Un naturalista lo hubiera encontrado fascinante: cada día brotaban y desaparecían allí billones de especies microbianas y de insectos que nos saludaban cuando nos acercábamos a beber agua, cosa que hacíamos amorrando la boca al grifo porque todos los

utensilios estaban sumergidos bajo el nivel freático de aquella marisma putrefacta. Puedo asegurarle que disponíamos también de una moderna vitrocerámica, aunque resulta más complicado recordarla, porque nos pareció el sitio ideal para instalar el vertedero cuando los cacharros ya no cabían en el fregadero. También recuerdo que teníamos un horno-crematorio y que era, de lejos, el lugar más limpio de la cocina: pocos microorganismos pueden sobrevivir a las altas temperaturas a las que calentábamos las pizzas de Casa Tarradellas que eran la base de nuestra cadena alimenticia. En cuanto a la nevera, era un sitio frío y deprimente en el que no tenía demasiado sentido curiosear. Para dar una idea exacta de su decadencia, diré que un día Astur metió allí dentro un queso de bola, y cuando fue a comérselo se encontró la carcasa vacía porque yo lo había devorado por dentro royéndole pedazos con los dientes. Me pareció divertido dejar la cáscara en la nevera para que Astur creyera que el queso seguía allí.

Sin embargo, la cocina era un lugar habitable si la comparamos con nuestro cuarto de baño. Había que cerrar siempre la puerta para que el vapor de ácido úrico no corroyera el resto de la casa. Vivimos allí dos años y no recuerdo haber limpiado nunca la taza del váter. La cisterna se había roto al poco de llegar nosotros y teníamos que llenarla con el agua de la ducha, tarea cansina que dejábamos para el siguiente la mayor parte de las veces. Puesto que Astur y yo dedicábamos casi todas nuestras energías a seducir mujeres, íbamos siempre razonablemente limpios, cosa admirable si contamos con que solo había una toalla. Él creía que era mía, yo pensaba que era de Fer y Fer no tenía que entrar en disquisiciones, porque había dejado de utilizar la ducha cuando nuestro amigo Matías Candeira rompió la alcachofa, nadie sabe cómo, y nos condenó a regarnos con una manguera. Bien: esa única toalla, del tamaño de una mopa, era tratada sin la más mínima decencia. Nos servía tanto para secarnos la cabeza como para tirarla al suelo y emplearla como secapiés. Debo decir en su honor que cumplió su cometido con valor y responsabilidad. Se enfrentó a años de duchas resacosas sin pasar una sola vez por la lavadora (¿teníamos lavadora?). Al término de su vida útil, cuando descubrimos que no era de nadie y decidimos tirarla por el balcón, había adquirido la dureza propia del cartón y podías colocarla de pie como una pajarita de papiroflexia tercermundista.

Con la mayor parte de las dependencias de la casa en este estado de profunda infrahumanidad, será fácil comprender por qué pasábamos la mayor parte del tiempo en el sofá del salón. Digo sofá, y no sofás o sofases, porque en una fiesta que organizamos en el piso nos robaron el segundo. No nos importaba, porque con el sofá que nos quedó

teníamos todo lo necesario para superar una resaca y emprender la próxima salida nocturna. Pusimos delante una mesita de cristal para no tener que movernos demasiado, y en su superficie rivalizaban por el espacio vital bolsas de patatas fritas, ceniceros y platos cubiertos de colillas, libros mojados, trozos de paquetes de tabaco, cuadernos, preservativos usados, mecheros, cáscaras de pipas, el mando de la tele, ropa interior femenina y masculina, cedés, una tarjeta sanitaria de la Comunidad de Madrid que alguien se había dejado allí y algunas botellas con más colillas sumergidas en posos de cerveza. Un día hice una foto a esta mesa y el resultado parecía la vista aérea de un poblado chabolista.

Allí, junto a la mesa-almacén-vertedero, dejamos a Rufo aquella tarde en que me fui a comer con mis padres. En los postres me sonó el teléfono. Era Astur.

—¿Qué pasa?

—Dónde estás.

—Estoy con mis padres, ¿te acuerdas?

—Ah, sí. Sí… Tío… Ehm… Me vas a matar.

—¿Por?

—Me vas a matar, joder. Me vas a matar.

Mis padres notaron que me cambiaba la cara y me miraron desconfiadamente.

—¿Qué ha pasado?

—No sé cómo lo he hecho. Pero…

—Dime.

—Esta noche me he traído un perro.

Mis padres me oyeron reír a carcajadas y su expresión cambió a la curiosidad.

—En serio te lo digo. Me he traído un perro.

—Pero macho…, ¿cómo se te ocurre? ¿A qué hora llegaste?

—Que no lo sé. Llegué esta mañana, no sé. Me he despertado hace un

rato, salgo del cuarto y me pego un susto de cojones. En el salón hay un perro. Tiene los ojos blancos y está gruñéndole a la pared. Se ha cagado en el salón y cuando me acerco a la mierda el perro se revuelve y pega mordiscos al aire.

—¡Joder!

—Tío, no te rías. Cuando me he despertado y he visto ahí un perro con los ojos blancos gruñendo he pensado que se me había aparecido el demonio, como a mi tío abuelo.

—Bueno, bueno, tranquilo, Astur. Métete en tu cuarto. Mi padre es veterinario. Cuando terminemos de comer nos vamos para allá, seguro que mi padre consigue domarlo.

—No tardéis, por favor. Me da miedo.

—Tranquilo, tú refúgiate en tu cuarto. No creo que sepa abrir puertas.

La pregunta hoy sería la misma. ¿Quién ha traído este perro rabioso? ¿Cómo demonios vamos a echarlo de aquí?

xviii.

En esa época empecé a trabajar en una empresa de publicidad viral que me permitió aprender dos cosas: la primera, que este tipo de publicidad es una forma maravillosa de ordeñar dinero a las grandes empresas a cambio de nada; la segunda, que las oficinas son un infierno abierto en días laborables. No creo que haya un tipo de persona capaz de encaramarse ocho horas seguidas en una de esas sillas giratorias sin terminar estampada contra la depresión. Según mi experiencia, la oficina solo la disfrutan los jefes, vampiros con corbata que se alimentan del aliento vital de sus subalternos. Seguro que usted sabe bien de lo que le hablo.

No dudo que habrá excepciones: seguro que las oficinas de Garrigues, Google o el departamento financiero de unos grandes almacenes son hormigueros frenéticos donde cada currito desempeña su tarea en plazos calculados y exigentes, pero sospecho que la mayor parte de las empresas españolas mantienen sus corrales llenos de oficinistas solo para presumir de que están creciendo. Los despidos se identifican con la debilidad financiera, así que una empresa con muchos asalariados manda un mensaje a la competencia: «¡Nosotros pagamos muchas nóminas! ¿Qué tal vosotros, pringados?». Pero si cada uno de estos trabajadores pudiera permitirse ser sincero y confesara cuánto trabaja realmente, es decir, cuánto tiempo necesita para cumplir su tarea sin demorarse en los cafés o ejercitar el ingenio en conversaciones frívolas por el chat corporativo, los sueldos se verían reducidos a media jornada y el paro subiría en España otros diez puntos. Una oficina es un carnaval donde la gente se disfraza de trabajador esforzado.

Cuando Alberto Olmos me dijo que la empresa donde curraba andaba buscando un asistente de marketing, yo estaba suficientemente harto de la carrera de Periodismo como para creer que nunca me dedicaría a esta profesión. No tenía ni idea de lo que era el marketing, pero le supliqué a Alberto que diera buenas referencias de mí. Gracias a su ayuda y a un currículum provisto de imaginativas exageraciones, conseguí abrirme camino en mi primera entrevista de trabajo. Me preparé esa conversación mejor que cualquier examen de la carrera. Me recibieron en la oficina y allí dentro vi un ejército laborioso de soldados encorvados sobre sus ordenadores. El paisaje me parecía exótico como una jungla: las plantas mustias y decorativas, los logotipos impresos en el mobiliario barato como pinturas indias, las

cristaleras diáfanas y la salita provista de microondas, nevera y máquina de café adonde me condujeron para hacerme la entrevista..., todo emanaba un aroma a corporativismo norteamericano y lanzaba destellos de eficiencia deslumbrantes.

La directora de recursos humanos era rubia, menuda y hermosa. Cualquiera que haya buscado trabajo sabrá que una entrevista laboral es muy parecido a ligar tomando un café: hay que impresionar a la otra parte exagerando las virtudes, ocultando los defectos y llevando la simpatía a un extremo indecoroso. Me di cuenta de que la mujer que tenía delante deseaba ser seducida, pero en mi inexperiencia empecé a confundir los objetivos. Ella me dijo que no podían pagar demasiado pero a continuación soltó una cifra anual superior a todo el dinero que yo había visto junto jamás, y fantaseé con gastarlo con ella en un viaje a las islas Fiyi. Me hizo algunas preguntas sobre mi actividad en internet, y yo traté de adornar ese árbol raquítico para darle la apariencia de un abeto navideño preñado de regalos que nuestros hijos desenvolverían en dos o tres años. Durante la hora siguiente, estuvimos hablando de mis aspiraciones y de mi visión del mundo como si me hubiera cazado una estudiante encandilada. Viendo que era simpática, me puse a hacerle bromas y nos dio la risa varias veces. Ella me habló de la tesitura de oscuridad financiera que atravesaba el sector y yo me vi capeando tormentas económicas mientras ella se agarraba a mi brazo musculoso.

A la semana siguiente, recibí una llamada en la que me informaban de que el puesto era mío. Llamé a mis padres lleno de júbilo para demostrarles que el dinero que habían invertido en mi formación empezaba a dar frutos incluso antes de terminar la carrera. Era pronto para saber que el sueldo, que me parecía digno de un chalé en Mirasierra, se iría en forma de orina química por el sumidero de un millón de antros de mala muerte en mis noches de farra con Astur, quien, mientras yo ascendía a la superficie insegura de la vida laboral, estaba sumergiéndose en la ruina económica más desastrosa.

Ni que decir tiene que mi idilio con la directora de recursos humanos no prosperó. Las miradas que le lanzaba desde mi asiento rebotaban contra la pila de currículums que sepultaba su mesa. Además, yo tenía que centrar toda mi atención en el primer trabajo al que se enfrenta cualquier bisoño en el ramo de la publicidad: enterarme de qué demonios se vendía allí. Aunque estaba a las puertas de un infierno tedioso, me creí envuelto en una aventura apasionante. Había aterrizado en un planeta desconocido cuyos habitantes llevaban a cabo tareas incomprensibles. Me costó un par de meses comprender a qué se dedicaba la empresa y otro más abarcar el alcance de mis

funciones en aquel ambiente de luz fluorescente y material de papelería anodino. Tuve que familiarizarme con el léxico relamido del marketing y con los productos misteriosos que vendía aquella expendedora de banners y campañas en las redes sociales. Me di cuenta de que cuando bautizaban un producto con un nombre como Long Tail Social Media Pack, en realidad no había ningún paquete, ningún producto, sino dos redactores usando un centenar de cuentas falsas de Facebook para que un cliente adinerado creyera que los consumidores estaban muy interesados en su bazofia.

También empleé los primeros meses en conocer bien a mi jefa, una búlgara pálida y sonriente cuyos escotes vertiginosos eran un mirador a las colinas nevadas. Al principio congeniamos muy bien. Ella era joven y dinámica, y aunque estaba casada con el director general de la empresa creaba pequeños espacios de complicidad conmigo. Se mostró didáctica y comprensiva con mi desorientación inicial, y gracias a su pedagogía fui entendiendo mis tareas. Consistían, básicamente, en ensalzar las maravillas de nuestros productos en diapositivas de PowerPoint, encarcelar en Excel las campañas que culminaban con el éxito o elegir el regalo corporativo de Navidad. Sospechaba que, a medida que yo fuera ganando experiencia y seguridad, empezaría a acometer trabajos más interesantes, pero enseguida hice amistad con algunos compañeros de otros departamentos y los currantes del lumpen oficinesco me sacaron de mi ingenuidad.

Me iba con ellos a soplar un cortado en las cafeterías ominosas de la calle Zurbano y me divertía mucho, porque sus conversaciones giraban en torno a la mediocridad de todos los jefes. Aunque yo era el único esclavo de mi búlgara y tenía una relación amistosa con ella, el resto de trabajadores me ayudó a comprender la verdad que se ocultaba tras las horas largas de mi jornada: mi jefa me había contratado para que su departamento duplicase su peso en el organigrama. Algo había sospechado yo al ver que dedicábamos tres meses a algo tan sencillo como elegir un regalo navideño para nuestros clientes. Mi función específica era hacer creer a los tiburones del departamento comercial que mi jefa tenía alguna relación con el flujo de dinero que corría hacia las arcas de la corporación, así que cualquier faena intrascendente y sencilla se convertía en algo grande y trabajoso. Lo importante no era trabajar, sino que ellos vieran que trabajábamos.

A partir de ese momento, el horizonte se convirtió en una diapositiva de PowerPoint y el tiempo en mi enemigo más mortífero. ¿Cuánto se tarda en llenar de pantallazos doce diapositivas y escribir dos o tres páginas de texto corporativo? ¿Una hora en un día de resaca, media

hora un martes por la tarde? Al principio, mi deseo de complacer a mi jefa me había empujado a terminarlo todo rápidamente. Descubrí que ella agonizaba inventándose nuevas misiones para su empleado a jornada completa, pero eso no era lo peor: cuando andaba escasa de imaginación, fingía que yo había hecho mal alguna cosa y me obligaba a repetirlo todo, dando buenas voces para que todos mis compañeros percibieran la complejidad de mi trabajo y la perfección de resultados que se me exigía. Supe que me iría mejor si prolongaba mi escasa lista de tareas en un festival de tedio interno y cara de concentración hasta el viernes a última hora. Nunca lo hablé abiertamente con la búlgara, pero creo que ese fue nuestro acuerdo tácito. Cuando ella me abroncaba por mi improductividad o por presentarme a las once de la mañana con las ojeras por las caderas, yo podía notar que disfrutaba, que se sentía realizada. Me gritaba que teníamos demasiado trabajo como para andar perdiendo el tiempo de esa manera, chillaba que se nos estaba echando encima el plazo, y su papel en la empresa quedaba reforzado. Yo era su blindaje, su escudo contra las suspicacias que despertaba su matrimonio con el director general. Para servirla con lealtad, me entrené en la habilidad de consultar los periódicos digitales con la expresión de un matemático ante un problema irresoluble.

Sobrevivir al aburrimiento fue mi trabajo más difícil, así que inventé algunas bromas pesadas para entretenerme. Semanas atrás habían contratado a una jefa de producto, para lo cual habían tenido que inventarse ese cargo. La elegida fue una latinoamericana de cuarenta y cinco años cuya autoridad amenazaba a todos los departamentos como un navajazo transversal, con lo que rápidamente se granjeó el odio unánime de todos los trabajadores. Como era autoritaria y sudamericana y además se teñía el pelo de rubio, le calzaron el apodo de Criolla. Así se referían a ella en el canal de chat de los curritos, al que ningún jefe tenía acceso. Un buen día, esta especie de tabernáculo virtual del lumpenoficinado estaba echando humo revolucionario. Ponían a parir a la Criolla en represalia por la bronca que ella le había metido a una chica del departamento de informática. Traté de azuzar el linchamiento y les animé a inventar una historia, una especie de culebrón venezolano en el que la Criolla tenía asignado el papel de madrastra maligna y nosotros planeábamos su asesinato. Cuando la historieta estaba llegando a un clímax, bien surtido de jajajás y de insultos crueles, yo cambié mi nick y mi foto de chat para disfrazarme de Criolla. Escribí una sola línea:

Je je je, qué grasioso, ¿y quién es la Criolla? ;)

Rápidamente volví a ponerme mi nick y mi foto de perfil, pero

entretanto el aire de la oficina se había convertido en sílice. La informática abroncada, que había desatado el linchamiento, exclamó ¡hostias!, y acto seguido se asentó un silencio propio de la sala de espera de una planta de cirugía neurológica. Los más temerarios se atrevían a escudriñar a la Criolla de soslayo mientras ella, totalmente ajena al pánico desatado, fijaba la vista en la pantalla de su ordenador con su habitual expresión de velocirraptor que busca un par de niños para merendar. Dejé que la situación se prolongase durante unos minutos que debieron de parecerles siglos a mis compañeros, y al final confesé la broma. Las carcajadas se oyeron en los edificios contiguos de la calle Zurbano. La Criolla, ajena a todo, seguía mirando su pantalla con su cara dinosáurica.

Sin embargo, estas bromas no llenaban suficiente tiempo en mis jornadas de ocho horas. Mientras estudiaba la carrera, yo había terminado un par de novelas mediocres y ahora me había propuesto hacer como Camilo José Cela y escribir mi Familia de Pascual Duarte en la oficina. Sin embargo, rápidamente comprobé que un local diáfano es enemigo de la concentración. Tendría que llenar el tiempo con distracciones más efímeras, porque en cualquier momento podía tener al director general respirando encima de mi cogote. Dado que aquella era una empresa de publicidad online, me abrí mi propia cuenta de Facebook sin sospechar que me estaba granjeando mi futuro acceso al columnismo de opinión.

En fin. Cuando llevaba un año en la empresa todo se había deteriorado. La crisis económica empezó a ser notoria en las portadas de los periódicos que leía hasta las doce del mediodía fingiendo que trabajaba, y entonces empezaron los despidos de verdad. Yo me había propuesto ser expulsado de la empresa, así que me quedaba escribiendo en casa hasta las seis de la mañana y al día siguiente mandaba un email porque estaba muy malito de la barriga, o salía con Astur a quemar el miércoles noche y el jueves por la mañana había enfermado de anginas. Había empezado a perfilar un plan imposible, dado que mi único papel en la empresa era mantener un puesto de trabajo amparado por un departamento que no servía para nada. Empecé a trabajar tan despacio y tan mal que hasta mis tareas más simples quedaban inconclusas. En medio de una serie de despidos en los demás departamentos, el ambiente se enrareció y las conversaciones en la cafetería de la calle Zurbano dejaron de ser divertidas. Había miedo: mi trabajo financiaba juergas, pero el de algunos compañeros apuntalaba tétricas hipotecas. Nuevas cabezas rodaban cada mes, y mientras el director trataba de animarnos con discursos aprendidos en algún programa de motivación del IED, mi improductividad voluntaria empezó a enfadar de verdad a mi jefa. Las

broncas ya no eran de opereta, pero la idea de echarme y admitir que su departamento era prescindible ni se le pasaba por la cabeza.

Tuve que irme yo, y así, mientras los periódicos que leía reducían sus plantillas sucesivamente, me vi sin subsidio de paro ni perspectivas de trabajo en mitad de ese desierto árido que hoy nos resulta familiar. Sin embargo, estaba feliz de que mis días de oficinista hubieran terminado. Las calles de Madrid eran luminosas un miércoles cualquiera a las once de la mañana. Mientras mi cuenta corriente se quedaba sin un euro, me puse a la tarea de terminar una buena novela, con la esperanza de que eso me abriera nuevas fuentes de alimentación. Empezaba una época de supervivencia mediocre, de aspiraciones frustradas, de nomadismo forzoso. El signo de Venus iba a profundizar la desazón.

Hoy, tras unos años de pobreza absoluta y después de muchos giros inesperados, tengo delante de mi casa de Barcelona una oficina de Hacienda. Sus ventanas son desde las mías el 13 Rue del Percebe de la burocracia. De noche me quedo escribiendo en el despacho. Me voy a la cama cuando los funcionarios ocupan sus cubículos tocados por la burocrática luz del alba y me levanto pasadas las once. Enfundado en mi bata, la taza de café en la mano, veo cómo trabaja el hormiguero y brindo soñoliento a la mala salud de Adán.

Vivo en el descreimiento, preguntándome cuántas oficinas quedan abiertas y para qué están trabajando esta mañana. Cuanto más aprendo sobre el mundo, menos cosas entiendo. Puede que un día me desprenda incluso de la solemnidad. Eso habrá que celebrarlo sin brindis.

xix.

Y lo cierto es que fuimos unos niños hermosos en un gran país. Cuando yo tenía seis años el mundo era perfecto, pero entonces la gorda de mi madre trajo una especie de rana morada envuelta en mantas, y la gorda de mi madre adelgazó y a mí me dijeron que tenía un hermano sin comerlo ni beberlo. Aquello daba asco verlo porque era sietemesino, tenía la barriga redonda y las patas y los dedos los retorcía como si fuera venenoso. Y me dijeron que qué nombre le íbamos a poner a mi hermano y yo prefería tener por casa un primo David en vez de un hermano, así que les dije que le pusieran David a ver si me salía primo. Pero ellos querían ponerle Paco como mi tío Paco, porque yo me llamo Juan como mi padre y mi tío y mi yayo y mi abuelo y mi primo, y parece que en mi familia no son muy de variar con los nombres, así que al final mi hermano se llamó Paco David porque yo insistía y mi madre estaba estudiando Psicología y a ver si se iba a montar una guerra de celos según la teoría del príncipe destronado, vaya tontería. Pues bueno, la guerra de celos no, pero es que Paco David era una mierda de hermano que olía mal pero todo el mundo a ver a Paco David, mis abuelos y mis yayos y mis tíos a ver a Paco David, que echaba peste y se cagaba, y ya no estaba morado sino rosa para hacerse con el cariño de toda la familia, pero yo sabía qué clase de zapo era y me encargué de decírselo aunque él todavía no sabía hablar, pero yo creo que algo entendía porque le estuve diciendo la clase de bicho venenoso que era y se puso a berrear, y antes de que viniera mi madre a darle teta pues yo le dije que además de un zapo venenoso lo habían traído los gitanos y él no era mi hermano ni mi primo David sino una criatura de los gitanos y encima venenoso.

Bastante tenía yo con aguantar que nos hubiéramos ido de Murcia a Alcantarilla y que ya no podía ver a mi amigo Perico ni a Carlos ni a Alejandro ni a Javi Gómez Valle ni a Ione que era mi novia, ni iba al Félix Rodríguez de la Fuente sino a Nuestra Señora de la Salud donde conocí a mi amigo Antonio Galiano, que no estaba mal pero siempre quería ir a San Roque y nada más que jugar a la pelota y en fin, que mejor Murcia, pero por lo menos en la casa de Alcantarilla me dieron una habitación para mí solo y allí guardaba yo mis juguetes, mis muñecos de jiman y los monstruos y el tente y todo eso, así que decidí que en mi habitación, por lo menos, no iba a entrar ni de coña el gitano venenoso de Paco David. Bueno, pues fue creciendo y de pronto ya andaba y un día le compraron un váter para él solo que no era un

váter, sino un aro de plástico para poner encima del váter de la gente normal para que el zapo venenoso no se colara y se fuera por la cañería. Pues va Paco David y no se le ocurre otra cosa que meter la cabeza por el aro de plástico para el váter porque yo creo que lo que él quería era meterse por la cañería e irse con los otros zapos venenosos o con los gitanos, y se puso el aro de plástico del váter como si fuera un collar y empezó a decir que estaba guapo, pero cuando quiso sacarse el aro de plástico para el váter no podía, le hacían freno las orejas o le habría engordado la cabeza mientras él decía que estaba guapo y todos riéndole la gracia, y un agobio que te mueres, porque le daban tirones al aro de plástico y no salía, y yo pensé que a Paco David le iban a tener que arrancar las orejas o la cabeza y creo que yo iba llorando y diciendo que a mi hermano le iban a tener que arrancar la cabeza, un agobio que te mueres, y le pusieron aceite de oliva para ver si resbalaba el aro de plástico por la cabeza y yo iba por el pasillo gimiendo y dando vueltas porque no quería ver cómo le arrancaban la cabeza, pero al final se lo sacaron con el truco del aceite de oliva, que se le ocurrió a mi padre que estudiaba Veterinaria, y Paco David conservó las orejas y la cabeza y no volvió a adornarse con un aro de plástico, que es para no colarse en el váter e irse por las cañerías con los otros zapos venenosos.

Como aquello le gustó al muy subnormal pues desde entonces le gustaba adornarse con lo que pillaba, se ponía faldas y se ponía pendientes de los de pinza que se ponen sin agujero en la oreja, y hacía como que era muy guapo, y lo que más le gustaba era mirarse al espejo y le gustaba tanto mirarse que pegaba la cara al cristal y decía que era muy guapo. Porque lo que él quería, ahora que se había vuelto rosa o color carne, era que todos le dijeran que era muy guapo y hacía monerías todo el rato para llamar la atención y se adornaba con todo lo que pillaba por ahí. Y mi madre me decía pues déjalo entrar en tu habitación, porque él estaba llorando por el suelo porque yo había tenido que pegarle para que no entrara en mi habitación, todo lo que tocaba lo ponía pegajoso y lo rompía, y yo no quería que se acercara a mis muñecos jiman y mucho menos al tente a ver si iba a perder una pieza o a tragársela, así que cada vez que intentaba entrar en mi habitación yo le pegaba y encima venía mi madre y lo defendía. Pues como él se adornaba yo también me adorné un día, y me puse la gallina roja de la panera en la cabeza como si fuera un gorro y una funda de almohada enrollada a los hombros y un guante y en la mano un dinosaurio de plástico y pulseras de plástico y salí así con esa pinta al salón para ver si les gustaba a mis padres, pero entonces va Paco David y me copia y se pone encima una tela grande y se hace un gorro con trapos y coge sus juguetes que son más grandes y sale así y todo el

mundo a decir que está muy guapo, así que yo fui y cogí su sirenita Ariel y se la tiré por el váter para que llorara, y le dije que se había ido la sirenita Ariel por el retrete y que era un maricón porque le gustaban las muñecas más que los jiman, pues qué clase de maricón querría eso.

Yo a mis padres les hacía dibujos, que creo yo que si les hacía tantos dibujos de regalo podrían haberse conformado y no traer a nadie más a casa, pero bueno, adivina, pues Paco David empezó a hacer dibujos también y al principio los hacía fatal y yo se lo decía pero luego empezó a hacer los dibujos mejor, y yo con miedo por si dibujaba mejor que yo, así que empecé a decirle que vaya mierda de dibujos y si podía los pintarrajeaba o los rompía, por gitano. Había muchas formas de hacerle llorar y yo las gastaba todas y me inventaba formas nuevas, en el asiento de atrás del coche que era un Ford Fiesta de color gris con una raya roja porque era Ford Fiesta Bravo, mejor que el Ford Fiesta, pues allí en el asiento de atrás yo chinchaba a Paco David en los viajes, le clavaba el dedo en las costillas y cuando él se revolvía para defenderse como un gitano pues yo gritaba lo de ¡aaaah que me está pegando joeee! y mi padre mirando la carretera y ¡a ver si me voy a tener que cagar en la leche, como pare os dejo aquí! y mi madre girando la cabeza para atrás y ¡Paco, deja a tu hermano tranquilo! y el gitano venenoso ¡campezao éh! y yo ¡quesmentira campezao éh! y cuando mi madre se daba la vuelta para delante, a lo mejor ponía una cinta y Paco David quería oír siempre el rey león y encima cuando sonaba la música cantaba él por encima para hacerse notar y yo otra vez le clavaba el dedo en las costillas y él gritaba y yo gritaba más y decía ¡quemestá pegando! y mi padre ¡sal con ellos de viaje, no jodas! y mi madre ¡pero queréis parar! y pensaban que había empezado él y yo lo miraba y decía flojo para que lo oyera él solamente ¡tomatomatoma! y así todo el viaje, aunque fuéramos a Águilas a ver a los abuelos o a Yecla a ver a los yayos, pero es que Paco David cantaba todo el rato por lo bajinis y eso no había quien lo soportara.

Y en casa de mi abuela era guay porque ella me guardaba las hueveras de cartón para que yo jugara con ellas, que para mí que eran naves espaciales cuando ponía los juguetillos del kinder sorpresa en los huecos para los huevos, y había algún muñeco pero no tantos como en mi casa pero mi abuela me llevaba al tío de los veinte duros a comprar una pistola de agua o bollicaos o dónuts blancos o de chocolate y el resto del tiempo podía dibujar y mi abuela me daba todo lo que yo necesitaba y me rascaba la espalda, pero Paco David empezó a pedir también sus cosas, le gustaba el queso más que los dónuts al muy gilipollas y subnormal, y mi abuela empezó a darle lo que pedía y

empecé a chincharlo también en casa de la abuela, y mi abuelo en el sillón: ¡a ver si me dejáis ver las noticias tranquilo! y mi madre ¡estaros quietos ya! y mi abuela ¡que sois hermanos, venga, Juan, vente conmigo que vamos al tío de los veinte duros! Y en casa de mi yaya era mejor todavía, porque estaba mi prima Alejandra que la llamaba yo Alejandruna Moruna, que era más pequeña que yo pero muy divertida y nos gustaba irnos al segundo piso y montar allí el museo o jugar a los pobres, que éramos dos pobres que vivían en la casica de María Jesús, y allí todo el día pidiendo limosna a gente imaginaria que pasaba y qué vamos a comer, Dios mío, qué vamos a hacer con nuestro hijo, y nuestro hijo era imaginario porque a Paco David no le dejábamos jugar con nosotros, yo no sé lo que estaría haciendo él por casa de la yaya pero ojalá se pinchara con alguna aguja de las de mi tata Virginia de las de coser, y mi prima y yo jugábamos a los cazafantasmas con una lámpara que lanzaba patatas y a los pobres y a beso o mano que nos teníamos que dar un beso o un tortazo como en un programa de la tele. Y entonces me inventé un juego allí en la casa de mi yaya, porque el segundo piso estaba abandonado y no vivía nadie, y estaba lleno de trastos y había dos habitaciones sin ventana, muy oscuras, y allí podíamos romper cosas mi prima Alejandruna Moruna y yo sin que nos cayera bronca, y cuando venía mi primo David Puche Pérez, que vivía en la calle Maestro Mora con su madre, que era una madre muy guay porque jugaba a la consola y lo llevaba a Eurodisney pero luego se murió y David se quedó sin madre, y yo le dije que si las bolas del dragón fueran de verdad y las reuniéramos y pidiéramos un deseo qué pediría él, y yo sabía que iba a responder que pediría al dragón mágico que resucitara a su madre, porque el dragón mágico podía resucitar a Son Goku y a Krilin y a quien le pidieran, y aunque yo sabía que David iba a decir eso de su madre pues se lo pregunté igual porque quería oír cómo lo decía. Bueno, pues en el segundo piso inventé un juego, que es lo que iba a decir, que consistía en la casa del terror. Y si estaba Alejandruna Moruna, pues con ella, y si estaba David pues con David, que molaba más porque era más alto y más bestia, y el caso es que el juego era que poníamos lanas en forma de telaraña agarrándolas a los muebles y haciendo la trama, y poníamos muñecos con cabezas de maniquí y con trajes de comunión que había abandonados en el segundo piso, y nos escondíamos en las habitaciones oscuras, y el juego era que los pequeños, mi hermano y los primos Pacoco y Ángel y todo eso, que ya habían nacido y sabían andar, tenían que subir y hacer todo el itinerario de la casa del terror y nosotros pegándoles sustos, disfrazados de monstruos, y ellos bajaban llorando y gritando por las escaleras. Bueno, pues cuando le tocaba subir a Paco David, yo le decía a mi primo David o a Alejandra que ahora teníamos que dar

el susto de la vida, el susto grande, y la consecuencia fue que Paco David empezó a tener terrores nocturnos por la noche y yo lo oía berrear y pensaba: ¡tomatomatoma!

Cuando emprendimos nuestra travesía a Tánger, ciudad mágica al otro lado del mar bravío, yo me lancé a la pasión melosa del amor, a sus reminiscencias violetas como flores malignas con el tuétano del placer en sus corazones, y conocí a Fanny y te amaré por siempre, amor mío, mi amor, mi vida. Todo lo que queríamos era estar juntos, estar solos como dos velas en mitad de un templo desolado, como los dos últimos náufragos del naufragio de la vida que se hundía a nuestro alrededor en Tánger, catástrofe aromática, hada disfrazada de puta parisina, engalanada de gasas y magia. Tengo quince años y la amo, tiene quince años y me ama, solo queremos estar juntos, solo nos comprendemos el uno al otro y lo demás no importa, lo demás son ogros obscenos de maldad intrínseca, crepitaciones absurdas y entelequias malvadas, los dos escribimos, los dos somos poetas, nuestra alma palpita, pero hete aquí que Paco David, obeso y molesto, se ríe de mí.

Y mi vida en Tánger será dura porque mis padres no entienden la magia que palpita en mi corazón ni el alto amor al que me ha destinado la diosa Fortuna con su aspecto de puta parisina y sus gasas engalanadas. Ellos no ven las flores púrpuras y añiles que brotan como milagros de mi corazón. Mi hermano se aliará a la causa de mis padres, será el esbirro obsceno del imperio familiar, una dinastía vetusta y decadente, de maldad intrínseca, crepitaciones absurdas y entelequias malvadas, un imperio que se derrumba. Nosotros, mi amor y yo, solo pensamos en vivir felices y solos entre las ruinas desoladas, entre los muros derrumbados de edificios modernistas recargados de frutos pétreos, pero ese diablillo obsceno de maldad intrínseca siempre quiere colarse, toca su flauta, después ha pedido una guitarra y la toca, hace ruido y viene a molestarme cuando yo, encerrado en mi habitación, que es mi palacio vetusto y decadente, escucho música y pienso que ya solo quedan nueve horas para ver a mi amor en el instituto. Y el muy hijo de perra, en la puerta:

—¡Uuuuuuh Faaaanny, amorsitoooooooo!

—¡Hijo de una puta parisina enferma de sífilis!

Me fui a estudiar a Madrid con el corazón libre, dispuesto a todo, con la agenda vacía, y al fin me había liberado de mis padres y de mi hermano, y también, por qué no admitirlo, me había librado de Fanny y de su amor empalagoso. Y aprendí a escribir mejor, y aprendí a vivir

mejor, y aprendí a beber peor, y así siguió la historia, así se la he contado hasta que un día, cuando yo todavía trabajaba en la oficina de publicidad viral, me llamó mi madre porque estaba inquieta con algo que le pasaba a mi hermano. Hasta ese momento, mi hermano todavía no se había convertido en una persona tridimensional en mi mapa del mundo. Era todavía un crío sin interés, mi odio infantil se había extinguido pero no había en ese mocoso nada que me interesara de verdad. Sí que tenía algunas curiosidades. Había aprendido a hablar árabe mejor que yo, y por algún motivo había pedido una guitarra cuando cumplió nueve años, y mis padres le regalaron una de juguete pero él protestó porque quería una guitarra de verdad, una que se pudiera tocar. Y se la compraron y él sacó «Entre dos aguas» de Paco de Lucía, no completa, solo la melodía principal, que punteaba con un solo dedo, y esto es bastante inusual, porque en mi familia nunca habíamos escuchado flamenco. ¿Sería porque siempre le dije que lo habían dejado en casa los gitanos? Hoy quiero pensar que sí, porque mi hermano se ha convertido en un astro de la guitarra y soy tan vanidoso que quiero creerme que tuve algo que ver.

Bien: mi madre me llama a la oficina y me dice que está inquieta porque mi hermano no está tocando bien la guitarra. Lo habían apuntado a clases de clásica con un marroquí que se desesperaba porque mi hermano lo aflamencaba todo, y poco a poco iba sacándole mejor música a esa guitarra barata, pero de pronto, sensibilidad materna, aunque todos creían que tocaba bien y él se enfadaba, mi madre insistía en que el sonido salía mal de la guitarra. Así que mi madre me dice que le pida a Paco que toque algo por el teléfono, para que yo compruebe si toca mal, si pasa algo, y cuando Paco toca una seguidilla o una rumba o yo qué sé por el teléfono no hay nada que me parezca extraño. Pero mi madre tiene razón. Lo descubriremos más tarde, cuando Paco, en el recreo del instituto, vaya a pedir un bocata a la cantina y no pueda encontrar las monedas que suenan en su bolsillo. Se lo contará a mi madre y ella, alarmada, le vendará los ojos y le dirá que vaya cogiendo con la mano derecha una serie de objetos. Le pondrá un paraguas y unos cubitos de hielo envueltos en un trapo y le preguntará:

—¿Qué has cogido?

Y Paco, los ojos vendados, responderá:

—Lo mismo dos veces.

Ellos ya viven de nuevo en Murcia, han abandonado Tánger, y de ahí en adelante les esperan los hospitales de la región: la primera prueba

médica demuestra que Paco está perdiendo la sensibilidad en la mano, pero el médico lo atribuye a la distonía focal, que es la enfermedad de los guitarristas. Paco ensaya con su guitarra muchas horas al día y parece ser que el túnel carpiano que lleva los nervios por la muñeca se puede inflamar por el sobreesfuerzo, así que no hay que alarmarse. Pero mi madre, con su sensibilidad materna, está intranquila. Y la intranquilidad se convierte en terror cuando mi hermano deja de mover la mano y empieza a notar un cosquilleo en la pierna. Viviré esta etapa vertiginosa de escáneres y tacs y pinchazos en la espalda de mi hermano desde Madrid, desde la oficina, pegado al teléfono, y en cuestión de dos semanas habrán descubierto que no es distonía focal lo que tiene sino un tumor en la médula, agarrado a las vértebras del cuello, avanzando entre el intersticio vertebral y presionando la espina.

Y hay que operar, y no puede ser más difícil ni más peligroso. Hay que sacar esa masa que crece a toda velocidad apagándole las extremidades a mi hermano, y para sacarla hay que abrir la nuca y separar las vértebras y limpiarlo todo con sumo cuidado porque un paso en falso es la parálisis permanente o la muerte, y Paco, por teléfono, me dice que lo único que le importa a él es que después de la operación pueda volver a tocar la guitarra. Pero ¿quién va a operar a un chaval que tiene un tumor agarrado a los huesos de las vértebras y que crece hacia el canal medular? ¿Quién se atreve? Mis padres dan un rápido sobrevuelo y hablan con doctores, y al final es un neurocirujano joven quien se atreve. No es cálido en las esperanzas, aunque hay en él un tibio lugar para el optimismo.

Mi hermano entra en el quirófano. Yo viajo a Murcia. Me manda un mensaje de texto donde me dice que esté tranquilo. Yo le digo que le quiero y creo que es la primera vez que lo digo totalmente en serio, sin rencores. Cuando llego al hospital mis padres no se alegran de verme, apenas se levantan. La operación lleva muchas horas, que se multiplican por cien en el interior de mis padres, quietos como dos agujeros negros: en el tren he leído el periódico, que dice que hoy mismo han descubierto una estrella que se apagó hace millones de años en alguna parte remota del espacio.

Finalmente sale el cirujano. La operación ha ido bien. Parece que lo hemos sacado todo. Creemos que la médula está bien, pero es pronto para decir si Paco recuperará la sensibilidad total en la mano, si podrá volver a pulsar las cuerdas de su guitarra. Pero hay algo más. El neurocirujano se apellida Ros, y mi padre le da un abrazo. ¿Qué pasa, qué pasa ahí? Mi padre fue su profesor de biología en el instituto. Su alumno ha salvado la vida de su hijo.

Viendo que mi madre no consigue reponerse, nos dejan entrar, envueltos en gamuzas, a la sala de cuidados intensivos. Mi hermano está despertándose de la anestesia. Tiene la cabeza encajada en lo alto de un collar de plástico recio que por un momento me recuerda a ese día remoto en que se le ocurrió adornarse con el aro de plástico para poner encima del váter. Tiene los ojos abiertos. Nos mira y nos reconoce. Y al hacerlo, ¡magia!, levanta la mano derecha, la que se le había quedado totalmente inmóvil, y agita los deditos como si estuviera tocando una guitarra. Mi madre rompe a llorar, mi padre está paralizado, supongo que le pasa por dentro la vida como un tren de mercancías con su alumno el doctor Ros haciendo de maquinista. Mi madre le da besos muy flojo en la cara a mi hermano, y en ese momento, mi hermano susurra algo en su oído. Mi madre rompe a reír como una loca. Mi padre qué pasa qué ha dicho.

—¡Que si tengo porros para venderle! ¡Mira cómo ha confesado que fuma porros! ¡A ver quién se enfada ahora!

Poco después dejé la oficina porque hay cosas más importantes que hacer, como ser pobre y tener un hermano guitarrista que fuma porros.

xx.

La yaya Virginia fue quien peor se tomó mi huida de la oficina, aunque si ella hubiera sabido en qué clase de antros me pulía el sueldo, con qué clase de compañías me lo bebía, su disgusto se habría transformado en alivio y en alegría. Hay aspectos de la vida de un nieto que es mejor mantener apartados del reino de bondad de las abuelas, así que yo asentía amorosamente cuando ella repetía que la cabecica en su sitio, Juan, y que el trabajo dignifica.

Este es un refrán típico, lo hemos oído millones de veces, pero últimamente le estoy dando muchas vueltas, como si fuera una nueva teoría de la física cuántica, y como si yo supiera qué demonios es la física cuántica.

Observo a los funcionarios de la oficina de enfrente de casa y me pregunto por qué mi yaya insistía en repetir esa bobada de que el trabajo dignifica. ¿Qué dignidad aporta abrir el expediente de un contribuyente, la tierra en una mina, las tripas de un pescado, una pestaña en el navegador para mandar un mail al jefe? ¿Qué hay de digno en cobrar quinientos sesenta euros netos al mes pasando productos por la caja registradora de un supermercado, en barrer los desperdicios que echan por la calle esos ciudadanos que no saben dónde queda la papelera más cercana? ¿Dignifica traducir una novela de seiscientas páginas por mil y pico euros, escribir por encargo la biografía de una famosa analfabeta, corregir exámenes, ponerse el uniforme? ¿Dignifica quitarse el vestido, arrodillarse, bajarle la bragueta a un calvo? ¿Dignifica cuadrar a los soldados del regimiento, cuadrar un balance de cuentas, cuadrar la ciudad guiando a los turistas de un monumento hasta el siguiente?

Yo digo que no, y aún diré más: lo que dignifica es un buen salario por un trabajo bien hecho, y como esas cosas empiezan a ser pura ciencia ficción, diré también que lo que parece dignificar últimamente es percibir un sueldo con muchos ceros a la derecha como asesor, o revolcarse en un paquete de acciones de una empresa puntera, o heredar unos cuantos palacios y unas fincas tras el feliz fallecimiento de una tía abuela condesa. Al menos, esa es la clase de trabajadores de uñas esmaltadas y zapato brillante que van por el mundo como una encarnación de la mismísima dignidad.

Dicho de otra forma: el peluquero que se muerde el labio mientras da tijeretazos certeros a una cabellera enrevesada no se dignifica, ni tampoco el camarero que aconseja al cliente con tanto interés como si fuera a compartir mesa con él, ni siquiera el médico que consuela a su paciente mientras busca la salud perdida entre las membranas horrendas de una enfermedad. No es su trabajo lo que los hace dignos: son ellos, buenos trabajadores, quienes llenan cualquier trabajo de dignidad. Fue el doctor Ros quien dignificó la cirugía cuando operó a mi hermano Paco, es mi hermano Paco quien dignifica el flamenco cuando toca la guitarra, soy yo quien intenta desesperadamente dignificar el columnismo aunque la mayor parte de las veces consiga empeorar las cosas. Subrayad esto porque es una de las pocas certezas que he aprendido: hay menos personas indignas de su trabajo que trabajos indignos de las personas que los desempeñan. ¿Es una obviedad? En ese caso, será una obviedad que mucha gente ignora.

A mi yaya no le reprocho que me repitiera aquella cantinela porque me sirvió para aprender más cosas sobre la historia de España. Ella vivió en un país devastado por las bombas, en un páramo medievalizado que se recomponía a base de trabajo, en una España contradictoria en la que se habían cometido crímenes horrendos y en la que se seguían cometiendo otros, antes el fratricidio y después la venganza legalizada, mientras la gente humilde daba pasos lentos hacia un futuro sobre el que casi nadie tenía tiempo de especular.

Pero las cosas han cambiado drásticamente en muy pocos años. José Sacristán ilustró el caso en una entrevista reciente con una parábola que me gusta mucho: la del hombre que va al grifo. Dice así, más o menos: un señor va al grifo de la fuente del pueblo con su cubo, abre la espita y no sale agua, así que tiene que andar hasta el río para llenar el balde. Al día siguiente, el tipo vuelve al grifo, lo abre y sigue sin salir agua; otra vez al río con el balde. Pasan los meses y el tipo sigue yendo al río, ya no prueba con el grifo, está hecho al camino del río y al peso del cubo, pero entonces otro hombre abre la espita y empieza a brotar de nuevo el agua. Se forman colas en el grifo, la gente está contenta de no tener que caminar hasta ese maldito río que está a tomar por saco. De repente, un día, sin venir a cuento, sin que nadie sepa qué ha pasado en las cañerías, el agua del grifo empieza a salir caliente y todos están más contentos todavía. Lo que ayer les parecía un lujo de pronto se transforma en la costumbre y más tarde en vital necesidad. Sin embargo, pasan treinta o cuarenta años y un día el grifo deja de soltar agua. Abren la espita desesperados y no cae ni gota, ni caliente ni fría. Los hijos de los hombres que fueron al río tienen que aprender a llegar al río. Tienen que coger el cubo, darse la caminata y volver con el cubo lleno de agua fría a sus hogares. Mi

yaya murió poco después de que el agua dejase de brotar, pero creo que conservó la esperanza de que el grifo volviera a funcionar de nuevo un día de estos.

Pero los días pasan y se convierten en meses, hace un año que te fuiste, yaya, y quienes nacimos en los tiempos del agua caliente y gratis nos enfrentamos ahora al dilema del balde y el río. ¿Dignifica ir al río y volver cargado con un cubo lleno de agua helada? Y lo que es más importante: ¿es ingenuo conservar la esperanza de que el grifo vuelva a funcionar un día de estos? Escribo esto en mayo, en mayo de 2016, y voy de camino hacia otro río, hacia la desembocadura de un río que vierte las páginas de este ensayo al mar, donde todo lo que he escrito se perderá hasta que usted lo rescate con sus redes. En ese momento, posiblemente se haya olvidado que ayer el presidente de la CEOE dijo en un periódico que eso de los sueldos altos y la seguridad laboral son cosas del siglo xix. Lo dijo textualmente, no me lo invento: el tipo que en mayo de 2016 es el presidente de los empresarios españoles no tiene la menor idea de cómo se trabajaba en aquella época de esclavitud, y si la tiene, trata de engañar a los lectores de un periódico. Dijo también este imbécil que trabajar para ganarse el pan es cosa del pasado, que ahora hay que trabajar para mantener el puesto, y que podemos darnos con un canto en los dientes. Primero sospeché que el hombre se había vuelto contra los suyos y estaba haciéndoles campaña a los partidos de izquierdas, pero luego me di cuenta de que simplemente dice lo que piensa. No considera que una declaración como esa pueda alterar la deriva continental. Sabe que ni el partido más radical conseguirá subvertir las políticas de austeridad que nos dicta Europa. Mire lo que pasó en Grecia. Me pregunto: ¿seguirán las cosas igual cuando usted lea esto? ¿Seguirá el grifo dándole la razón al presidente de los empresarios españoles?

Me parece improbable que las cosas cambien, pero también me parecía imposible conseguir un trabajo o amar a una mujer que me quisiera y no me pusiera de los nervios, y aquí estoy, sacando tiempo del trabajo para escribir este libro y sacando tiempo de este libro para retozar con mi Andrea. Si la vida de un hombre cambia tan inesperadamente, ¿por qué nos cuesta tanto creer que la vida de un país puede cambiar del mismo modo? Apuntaré ahora los motivos de mi escepticismo con la única esperanza de que la realidad me deje por idiota.

Los tiempos en los que mis abuelos empezaron a conocer la prosperidad, cuando el grifo empezó a soltar agua caliente, el mundo que conozco, el que queda cerca, España, estaba tiritando entre los dos témpanos de la Guerra Fría. La propaganda comunista se filtraba

al otro lado del Muro de Berlín y prometía a los ciudadanos de Europa occidental la dignidad y la igualdad eternas. Aunque era fácil enterarse de que la vida en esos países era asquerosa, los estados capitalistas tuvieron que volverse humanos y manejables porque existía una alternativa. Tipos muy inteligentes tuvieron la idea de disolver la lucha de clases en un jarabe más exitoso que la Coca-Cola, la Clase-Media, y se implantó la socialdemocracia capitalista con sus elecciones, sus libertades, sus jubilaciones y sus bajas por enfermedad. El sueño de la Ilustración se había hecho realidad, el sueño de la Restauración se había hecho realidad, ¡la revolución moderada había triunfado! Y yo sospecho que fue gracias al comunismo. Me explico: sospecho que, paradójicamente, el comunismo maltrataba a sus habitantes pero nos salvaba de los excesos a nosotros, los capitalistas. Sospecho que el comunismo liberó a los trabajadores de la esclavitud en los países capitalistas. Sospecho que los habitantes de los países comunistas fueron nuestro chivo expiatorio.

A los tontos, a los impulsivos, la cronología nos basta para creer que estamos entendiendo los procesos complejos que mueven el mundo. Ronald Reagan y Margaret Thatcher dieron su famosa vuelta de tuerca neoliberal cuando la Unión Soviética colapsaba. Sin un enemigo ideológico al otro lado, el capitalismo ya no necesitaba a nadie que lo controlase. Sin una alternativa real, habiéndose demostrado desastrosa esa alternativa, ya no había posibilidad de elección.

xxi.

No me convence lo que me cuentan los políticos españoles de izquierdas, que después de lo de Grecia han dejado de hablar de la deuda y de Europa, pero creo que pronto va a ser necesaria una alternativa que nos ayude a los pringados a soportar los rigores del mundo globalizado.

Mi camada nació en mitad de un estruendo. Nos dijeron que era la Unión Soviética que se derrumbaba, pero ahora hemos descubierto que el ruido eran las grietas de los cimientos de la socialdemocracia liberal. Nací cuando el aceite de colza envenenaba a los pobres; cuando crecí la burbuja inmobiliaria estaba a punto de reventar y no quedaban en España industrias que salvasen a los obreros en paro. Cuando era pequeño, los pobres eran flacos; cuando me hice grande los pobres se habían convertido en obesos.

Hoy hay una pobreza rica en grasas saturadas, una pobreza de salchichas frankfurt a treinta y cuatro céntimos el paquete de seis, una pobreza de espaguetis marca blanca y de briks de tomate frito por menos de la mitad de un euro, una pobreza Sálvame.

Ahora me doy cuenta de por qué empecé a escribir todo esto, este manifiesto autobiográfico, esta colección de recuerdos y de incongruencias. Empecé a escribir sobre España y a pensar en mis abuelos, los rojos y los de derechas, como Manuel Astur empezó a escribir sobre España y pensaba en sus padres o José Pablo García se puso a hacer cómics sobre España y pensaba en el Pequeño Ruiseñor o Sergio del Molino empezó a escribir sobre España y se fue de viaje por los pueblos vacíos de provincias.

Las almas sensibles son las primeras que perciben los cambios. Escribimos sobre España porque nuestra época se parece en una cosa a la de nuestros abuelos: es una época de incertidumbre.

Es mi incertidumbre lo que he contado, por eso este libro no ha tenido línea recta.

Es mi incertidumbre lo que me empujó a conocer mejor a mis abuelos y a escribir un poco sobre sus vidas.

Es mi incertidumbre lo que me hace dirigirme a usted y mostrarle mis

contradicciones con la esperanza de que seamos amigos.

Mi incertidumbre porque vienen tiempos difíciles y nadie sabe adónde nos llevan. Mi incertidumbre porque se nos olvida que España es toda ella incongruencia. Mi incertidumbre porque cada día hay menos tolerancia. Mi inquietud porque hay quien piensa que el vecino es su enemigo mortal.

Pero sobre todo, es mi incertidumbre porque no sé.

Mi incertidumbre porque no tengo las cosas claras.

Así es como deberían acabar todos los manifiestos.

¿Quién está conmigo? ¿Estoy conmigo?

Pues ni sí, ni no.

Junio de 2016, en Barcelona



i. La escritura o la vida

Por qué fui expulsado de la Retaguardia Madrileña

Digo que fui miembro de la Retaguardia Madrileña con orgullo, es una medallita que cuelgo en la pechera de la biografía y muchas veces la miro, la abrillanto y me da la risa acordándome de las jornadas gloriosas de aquella sociedad, más discreta que secreta, de la que fui expulsado igual que el resto de los miembros. La Retaguardia Madrileña solo tenía una regla: la componían escritores que no hubieran publicado nada, es decir: quien llegaba a la librería, salía.

Se imaginará que la Retaguardia Madrileña era una reunión desesperada. Se celebraba en la cervecería La Grande de Madrid, y ahora, muchos años después, siempre que paso por la ciudad recalo en esa barra a beber y llorar recordando los días épicos de la Retaguardia. La Grande la regenta un barman brillante y netamente madrileño, es decir, un asturiano de metro y medio y coleta cana que tira las cañas con tanta maña que las convierte en oro fresco.

Años antes de que inaugurásemos la Retaguardia, íbamos a emborracharnos a La Grande el Gran Poeta, su Ayudante y algunos alumnos después de las clases en una escuela de letras (¡también desaparecida!), y éramos una parroquia tan fiel que el hijo del barman, que es dibujante en periódicos de Alemania, hizo una caricatura del Poeta en el tablero de una de las mesas. No se la hicieron por poeta, sino por dipsómano leal, y como el hombre acabó regresando a su León natal mucha gente mira su retrato en la mesa y piensa que está muerto.

Por este motivo le dije a Manuel Astur que teníamos que reunir a la Retaguardia Madrileña allí: porque el Poeta es el más grande de España, porque la gente lo margina y le tiene miedo y prefieren pensar que está muerto, pero en cualquier momento volverá como el Cid a repartir espadazos poéticos a los moriscos de la experiencia y expulsará a García Montero de Granada.

Astur y yo tramamos aquel movimiento bélico-cultural de escritores y artistas inéditos con toda la seriedad y solemnidad que merece la ocasión: en calzoncillos y de resaca, de Resaca Madrileña, en el salón destartalado de un piso once que compartíamos.

—¡Hay que dar una hostia en la mesa! —me decía Astur, y yo tenía miedo de que lo intentara porque la mesa del salón era una ciudadela de botellas vacías y vasos de cristal y ceniceros atiborrados.

Como todos los escritores inéditos, nos creíamos genios y estábamos cabreadísimos con los que ya publicaban. Todos nos parecían muy malos. La santa Luna Miguel era el sumidero de muchas de nuestras conversaciones sobre el Enemigo Literario. Aunque nos considerábamos libres de los tópicos no sabíamos que meterse con Luna Miguel era un tópico en España, y tampoco teníamos referencias de que esa mujer, casi niña entonces, escribe buenos poemas.

Lo que hace posible la guerra es que los soldados no leen las cartas que sus enemigos envían a sus novias y a sus madres.

Así que nos reuniríamos cada jueves en La Grande para despotricar contra todo el personal. Hicimos una lista de gente que considerábamos brillante e injustamente silenciada. Cada día se hablaría de un tema, se leería un libro, se quemaría otro. Todo sería brillante y literario y artístico y rencoroso y guerrillero, y quedó claro el sentido de la palabra Retaguardia: nosotros estamos esperando mientras los mediocres se matan unos a otros. Entraremos al campo de batalla a masacrar a quienes se sostengan sobre las patas de sus cabalgaduras y nos repartiremos el botín.

—¿De qué hablamos en la primera, Astur?

—De Curzio Malaparte.

—¿Cómo?

—¡Te he hablado mil veces de Malaparte, joder!

—Sí, sí, perdona. —Y empecé a buscar en Google a Malaparte disimuladamente.

Nos acomodábamos en torno al retrato del Poeta y pedíamos la primera ronda. Antes de que consiguiéramos centrar el tema de la charla en Malaparte, ya nos habíamos ventilado la cerveza y estábamos pidiendo otra, y para cuando los demás miembros de la Primera Retaguardia llegaron, estábamos tan borrachos y tan entusiasmados que jamás se habló de libros o de arte, o al menos no se habló de libros o de arte de la manera gloriosa que habíamos planeado.

Pero funcionaba. Nuestra convocatoria funcionaba. A la primera

sesión acudieron Cristóbal Fortúnez, Leo el de Nudozurdo, Susana Mullet y Xabel Vegas, que debía de ser su novio porque no le quitaba ojo de encima y no nos dejaba ligar con ella, como hubiera correspondido a un grupúsculo underground con una sola chica. La inclusión de Cristo y Leo provocó una polémica, porque uno triunfaba con Fauna Mongola y el otro estaba llenando salas con esa canción que hablaba sobre el hombre que se creía el Hijo de Dios. Pero como ambos tenían más altas aspiraciones, se les permitió asistir. Reconozco que jugó a su favor el amiguismo que tanto criticábamos.

Tampoco hubo problema: después de la primera sesión, atronadora y caótica, ni Cristo ni Leo volvieron nunca más, y no me explico por qué, pero es cierto que no recuerdo gran cosa de la primera sesión de la Retaguardia.

Con el tiempo, como la gente preguntaba por la caricatura del Poeta, fuimos estableciendo la historia de que era el mejor Poeta de España, que murió casi desconocido por el público por culpa de sus enemigos, más famosos y peores. Los participantes de las sesiones iban variando, y la historia del Poeta Muerto llegó a los oídos más inesperados.

Así pasaron los meses y las retaguardias, mientras las editoriales rechazaban nuestras novelas y Luna Miguel seguía apareciendo con su sonrisa o su expresión melancólica en las revistas que odiábamos porque no nos sacaban a nosotros. Y entonces llegó la última sesión de la Retaguardia, la más populosa, la más escandalosa.

Estábamos un grupo de diez o doce, recuerdo a Angy Cohen y a Roberto Wiydn y a mi hermano y a un famoso Novelista, que por estar tan publicado no tenía derecho a participar en la Retaguardia, pero nos caía muy bien a todos. Había dos camareras nuevas bastante guapas en La Grande. Se podía fumar todavía en los bares. Provocábamos bruma, éramos surtidores de sueño y sombra y humo y de pronto, al otro lado de la niebla, vi al Poeta en la barra. Se había cortado la coleta como Steven Seagal. No se le reconocía a la primera.

Puse varios vasos vacíos para cubrir totalmente la caricatura de la mesa y me fui a la barra y saludé al Poeta con un abrazo. El resto de la Retaguardia estaba enzarzada en alguna discusión de alto nivel, menuda sorpresa les iba a dar cuando regresara a la mesa con el Gran Poeta, ídolo muerto y resucitado. Mientras charlaba con él, una de las camareras me preguntó si yo era el que organizaba las reuniones literarias.

—Yo mismo.

—Es que a mí me gusta mucho la poesía —dijo la vestal, haciendo oposición para convertirse en musa de todos los poetas pagafantas.

—Puedes venir cuando quieras —dije, y el Poeta me miraba divertido desde su vaso de gintonic.

—Oye, y os reunís aquí para homenajear a un poeta muerto, ¿no? —El Poeta dejó el vaso en la barra.

—Sí.

—¿Y cómo se llamaba?

Miré al Poeta de reojo. El aire se cristalizó a mi alrededor. Pronuncié con una mezcla de temor y locura su nombre y apellidos. Esperé recibir el golpe del vaso de gintonic en la cara, pero entonces el Poeta soltó un grito y cogió por los hombros a la camarera.

—¿Y sabes qué es lo mejor de los poetas difuntos, chiquilla? —gritó—. ¡Que resucitan en las barras de los bares!

Y tuvo que enseñarle a la camarera el DNI para que ella creyera en la resurrección.

Contento de que el Poeta aprobase el mito de su propia muerte, me lo llevé a la mesa donde estaban todos los demás y lo presenté con alharacas, y todos se admiraron de lo bien que resucitaba este hombre.

El Poeta se sentó entre nosotros, bebió con nosotros, nos alentó y nos insultó a todos y repartió naipes e hizo trucos de magia. Recitó sus propios versos, bebió más ginebra y al final estábamos todos tan borrachos que la Retaguardia naufragaba en una de esas tormentas marítimas tan corrientes en Madrid. La Grande bogaba como una cáscara de nuez en el temporal y nos balanceábamos y en un momento dado, nadie sabe cómo, el Poeta y el Novelista se dieron de hostias. Cuando hubo que pagar, le dijimos al Poeta que pusiera la pasta y él sacó del bolsillo un tubo de pasta dentífrica y vertió su contenido encima del dinero que habíamos puesto los demás sobre la mesa. Acto seguido, se guardó el botín en el bolsillo, de donde mi hermano terminó sacando el dinero cuando el Poeta se quedó dormido con la barbilla apoyada en el pecho.

Lo despertamos amorosamente después de pagar cientos de euros al dueño de La Grande. Éramos los últimos pobladores del bar, así que Astur acompañó al Poeta al taxi. Me cuenta que le dijo al oído:

—Eres el Poeta más grande de España.

Poco después, a mí me publicaron una novela y fui expulsado de la Retaguardia. Luego publicaron un libro de poemas de Astur y tuvo que expulsarse a sí mismo, y así pasó más o menos con todos, que daban sus primeros pasos hacia una gloria literaria mezquina y municipal.

Odian tu rebeldía y odian tu talento

Fijaos en lo que hacéis cuando mondáis una naranja porque el gesto está lleno de simbología: sois escultores, la naranja es la piedra y la cinceláis despacio hasta hacerla comestible. Pasa igual con la página vacía donde aparecen las letras: vuestro talento y vuestro oficio arrancarán el blanco a cada letra y al final contemplaréis la victoria de Samotracia o un gato feo de Botero.

Los dos gestos son metáforas de la vida de un joven.

Hace algunos años, yo acababa de llegar a Madrid para estudiar la carrera. No conocía a nadie, estaba loco, me creía rebosante de talento sin domesticar y buscaba, como los protagonistas de los libros que había leído, un café Gijón donde encontrar tratos de favor. La primera semana me fui para allá con una carpeta llena de relatos y poemas. Al caminar dentro del salón, los espejos reflejaron a un chico salvaje y ampuloso. Me había comprado una americana demasiado grande y las hombreras me daban la apariencia de un títere. Lo era, hay manos invisibles que nos cincelan y nos arrastran de un lado para otro.

Me senté en una mesa y me pregunté si sería una lápida dada la vuelta, como en la novela de Cela. Luego me pregunté si Cela se habría sentado en esa misma silla, o si habría sido Fernán Gómez, o Azcona, o cualquiera de los literatos que habían crecido entre aquellas paredes sucias de humo y de lírica. Al fondo, en un rincón, detecté una mesa repleta de hombres viejos. Iban todos ataviados con americanas de colores pardos. Brotaban cabelleras blancas como plumeros de húsares. Decidí observarlos antes de dar un paso en falso.

Desde mi posición, aquellos hombres parecían envueltos en las manos de la ilusión de ser escritor. Gesticulaban contundentemente pero era imposible escuchar su conversación, apenas unas palabras sueltas que no recuerdo pero que me impresionaron, debieron de ser asamblea, proyecto, fracaso, talante o jerarquía. Tuve la impresión de que confabulaban contra el Gobierno. Tuve el deseo de ser viejo y estar con ellos como un camarada, y esta fantasía, ser viejo, tener camaradas, es la única de aquel tiempo que todavía no me ha abandonado.

El caso es que la carpeta me quemaba en las manos. Las palabras que

yo había dejado dentro revoloteaban como moscardones delante de mi cara. Vino un camarero y quise pedirle un café con leche, que es lo que bebían en La colmena, pero el camarero me tuvo que preguntar dos veces con un ¿qué? muy castizo, sin delicadeza alguna, porque la voz se atascaba en mi timidez. Antes de que me trajeran la cuenta me armé de valor y me acerqué al grupo de la esquina.

No reconocía ninguna cara, pero al mismo tiempo las reconocía todas. Debía de haberlos visto en las solapas de los libros, aunque me gustaba declarar ante el espejo, como Dorio de Gádex, que jamás leía a mis contemporáneos. El desprecio que sentía hacia los escritores vivos no me dio el valor suficiente para hablar con aquellos. Y sin embargo, ya estaba plantado delante de ellos.

—¿Quieres algo?

Les acerqué la carpeta como si les estuviera pidiendo limosna.

—Buenas tardes, vengo de provincias y me gustaría que ustedes valorasen estas cosas que he escrito.

Me devolvieron el mismo ¿qué? áspero con que me había respondido el camarero. Me temblaban las piernas y volví a pedirles que leyeran lo que traía. Uno de ellos, con patillas blancas y frondosas, como Umbral o un general alfonsino, sonrió a la concurrencia y me arrancó la carpeta de las manos. La abrió despacio, extrajo algunas hojas, y mientras leía yo seguí el curso de las arrugas de su cara como si fueran las líneas de mi propia mano.

Luego le pasó las hojas a otro, calvo, con un gran bigote grasiento y decimonónico. Se miraban entre sí y sonreían. Por un momento pensé que estaban aceptándome. Después de todo, mi talento era innegable, más grande que el de todos ellos. Los desprecié mientras leían, me parecieron inútiles, jueces apolillados, cegatos y cínicos. Al fin, el de las patillas umbralianas me dijo:

—Usted tiene mucho talento, pero debería trabajar más.

Los otros lo secundaron. Me sentí humillado y los convertí en jueces santos, en los doce apóstoles, aunque fueran menos. Les di las gracias y me encaminé a la salida lleno de resentimiento hacia mis propios textos, que tiré a la papelera.

No volví al café Gijón hasta la noche del 11-M, después de los atentados. Reconocí al de las patillas entre la concurrencia y le pregunté al amigo que me acompañaba:

—¿Qué escritor es ese?

Y mi amigo me dijo:

—¿Escritor? ¡Es un zote que no ha leído en su vida más que el prospecto de las pastillas del reúma!

Hoy he conseguido restituirme. Me escribió un chico joven a través del café Gijón de las redes. He leído sus textos y, después de comentárselos, he dicho:

—Tú tienes mucho talento, pero deberías trabajar más.

Ahora me detesta, pero algún día escribirá lo que ocurre a continuación.

Yo plagié a Roberto Iniesta

Confieso que plagié al cantante de Extremoduro porque ha nacido el movimiento plagiarista. La publicación Doce cuentos del sur de Asia, libro fabuloso y difícil de encontrar, incluye un manifiesto que dice, plagiando a Rajoy, que en el arte todo es plagio menos alguna cosa que no lo es.

Y esta es la historia de mis plagios:

Con trece años vivía en un pueblo de Murcia y me gustaban dos cosas: Extremoduro y una rubia de Barcelona. A mis amigos murcianícolas no les gustaba Extremoduro, así que pensaba que era un grupo desconocido para todo el mundo. Respecto a la rubia de Barcelona, era una niña como yo, hija de una amiga de mi tía. Cuando vinieron a Murcia a visitar a mi tía, me enamoré perdidamente de ella.

Fue el primer amor, resplandeciente y huidizo como un pájaro tropical. A los pocos días, madre e hija se volvieron a Barcelona y yo corrí y me estrellé contra la sordidez de mi pueblo. Escuchaba a Extremoduro todo el día. Sus letras canallas de poetas muertos reconfortaban a un chico que no había conocido otra poesía. Sufría como Roberto Iniesta, de una patada rompía el sol, el sol de invierno, y creía que lo sabía todo del amor. El instinto me dijo que este amor había que sostenerlo por correspondencia y empecé a enviarle poemas a la rubia. Eran todos plagios de Extremoduro. Deformaciones de sus letras, edulcoraciones de hipoglúcido romántico. La niña rubia respondía pletórica. Así pasó un tiempo largo. Mis plagios de Extremoduro volaban como las hojas del calendario, y ya habíamos cumplido catorce cuando nos volvimos a encontrar.

Esperé en la estación durante horas, aunque sabía perfectamente cuándo llegaba su tren. Finalmente apareció el Talgo. El corazón se aceleró mientras frenaba la locomotora. Los vagones abrieron las puertas y el andén se convirtió en una multitud. Enseguida la vi, rubia y risueña. Iba a abrazarla, apartaba a gente alta y apresurada, pero cuando estaba a punto de alcanzarla vi algo que me paralizó por completo. Mi amor vestía una camiseta de Extremoduro.

¿Creen que dijo algo? ¿Que se rio?

No: ya dominaba la delicada crueldad femenina. Su madre me preguntaba qué tal iba el curso y yo solo pensaba en las cartas que había enviado, en mi condena. Mi madre, que estaba al tanto de mis sentimientos aunque yo se los negase con malos modales, me dijo:

—He lavado tu camiseta esa horrorosa de color negro.

—¡Estúpida! —le chillé, y corrí a esconder mi camiseta delatora.

Arranqué los pósters y recortes de revistas de rock que empapelaban mi habitación. Hice desaparecer el rostro de Roberto Iniesta de mi corcho como si me hubiera convertido en un Stalin con malas purgas. Conservaba la esperanza de que la rubia llevase la camiseta solo por gusto estético, que no hubiera escuchado nunca el grupo, y hasta me reconfortaba la posibilidad de que no hubiera leído los poemas de mis cartas. ¿Qué clase de amante puede tolerar esta idea? El que ha sido infiel, o el que ha plagiado.

Pero las horas pasaron sin que mi amor me recriminase el plagio. Conversábamos mucho. Era la única persona en el mundo con quien yo podía hablar de política. Con catorce años resulta fascinante la política, ese territorio poblado por hombres malos y poderosos que conectan los villanos de la niñez con los de la edad adulta. Nos sentíamos grandes y sabios, denunciábamos las injusticias del mundo y nos asombrábamos de nuestra mutua sensibilidad con los niños de Biafra. En el fondo estábamos furiosos por una injusticia aún mayor: vivir tan lejos el uno del otro.

Pero de todas las conversaciones que hubiera querido mantener, ninguna era tan urgente como Extremoduro. Soñaba con ir a un concierto suyo, con conocer a Roberto Iniesta y marchar con él a lo alto de una colina para leer poesía al viento y a la oscuridad. Y ahí estaba ella, con su camiseta de Extremoduro. Tan cerca y tan lejos. Flor que espera a la abeja, o planta carnívora en busca de una mosca que devorar.

En fin: ella se marchó con su madre sin avergonzarme, sin tararear eso de «Dónde están mis amigos». Gracias, niña, por haber desarrollado tan pronto esa mezcla de compasión y crueldad. El efecto de su camiseta la hizo tan poderosa que ni siquiera me atreví a besarle los labios. Cuando se marchó, el amor se había acrecentado. Volvía el tiempo de la nostalgia. Regresaba la necesidad de mantener correspondencia. Por esa época empecé a escuchar a Silvio Rodríguez. Y no había nadie en mi pueblo que lo conociera. Así que…

Consejos para un escritor atascado

Sonó el timbre mientras yo escribía una nueva cumbre de la literatura universal. Suponiendo yo que sería la gloria literaria o al menos una musa desnuda y tórrida, fui a abrir. Lo que encontré me dejó estupefacto: mi amigo Jacinto entró a mi casa como perseguido por los demonios.

—¡Estoy atascado, atascado con mi novela! —graznó.

Así que aparqué mi tarea sagrada, cerré el portátil para evitar que me robase unas líneas y me dediqué a escuchar a mi gran amigo.

—¡Es el fin, el fin de mi carrera literaria! —empezó—. Como sabes, llevo once meses escribiendo mi primera novela. Todo iba viento en popa. Cuando me acuesto, escucho en mi cabeza los programas de Radio 3 que darán hablando bien de mi libro; leo las críticas enjundiosas en las que intelectuales de la talla de Peio Riaño adivinarán las motivaciones que me llevaron a escribirlo; perfilo cuál será mi estrategia, quiénes serán mis amigos, quiénes mis padrinos, quiénes mis enemigos. ¡Hasta Peón quedará asombrado! ¡Me pondrá cinco estrellas en Goodreads!

—¿Y se venderá el libro?

—¡Por supuesto! ¡A miles, qué digo, a millones! Pero sobre todo fuera de España. Lo escribo sin citar geografía para que funcionen bien las traducciones.

—Buena estrategia. ¿Qué problema tienes entonces? Te veo bien encaminado.

—¡Es el fin! —rebuznó, y la luz que había aparecido en sus ojos mientras proclamaba los efectos de su novela desapareció como un mosquito que choca contra una lámpara incandescente—. Le contaba a una chica en una discoteca el argumento de mi novela. La chica estaba rendida a mis pies, yo notaba en su mirada que era una mujer sensible y ella se daba cuenta de que yo soy un genio y de que mi argumento es insuperable. De pronto, la bruja me dijo: me recuerda un poco a una de las historias de Raymond Carver. ¿Carver?, dije yo. ¡Pero mi estilo es enrevesado, nada que ver con esa cosa escuálida de Carver! ¡Bebo Joyce! ¡Bebo Pynchon!

Fui a la nevera a ver si tenía en casa alguna de esas bebidas, pero al no encontrarlas le di un vaso de agua con bicarbonato. Mi amigo siguió contándome sus penas. Resultó que a la mañana siguiente, después de dejar a la muchacha en la cama, salió a buscar el libro de Carver y encontró que el argumento de su novela tenía, efectivamente, paralelismos difíciles de soslayar con uno de los cuentos de Catedral.

—¡El trabajo de once meses! —gemía.

Apenado por el destino de la carrera literaria de Jacinto, le di una bofetada, luego otra, y le dije que se serenase.

—Si has venido a mí es porque esperas un consejo.

—Sí —lloriqueó, más calmado después de mis bofetadas y el agua con bicarbonato—. Sé que das clases de creación literaria, pero sé sobre todo que eres un literato pujante. No he leído tus libros pero estoy seguro de que son buenos. Amigos míos escritores dicen que sí, que son aceptables, aunque tampoco los han leído.

—Entre escritores contemporáneos, querido, lo prudente es no leernos —dije complacido.

—Bien, pues me arrastro ante ti para que me des consejo. ¿Qué hago?

Y después de recomendarle que si su novela se acababa pareciendo mucho al cuento de Carver dijera que era un homenaje, le di mis consejos literarios.

Hay dos vías hacia la gloria literaria: la de los lectores y la de los críticos, y en España, que is different, estas dos vías rara vez se cruzan. Por suerte, ambas son igual de accesibles para cualquiera que sepa usar con soltura el corrector ortográfico del Word. Abriendo mucho los ojos y mirándome con ellos a través de sus gafas de pasta, mi amigo Jacinto escuchó lo que yo decía con la atención que solo encontramos en esos escritores a los que estamos hablando de ellos mismos.

—El camino de los lectores pasa por escribir sobre lo que está de moda. Vampiros un año, brujas al otro… Debes estar atento a lo que llena las mesas de las librerías y tener en cuenta que hay elementos que se mantienen por encima de las modas. La CIA y los templarios son dos organizaciones plenamente vigentes siempre. Inclúyelas si quieres ir por la vía de los lectores.

—¡Puede hacerse! ¡El personaje Ambrosio du Jardins podría trabajar

para la CIA y, si añado unos capítulos explicatorios, podría ser un vampiro de todas todas!

—Perfecto. Hazlo de inmediato. Pero ojo, otro elemento clave en el camino de los lectores es hacer capítulos cortos y usar un lenguaje sencillo, diríase que chabacano aunque escritores de la talla de Arturo Pérez-Reverte hayan conseguido enrevesarlo sin perder lectores.

Aquí mi amigo torció el gesto de la manera en que lo tuercen todos los escritores cuando oyen el nombre de uno que vende muchos libros.

—Creo que iré, pues, por el camino de los críticos.

—En cuanto te vi me imaginé que sería tu elección. Bien. Escucha: el camino de los críticos sirve para cualquiera que sepa juntar cuatro letras y tenga algunas referencias bibliográficas. No importa lo que hayas leído, no importa que hayas leído o no en toda tu vida, lo importante será que se te note a ti leído. Impón tu sabiduría literaria, trata al lector como si fuera un ignorante, complica tus páginas hasta dejarlas convertidas en sopas de letras desordenadas. Emplea palabras como «correlato» o «gentrificación».

—Ah, ¡la gentrificación, qué fenómeno interesante! Tiene mucho de eso mi libro porque…

—Déjame terminar. Escucha a los que hablan sobre internet y copia cuanto quieras de sus parrafadas. Adorna el mundo de la noche, haz que parezca trascendente, y no te prives de ninguna droga de diseño pues te vendrán bien para desordenar más todavía tus ideas. Si no sabes cómo cojones acabar una trama en la que te has metido, deja un final abierto. O pasa a otra cosa y menciona a David Lynch si alguien se atreve a criticarte. Ah: mete pobres en tu novela. Los pobres son agradecidos. Con esto te habrás embolsado no pocas críticas en medios digitales de gran pujanza en Twitter. Importante: mientras escribes, crea expectativa en las redes sociales. Que se te espere con impaciencia y con temor. Llena tu manuscrito de citas, cogidas de donde sea, y no te preocupes si no tienen coherencia unas con otras. La coherencia es conservadora, es un corsé inútil. Procura que no se entienda nada y que la lectura de tu libro se convierta en una tortura. Da lo mismo, porque en España nadie lee los libros hasta el final. Pero cuando se publique, porque se publicará sin duda en una editorial pequeña y exclusiva, habla como si tu libro estuviera tocando todas las verdades fundamentales. Procura escribir tú el texto de contracubierta, y no olvides mencionar que eres «uno de los escritores más prometedores de tu generación». En cuanto a tu desenvoltura en

círculos literarios, muéstrate distante, no seas simpático con nadie y habla mal de los demás escritores sin citar jamás sus nombres, salvo en pequeñas reuniones con otros escritores. No leas nada nuevo. Refúgiate en el valor de los clásicos, pero intenta leerlos lo menos posible. Así, sin leer nada, conseguirás lo que esperan de ti los críticos: serás original.

—¡Así aprenderá ese Carver!

—¡Así aprenderá! —le dije. Y tras despedirlo, volví a abrir mi portátil y compartí en Facebook que había regresado, al fin, a la escritura de mi novela.

Crónica del desahucio de un escritor

En los primeros años de la crisis, llamaron a la puerta del domicilio de un escritor muy amigo mío. Lo que ocurrió a continuación todavía me resulta increíble. He recordado la historia en el curso sobre Francisco Umbral que hemos impartido unos cuantos forofos suyos en El Escorial, reunidos por Antonio Lucas y acompañados por España, la viuda de Umbral.

Siempre que se juntan más de dos escritores con público delante se acaba hablando de lo pobres que nos hemos quedado, y yo quiero contar lo que pasó cuando llamaron al timbre de la casa de mi amigo y una secretaria del Ayuntamiento, envalentonada y predispuesta a ponerse borde, pasó ligera hasta el corazón de la casa. El escritor estaba hablando por teléfono. Cuando vio el tropel de policías y operarios rumanos y la hoja de desalojo que le ponía delante la secretaria, dijo:

—Te tengo que dejar, vienen a desahuciarme.

—¿Cómo?

No hubo respuesta. Los invitados eran muy diligentes y muy profesionales: antes de que mi amigo les hubiera podido ofrecer un té, ya estaban empaquetando teteras y biscotes, confinando a cajas de cartón recién ensambladas galaxias de vinilos, bosques de libros y archipiélagos de porcelana, y descolgaban cuadros que dejaban cercos fantasmagóricos en la pared mientras mi amigo el escritor iba palideciendo.

Había vivido razonablemente bien con el dinero de sus libros durante los años noventa, pero en el secarral de 2010 no le llegaba ni para la factura de la luz. Ada Colau, el Hada de los Desahuciados (y espero que próxima alcaldesa de Barcelona), sabe muy bien que una persona en trance de perder el techo llora o suplica. También los hay, como Cristina Fallarás, que se rebotan y acaban hablando en la tele de lo puta que es la vida.

Mi amigo el escritor no hizo ni una cosa ni la otra.

Uno de los rumanos que estaban vaciando las estanterías se quedó mirando la foto de contraportada de un libro. Luego comprobó que el

nombre de la cubierta era el mismo que aparecía en la orden de desalojo. Operario y escritor se miraron:

—Sí, soy yo. Soy el autor.

Nadie gritó: «¡El autor, el autor!».

La secretaria del Ayuntamiento levantó los ojos de los papeles burocráticos que traía consigo y se quedó estupefacta. El escritor desenfundaba su arma, una pluma, y preguntaba al rumano cómo se llamaba.

—Nico...

En la primera página de su ensayo sobre la amistad, el escritor echó una amable caligrafía: «Para Nico, mi amigo, en un día muy especial de mi vida».

Había vivido en esa casa durante veinte años. Por allí pasaron pintores y cupletistas, escritores y cineastas, camellos y yonquis, travestis y abogados, editores, fontaneros y hasta futuros enemigos.

—Aquí firmé grandes contratos editoriales —le explicaba a uno de los policías, y acto seguido le dedicó un ejemplar de una de sus novelas históricas—. Muchas veces el editor o el capitoste de tal o cual proyecto quedaba convencido de mi capacidad viendo lo cuidado que tengo mi despacho. Las formas son muy importantes, caballero.

Y tanto que lo son. En el despacho de mi amigo había un busto de Sócrates y un cuadro gigantesco del Panteón. Cuando la secretaria del Ayuntamiento se quiso dar cuenta, todo el equipo de desalojo formaba una cola ante la mesa del escritor, como en la Feria del Libro. Eran ya media docena los hombres que esperaban su dedicatoria. Aquellos ejemplares fueron los únicos que se salvaron de ir en una caja a los depósitos del juzgado.

Cuando Francisco Umbral llegó a Madrid, muchos años antes, había decidido ser escritor y quería seguir la máxima baudelairiana, «ser sublime sin interrupción». A mi amigo no le gusta mucho Umbral, pero podría haber aplicado el mismo lema a su vida. La diferencia es que Umbral, con tinta de periódico en las venas, vivió en una ciudad más barata y más manejable, y se alargó en una vida que comprende los años más lucrativos de la profesión.

—Yo he hecho lo mismo, con la misma pasión, desde hace mucho tiempo. He escrito libros y los he querido como a mis propios hijos —

le contaba el escritor a la secretaria del Ayuntamiento. La que entró como una leona, ahora se había puesto más suave que un gato y tenía lágrimas en los ojos—. Cada vez tengo que hacer más cosas, más artículos, más proyectos, guiones, guías de viaje, y ya nada de esto me ha servido para mantener la casa —añadió mi amigo sin un ápice de lamento.

—No, si ya…

A Raúl del Pozo, que estaba en el curso de El Escorial, le he preguntado qué pasaría si Umbral llegase hoy a Madrid, joven, pobre y lleno de talento. A ver si adivinan ustedes la respuesta.

Alonso Quijano vuelve a Barcelona

Mi amigo Luis Algorri vuelve a leer el Quijote cada año par. Las consecuencias son devastadoras para su psique. Lleva tanto tiempo con esta costumbre que ya no es una persona corriente. He visto cómo escucha ópera en su casa. Mueve los brazos como un director de orquesta y hace todas las voces e instrumentos con la boca, parece una versión humanizada del señor Botibol de Roald Dahl.

La genialidad es peligrosa, como la belleza y la melancolía. Prevenido de los peligros que acarrea una exposición intensa a nuestra obra maestra, yo me acerco al Quijote con cuidado y con respeto, como si el libro fuera una araña de grandes proporciones. Abro las páginas al azar cuando necesito limpiarme el sabor de boca que deja una traducción con sintaxis macarrónica o un exabrupto periodístico malparido. El Quijote es la puerta de regreso al español verdadero, una autopista de ocho carriles hacia la auténtica patria, pero, como el ingenioso Ulises devuelto a Ítaca, conviene no impacientarse y dosificar a poquitos la lectura. Cualquiera puede acabar tan trastornado como mi amigo Luis Algorri con una sobredosis de Quijote.

Bien: hoy a la hora de la siesta leía, y en algún momento el libro debió de caer sobre mi pecho. Al instante golpearon la puerta. No era el sonido de unos nudillos, sino de un metal fino y oxidado. Abrí. Era Alonso Quijano, por supuesto. Un peligro de quedarse amodorrado leyendo a Cervantes es que el genio no perdona desinterés semejante y nos castiga con sueños enloquecidos.

De inmediato, Alonso Quijano me preguntó si yo no sería pariente de un tal don Antonio Moreno. Le dije que no. Me exigió que le diera cobijo y yo, como Antonio Moreno, le hice pasar a mi pisito barcelonés. Temeroso de que me viera dormido en el sofá con sus andanzas abandonadas en el pecho, me dispuse a sacarlo de paseo enseguida.

—En Barcelona hay una cabeza de bronce que responde con la verdad a todo cuanto se le pregunte —le dije. No sé por qué inventé una cosa semejante, pero él pareció entusiasmarse y así conseguí sacarlo de mi casa.

Bajamos a la calle. Vivo en el Borne, el barrio gótico de Barcelona, donde todavía se levantan edificios que Alonso Quijano ya vio en su anterior visita de 1615. Le sorprendía encontrar tantos extranjeros, y me preguntó si nos habían conquistado los bretones.

—Son turistas.

Pero no era fácil entenderse con Alonso. Uso un español intoxicado de anglicismos, galicismos y neologismos, casi una quimera. Frente a su pureza gramatical y su sintaxis perfecta, me sentí avergonzado porque mis palabras sonaban como los gruñidos de una piara, tal como me ocurre ahora escribiendo estas líneas. Él repitió la palabra turistas, torció el gesto y apuntó con su lanza a una francesa que se le había quedado mirando. Esta se rio, se hizo un selfie con él y le entregó una moneda de un euro. Alonso se mostró complacido porque creía que su fama de caballero andante era conocida más allá de las fronteras de Felipe III.

Notándolo más tranquilo, quise preguntarle por su socio Sancho. Alonso dio por respuesta un paso largo. No escuchaba más que lo que le apetecía.

Le asombraron los coches y las motos, infrecuentes en su siglo, pero al momento habían dejado de llamarle la atención. Supongo que Manuel Vilas lo tendría avisado sobre ese tipo de ingenios modernos, porque de vez en cuando mantiene con él largas conversaciones. Enseguida quiso saber qué hacían todos esos jóvenes con unos aparatos luminosos en las manos y por qué se los acercaban tanto a la cara.

—Son móviles.

Cuando le expliqué a grandes rasgos el funcionamiento pensé que se enfadaría, que maldeciría a los jóvenes del siglo xxi o que lo atribuiría todo a las artes oscuras de las brujas como hace Javier Marías. Para mi sorpresa, Alonso tuvo una reacción totalmente tranquila. Se reclinó en el respaldo de un banco y miró al cielo con despreocupación. La bacinilla se cayó por detrás del asiento. No le prestó atención, simplemente dijo:

—Uno es dueño de elegir a su escudero.

Pensé que lo que nos distingue de don Quijote es nuestra falta de candidez. Nos fuimos juntos a correr algunas aventuras. En la Rambla se puso como loco y persiguió a una estatua humana que se había disfrazado de él, y le gritaba «demonio de Avellaneda» y muchas otras cosas al tiempo que le clavaba la adarga en las posaderas. Más tarde, camino de la playa, don Quijote dio un respingo al ver a lo lejos el hotel Vela. Se despidió de mí, dispuesto a presentar batalla al gigante de la burbuja inmobiliaria. Pensé que en estos años nos hemos vuelto más buscones que quijotes, pero en este momento el libro se deslizó al suelo y desperté.

He abierto otra vez el Quijote para leer de nuevo su visita a Barcelona. Aquí vio por vez primera el mar y las imprentas.

El plan de estudios de literatura es perfecto para destruir lectores

Uno quisiera pensar que hoy se enseña mejor la literatura que cuando éramos críos, en aquellos tiempos en que los dinosaurios se aburrían en las tardes pardas y frías de invierno, monotonía de lluvia tras los cristales, mientras el profesor explicaba con voz pastosa las características épicas del Cantar de Mio Cid y cualquier alumno avispado suponía que Rodrigo Díaz de Vivar echó a los moros a base de aburrimiento.

Pero no. Las reformas educativas con que los ministros han asolado el cerebelo de varias generaciones no han enderezado la nave literaria hasta poner la proa apuntando al vicio lector. No se lee un pijo en España, se desprecia la literatura, no solo española sino también universal, y los planes educativos siguen oliendo a ropero viejo. Repaso los programas educativos desde primero de ESO hasta segundo de bachillerato de un par de comunidades autónomas (Madrid y Murcia) y compruebo que nadie aplacó al mester de clerecía. Que sigue entrando a clase cuando los niños son brotes tiernos y maleables. La asignatura de lengua y literatura es hoy como en los tiempos de Adolfo Suárez. El diseño de los programas parece pensado para hacer todo lo posible para que los críos no lean.

Se enseña la historia de la literatura española en estricto orden cronológico, desde la Edad Media, en los cursos más bajos, hasta la Transición en cuarto de ESO. Después, en bachillerato, se repite la jugada: de la Edad Media a lo contemporáneo, esta vez con más complejidades. Me preocupa lo primero y me ha preocupado desde que fui consciente del peligro que corrí durante la secundaria: a los chicos y chicas en edad de engancharse a la lectura (o aborrecerla para siempre) se los somete a los rigores crípticos del Medievo, las virguerías semánticas del Barroco y el tufo naftalino del Romanticismo español. No me entiendan mal: todas estas corrientes tienen obras fabulosas, pero no son, ni mucho menos, aptas para personas con un bajo nivel de lectura. Y no son lo más idóneo para demostrarle a un crío que la literatura vale la pena.

Tenemos uno de los índices de comprensión lectora más bajos del mundo desarrollado, y visto lo que se enseña me parece comprensible.

Desde que se inventó la caspa, la obsesión del sistema es que los alumnos aprendan la historia de la literatura española, como si la educación sirviera para ganar partidas del Trivial. El resultado es que esos chicos, pasados unos años de la graduación, ni se acuerdan de lo que son las jarchas ni tienen el más mínimo interés por la última novela de Jonathan Franzen. ¿De qué sirve entonces concentrar todos los esfuerzos de los profesores en meter con calzador obras densas y complejas a alumnos de trece años? Yo recuerdo a un profesor especialmente espeso que nos hablaba en tono monocorde de lo divertido que era Quevedo y del humor en los textos de Mihura. Nosotros le llamábamos el Madaleno y nos preguntábamos si aquel señor de gafa y peluquín que hablaba tan serio de lo tronchante que es Cela se habría reído una sola vez en su vida.

Cuando mi padre era pequeño y se quedaba solo, una de las pocas distracciones que tenía era la lectura, lapidación de gatos aparte. Así, los niños en blanco y negro alternaban libritos del Oeste de Lafuente Estefanía, sembrados de tiros, con los tebeos del Capitán Trueno. La siguiente generación, ya seducida por la televisión, disfrutó con las aventuras de los Cinco y los Siete Secretos, y más tarde llegaría el detective Flanagan, y después las Pesadillas de R. L. Stine, los libros de Barco de Vapor o la serie Leo-Leo. Cuando los videojuegos ya dominaban la Tierra, apareció el diosecillo redentor Manolito Gafotas, y poco después llegó Harry Potter, capaz de apagar una PlayStation con un rayo de su varita mágica.

Sin embargo, los niños que leen hoy son pocos, y además son unos rebeldes. Tienen seguramente padres lectores, y ya sabemos cuánto escasea la lectura entre los adultos. Pero cuando estos afortunados entran a clase de lengua, comparten su tedio con el de los borricos. Porque los versos de Vicente Aleixandre no entran a los trece años. A veces no entran ni a los treinta y tres.

¿Cómo vencer al videojuego con esta manera de enseñar literatura? El videojuego es fenomenal. Pero por más que este octavo arte evoluciona y mejora, todavía no ha conseguido lo que un buen libro: desarrollar la parte abstracta del cerebro, donde se fraguan las ideas y los razonamientos; ejercitar la memoria, que les vendrá bien a los futuros adultos en este mundo con Google y alzhéimer; estimular la imaginación y el sentido crítico y afinar la capacidad de concentración.

Los enciclopedistas franceses y los tiranos saben que la lectura forma ciudadanos críticos y prevenidos contra el engaño. Me pregunto a qué grupo pertenecen los que diseñan los planes de estudios de literatura

en los ministerios españoles, porque, aunque sé que es importante que los adolescentes adquieran una idea de la riqueza literaria que ha producido España, para que puedan valorar el tesoro primero tienen que adquirir la herramienta.

Vendría muy bien que los planes de estudios emplearan esos años cruciales de la secundaria en regar a los chicos con lecturas capaces de engancharlos a los libros en lugar de echarles encima toneladas del polvo de nuestras bibliotecas. Si no, las bibliotecas acabarán evocando las primeras estrofas del Cantar de Mio Cid. Estrofas que yo no disfruté hasta mucho después de abandonar el instituto, donde las odié intensamente, y que dicen así:

Con sus ojos muy grandemente llorando

tornaba la cabeza y estábalos mirando:

vio las puertas abiertas, los postigos sin candado,

las perchas vacías sin pieles y sin mantos

y sin halcones y sin azores mudados.

Yonqui de internet

Los que trabajamos con el ordenador lo sabemos: internet nos convierte en yonquis. La palabra es yonqui porque siempre juramos que no habrá más atracones de Twitter como el de anoche, y que nunca más seremos el último internauta en despoblar la red en nuestro huso horario, y que yo controlo, colega. Ay, Dios, quién te va a creer a ti, desgraciado. Si el wi-fi funcionase echando monedas, te verían pidiendo para un bocata en las inmediaciones de la estación de autobuses.

Pensemos en el caso de un escritor. Son las nueve de la mañana y el tipo ha tomado un café, tiene por delante esas horas mágicas de la creación literaria, es decir, horas delante del ordenador. Se promete a sí mismo que se va a centrar, se calza un hábito jesuita o una bata estilo Hugh Hefner y, después de murmurar una novena, abre el Word para ponerse con su novela. Tres horas más tarde, éxito total: el novelista se ha hecho con una buena documentación, siempre que su novela verse sobre la vida de los gatitos.

Hablaba de este tema con un periodista y novelista que se llama Álvaro Colomer. Entre colegas siempre intercambiamos consejos y el tema de moda es el que nos ocupa, cómo luchar contra la adicción y la cosa compulsiva. Él se ha descargado un programa que capa internet y no la devuelve hasta que no se introduce una clave. La clave, jeroglífica, la escribió Colomer en un papel y se la confió a su esposa.

A mí esto no me funcionaría. Me imagino persiguiendo a la mía con un hacha y destrozando la puerta del baño con cara de Jack Torrance. Mi método consiste en no tener internet en casa. Si alguien me espiase, como en la película Retratos de una obsesión, protagonizada por Robin Williams (descanse en paz), me vería consultar lo esencial con un pequeño teléfono móvil, y pensaría con toda la razón del mundo: ¿y este tío escribe en un medio digital?

Pero es que internet ens roba, que diría Pujol. Nos roba concentración y horas de vida. Quien dijo que internet marcaría el comienzo de la era del conocimiento ilimitado no se paró a pensar en los daños colaterales del invento. Recuerdo que me dijo Manuel Jabois que tú puedes meterte a leer The New Yorker, que tarde o temprano acabarás bajando las persianas. Porque si los caminos de internet son

inescrutables, tengo confirmado que muchos llevan hacia cosas peludas. Usted dirá qué clase de gatitos, en español o en inglés, según sus preferencias.

Porque las enfermedades surgen de los sitios más recónditos. El ébola tiene su vivero en la cueva Kitum, que se interna doscientos metros en las entrañas del monte Elgon. Allí viven muchos murciélagos y acuden manadas de elefantes a chupar la sal que impregna las paredes. Lo mismo ocurre con el ordenador conectado a internet: uno puede internarse en sus cavidades para buscar algo que condimente cualquier tarea, que saldrá mordisqueado por el vampiro que domina las riendas de Facebook y con unas ojeras negras como la muerte.

El poeta mexicano Daniel Saldaña dice que a él le van capando páginas en el ordenador del trabajo, en un intento desesperado de centrar al personal, hasta el punto de que le va a ser más fácil encontrar algo en el cajón de su escritorio que en Google. Y mientras la Unión Europea insiste en que la siesta y el modo de vida español nos condenan a una producción baja, yo les digo a esos señores que vayan a la pestaña de historial de los ordenadores de sus subalternos, a ver qué encuentran ahí.

Como sé que mi método de superar la adicción es demasiado norcoreano, he preguntado a algunos psicólogos a ver qué me aconsejaban. La mayor parte de estos profesionales, de esta gente con estudios y dedicada al apuntalamiento de las debilidades humanas, me respondió a los correos con vídeos de Lady Gaga enseñando un pecho y de osos panda tirándose por un tobogán, muy divertidos todos, así que he tenido que cocinar la lista buscando en la red.

Google devuelve 3.790.000 resultados a la búsqueda «cómo superar la adicción a internet». La mayor parte de las recetas parecen sacadas de un libro de Jorge Bucay o Paulo Coelho, pero la cantidad de contenidos me ha convencido de que esta adicción es uno de los grandes problemas de nuestro tiempo.

Primero, hay que estudiar a fondo qué nos pasa, llegar al meollo del problema de esta compulsión masiva y de esta inmensa pérdida de tiempo en que nos hemos metido. Tengo pocas esperanzas en una curación. Hace unos días apareció una noticia estrambótica en varios medios: Google crea un potente cerebro artificial y este decide buscar gatos en internet. Hasta que nos digan qué nos pasa en la sesera sin que nos suene a libro de autoayuda, habrá que crear asociaciones de internautas anónimos para que podamos aguantar.

Y ahora, con el permiso de ustedes, voy a ponerme con mi novela.

(Tras teclear la última línea, el autor se puso a buscar información sobre homínidos por necesidades de documentación. Acabó viendo, primero, vídeos de monetes, y luego otros vídeos de gente resbalando y dándose trompazos. Fuera, tras la ventana, caían una a una las Perseidas como minutos perdidos.)

Querida maestra

Mi profesora de lengua y literatura Pilar García Madrazo tuvo una mala caída en una exposición de El Greco, se le quebró el cuello entre obras de arte, así murió, así murió ayer. Ella le explicó a un burro lo que era el síndrome de Stendhal, a mí, que ni siquiera sabía quién era Stendhal. Ella me explicó quién era Stendhal y me obligó a leer Rojo y negro a los quince años.

Creo que no entendí nada. Pero ella me obligó a decirle que era bello, que era voluptuoso, que era lo mejor que había leído en mi vida. Me obligó, yo no había entendido nada. Así trabajaba Pilar. Así, hasta tener razón.

Madre no hay más que una, pero algunos profesores contribuyen con tanta energía a hacer una persona que son como padres y madres adyacentes, padres y madres alfareros. A la clase de mi profesora Pilar entré desafiante y quinceañero con la boina calada hasta los ojos y salí convertido en un adolescente deseoso de escribir, de formar parte del reino fabuloso de la literatura al que Pilar nos dejó asomarnos a todos los alumnos de aquella clase de Tánger.

Ella me enseñó los rudimentos de la admiración. Se me da muy mal recordar la indumentaria de la gente y la suya la estoy viendo ahora, basta con cerrar los ojos para que se iluminen sus pantalones anchos de pinza bien planchada, sus blusas con pequeñas flores delicadas, su colgante, su pulsera de piedrecillas marrones. Recuerdo su indumentaria porque la admiraba. Era una señora de sesenta años y mala salud que caminaba con la espalda recta y tenía un tic en la boca, parecía lanzar besos prietos y pequeños a cada idea que había dicho, a cada idea que soltábamos nosotros como respuesta desde los pupitres. Pilar era temible. A un mal comentario de texto le ponía una anotación de este cariz: «Decepcionante, deprimente, no has entendido nada de nada. Es triste. La próxima vez lo harás mejor», acompañada de un cero. La semana siguiente, el comentario podía ser este: «Estremecedor y bellísimo», acompañado de un diez.

Nos matábamos por tener un diez, pero sobre todo por tener un estremecedor, un bellísimo. Mis compañeros eran marroquíes, hijos de familias acomodadas que asistían a las clases del Instituto Español Severo Ochoa de Tánger para irse a la universidad española. Moritos,

mis compañeros, españolizándose con las clases de lengua y literatura de Pilar García Madrazo. Pero no sabíamos que ella era una fábrica de escritores. Yo lo supe antes de irme a estudiar a Madrid.

Pilar me invitó a su casa a tomar un chocolate cuando acabó el último curso. Había estado muy enferma, tuvo septicemia por una perforación intestinal y se había recuperado. Había pasado mil veces por el quirófano. Era dura, tenía voluntad, una voluntad de hierro para enseñar. Siempre regresaba y nos ponía a leer Guerra y paz y a Miguel Hernández. Recuperada, me invitó a merendar chocolate a su casa. En esa merienda me explicó lo que era el síndrome de Stendhal y me recomendó que tuviera cuidado en Madrid, en el Prado. Me dijo:

—El Prado es peligroso, la belleza es peligrosa. Tú eres un alma sensible.

Yo estaba feliz, feliz de oír aquello. Mis clases con Pilar fueron una lucha: tuve que derrotar mi ignorancia y mi escasa sensibilidad literaria, mi sensibilidad sin desbastar, para ser a sus ojos un buen alumno, un alumno brillante. Era una profesora tan buena que todos queríamos ser brillantes a sus ojos, todos sin excepción. Ella dirigía la revista de literatura escolar y me publicó mis dos primeras piezas, un texto sobre una bahía nostálgica, empalagoso, y otro sobre un funcionario tenebroso, plagio de Kafka, a quien Pilar nos había presentado.

También supe en la merienda que Pilar, antes de irse a Tánger, había enseñado en el Ramiro de Maeztu de Madrid. Allí se convirtió en una fábrica de producir escritores, en un horno donde entraba mineral y salían poetas. En la última merienda tangerina Pilar me habló de Álvaro Tato y Julio Reija, dos alumnos suyos, y de las meriendas en el Vips en las que se reunía con sus mejores alumnos del pasado, a las que yo estaba invitado. Siempre he pasado por los Vips de Madrid oteando las mesas, a ver si estaba allí Pilar con Álvaro y con Julio, para sentarme con ellos y escuchar.

—Ellos son como tú —me dijo—, tienen alma sensible, tienen alma de escritor. Cuando vayas a Madrid debes conocerlos.

Todo lo que me decía Pilar sobre Madrid me daba miedo. Con Álvaro Tato, hombre adorable, tierno, bondadoso y divertido, nunca he podido comportarme con naturalidad. Con Tato siempre he sentido timidez, una timidez espantosa. Como si hablase con Miguel Hernández, como si hablase con Ramón del Valle-Inclán. Es culpa de Pilar, reina Midas, ella lo hizo de oro para mí. Después de merendar,

Pilar me hizo acompañarla a mirar joyas en los bazares de Tánger. Yo caminaba junto a la señora recta y marcial lleno de orgullo. Ella me tomaba del brazo y entrábamos a tiendas de joyas baratas, donde me explicaba que eran hermosas, hermosísimas, y yo asentía, joven y maravillado de estar con ella fuera del aula.

Me propuse ser escritor en esa época, bajo su influencia. Y todo lo que he escrito desde entonces, todo, lo he escrito anhelando su anotación de bolígrafo rojo, su «estremecedor y bellísimo», y temiendo su «decepcionante, deprimente, la próxima vez lo harás mejor».

Ayer murió esta fábrica de escritores, este foco de contagio de la sensibilidad europea. Una mala caída en una exposición de El Greco, como si el síndrome de Stendhal se la hubiera llevado. Mi despedida es para ella y para todos sus alumnos. Y para todos los lectores que les deben el vicio a sus maestros de la escuela pública. Y para todos los buenos maestros de la escuela pública, y de la escuela privada. Maestros, profesores, esforzaos por ser como Pilar García Madrazo. Esforzaos por ser brillantes, por que vuestros alumnos os amen.

Esto es para todos, Pilar, por tu culpa. Esto es para ti.

El arte de llegar

Elvira Lindo publicó el mes pasado un artículo precioso en el periódico con que envuelven el Tentaciones. Era «El arte de irse», donde acusaba a su generación de no ayudar a la nuestra. Se refería a todos los ámbitos profesionales, pero ponía el foco en el gremio de los escritores. A la muchachada nos sentó tan bien como el primer trago de cerveza en el último bar abierto de toda la ciudad.

Lindo dijo lo que nosotros comentamos a media voz: en los últimos años han sido muy pocos los escritores consagrados que han defendido la obra de un novato. Al contrario, cuando algún periodista les pregunta sobre las nuevas generaciones, suelen despachar la cuestión con el defensivo «solo a los clásicos», eufemismo del crudo «que le den por culo a la gente menor que yo».

Ellos llegaron a los solares vacíos que había dejado la cultura franquista, ocuparon estos terrenos y levantaron el edificio de la Cultura de la Transición. Tuvieron en El País el altavoz para llegar a cientos de miles de lectores. Al calor de la curiosidad popular por las nuevas voces se gestó la camada de escritores consagrados que hoy ocupan los cargos de influencia. También cayeron en silencio genios como Delibes y se levantó un Alcázar que nos lo pondría muy difícil a los bárbaros que veníamos detrás.

Nosotros empezamos a escribir y anhelábamos las palabras de ánimo de algún maestro. Recibimos un silencio tan evidente como la brecha generacional que hay entre los salarios. El artículo de Lindo recogía las palabras de Cyril Connolly: «A un escritor joven y con talento hay que meterle dinero en el bolsillo y decirle "vete donde quieras y trae de regreso algo hermoso"».

Son palabras que suenan a cuento de ciencia ficción. Pobres, desesperados, creativos, nosotros somos los roedores que proliferan tras la caída del asteroide. Escribimos con prisa porque nacimos con prisa, intensos como tú, que vienes detrás de mí y que trabajas en un documento de Word con la esperanza de verlo pronto en las mesas de las librerías.

Somos buenos y malos, generosos y tacaños, trepas y pasotas. Pero el vicio de mi generación viene plagiado de los mayores: nos

vanagloriamos de lo que no leemos y usamos el desprecio como palanca con la que levantar un prestigio. La consecuencia es descorazonadora: vivimos en un país sin interés por su tesoro cultural.

El tópico dice que el arte engorda con la digestión de los viejos en el estómago de los jóvenes, pero ni siquiera nos atrevemos a manifestar nuestro desdén a viva voz. Es como si conserváramos la esperanza de que uno de esos señores vaya a fijarse en nosotros, como si tuviéramos miedo a una represalia. Así es como esperamos una redención que no llega, así es como nos aburrimos, como pasamos hambre y nos volvemos mezquinos.

Lindo cantaba al arte de irse y yo canto al arte de llegar. Quiero establecer un diálogo con los que ocupan los asientos de cuero de la cultura y con los que querréis ocuparlos después. Lo que se convierte en papel queda en la historia. Si mañana envolvéis el pescado con estas páginas, que el pescado conozca mi canto general a la admiración.

Que nadie os engañe: la rebeldía ya no está en la chulería sino en la admiración. Fernando Fernán Gómez dijo que el pecado capital de los españoles es el desprecio y no la envidia. Tenía razón. Es así como hemos empobrecido nuestra moneda.

Pero las cosas están cambiando. La rebelión ya está en marcha. La victoria pasa por que mantengamos viva nuestra curiosidad. El arte de llegar también requiere generosidad. Le doy las gracias a Elvira Lindo por abrir este debate. Está en vuestra mano continuarlo, hacer ruido, escribir sin descanso y elegir a quien merece vuestro desprecio y vuestra admiración. Luchemos para no volvernos viejos, evitemos la pose cómoda de quien dice que esta música es ruido, que esta literatura es parloteo, que este cine es un puñetero videoclip.

Tendremos trabajos de mierda, seremos precarios, ratas y ratones, pero disfrutaremos de leernos los unos a los otros. Hagamos juntos grandes cosas. Id pasando, yo os saludo. Algo quedará.

Pedimos que se prohíba la filosofía

Este país necesita turistas, no necesita filosofía. Pido desde aquí al ministro de Educación, José Ignacio Wert, que prohíba la filosofía. Hay una campaña en Avaaz y he sido el primero en firmar. Relegar la filosofía a un par de horas en primero de bachillerato no es suficiente. Pido al ministro de Cultura, Pedro José Wert, que prohíba de forma perentoria, terminante y radical la filosofía en sí misma. Es un plan ambicioso y tenemos que ir por partes. En este momento funesto, todas las publicaciones filosóficas, tan nocivas para el espíritu emprendedor, se extienden como el cáncer por las librerías. Empecemos por prohibir esos libros.

—Los libros son solo un síntoma, no se puede combatir el sida curando los estornudos.

Ciertamente. Pero nuestros medios son limitados. Hay que quemar los libros de filosofía que haya en las casas, como en la novela de Bradbury.

—¡Disidente!

Perdón. Pido al ministro de Salubridad y Vacío, Mariano Pablo de Todos los Wert, que prohíba la novela de Bradbury. Que prohíba todas las novelas. Quemaré mi novela ante el Ministerio de Rebuznos Orquestales para dar ejemplo. Lo deseable es que, en unos pocos años, tengamos medios para que vaya de casa en casa un escuadrón de electroshock de fomento de la lectura del Hola. Así podremos prohibir, dentro de los que han leído, las ideas.

—Beeeeeee.

Correcto, mi apreciada señora. Las ideas son muy peligrosas para la democracia en este momento de la historia. Por culpa de las ideas hay disidencia, hay protesta, hay descontento e incredulidad. No habrá manera de aplicar la Ley de Seguridad Ciudadana (o Ley de Gloria al Líder) si la gente sigue pensando. Porque dirán:

—¡El derecho de reunión forma parte de los cimientos de un Estado de derecho!

Y alguno más viajado se atreverá a decir:

—¡Esto parece Corea del Norte!

Cuando el Gobierno de (Vodafone Presenta) España diga que tenemos que votar, será mejor que los nudos estén bien atados. Pero sigamos con nuestro ministro favorito y nuestras propuestas concretas y proactivas de mejora. En (Planes de Pensiones Morton Patrocina) España hay que abrir chiringuitos, y para abrir chiringuitos hay que pagar la factura de la luz. Nos sobran todavía algunas luces para concentrarnos en la tarea de pagar la factura de la luz con toda la atención que esta empresa requiere.

—¿Qué podemos hacer, Dios santo?

Pedimos a nuestro querido ministro de Amor por el Instante, Carpediem Wert, que prohíba la idea en sí. Prohibir la idea en sí misma es nuestro ideal.

—¡No al pensamiento, muerte al pensante!

Los intentos por salvarnos de la contemplación de las musarañas que lleva a cabo Óscar Mauricio Wert son dignos de aplauso. Pero le falta un poco de arrojo. Es un cobarde. Es un papanatas el señor Luis Fernando Wert. Lo diré todo con un lenguaje tan sencillo que pueda entenderlo, en el futuro, la camada feliz de vegetales mentales que desea quien desmonta las humanidades en todos los currículos educativos.

—Beeeeeeee.

Debemos sustituir a los pensadores por gráficos. Un pensador es, por lo general, alguien engorroso y feo. La frente del pensador se arruga, sus ojos se achican de tanto leer y acaba con cara de vinagre. Lo peor es que nunca se sabe lo que tiene dentro. Si lo llevas a la tele, tienes que interrumpirlo. Habla demasiado. No respeta los formatos. Discurre hacia lo ignoto. Dice cosas incomprensibles como «abstracción», «prolegómeno» o «dictadura». Sin embargo la gráfica… ¡Ah, qué frescura! Me gustaría poder explicarles todo esto con gráficas, pero tengo demasiadas lecturas, estoy contaminado, necesitado de un plan de reeducación a base de estadística.

—¡Beeeeeeee!

Tenemos que reconvertir el sector bibliotecario en pistas de patinaje sobre hielo. Las bibliotecas son polvorientas, son aburridas. Sin embargo, el patinaje sobre hielo es precioso, grácil, sencillo de entender. Uno no puede patinar sobre hielo en una biblioteca, pues,

aunque pudiera, se daría contra las estanterías un trompazo fenomenal. Podremos atraer a muchos más turistas a la Costa del Sol si conseguimos convertir las bibliotecas municipales en pistas de hielo. Será un buen contrapunto a los casinos, las furcias y el tinto de verano.

—¡Beeeeeeeee!

Es necesario enseñar técnicas de oratoria en las escuelas. Los niños pierden demasiado tiempo entre la hipotenusa y el ágora. Salen del (Patatas Tosfrito Presenta) colegio tímidos, acobardados, sin ningún carisma.

—¡Be-e-e-e-e!

En este país, en pleno siglo XXI, tenemos un alarmante número de niños de nueve años que TODAVÍA no han decidido cuál será el máster de empresa que cursarán en la universidad. Todavía peor. Hay un número alarmante de niños que, con diez años, ¡todavía no comprenden los rudimentos de la rentabilidad! ¿Qué será de ellos cuando, a los trece años, empiecen a emprender sus empresas sin nociones claras del cálculo del umbral de gasto y de las perspectivas de crecimiento? ¿Eh?

—¡BEEEEEEEEE!

Calma, calma. Todo se arreglará. Estamos seguros de que el ministro de Nueva Ilustración, el señor Paulo Coelho Wert, nos escucha. Y nos dice:

—Calma, amiguitos, vayamos por pasos. A mí me quedan cuatro días. Aunque Rajoy Trismegisto me aguante hasta el final del mandato, el siguiente podría ser un turbio humanista. Esto de la educación en España es dar un paso adelante y dos atrás. No me da tiempo a hacerlo todo.

Y tiene razón. Empecemos por lo más sencillo. Las humanidades son demasiado antiguas, están demasiado fosilizadas como para despegarlas a manguerazos. La tarea de desintegrar algo tan sólido necesita de nuestra paciencia. El ácido se toma su tiempo para disolver un retrete semejante.

—Somos humildes, aunque aspiremos a lo alto.

Así que, desde aquí, apoyamos la tímida reforma educativa y el intento (todavía modesto) de proteger al empleado del futuro de la

nebulosa amenazante, antigua y antidemocrática que son las humanidades.

El hombre que quería hablar con Stalin

Este episodio transcurre en el Moscú estalinista. Habían pasado cuarenta y ocho horas del suicidio de Mayakovski cuando, en mitad de una noche de abril de 1930, sonó el teléfono en casa del escritor Mijaíl Bulgákov. Llevaba cinco años sufriendo una paranoia atenazante. Una llamada a esas horas no presagiaba nada bueno.

¿Cuándo se lo iban a llevar al gulag? ¿Sería doloroso el interrogatorio?

Bulgákov había escrito en 1925 la novela Corazón de perro, donde un científico trasplanta en un chucho el corazón, las gónadas y el cerebelo de un proletario muerto, con un resultado inquietante: el perro empieza a caminar sobre las patas traseras, escupe, dice ordinarieces y finalmente se transforma en un obrero brutal, pero muy del agrado de las autoridades comunistas.

Con escritos así, Bulgákov tenía motivos para sospechar que le pasaría algo malo. Los autores de la época podían elegir entre el miedo y la alienación, aunque alienarse no era ninguna garantía para vivir sin miedo. Para vivir sin miedo en tiempos de Stalin había que ser Stalin o muy imbécil. Y yo intuyo que Stalin fue el hombre que tuvo más miedo en el estalinismo. Dale a un miedoso el control de los órganos represivos y…

Pero ¿quién quiere hablar de Stalin? Es Bulgákov el que nos interesa, ese médico nacido en Kiev que puso los aperos clínicos al servicio de la escritura satírica. Tenía la desgracia de no poder callarse, de no poder fingir. En un tiempo en que aplaudir al tirano era obligatorio, Bulgákov escribía obras de teatro buscándole las cosquillas. Y Stalin, que mató a tantos disidentes, quiso buscarle las cosquillas a él.

Su condena fue peor que la muerte: significó vivir encerrado en la Unión Soviética, sin publicar sus obras, sin ser masticado por las mandíbulas de la Lubianka, sin ir a parar a Siberia para convertirse en huesos y en hielo. Simplemente seguir viviendo, sin noticias, sin desenlace, a base de trabajos mediocres de ayudante de dirección en el Teatro del Arte, donde el mismo Stalin, años atrás, había reído con una obra de Bulgákov.

La espera es la parte más cruel de la condena. A veces pienso en los condenados a muerte en Japón, donde la ley especifica que los reos no conocerán la fecha de la ejecución, y me pregunto si hay una tortura peor que esa. Y entonces me acuerdo de Bulgákov.

Mientras otros autores molestos para el régimen desaparecían sin dejar rastro, Bulgákov seguía allí. Envió decenas de cartas al mismísimo Stalin. ¿Acaso no recordaba el querido líder cómo le gustaron sus primeras obras? ¿No podía darle cierto trato de favor? Las cartas no recibían respuesta y sus obras eran censuradas una tras otra. Bulgákov dejó escrito en sus diarios que apenas podía conciliar el sueño. Cualquier ruido lo volvía loco y un viento de horror le acompañaba por las calles de Moscú, más tenaz que el frío. Cuando regresaba a casa, tenía la sensación de que unas manos enguantadas habían rebuscado entre sus papeles. Y en esto acertaba, puesto que la policía le arrebató su diario, repleto de anotaciones ingeniosas sobre la vida bajo el estalinismo.

Aquella noche, cuando descolgó el teléfono, escuchó una voz con timbre oficial:

—¿Usted es Mijaíl Bulgákov?

—Sí.

—Atención. Va a hablar con el camarada Stalin.

Suponemos que Bulgákov tuvo que dejarse caer sobre una silla. Había llegado el momento culminante de su vida. Stalin, afable, le preguntó cómo se encontraba. Poco después atendía a sus súplicas: le permitía largarse de la Unión Soviética y viajar, en vista de que no era útil para la Revolución. Sin embargo, Bulgákov percibió que el tono de voz de Stalin estaba entreverado de ecos fantasmales. ¿Serían las almas de todos los ciudadanos que morían en los campos de trabajo?

Respondió que lo había pensado mejor y que quería quedarse. El tirano le felicitó por su decisión y colgó el teléfono. Bulgákov se arrepentiría al instante, pero el dictador no volvería a contestarle jamás: ni a las cartas, ni a las llamadas.

Entre aquel momento fatídico de 1930 y su muerte, en 1940, Bulgákov escribiría su novela capital: El maestro y Margarita, su particular retrato del estalinismo, elaborado durante la condena más cruel y sofisticada que se le haya impuesto a un escritor. En el libro, el demonio aparece en el Moscú de los años treinta y pone patas arriba el mismo orden tiránico que estaba destruyendo al autor. Una

venganza parida a base de dolor. Loco por el miedo y la paranoia, Bulgákov quemó el manuscrito y volvió a escribirlo de memoria, poco antes de morir. No se publicaría hasta los años sesenta gracias a los desvelos de su viuda.

Pero «los manuscritos no arden», dice uno de sus personajes.

En España acaba de publicarse una traducción nueva, a cargo de Marta Rebón, de una calidad muy superior a la que manejábamos hasta el momento y basada en la versión más completa del manuscrito. La publica la editorial Nevsky Prospects.

ii. La nueva política tiene canas

Necesitamos una izquierda que…

Corro a ponerme la peluca y a pintarme la cara, porque hoy empieza el carnaval. Pero antes pienso en la izquierda. Siempre me pasa antes de que empiece el carnaval esto de pensar en la izquierda y en la izquierda que necesitamos.

No confiamos en una izquierda que no sabe cómo hablar de España si no es hablando de países extranjeros. No queremos una izquierda plural sino una izquierda singular.

Necesitamos una izquierda tan eficaz y tan española que sea de derechas.

Necesitamos una izquierda del Real Madrid, me dice mi amigo Ernesto Bustamante, tiene razón. Necesitamos una izquierda que se santigüe antes de salir a quemar iglesias. Necesitamos una izquierda sanjuanera que vaya a las procesiones de Semana Santa, porque la Semana Santa es de izquierdas porque Jesucristo es de izquierdas. Lo dicen hasta los ateos de izquierdas. Necesitamos una izquierda que asuste a la derecha y que asuste sobre todo a la gente de izquierdas. Necesitamos una izquierda que provoque terror allá por donde pase. Una izquierda hereditaria y ortodoxa que vaya en la sangre: en la sangre derramada. Necesitamos una izquierda con forma de Estado fascista. Una izquierda a la izquierda del mausoleo de hormigón armado de Stalin. Necesitamos una izquierda que tenga su sede no en el Bernabéu, sino en el Valle de los Caídos. Una izquierda que diga: nosotros lo levantamos y nosotros lo habitaremos. Una izquierda que busque el cuello de los traidores de la izquierda, que busque incluso el cuello de la gente sin cuello. Necesitamos una izquierda que nos apasione y nos haga huir despavoridos cuando un pensamiento de derechas nos cruce por la mente. Una izquierda que nos haga abrazar a la derecha como la única condena soportable.

Necesitamos una izquierda rugiente, una izquierda que en primer lugar y con carácter ejemplarizante llame a mi puerta y me saque en mitad de la noche rumbo a un calabozo y quién sabe si a la gloria de morir fusilado. Una izquierda orwelliana que vaya detrás de cada uno de los lectores de este periódico. Una izquierda que cierre El Confidencial, que cierre todos los periódicos menos el ABC y el BOE, y que al ABC lo vuelva un periódico de izquierdas. Una izquierda capaz

de convencer venciendo, una izquierda unamuniana que esté por encima de Unamuno.

Necesitamos una izquierda sólida, una izquierda histórica que pueda permitirse cambiar el pasado, una izquierda que garantice una historia de España que sea de izquierdas, una nueva historia en la que los cuarenta años de franquismo sean sustituidos por una coalición entre Azaña y Tierno Galván. Una España nueva donde cada individuo haya corrido ante los grises independientemente de su edad, una España nueva donde los paralíticos hayan corrido milagrosamente delante de los grises.

Necesitamos una izquierda norcoreana que no tema al aislamiento de España. Una izquierda pratchetiana que cambie el escudo de España por una tortuga y un elefante: que nos acorace por completo y nos engrandezca y cuyo Ministerio de Obras Públicas vuelva a llamarse MOPU, una izquierda que acometa la obra necesaria para soterrar el Pirineo y convertirlo en un foso defensivo, una izquierda que anexione Portugal.

Necesitamos que España huela a izquierda españolísima: a alpargata, a legumbres cocidas, a estera con arena de playa y trenza de esparto. Una izquierda espartera de cojones gordos como los del caballo del general.

Y es que estamos muy desorientados sin una izquierda, estamos desorientados con tantas izquierdas unidas y desparramadas, desorientados oyendo a tanta gente que sabe lo que es la izquierda verdadera, tanta gente que dice que esto no es izquierda, gente que dice que la izquierda verdadera es… Y yo me pregunto, ya con la peluca de carnaval en la cabeza: Jesucristo está a la diestra de Dios. ¿Mirando desde aquí o según mira Dios Padre?

El reino de la hemiplejia

En lo que va de año ha brotado un partido «a la derecha» del PP y un partido «a la izquierda» de..., bueno, de todos esos partidos de izquierdas. La formación de Ortega Lara y la de Pablo Iglesias Jr. aparecen para ocupar el vacío en los extremos del arco, porque el PP ya no representa a la derecha y el PSOE ya no representa ni a Rubalcaba. Las recién llegadas son formaciones de ideología radical porque vuelven a la raíz. La derechosidad emana de una víctima de ETA y la izquierdosidad de la santa sangre de Pablo Iglesias. Desde que llegaron, la cantinela de la izquierda y la derecha se ha propagado a la velocidad del sonido de las tertulias televisivas a los peatones. Sueltas cualquier opinión y la gente te mira como diciendo:

—¿Y tú de quién eres?

Estos son los bienes que heredo de mi familia: pazos de artritis congénita, tapias de sordera, latifundios de miopía, secanos de calvicie, orejas de soplillo como blasón y tendencia a discutir a gritos como en la comida familiar de Amarcord. Pero el mejor es la inmunidad a las ideologías. Creo que eso salda el peso tétrico del resto del patrimonio familiar.

La mitad de mis abuelos eran rojos en la guerra y la otra mitad fachas, expresado en la jerga para imbéciles a la que uno acaba acostumbrándose. Ojalá todos los españoles tuvieran unos abuelos así, variados, buenas personas y cada cual con sus ideas. Quizás no sería tan habitual oír conversaciones de este pelaje:

—Me ha caído muy bien José.

—¡Pero si es de derechas!

—Qué va, ¿de verdad?

—Que sí, que sí. De derechas-derechas.

—Pues qué decepción, con lo simpático que parece.

Admito que el maniqueísmo es un sistema útil para distinguir a los buenos de los malos. Fernando Fernán Gómez decía: «Bueno es el que, pudiendo hacer el mal, decide no hacerlo la mayor parte de las veces».

Cuando un esquema tan elemental trastoca los actos buenos y malos por ideología, más que de sistemas de valores enfrentados hablaría yo de hemiplejia.

El reinado de la hemiplejia arrancó con el revival de la Guerra Civil, cuando Zapatero anduvo removiendo zanjas. Luego llegó la crisis. ¡A las barricadas! La falta de dinero es comida para el discurso del rico contra el pobre, del señor contra el vasallo, del rojo contra el facha. El tiovivo de la «gente de derechas» y la «gente de izquierdas» vuelve a girar sobre su propio eje y desfilan dos castas. Dos subespecies irreconciliables, paralelas.

De pronto te das cuenta de que en España la ideología la marca quien acusa. Por ejemplo, uno puede creer que es de derechas hasta que otro que es más de derechas le llama progre. Uno creía ser de un lado hasta que vio enfrente a sus correligionarios, mirándolo con mala cara.

España es un país de insultadores profesionales. El catalán define al madrileño y el madrileño define al catalán. Y así ocurre con la izquierda y la derecha, quedando la cosa de esta guisa:

El facha es un tipo sin escrúpulos, él Borjamari y ella Muy Lomana. Son pijos. Son clasistas. Aunque no lo admitan, odian a los que son diferentes porque tienen miedo. Hablan de las buenas costumbres pero son hipócritas. No tienen sensibilidad espiritual, por eso usan el dogma de fe. Están representados por el gran capital, es decir, están fuera del pueblo. Hay gente pobre de derechas y esto es porque está manipulada. Los fachas descienden de los asesinos de Lorca y envían a sus críos a colegios privados para que no se junten con gente normal.

—¡No pasarán!

¿Y el progre? Pues el progre no tiene la más mínima noción de la historia de Occidente, porque es un relativista. No solo es relativista moral, no: hoy le pega al yoga y pasado mañana al nudismo, confunde libertad con libertinaje. Todos sabemos que está manipulado por las patrañas clásicas de la francmasonería. Siempre tiene a Franco en la boca pero de Stalin no dice nada. Da la murga con el hambre en el mundo pero bien que tiene un coche caro. Se va de vacaciones a Nueva York y luego critica el imperialismo yanqui. Es desaliñado, bohemio. Está a favor de quemar contenedores y protestar, habla del movimiento obrero pero no le gusta trabajar. Cría a sus hijos con mucha libertad y luego le salen delincuentes. Persigue una idea difusa y boba del progreso. Se pasa el día pensando cómo irritar al cristiano.

Así que doy las gracias a mis abuelos rojos y a mis abuelos fachas por haberme enseñado desde pequeño que el único maniqueísmo es el de los actos, y que todo lo demás es hemiplejia mental.

La Corruptocracia española explicada a un inglés

—Pero… ¿qué es esta mierrrrda, man?

—Esto es la Corruptocracia.

—¿Corrupto-crazy?

—Corruptocracia, repite conmigo.

Les explico: tengo yo un amigo inglés que se llama Sean y que se mudó en mayo a Barcelona. Vive a tres o cuatro puertas de mi casa, posee una melena rubia más bien rala y tiene dentro un alma rebosante de curiosidad: siempre va con los periódicos bajo el brazo y, cuando no entiende algo, viene a mi casa a preguntar. Sean quiere escribir sobre España. Algún día nos entenderá tan bien como George Borrow o Paul Preston, pero Sean todavía está aprendiendo, así que espero que se muestren ustedes indulgentes con él.

El caso es que ayer estaba fuera de sí. Vino a casa y me preguntó ¿qué es esta mierrrrda? Yo no sabía de qué se extrañaba. ¡Muchas noticias de corrupción!, chilló, ¡en todas parrrtes! Para demostrármelo me acercó diversos periódicos a la cara, más o menos hasta clavármelos en el hipotálamo. Aparté los papelajos y le miré con cierto desdén. El pobre creía que habíamos tenido suficiente con las noticias del clan Pujol, Urdangarin, los ERE de Andalucía, la trama Gürtel y el caso Bárcenas, en fin, que nos bastaba con esas olas de excremento líquido dignas de surferos mutantes. ¡Qué va a ser suficiente!, le dije yo, ¡eso son excepciones! Y como se extrañaba tanto le dije que en España lo habitual y lo deseable es que no te pillen, y que por tanto es una excepción que nuestra Corruptocracia se muestre en la prensa.

Como abría tanto los ojos, le puse un ejemplo: los publicistas más brillantes de España son los tipos del departamento de la policía que pone nombres a las operaciones anticorrupción. ¿Un departamento solo para eso?, preguntó. Pues claro: Operación Pokémon, trama Gürtel y ahora esta redada Púnica, de la que estoy orgulloso porque Punica granatum es el árbol que da nombre a la mano derecha de Esperanza Aguirre, el honorable Granados. ¿Tendríamos estos brillantes publicistas de no ser por la corrupción?, le pregunté, y como

no reaccionaba le expliqué qué es la Corruptocracia.

Corruptocracia es un sistema de gobierno en el que los ciudadanos elegimos con absoluta libertad, en elecciones democráticas, al ejército de corruptócratas que pudrirán España durante los siguientes cuatro años. Le conté que gracias a la Corruptocracia habíamos sido tan ricos como los ingleses. Es un sistema que funciona desde los tiempos de ese estegosaurio con gota llamado Felipe González y que sigue a pleno rendimiento en la era moderna, con el presidente barbado que duerme dentro de un armario con naftalina. Cuando le conté a Sean que la Corruptocracia ha sido el motor de la riqueza española, casi se desmaya. Así que le dije: sacas de dinero, urbanizaciones zombis, obras hasta en el culo de Rita Barberá, aeropuertos para hacer carreras de bicicletas, más universidades que prostíbulos... Sean palidecía, pero seguí cantando: más obras, más urbanizaciones, más contratos, más mordidas y sacas de dinero hasta en el cuarto de fregonas de la sede del PP... ¡Ningún sistema mueve más dinero que la Corruptocracia!

—Pero escúchame, listen to me! —chilló el inglés—. ¿No ves que la Corruptocracia es desigualdad?

¡Para nada! En España entra en Corruptocracia cualquier cretino, el burro más ignorante, el papanatas más indocumentado. Le dije que no hay sistema tan abierto y pasé a cantarle los nombres de algunos corruptócratas venidos del lumpen: el Pocero, Julián Muñoz, Correa y el Bigotes, ¡el mismísimo Jesús Gil! Muchas personas de baja estofa alcanzaron posiciones dignas de rey persa gracias a la estabilidad corruptocrática. Hasta un niño podría hacerlo, le dije a Sean, ¡mira si no al Pequeño Nicolás! Ese querubín exterminador usó los mismos mecanismos que los diplodocus engominados y no tenía dinero cuando empezó. La única diferencia entre el diablo pijuelo y los patricios del pelotazo es el tamaño de la bota.

—¿Y a los españoles, no les jode?

No, hombre, no, dije yo. Cuatro moralistas; los resultados que sacaron el PSOE y el PP en las últimas elecciones demuestran mucho respaldo ciudadano.

—¿Y a ti no te irrita?

Qué me va a irritar, exclamé con aire retórico. Me asombra y me enorgullece. Tenemos a los mejores corruptócratas del mundo. Fíjate en Mariano Rajoy, máximo estandarte de la corrupción por ser presidente del Gobierno, que dice que esas «cosas» ocurren «poco»

cuando su partido se financia ilegalmente. O mira las lágrimas de cocodrilo de Esperanza Aguirre, asegurando su decepción como si no nos acordásemos del Tamayazo. Disfruto con ellos, le dije a Sean, ¡disfrutamos! Es un entretenimiento sofisticado y al mismo tiempo popular. Nos gusta el chorizo y el dinero, que son los dos pilares básicos de la Corruptocracia.

Tras una pausa desanimada, preguntó:

—¿Les votarás a esos motherfuckers?

¡No sé a quién votaré!, le respondí, porque la Corruptocracia sobrevive gracias al secreto. Y me regocijé en silencio, porque pensaba en todos esos ciudadanos que dicen que están hartos de la corrupción pero irán corriendo al colegio electoral para votar a los viejos partidos corruptócratas.

Finalmente, viendo a Sean muy desmejorado, le hice una tila. Me pidió algo más fuerte, así que le puse un té.

Rita la Cantaora

Era la actuación más esperada en Valencia, y también había sido la más demorada. Por fin programaron el concierto de Rita la Cantaora para este martes por la mañana, día y hora extraños para una fiesta semejante. No nos importó. Nos abalanzamos a la taquilla vestidos de cualquier manera, nos pegamos por el último ticket pero se lo vendieron a uno del periódico Levante y a las diez ya no quedaban boletos. La cola de fans de Rita la Grande se desmandó, empezamos a dar vueltas por los alrededores y algunos pudimos comprar unas entradas de reventa porque andaba por allí Marcos Benavent con el fajo en la mano. A mí me sacó trescientos euros por la mía, y todavía doy gracias a Dios por que no estuviera falsificada.

Dentro del auditorio, un patio de butacas lleno hasta el gallinero donde rebosaba la emoción por encima de la multitud. Había lágrimas en los ojos de los fans más veteranos antes de que Rita la Grande apareciera en el escenario, porque allí se había congregado gente que ya no contaba con volver a oírla cantar. El público esperaba a su artista, electrificado como las vallas de un presidio. Hay que recordar que en los últimos tiempos se habían propagado rumores alarmantes sobre la salud de la artista valenciana. Los paparazzi llevaban semanas apostados en la puerta de su casa y la prensa rosa había publicado imágenes de una Rita irreconocible, enfermiza y descuidada, escondida tras los visillos de la ventana. Su último disco, ¡Qué hostia, qué hostia! Grandes éxitos ٢٠١٥-١٩٩١, había desconcertado a sus fans, y para colmo la voz juvenil de esa burda cantante de ska llamada Mónica Oltra desplazó a la Gran Rita de las listas de los 40 Principales.

Llegaron a decir que la Grande había perdido la cabeza como Norma Desmond y que la iban a ingresar en el Senado. Rumores. Bastó con que Rita apareciera en el escenario para comprobar que sigue siendo la cantaora regia que ha sido siempre. Ha renovado su contrato con Producciones Génova 13 a pesar de los desencuentros con los directivos de la distribuidora. En un escenario pulcro y minimalista, Rita apareció sola, íntima y verdadera, sin guitarra ni orquesta, algo poco frecuente en sus espectáculos.

Se presentó ante el público con un mensaje de agradecimiento: «Quiero que sepan todos los valencianos y españoles que agradezco de

verdad a su señoría ese ofrecimiento», e inmediatamente se arrancó con nuevas versiones a capela de sus grandes éxitos de siempre. Los que esperaban escuchar los temas alegres de su disco Caloret se quedarían decepcionados. Fue un concierto donde la emotividad sustituyó por completo su antigua despreocupación.

Sí cantó, simpática, la rumba «Ningún dinero, negro, proviene de mí», pero más tarde se puso grave con el tango «Ellos son peores que yo». Su forma de lanzarse con la ranchera «Cada uno declara lo que crea conveniente» dejó clara su intención de renunciar a los duetos, y también lanzó un mensaje claro sobre su futura carrera artística con «No puedo tener ninguna responsabilidad». Mediado el concierto cantó «Los indicios no dejan de ser indicios» y provocó una auténtica algarabía entre el público, pero no fue hasta que entonó las primeras estrofas del bolero «La verdad que yo he conocido» cuando la emoción se desbordó por completo.

Vi entonces mujeres arrancándose los pelos, niños chillando, hombres abrazados a sus propias rodillas y canturreando el estribillo con las mejillas empapadas en lágrimas. Yo mismo silabeé con la Gran Rita cada palabra, ya saben ustedes la letra: «Que no me consta / que yo una santa nunca he sido / bien lo sabe Dios / pero no me consta lo que usted ha sugerido / caballero / uno y uno no siempre son dos / déjeme sola cantando mi bolero».

No hay otra como ella. ¿Me la van a comparar ustedes con la heredera de Sarita Montiel, La Cospe de la Mancha? No hay color.

Ligarse a la pija

En los años universitarios, ligarse a una pija era como matar un tigre, como derribar de un golpe a Apollo Creed, como ganar las elecciones generales. El que se ligaba a una pija una noche obtenía cien años de respeto, se le dedicaban loas y églogas y empezaba a ligar, de forma mágica, con todo bicho viviente. Yo jamás lo conseguí. Y Astur, uno de mis maestros en el arte del aquí te pillo aquí te mato, siempre me explicaba por qué. Me daba una lección que le vendrá bien a Albert Rivera después del enésimo fracaso del CIS.

Para ligarse a una pija, me decía Astur, no basta con ser guapo, tener gracia o ser un ágil bailarín. Para ligarse a una pija no basta con disfrazarse de pijo ni inventar que tu padre es el presidente de Telefónica. No, Juan, no, me decía, cariñoso y paciente, sabio y melancólico: no importa cómo se desarrollen las cosas durante la fiesta, cuántas lentas hayas bailado con la pija, cuántos litros de colonia Tommy Hilfiger te hayas echado por encima.

A las pijas no las hace pijas el gusto por el pendiente de perla, ni el flequillito, ni el dinero de papi, ni las braguitas Naf Naf de las que viste un glorioso reborde color rosa palo en la pista de baile. Tampoco las hace pijas conducir un Mini blanco durante sus años universitarios.

El misterio de las pijas, me decía Astur, es que están diseñadas para encontrar a un hombre que les dé pija descendencia, hijos pijos a su imagen y semejanza. El «no» de una pija significa que te ha olido y sabe que, tal como vives, nunca serás un triunfador. Que podrá irte bien, que podrás ser muy listo y escribir buenos libros, pero jamás tendrás un yate.

Porque las pijas son detectores vivientes de éxito futuro. Son hijas de pijas, nietas de pijas, son lo que queda de aristocracia en este mundo. Porque la aristocracia ya no se perpetúa con los privilegios de clase, sino con un complejo sistema de selección natural. No la mantiene el dinero de los hombres, sino la selección de las pijas en las discotecas de Serrano.

Fue una lección valiosa y fácilmente trasladable al panorama electoral. ¿Por qué un tío con coleta y camisa del Alcampo se liga a la pija del PSOE? ¿Por qué Rivera, tan monín, tan encorbatado, no se

liga a la pija del PP? Mes a mes, trimestre a trimestre, UPyD y Ciudadanos se mantienen hundidos en la laguna estigia del CIS, ahogados en la marejada de colores de los bajos del gráfico, mientras PP, PSOE y Podemos navegan en la lancha motora hacia las costas del tripartidismo.

Una pista: que Carmen Lomana se vaya de juerga con Monedero es un asunto desprovisto de toda frivolidad. Carmen Lomana es una pija y el electorado español es otra.

Después de una noche frustrada, los fracasados nos juntábamos a discutir por qué no nos hacían caso, igual que ahora mismo, mientras escribo esto, bullen en preguntas los despachos de Ciudadanos y UPyD. Saltar del tres o cuatro por ciento en intención de voto al veinticuatro por ciento es quitarle al PP la pija con la que baila, llevarse al electorado conservador, el votante de centro-derecha.

En la desesperación de la derrota, podrá pensar Albert Rivera que el centro-derecha no quiere alternativas o, dicho de otro modo, que el voto conservador opina que las cosas están bien como están. Nosotros hacíamos lo mismo tras el fracaso con las pijas. ¡No nos quieren, nunca nos querrán! Diríamos que habíamos estado a punto, que la pija se tuvo que ir, que la perdimos de vista cuando ya estaba en el bote.

Si uno escucha a Rivera más de cinco minutos, puede acabar en ese mundo de fantasía donde el PP cae por la misma escalera que el PSOE. Sin embargo, CIS a CIS, la pija a quien cerca Rivera se va con el PP. ¿Por qué?

Porque la pija huele que Ciudadanos y UPyD van a fracasar. De aquí a las elecciones, la única alternativa de estas formaciones es hacer como Podemos: proyectar éxito a cada paso, creer, casi con fanatismo, que van a ganar. Abandonar esa pose perdedora, dejar de conformarse con ser partidos de oposición. Entonces, puede que la pija huela el éxito futuro, y que estos dos partidos de centro-derecha consigan quitársela al PP y sacarla de la discoteca de Serrano. Algo que nunca logré yo.

Pablo Iglesias es la nueva mujer trabajadora

Pablo Iglesias se levanta de la cama media hora antes de que salga el sol. Antes de que Pablo Iglesias se despierte y empiece a exigir a voces el café, Pablo Iglesias se las apaña para limpiar la casa, fregar los cacharros de la víspera y preparar el desayuno contundente que le hace falta a Pablo Iglesias para pasar el día, un manjar compuesto por huevos fritos, panceta, magdalenas horneadas y café recién molido. Después, adecenta la cocina de nuevo y ya puede llamar tímidamente a la puerta de su propio dormitorio con la bandejita entre las manos, manos algo ajadas por la lejía pero, sin embargo, manos de monja, de uñas esmeradas, nácar con reflejos tímidos y blancos de pureza virginal.

Tras un desayuno semejante, Pablo Iglesias ya tiene energías para afrontar la vida dura que le ha tocado: por un lado, ser el valedor de los derechos de la gente, la muralla humana contra la tecnocracia y la crueldad neoliberal, pero, por el otro, acometer todas las labores del hogar, la esclavitud doméstica que se ramifica en otros trabajos no remunerados como recoger a los críos del colegio, hablar con los profesores, comprar en el mercado, ordenar la compra en la despensa, organizar las cuentas de casa y, en fin, disponer de todo lo necesario para que Pablo Iglesias llegue a su hogar y pueda dedicarse al reposo del guerrero.

¿Creen ustedes que alguien le agradece a Pablo Iglesias todo este trabajo invisible? No. Pablo Iglesias come la comida que Pablo Iglesias ha preparado, y no crean ustedes que se levanta a dejar los platos en el fregadero. Raro es el día que tiene un detalle, que compra unas flores para Pablo Iglesias o tiene la delicadeza de decirle que es la mejor paella que ha comido nunca. Para colmo, Pablo Iglesias tiene que enfrentarse a esos otros enemigos sañudos de la existencia femenina, tales como piropos de albañiles desde los andamios.

Hoy, sin ir más lejos, Pablo Iglesias iba con las bolsas por la calle y mientras tanto discutía por teléfono la idea de que su cara aparezca en el cartel de Podemos para el 8 de marzo. Pablo Iglesias es muy modesto y no quiere que nadie piense que es de las que usan su atractivo físico para atraer votos. En ese momento, un tío asqueroso

con las manos peludas, al pasar Pablo Iglesias junto a él, le ha arrimado la cara y le ha dicho:

—Qué buena estás, Pablo Iglesias, cada día estás más buena, te comía todo el coño, Pablo Iglesias.

Pablo Iglesias ha puesto cara de asco, ha echado una mirada fulminante al bruto y ha seguido caminando. Le decía a Errejón por el teléfono —recordemos, las bolsas colgando del brazo— que la idea de poner su cara en el cartel del 8 de marzo le parecía un poco exagerada, pero unos pasos más allá lo que le había dicho el bruto volvió a la memoria de Pablo Iglesias. Afectadísima, colgó y se echó a llorar. Quién se habrá creído ese machista asqueroso, molestando así a una que va con las bolsas y que no puede defenderse, mencionarle su anatomía, prácticamente violándola con las palabras y los gestos.

Así que llamó de vuelta a Errejón y le dijo:

—¿Sabes lo que te digo? Que sí, que vamos a poner mi cara en el cartel del 8 de marzo. Qué otra cara mejor que la mía para luchar por los derechos de las mujeres trabajadoras.

Errejón se puso contentísimo.

—Además —le dijo a Pablo Iglesias—, nadie más guapa que mi mamá.

La invasión de los políticos con cara de poni

Todos vimos el debate entre Pablo Iglesias y Albert Rivera en el bar, ¿no? ¿No? Pues nadie dijo lo más evidente, y es que parecían dos críos alternando por primera vez a escondidas de los padres. Entraron al bar con cara de pedir dos cañas, pero acabaron implorando con timidez dos cafés a la camarera. Luego hablaron de política, como hacen los mayores. A veces cuesta tomarlos en serio, la juventud ofende hasta a los jóvenes. Pasó lo mismo cuando Sánchez conoció a Évole y fueron a una tasca para discutir con una familia de socialistas decepcionados: cerveza para todos y para él una sin alcohol. El socialista se comportaba como el chaval que llega nuevo a la ciudad y busca un grupo de amiguetes para ir al cine y hacer deporte.

Lo que llaman renovación a veces parece una política de padres e hijos: hemos visto la colleja que le metió Rajoy al nene mientras comentaba los partidos en la Cope y a Pablo Iglesias intentando dormir a María Teresa Campos y al electorado con su guitarra. Hablan de regeneración y quizás sea la palabra más adecuada: recambio generacional. Los pobres votantes barajamos las papeletas electorales y nos tira para atrás la peste a desodorante Axe. Los jefes de campaña salieron en estampida por los pasillos de las sedes en busca de becarios a los que subir el sueldo a cambio de cuota de pantalla.

En estas circunstancias, el veterano Emilio Olabarria (PNV), calvo y de ojos saltones, se despidió del Congreso de los Diputados anunciando el advenimiento de la efebocracia. Para definir el concepto, cojo el metro de Valle-Inclán: efebocracia es la deformación sistemática de la profesión política en el espejo cóncavo del Pull & Bear. Inmediatamente llamo a Olabarria por teléfono:

—Eso de la efebocracia que dijo usted me ha hecho pensar en Kennedy contra Nixon y en el primer González. No es nuevo, ¿no?

—No. Pero no me refería solo al gobierno de los niños guapos. La efebocracia es una expresión que va más allá de la apariencia del líder. Es equivalente a política líquida.

Política líquida me suena a discurso que busca que el elector moje las bragas.

—Es una política basada en referencias líquidas en lugar de sólidas —explica Olabarria—. Eslóganes, abuso de la mercadotecnia y la televisión. Se eligen figuras atractivas, se hace un uso interesado y desorbitado del descontento popular... ¿Te suena? La efebocracia tira de crítica fácil y estética para resaltar los problemas que no ha resuelto la política anterior, y culpa a esa política de esos problemas, que muchas veces son estructurales o vienen heredados de mucho antes. A todo ese engaño, añade el sortilegio de la promesa.

—Entonces le preocupan más los programas bonitos que los líderes con cara de poni.

—Veo programas innovadores en la forma pero muy poco elaborados. Apenas aportan documentos que se puedan contrastar. La efebocracia no es tanto la autoridad de los efebos, sino el poder de los que sugestionan el deseo del votante con mensajes bonitos.

La prensa se ha inundado de mensajes diseñados para convertir el descontento en contenido parlamentario. Mi generación salió de la universidad sin otra misión que sentarse a esperar un contrato de prácticas, tan enferma de irrelevancia que rodeaba el Congreso porque no se le había ocurrido meterse dentro. Esto era más difícil, porque no había que derribar a un dictador, sino desalojar a los viejos de sus asientos. Por eso Pablo Iglesias resucitó a Gregorio Morán a través del cuerpo místico de Podemos.

El mensaje clave de Morán es que todo lo viejo huele a muerto, y que él lo sabe porque siempre ha estado ahí. Ha pasado el intelectual unas décadas en el armario y ahora vierte su mal genio contra todos los que le quitaron el puesto. Dice que la cultura de la Transición ha sido un fraude, que todo, desde Muñoz Molina a la estabilidad institucional, debe ser derribado para erigir un país nuevo, y sus soflamas de viejo ceñudo encuentran acomodo en los oídos juveniles. Esto se explica sin salir de Twitter: en los tiempos del hashtag, no hay forma más rápida de hacerse notorio que arremeter contra todo lo que tenga éxito.

Pero el tiempo pasa, y algunos nos preguntamos qué será de nuestros políticos con cara de poni cuando el cargo empiece a quemarlos. Al bello Obama le bastaron dos mandatos para pasar de Will Smith a Kofi Annan, y aquí, azotado por los vientos de la meseta y la infamia, tenemos a Rivera palpándose la cabeza para comprobar si el pelo le aguanta más de una legislatura. Cuando el ciudadano Albert dijo que la renovación estaría protagonizada por gente de treinta y que iba a suprimir el Senado, me sonó como un Peter Pan deseoso de abolir la senectud.

Le pregunto a Olabarria si España se renueva o solo ha cambiado su foto de perfil en Facebook.

—La renovación se ha convertido en un tótem —dice—, como si fuera el bálsamo de Fierabrás. Pero la renovación es instrumental. No es algo conceptualmente llamado a resolver los problemas. Ser joven es una circunstancia; ser viejo es otra. Los problemas los resuelven quienes tienen la capacidad para resolverlos. La vieja política ha sido tributaria de poderes invisibles y ocultos; la prueba son las puertas giratorias. Pero corremos el riesgo de que la política nueva sucumba ante una tentación doble: la de los poderes invisibles de siempre y la superficialidad.

—¿El electorado premia al tonto guapo por encima del listo feo?

—El electorado y los propios partidos. No quiero ser malpensado. Puede que los astros se hayan alineado para que todos los líderes de los partidos, salvo el del Partido Popular, con todos mis respetos, sean guapos. Pero también puede que haya una obsesión por buscar gente con pinta de galán joven.

—¿Está diciendo que Rajoy es feo y listo?

—Rajoy, digamos que ni es tonto ni es guapo. En los demás partidos, especialmente en los nuevos, no me atrevo a decir que sean todos tontos, pero sí son todos personas atractivas.

—¿Habría llegado lejos hoy una figura fea y brillante como Azaña?

—No tendría ninguna posibilidad. Estamos viendo una desamortización de personas brillantes en los parlamentos, no solo desde la retórica, sino en la gestión y la indagación en los problemas y sus soluciones. Muchos buenos políticos no van a estar en la próxima legislatura. No los ha retirado una opción mejor, sino el dogma de la «renovación». En algunos partidos, los mejores no van a repetir porque los nuevos líderes son débiles y no saben dirigir a gente manifiestamente mejor que ellos. Preferiría no poner nombres concretos porque no me lo van a perdonar.

Olabarria da a entender que estamos dispuestos a probar cualquier veneno nuevo con tal de quitarnos el sabor de boca del viejo veneno que nos mataba, pero yo me pregunto: si tantos políticos buenos había en España, ¿dónde se escondieron durante todos estos años de mediocridad?

(El título de este artículo es un homenaje al libro Políticos con cara de

foca, de Javier Figuero, donde el redactor jefe de Arriba examinaba, en 1980, a los protagonistas de aquella ilusionante renovación.)

Las dos tetas de España

Nunca me han caído bien los estudiantes que chafan actos universitarios. Recuerdo un boicot en mis tiempos contra un ministro del PP que vino a la universidad a hablar de economía. Vente al boicot, me invitaba Nacho, arropado por sus greñas de grasa y el palestino. Para él era como decir vente a tomar cañas, una línea más en el catálogo de formas de saltarse una clase. Yo me preguntaba: si hay compañeros que quieren escuchar al ministro del PP hablando de economía, ¿quiénes somos nosotros para fastidiarlos?

Le dije a Nacho que no recordaba que ningún católico nos hubiera intentado joder las charlas que organizábamos en nuestra asociación de estudiantes bolchevizados. Él me respondió que, si alguno se atrevía, le arrancaría el escapulario con los dientes. Para Nacho la paz del campus era una guerra, veía charlis entre la maleza, era un puto intolerante. Nuestra amistad y nuestra asociación no tardaron en enfriarse. Pero hoy ya lo veo como lo que era: un adolescente, y más que su intransigencia recuerdo su ingenio y su generosidad. A veces me pregunto qué habrá sido de él, si la edad le habrá arrancado ya la grasa, el palestino y el panfletarismo.

Hoy se sienta en el banquillo Rita Maestre por confundir una capilla universitaria con otra cosa, es tarea del juez determinar si con una tribuna política o con un club de striptease. El caso es que recuerdo esa capilla: casi siempre sola, tristona, burocrática y escondida en el pasillo oscuro de la biblioteca. Al pasar por la puerta me preguntaba qué hacía ahí esa capilla tan vacía si luego faltaba espacio para dar clase. No me habría hecho esa pregunta si Rita y sus amigas hubieran tenido por costumbre enseñar carnaza en esos tiempos. La capilla habría estado, como la cantina, siempre llena hasta la bandera.

Nacho buscaba una novia como Rita: guapa y revolucionaria, dispuesta a enseñar el sujetador a un grupo de cristianos con la excusa de luchar contra el yugo heteropatriarcal y vaticano, cuando en realidad lo hace para vivir, porque es joven, porque se aburre.

El acto de protesta de Maestre no fue tan obsceno por enseñar cacha a un cura como por intolerante. Puede que la universidad pública no sea sitio para capillas, pero allí se refugian cuatro cristianos a oír misa, ¿qué problema hay? Me merecen tanto respeto como los estudiantes

rojos que abarrotaban las misas paganas de Julio Anguita. De haber sido Rita la novia de Nacho y mi amiga, habríamos discutido por este motivo.

El caso es que la quieren meter en la cárcel. ¡Piden cárcel! ¿Estamos locos? El juicio está consiguiendo lo imposible: superar la obscenidad de la protesta. He puesto la tele esta mañana y pensaba que Rita había matado a Isabel Carrasco, así que he naufragado un rato en las redes sociales para comprobar que no, que todo este espectáculo viene por quitarse una camiseta. Yo, que pensaba que el encierro de los titiriteros había servido para que nuestra justicia tocase un techo de ridículo internacional suficiente, siempre subestimo nuestra capacidad para hacernos ver en este mundo.

Así que uno se pone a defender a Rita con cuidado. Le quita hierro a su vandalismo sin llegar a justificarlo, pero entonces, por curiosidad, va a leer lo que dicen sus abogados tuiteros. Así se cierra el círculo, porque mi país se empeña en hacer el ridículo por sus dos extremos. Descubro rápidamente que muchos defensores de Rita no toman partido por ella, sino que aprovechan la mañana para salir a quemar conventos. Hay quien quiere defender la libertad de expresión. No es el caso: la libertad de expresión de los católicos que oían misa cuando entró Rita también se vio amenazada, igual que la de los estudiantes que querían oír al ministro del PP. Muchos no protestan por la pena injustificable que pide el fiscal, sino que gritan contra la Iglesia. Hacen lo mismo que los católicos cavernarios que quieren mandar a la cárcel a una mujer que simplemente ofendió sus creencias.

Y aquí tenemos lo de siempre, el viejo mito de estas dos Españas igual de insoportables, la entierra-rojos y la derriba-campanarios. Dos intransigencias enfrentadas. ¿Justicia, aquí? La justicia es imposible en un país donde la mitad de la gente solo sería feliz si la otra mitad fuera erradicada.

Muerto el toro, ya tenemos nueva fiesta nacional

Me cruzo con un taurino auténtico, sigo sus pasos, gira en una bocacalle y cuando voy a darle alcance se desvanece delante de un Zara. Los toros ya no son la fiesta nacional. Son parte del folclore, como las procesiones de Semana Santa, los programas de José Luis Moreno, la misa del gallo o la gala de los Goya. Encuentro, tirado en el suelo, a otro taurino. Susurra unas palabras lacónicas: que el toro es enseña identitaria, pero salta una chica de flequillo cortado con hacha y lo pisotea y grita que el toreo no la representa.

Al final todo depende del Paco o la Paca a quien le calcen el micrófono los de Comando Actualidad. En función del emisor, el toreo será medalla en el pecho de una vieja estatua, incentivo para turistas pedantes disfrazados de Hemingway, holocausto animal o, más bioclimáticamente, la membrana que separa las dehesas de la recalificación urbanística. Las opiniones son como los culos, todas tienen una raja en medio, todas tienen su otra mitad. No sabemos qué son los toros, pero sabemos lo que no son.

No son la fiesta nacional.

Una fiesta nacional requiere, por pura semántica, el concurso espontáneo de los oriundos de la nación. A las plazas les pasa lo que a los cines de la Gran Vía: atraen más españolitos cuando los reconvierten en centros comerciales que el día de espectáculo a las cinco de la tarde.

Los taurinos lloran porque los del PACMA los rocían con pintura roja a la salida de la plaza, por la decadencia de las ganaderías y por los toreros cobardes. Con tanta lágrima, el toreo se incrusta en la enciclopedia, deja de ser movimiento y ruido y queda reducido a riqueza idiomática.

Porque la riqueza idiomática es el certificado de defunción de las fiestas nacionales. Cuando habla Cossío se giran Pacos y Pacas y ponen cara de no entender. Hay quien dice que está muriendo la novela, pero cómo va a morir si se escribe con un lenguaje tan llano. Las cosas mueren cuando nadie las entiende, como ocurrió con el toreo y la filosofía continental, como les pasa a las parejas: ella me habla y no la entiendo, será que se nos murió el amor.

La fiesta nacional es otra cosa, algo que se respira en las calles. Olisqueo la Vía Layetana y pasa a mi lado una manifa. Jóvenes y jóvenas exigen limpia y pura democracia. Del mismo modo que los taurinos persiguen a José Tomás para que les resucite a Manolete y los

futboleros van gritando para invocar al fantasma de Juanito, los jóvenes y jóvenas salen a las calles y claman con voz tonante una democracia a la griega, a la vaticana, a la noruega o a la sudamericana, como si estuviéramos en el mercado de fichajes.

Las elecciones andaluzas coincidieron con el Madrid-Barça y el partido quedó en segundo plano, lo que nos vino muy bien a los madridistas. Mi amigo Daniel Arjona había organizado una porra con los escaños que iban a sacar los candidatos. Participábamos del bingo democrático con una alegría despreocupada. Un par de semanas atrás, el joven Enrique Rey había propuesto que los bares dieran oferta de botellines y bravas los sábados para ver La sexta noche con los amigotes, comentando las jugadas de Inda y de Marhuenda a grito pelao.

En el fondo, nuestra forma de vivir la política siempre estuvo destinada a convertir la democracia en una fiesta irracional y apasionada, en la fiesta nacional. La gente es forofa de un partido o de otro como de un equipo o de otro, por cuestión sentimental. Pedro es del Madrid y del PSOE porque su padre y su hermano lo son. Y María vota a Podemos y le gusta el Atleti para llevar la contraria a su madre, numeraria del Sevilla y aficionada al Partido Popular.

Dispuestos a servir a los ciudadanos, en los últimos tres años los políticos se han convertido en auténticos profesionales del entretenimiento. Albert Rivera suda la camiseta y pide un pase de gol, Errejón se atasca en su carrera por la banda izquierda, Susana Díaz lanza un centro fenomenal que Pedro Sánchez no sabe cómo recibir, Rajoy va para el árbitro cojeando a protestar las entradas que le hacen. La afición abuchea a Rosa Díez, que amenaza con llevar a su equipo a Segunda, y al finalizar el partido sale Tania Sánchez a los micrófonos de Carrusel deportivo para comunicar a la anonadada audiencia que ha terminado su romance con el extremo izquierdo Pablo Iglesias.

Bulle Twitter. A veces, el hashtag de Un tiempo nuevo supera al de los Gemeliers.

Por mucho que tengamos el país atascado entre la calamidad y la gloria, los españoles vivimos la política con disfrute e intensidad de afición futbolera. Siempre se nos ha dado muy bien lo de ponernos a contar chistes entre los caídos del campo de batalla. De hecho, hay gente incapaz de ocultar su regocijo cuando se destapa un nuevo caso de corrupción. Se ponen a chillar ¡chorizos! con la alegría irritada del forofo, como si pidieran un bocata al camarero.

—Un pico y una pala les daba yo…

Llegará el día en que los diputados desplacen a las últimas famosas del papel cuché, y tendremos un Gran Hermano de políticos, y un talent show donde los borjamaris de Nuevas Generaciones compitan con los de las Juventudes Socialistas. No es raro que Risto Mejide haya dejado de varear cantantes y siente a políticos en su Chester.

La fiesta debe continuar.

Los votantes españoles somos unos cabronazos

Cuando despertó, luego de un sueño agitado, España descubrió que se había convertido en un país sin mayorías absolutas. A partir de hoy todo ha cambiado, desde la forma de promulgar leyes a la manera de llevar el timón, pero muchos van a tardar meses en sacarse el nuevo carné de conducir países. Nos fuimos a dormir acunados por los comentarios apocalípticos de quienes confunden voluntad popular con vaticinio de Nostradamus, pero yo, mirando la tarta, tenía la impresión de que hemos convertido esa tumba parlamentaria en un plato de lo más apetitoso.

PP y PSOE continúan con vida y son las opciones más votadas, pero hemos asesinado al bipartidismo como sistema político. El baile de dos elefantes que se balanceaban se ha ido por el abismo que mediaba entre la mayoría absoluta, la simple y las oposiciones sometidas a la dictadura del decretazo; abismo cuya profundidad nadie ha sabido sondar hasta que no han terminado todos en el fondo.

El primer reto que les hemos puesto en esta gincana hacia una forma civilizada de hacer política es levantar un presidente entre un montón de manos distintas. Una vez que lo logren, el reto será mayor: ese presidente tendrá que aceptar que el protagonista absoluto de su reinado va a ser su oposición. De la noche a la mañana hemos pasado de vivir en un feudo a volvernos locos en una diplomacia de pactos reversibles y negociaciones. El poder, ayer monolítico, se ha convertido en el punto que media entre lo que se cede y lo que se ofrece.

Eso es lo que hemos dicho los electores con nuestro coro griego de alaridos y fiesta. Que no se mustien estos ojos míos sin haber visto a los políticos a la altura de nuestro mandato.

La noche electoral cerró con unos aires de final de Zorba el griego. Rajoy se encaramó como pudo al balcón de Génova 13, donde Esperanza Aguirre había adquirido la mirada vacía y negra de los tiburones, y tenía tras su barba tan poca cara de presidente como Sánchez, hombre de plástico que incluso había perdido su sonrisa. En mitad del ruido y el caos, tenían más motivos para sonreír los perdedores que los ganadores, y aquí vimos otra imagen descriptiva del futuro reino de la oposición.

Pero los electores no somos tontos y sabemos que este juego tiene muchos peligros. Sabemos que los políticos idolatran el poder y que su ambición no se cura con votos ni con pastillas. Nos han dado suficientes muestras de mal perder a lo largo de nuestra corta vida

democrática como para que hoy haya gente repitiendo que este país es ingobernable y que vamos a unas elecciones anticipadas.

Pero ¿qué cambiaría en unas anticipadas? ¿Acaso no está claro el mensaje? Tendrán que pactar, que representar: el gobierno del mañana ya no es gobierno de pocos.

Yo imagino saliendo de un Parlamento como este una ley de educación que no guste del todo a nadie pero que pueda durar porque conforme a muchos. Imagino también un ordenamiento territorial más justo para quienes se sienten marginados, y blindado ante las desigualdades que persiguen otros; y un control activo con muchos ojos para que la corrupción se convierta en un dinosaurio extinguido; y una ley electoral más proporcional, que en las próximas elecciones vuelva más loco todavía el reparto de los escaños.

Todo esto, que hoy parece la utopía de un ingenuo, es la dura realidad que les hemos dado a nuestros políticos en estas elecciones. Y la verdad sea dicha: pedir esto a unos políticos tan cerriles demuestra que los votantes españoles somos unos cabronazos.

La nueva política no sabe perder ni quiere ganar

La otra noche, en el balcón de Génova, Rajoy tenía la misma cara que yo aquel día en que me cayó un notable sin haber tocado los apuntes. Casi ocho millones de votos y ciento treinta y siete escaños eran la causa de su sorpresa y de la nuestra. El hombre soltó a la multitud una diatriba surrealista, titubeante al principio y suficientemente pletórica después como para besar a su mujer al estilo Iker Casillas. Faltó que sonase el «Ya hemos pasao» de Celia Gámez para bordar el fin de fiesta.

Lo confieso: a mí esa noche me llevaron los demonios. No soporto la corrupción. Voté contra el PP y contra el PSOE, y cuando los forofos gritaban bajo el balcón de Génova «Sí se puede», yo pensé rabioso que sí, que aquí se puede mangonear, está visto; y que además te pueden pillar mil veces y aun así vuelves a ganar, como pasa con el PSOE en las autonómicas andaluzas. Me fui a la cama tarde y con la punta de la napia de un rojo encendido. ¡Siempre igual!

Pero al día siguiente, luego de un sueño agitado, el PP seguía ahí, y yo caí en la cuenta de que no tiene mayoría absoluta, de que no va a ser fácil que ningún partido la tenga en los próximos años y de que, por lo tanto, hoy vivimos en un país ligeramente mejor que el de hace cuatro años. Este Parlamento fragmentado puede garantizar una representación más aceptable de todas las sensibilidades y cierto grado de control sobre la corrupción. Esto, claro, siempre que los nuevos partidos aprendan a perder, y no parece que por el momento estén trabajando en ello.

El PP basó su campaña en el viejo lema de que más vale malo conocido que bueno por conocer, algo que no funciona mal en España. Con nuestra economía de huesos quebradizos temblando tras el Brexit, siete millones y medio de españoles mostraron una actitud conservadora y una prudencia que para mi gusto rozaba la cobardía, pero no por eso voy a salvar la actuación de los nuevos partidos.

De hecho, la victoria del PP es culpa de los nuevos partidos, aunque ellos no quieran darse por aludidos y pongan la misma cara que un alumno que ha suspendido y se empeña en culpar a su profesor.

—¡Es que me tiene manía!

Albert Rivera salió a hablar con el rostro pálido y admitió su decepción, pero luego dijo que sus resultados no eran malos e hizo de todo menos autocrítica. Para un político nunca hay error, sino cosas mal explicadas a una ciudadanía un poco tonta. Él lloriqueó, dijo que

lo había hecho todo bien, que había contado siempre el mismo cuento, un discurso recto, claro y coherente. Que su electorado hubiera huido en desbandada de vuelta al PP pese a la corrupción no quitaba que Rivera se sintiera como un mártir de la democracia. Míster Líneas Rojas creía que era el único dispuesto a dar su brazo a torcer.

Mientras tanto, en Podemos seguían soñando con sus quimeras habituales aunque habían tomado el suelo por asalto. Monedero escribió un artículo en Público haciendo autocrítica al día siguiente y aquello estuvo bien, pero se le olvidaba un detalle: que casi ocho millones de españoles sigan votando al PP demuestra que buena parte de esa «gente» de la que alardean no quiere ni oír hablar de su mensaje.

Iglesias había hecho su campaña en un tono que a mí me recordaba al de un predicador que ha perdido la fe pero quiere mantener lleno el cepillo de la iglesia. Tras un juego de tronos arribista y tramposo, tras forzar nuevas elecciones, tras haber humillado sistemáticamente al PSOE, no es raro que más de un millón de votantes de izquierdas le hayan dicho «esta vez no» y se hayan decantado por Pedro Sánchez o por la abstención.

La única excusa creíble de los nuevos partidos, la única queja razonable en esta resaca electoral, es una en la que los dos coinciden: la ley electoral les perjudica. Sin embargo, en ese tema encuentro la mayor constatación de que Podemos y Ciudadanos están haciendo las cosas mal. Si los dos hubieran apoyado al PSOE sin boicotearse el uno al otro y le hubieran exigido a cambio una reforma de la ley electoral, hoy no solo no gobernaría el PP, sino que en las próximas elecciones habría una correlación de votos y escaños más justa.

Pero debe de ser que no he entendido bien el mensaje. Que se han explicado mal. Si es así, pido perdón.

Cinco horas con Mariano

Él es la Roca, su obra es consumada, pues todos sus caminos son justicia. Es Dios de lealtad y no de perfidia, es justo y recto. Se han pervertido los que él engendró sin tara, generación perversa y tortuosa, que a mí me parece bien todo lo que tú digas y todo lo que hagas, Mariano, cariño, para eso te voté, no ahora sino siempre, todas las veces, aunque lloviera, yo derecha al colegio electoral rodeada de canallas que llevaban en la cara las malas intenciones, pues yo siempre bien vestida para votarte a ti desde que José Mari te señaló con el dedo, que de los gustos de José Mari ya hemos hablado, un diez, no hay más que ver a Anita, toda una señora, y si te eligió a ti como jefe de los populares por algo sería, que ese hombre no se equivoca, pero ahora te tengo que decir que cuando te pones botarate también eres el jefe de los botarates. Tienes un torcido confeso entre tus filas, ese Maroto, hombre, por decir algo, de tu confianza, y no es solo que lo protejas, si un hijo te sale torcido hay que esconderlo de los ojos de la gente y enderezarlo, como yo digo, a palos si es preciso, primero le dolerá pero al final, cuando esté metido en cintura, te lo agradece. Pero tú, Mariano, cariño, no solo no lo escondes a Maroto ni le das una buena tunda para que aprenda, es que incluso fuiste a su boda cuando dijiste que ibas a frenar esa perversión, que, aquí inter nos, llamar boda a eso, pues en fin, un hombre con otro hombre, muy bien, lo próximo será que otro de los tuyos te diga que se va a casar con un cocodrilo y eres capaz de darle la enhorabuena, Mariano. Habrás hecho cosas bien, no digo yo que no, por ejemplo a los pobres los tienes en su sitio, por mucho que se quejen, que solo saben quejarse, que dicen que no hay trabajo pero yo luego busco un fontanero o un electricista y Dios me ampare, no hay manera, así que si no trabajan es porque no quieren, que te quede claro, porque quieren ser señoritos, y nada más que les gusta la protesta, provocar disturbios, que en esa ley de orden público para mí os quedasteis cortos, que la policía necesita que le dejes ejercer su autoridad, y si hay que pasar un tanque por encima de los manifestantes, pues se pasa, pero tú eres un blando, Mariano, muslos de mantequilla como yo digo. Si yo fuera tú y viniera un socialista a decirme que hay mucho paro, le diría que si hay paro es porque son todos unos vagos y al socialista, como es de ley, lo echaría a patadas de la Moncloa. Tu trabajo es difícil, pues sí, pero si no te plantas en lo esencial, tú me dirás. Dijiste que a los pervertidos les ibas a prohibir los casamientos y nada, y a Gallardón, tu mejor ministro, joven pero educado, un poco demasiado intelectual aunque no se le olvida que el Libro está por encima de los libros, pues a él, cuando el muchacho quiere frenar los asesinatos en masa de niños nonatos, que su trabajo le costó hacer esa ley, que ni dormía, como si estuviera sacándose una oposición,

palabra de Dios, vas tú y te lo quitas de encima. ¡Habrase visto, para uno decidido, para uno recto, para uno que sigue los dictados, tú lo apartas! Al torcido le das la enhorabuena y al recto la patada, pues cómo va a estar el pobre José Mari. Está como tiene que estar el hombre en esta situación, que has puesto a España al borde del comunismo, Mariano, que tú no eres bueno, tú eres un botarate, perdóname que te lo diga tan claramente, ya oíste a José Mari, «hay que renovar el partido desde dentro, hacer limpieza», y qué quieres que diga el hombre: se fue y te dejó el partido en las manos, que yo para mis adentros pensé que estaba pecando de confiado, y en unos cuantos años se encuentra su casa, porque el PP es su casa, que lo sepas, patas arriba por tu culpa. Os llaman de todo en esos periodicuchos que Dios confunda, venga a poner titulares, a escribir mentiras, un día dicen que Luis es un ladrón cuando tú sabes que no, que bien amigos sois y es una bellísima persona, que cuando te ha hecho falta algo ahí estaba Luis, hasta en domingo, y si ahora se vuelve contra vosotros y os amenaza es porque tú, mucho «sé fuerte», pero luego bien que mirabas para otro lado cuando lo llevaban esposado, que si yo estoy en tu lugar, a los periódicos les echo el cerrojo para que aprendan a calumniar a las buenas personas. ¿Es que no te das cuenta de que si no los frenas se crecen? Mira ahora, dicen de Ignacio, el hijo de Esperancita, que es un canalla, ya ves tú, ¡Ignacio!, que se compró un ático precioso y le faltó tiempo para invitarte, gente con estilo él y su mujer, y tú sin darte cuenta de que a los miserables lo que les fastidia es precisamente que haya gente con estilo, también se quejaban de la comunión de la hija de Anita Mato, una comunión inolvidable, elegantísima. Pero te tengo que decir, porque si no lo digo reviento, que tu problema, Mariano, es que no tienes estilo. Nada más que te gusta ponerte delante de la tele a ver el fútbol como un cualquiera, como un paleto, que hasta te han visto jugando al dominó con los cazurros en un pueblo de mala muerte, Mariano, cariño. Y qué me dices de la pobre Rita, una mujer un poco ruda de maneras pero con mucho encanto y mucha simpatía, los bolsos más bonitos que yo he visto, y generosa, Mariano, que te ha ayudado siempre en todo, si has necesitado dinero allí estaba Rita removiendo el cielo con Valencia para dártelo, y todos sus alcaldes a tu servicio porque no hay gente más simpática y más generosa que los valencianos, todo lo contrario que los catalanes, fíjate lo que te digo. Pues basta que los periodicuchos calumnien a Rita para que tú la dejes en el arroyo como a una mujer de la vida, Mariano, que me pregunto dónde está tu caballerosidad, porque si es grave no hacer nada cuando atacan a un amigo, cuando atacan a una amiga eres un Caín si no muestras los dientes. Pero tú, Mariano, pánfilo y calladito, que cuando te pones a hablar puedes meter la pata, pero cuando te quedas en

silencio la pata te llega al fondo. Y así nos va, Mariano, tontorrón, España al borde del abismo, como yo digo, los rojos subidos a tus barbas, que como no hagas algo, como no des el puñetazo en la mesa y digas «se ha acabado esto», mañana los paletos de señoritos y los señoritos de paletos, el mundo al revés. A la gentuza no hay que escucharla, son ignorantes y vengativos, ahí tienes a esa alcaldesa marimacho de Madrid que quita las placas de héroes de la Cruzada, o a los vocingleros que se quejan porque rescataste a los bancos y los llenaste de dinero, pues ¿a quién es mejor darle dinero, a un banquero, que es una persona responsable y seria, o a un puñado de vagos que no quieren trabajar y que a saber en qué se lo gastan? Porque no quieren trabajar, Mariano, si hay paro, que sepas que es por eso, déjate de disculpas y de historias, que busco yo un fontanero o un electricista y no los encuentro, te dicen que vienen el martes y no llegan hasta el jueves, y eso si llegan, porque prefieren estar mano sobre mano, a ver, cobrando subsidios, menudos son. Pero tú tan pancho, Mariano, cariño, que no te saquen del Marca, que no te despierten de la siesta hasta las seis. Y mientras duermes, el tonto ese de Sánchez, o Pérez, o Gutiérrez, que hace falta ser socialista para presentarse ante la sociedad bien con un apellido de hijo de portera, con el otro, ídem de lienzo, ese bebé con pinta de zarrapastroso, el de la coleta piojosa, que me da un asco que me muero, pues esos dos, mientras duermes la siesta, aprovechan, claro, llevan esperando desde que los machacamos en la guerra el momento de encontrar España sin autoridad, para vengarse. Ese Sánchez o Pérez, como se llame, un muchacho que será muy guapo, las cosas como son, pero luego, por dentro, un monstruo satánico que te falta al respeto, Mariano, te llama canalla, y tú como si oyeras llover y todavía quieres meterlo en gran coalición, ¡a un rojo! Y ya cuando le dices al otro pipiolo, a Riverita, que se vaya contigo, pues una no sabe ni qué pensar de ti, Mariano, por mucho que te conozca, que ya solo le faltaba a España que tú, con lo blando que eres, cariño, tuvieras que pedirle permiso a un catalán para gobernar.

iii. Cataluña, mon amour

Un murciano en la Diada

Ella es adolescente, alta y delgada como la luna. Pasa con sus amigas, que van todas esteladas y rápidas camino de la Meridiana. Yo con la edad de estas chicas no corrí delante de los grises y en educación física me escondía a fumar, así que alcanzarlas es un prodigio. Está la calle llena como si fuera carnaval, y no es solo la gente: la inundan las expectativas, que son mucho más grandes. Por fin pillo a las chicas y les pregunto: ¿Y vosotras? ¿Cómo veis lo que está pasando? Son jefas sioux, les salen las banderas de los moños y llevan las caras pintadas con rayas rojas y amarillas, triángulos azules con estrellas blancas dentro. Se ponen serias y tiesas, dice la más alta:

—Estamos pidiendo libertad porque estamos hartas de España.

Lo ha dicho con voz desafiante y en catalán porque el murciano preguntaba en español, y creo que no hay mucho más que decir. Se disuelven en la masa, avanzo con el reguero humano sin saber dónde están mis propios pies, si en España o en la República Catalana, esto es, si en el presente turbulento o en un futuro extraño.

Cada pocos metros las gargantas, que son fuertes y vigorosas. Corean independencia, retumban los edificios, veo a un padre que lleva a una niña encima como si fuera un muñeco y la sacude, la niña chilla, patalea, y finalmente se da cuenta el padre de que hay que separar la pasión y el cuidado de los críos. La baja de los hombros y la consuela. Por un momento, el hombre deja los aperos de manifestante —la bandera, el silbato, el triángulo de cartón color de rosa— y saca de la mochila de la ANC una botella de agua Bezoya para darle de beber a la criatura.

Por fin pasamos junto al edificio imponente del mercado de los Encantes. Más allá solo hay vía catalana. Con una coordinación digna de hormigas, son cientos de miles de personas las que componen mosaicos. Las voces vienen de lo lejos y nos alcanzan. Independencia, independencia, independencia, tan fuerte que cuesta trabajo amansar el entusiasmo, permanecer frío.

Un poco después, la frialdad periodística da paso a una melancolía literaria. Los he visto reflejados en el techo metálico de los Encantes y he recordado la escena final de Cabaret, la última canción de la

película. Entonces se veía también al gentío reflejado en un espejo deformante. Como necesito asirme a cualquier cosa, le pregunto al hombre que tengo al lado:

—¿Usted qué cree, será la última Diada?

Y primero me investiga con los ojos, y como no me ve banderas ni pintura ni cartones de colores desconfía:

—¿La última Diada? ¿Estás loco?

Reconstruyo la pregunta:

—La última Diada reivindicativa.

Y sonríe:

—¡Eso sí! La próxima Diada será una fiesta.

No es el único que lo dice. En este río de gente, que unos cifrarán más tarde en dos millones y otros en medio solamente, están los votantes más puntuales, los que madrugan para ir a visitar la urna. Desde lo alto de una terraza a la que he subido para descansar veo cientos de miles de votos para Junts pel Sí y la CUP, es como si las nubes hubieran dejado caer papeletas independentistas antes de disolverse.

Yo llevo ya tres años contándoles mis impresiones sobre la Diada desde este periódico, y nunca había visto un espectáculo semejante. La fuerza que ha invadido las calles este año me parece mucho mayor que la de los años anteriores. Digan lo que digan los optimistas que hay al otro lado de la frontera imaginaria, el independentismo está creciendo sin que ningún adversario logre amansarlo.

No creo que esta gente esté por la labor de negociar, es más: les pregunto cómo verían una salida federal, un autogobierno pactado con Madrid, y me responden que eso sería traicionarlos. Han creído a pies juntillas todo lo que les han dicho desde ANC, Òmnium, CDC y Esquerra; consideran una herejía poner en duda que la independencia unilateral es un camino de rosas. Es como si la corrupción de Convergència fuera un cuento de España, como si las amenazas de Merkel o Cameron no fueran con ellos, como si la lección griega sobre el valor real de la democracia les hubiera pasado desapercibida.

La multitud canta Els Segadors y después empieza a disolverse la serpiente humana. Salgo por patas hacia las calles tranquilas. Por allí van personas desorientadas, gente sin bandera que no ha querido

acercarse a la Meridiana. Veo caras largas, serias; ojos que no miran a ninguna parte, como para evitar ver una estelada.

Las urnas pueden darnos a todos una sorpresa, pero esta demostración multitudinaria hace que uno se pregunte cuánto tiempo más puede postergarse la avalancha.

El síndrome del imputado

El primer síntoma es la cara de sorpresa. ¿Cree que usted está a salvo, que no le puede pasar lo que a Ferrusola y los Pujol? Se equivoca: la enfermedad es muy contagiosa.

Revise su casa, no vaya a ser que aparezcan extractos de banco suizo entre los cojines del sofá. Vaya al garaje a ver si se encuentra un Lamborghini amarillo con su nombre en los papeles de la guantera. Levante la tapa del inodoro y escrute las aguas cual cormorán por si flota un yate en la laguna de porcelana, con jamonas daiquiri en las tumbonas de cubierta y un capitán a sueldo a la espera de levar anclas. Y abra todas las puertas de casa, y meta la cabeza y otee cada habitación, armarios empotrados incluidos, a ver si da con la entrada oculta a un ala palaciega de cuya existencia no tenía noticia.

Estas sorpresas se dan con una frecuencia mucho mayor de la que imagina. Tanta, que la Organización Mundial de la Salud estudia la pandemia y está a punto de incluir el síntoma en esta enfermedad degenerativa tan de moda, el síndrome del imputado.

Puede afectar a cualquiera, aunque el bacilo se cebe con políticos y grandes empresarios. Se sabe de un pordiosero que pedía a la puerta de una iglesia hasta que lo rozó sin querer un inspector de Hacienda que entraba a misa. Al momento, el mendigo se palpó los harapos para descubrir que le había salido un frac, y, después de consultar el Rolex aparecido en su muñeca, decidió que era hora de irse al comedor de Cáritas a catar un Château Cheval Blanc.

Desde que empezaron a multiplicarse los contagios en España, yo reviso mis cuentas cada mañana. Hipocondríaco que soy, si el juez me convoca mañana quiero evitar que se me ponga el rictus de sorpresa de Marta Ferrusola el lunes pasado, cuando le dijeron que sus hijos se hicieron multimillonarios a costa de los catalanes.

La pobre Marta, madre coraje, respondió a las acusaciones con la verdad desnuda de la pobreza: «No tenemos ni cinco, mis hijos van con una mano delante y otra detrás». No aclaró cuál de las manos era la del guante blanco, pero sí dio a entender que Jordi Jr. tenía las suyas manchadas de grasa porque había comprado su Ferrari en el desguace.

Doña Marta tenía a su izquierda a David Fernández, ataviado con una indecorosa camiseta blanca capaz de poner de mal humor a cualquier señora de bien, y aun así cedió en lo que le fue posible. Admitió que cuando era florista le ponía flores en el despacho a su marido.

—Supongo que esto podía hacerlo, ¿no? —preguntó.

Claro que sí, señora, no faltaba más. El problema es que los malpensados se preguntan hoy si esa actividad floral tendría alguna relación con Hidroplant, empresa en la que eran accionistas ella y dos de sus hijos imputados, porque Hidroplant puso las flores del World Trade Center barcelonés después de conseguir contratos públicos sin concurso a finales de los años noventa.

Pero otro síntoma del síndrome del imputado es la mala memoria. Uno puede tener la cabeza bien puesta y gestionar varias empresas al tiempo que pedalea y lee el periódico, pero en cuanto le imputen aparece el alzhéimer como la mujer de la curva. En el 95 escribía Vázquez Montalbán que «los escándalos económicos que salpican a Pujol a través de su partido y de su familia van apareciendo, cada vez con mayor claridad, ante la opinión pública,» pero actualmente ninguno de ellos tiene ni pajolera idea de a qué se refería el escritor. Ni siquiera recuerdan haber ido a Andorra más que a esquiar. Igual es que se la pegaron con un pino.

Recuerdo unas palabras de Anguita por aquella época. A partir del dato de la corta estatura de Pujol y de Franco, el Califa los comparaba, porque el gallego y el catalán identificaban las ofensas personales con las ofensas a España o Cataluña. Será otro síntoma de contagio, porque es lo mismo que hizo Ferrusola el lunes. Cuando le vino el cansancio, tiró de la nación para dar a entender que Cataluña, carne de su carne, no puede permitirse que a ella le pregunten según qué cosas. Más tarde, el matrimonio se despedía de los anonadados parlamentarios y abandonaba la sala rumbo a la salita de casa, él a leer a Séneca y ella a hacer ganchillo, recluidos en torno al brasero a salvo del frío y las preguntas.

Bien. Los próximos síntomas de la enfermedad aparecerán antes o después, y llegará un punto en que será imposible continuar con el proceso de investigación. Porque tan común como la sorpresa ante los millones destapados, o la desmemoria repentina, es la mala salud de los imputados: su vertiginoso deterioro físico.

Miren si no al pobre Jaume Matas, hasta hace poco un hombre perfectamente sano que ahora, tras una parte de su proceso judicial,

aparece por videoconferencia con la cabeza momificada, incapaz de oír lo que se le pregunta a través de la muralla de vendas.

El lunes, Pujol nos adelantó que se le acababan las pilas a su sonotone y algunos nos echamos las manos a la cabeza. Cualquier día de estos le pega el pinochetazo, y entonces se le pone esa carita de pena característica y ya no lo arrastra a un tribunal ni una legión de enfermeras en bikini.

Siempre piden más

Esos putos catalanes... siempre se quejan, siempre piden más, siempre maldicen nuestro país. Tanto asco les da España que por no decir su nombre repiten esa fórmula kafkiana de Estat espanyol. Pero ¿qué es nuestro país sin Cataluña? Un recodo al final de Europa, una planicie que se desdibuja en las extensiones manchegas, laberíntica por los siglos de labranza y trincheras, helada en las montañas asturianas donde los viejos godos se cubren de verdín. Sin Cataluña somos gente deslumbrada en los cortijos andaluces, y no se nos ocurrirá otra cosa que recogernos de los agravios en torno al brasero y maldecir. Sin Cataluña seremos un país de naciones diversas que se caga en la que se fue.

Hoy quiero hacer memoria. Quiero recordar la última vez que oí la expresión «putos catalanes» fuera de Cataluña, por ejemplo en Murcia, donde suelo ir a ver a mis padres, o en Madrid, en cuyos bares es mejor que no vean mis padres las cosas que suelo hacer.

—¡Putos catalanes!

Quien lo ha dicho puede ser un hombre de sesenta años. Ha emitido el exabrupto después de vaciar la copa de Soberano mientras contempla el informativo de Antena 3. Allí ha visto que Oriol Junqueras habla de independencia unilateral y le han mostrado imágenes de gente quemando banderas españolas. Entonces, ese hombre ha hecho un gesto desdeñoso con el puro y ha añadido: «¡Desde luego, vaya engendros, les han comido el coco, les han lavado el cerebro!».

Desde 2012 para acá, el mensaje que va de Cataluña al resto de España siempre es el mismo. Está repleto de mentiras, tergiversaciones y usos interesados de la información: Cataluña quiere romper España, en Cataluña no se deja rotular en español, en Cataluña no se enseña español a los alumnos y la multitud, una vez al año, se cubre de banderas inconstitucionales y le exige al Estado un cuchillo para clavárselo en el corazón.

El anticatalanismo ha aumentado en España al mismo ritmo que crecía aquí el independentismo. ¿Son fenómenos correlativos, sucesivos, relacionados? Hay que preguntarse cómo se han alimentado ambas calderas.

Verán: cada vez que aparece en Televisión Española un catalán diciendo que quiere separarse de España, un español suelta el «putos catalanes». Los medios autonómicos se dan prisa en recoger este insulto, y así, cada vez que un español dice «putos catalanes» aparece un independentista más. No es una pescadilla, sino pesadilla que se muerde la cola, y el monstruo no deja de engordar.

Vayamos ahora a Cataluña, a ver qué oyen y qué dicen. Os lo diré: cada día les repiten las imágenes de ese hombre que ha dicho «putos catalanes», y ven a ese bruto y lo escuchan sin parar. En ningún lugar de España se escucha tanto el «putos catalanes» como en Cataluña, se oye tanto que más de un barcelonés piensa que, si va a Madrid, será lo primero que le dirán. A las órdenes de un gobierno autonómico interesado en separar, las radios y televisiones autonómicas reproducen hasta la saciedad el «putos catalanes», bien envuelto en cifras engañosas que remiten al Espanya ens roba y justo antes de una serie sobre la guerra de Independencia. Es así. Una imagen distorsionada, una exageración constante del odio anticatalán. APM?, el programa cómico más divertido de TV3, colecciona todos los insultos a Cataluña que vomita Intereconomía. Presentan esta ensalada de maldiciones y la acompañan de vídeos de la telebasura española, de forma que presentan un mosaico de cavernícolas y analfabetos para formar un retrato del enemigo. Del que siempre acaba diciendo: «Putos catalanes».

Y muchos catalanes acaban diciendo: «¡Putos españoles!».

A mí, cuando llegué a Barcelona para vivir, me decían los amigos de estas tierras que yo no era un español como los demás, y yo asombraba las cejas y me reía, no sabía qué decir. Pero cada vez más catalanes creen que España los detesta. Así van sumándose adeptos a la Assemblea Nacional Catalana, así es como después acaba Javier Cercas escaldado por los radicales, por los enloquecidos. En Cataluña se convierte el insulto español en pólvora, y de ese nido nacen los mensajes que después viajarán en el expreso de Intereconomía para provocar.

Dicen los catalanes que todo se torció cuando Zapatero les traicionó con el Estatut. Por aquel entonces, Jiménez Losantos incendiaba las ondas desde la Cope y los taxistas de Madrid tomaban Apocalipsis después de desayunar. Cuando Zapatero incumplió su palabra con los catalanes y derribó el Estatut, aquello hizo tambalearse todos los viejos pactos: los partidos nacionalistas pudieron virar al independentismo porque la población de Cataluña se sentía estafada y ninguneada. Se convencieron entonces de que solo con un Estado

propio les dejarían gestionarse en paz.

Desde la caída del Estatut, la Diada Nacional se ha teñido con el azul de la estelada y los gráficos del independentismo parecen el Tourmalet. Desde que España es la imagen corporativa del Partido Popular, las cosas han ido de mal en peor.

Tanto es así que hoy día se escucha, cada vez con más frecuencia, el «putos catalanes» en España, el «putos españoles» por aquí.

Una rebeldía llamada España

El viejo viva España, de repente, se levanta en Barcelona. Son miles y han venido en autobuses desde muchos pueblos de Cataluña para arropar al PP y quitarle el mal sabor de boca del acto central de campaña, aquel de Badalona que quedó tan mustio. Han traído consigo banderas y estandartes, levantan la voz, discuten y se animan los unos a los otros a mantener el tipo, a no retroceder ni un paso, parece que vayan a cantar el «Ya hemos pasao» de Celia Gámez.

A empellones se atrincheran en el acorazado Potemkin del Palacio de Congresos de Cataluña. En unos minutos aparecerá el líder, Xavier García Albiol, seguido por Alícia Sánchez-Camacho y Mariano Rajoy, temblorosos como sombras, y flanqueado por el amigo erasmus, Nicolas Sarkozy, que ha venido sin Carla Bruni porque los españoles somos todos unos golfos.

Y los periodistas, más golfos todavía. Nos han recluido en el sótano, en una mazmorra de prensa con dos pantallas de plasma. Suerte que me he vestido tan elegante. Le doy la vuelta a la acreditación de prensa que llevo sobre el chaleco, paso con cara de estrés por un arco voltaico reforzado con dos vigilantes jurados y me meto en la conversación de un par de jubiladas para hacerme pasar por un nieto pepero.

Ya vamos todos para dentro. Camino de la sala, una mujer pierde al marido, grita su nombre y entonces descubre que lo tiene detrás. Qué alegría le da verlo: le pega un banderazo en la cabeza, provocando la admiración de otras mujeres y el cachondeo de los maridos. Es una locura este torrente, han desbordado las previsiones de asistencia. Por todas partes se levantan banderas de España que ondean como un desafío. Una mujer de unos cuarenta años que viene con dos críos me dice que ser español es un acto de rebeldía. Sigo preguntándome qué clase de rebeldía es haber nacido en España y el jaleo me da la respuesta: unos hombres celebran la hazaña de Alberto Fernández cuando forcejeó para colgar una bandera en el balcón del Ayuntamiento.

Y ya estamos dentro del auditorio. No cabe nadie más pero siguen empujando como refugiados, quizás este palacio sea el Arca de Noé y luchen para no acabar bajo el diluvio. Sobre el escenario hay un grupo

de pop que versiona y empeperiza clásicos laicos de los ochenta. Algún motivado grita ¡viva España! y todo el auditorio le responde con un ¡viva!, brilla el sudor bajo esta luz halógena que tiene la textura de tarde en tendido de sombra.

Yo me quedo hablando con la señora de Mollet, que es un encanto. Ha venido envuelta en logotipos del PP y cuelga de la baranda del gallinero una bandera española con gestos de poner a secar las sábanas. Le pregunto si tiene indepes en su familia.

—Mira, pues claro, todas las familias tienen dos o tres o cuatro independentistas, nos pasa a todos los que estamos aquí. Mi hijo mediano, el segundo, es indepe perdido, el pobre. Anda que si supiera que estoy aquí con la gorra del PP y la banderita, ¡cómo se iba a poner!

—¿Y cómo lo llevan en casa?

—Pues muy bien. Nosotros vivimos en Mollet y el granuja se va a pegarles gritos a los del PP, y claro, yo estoy ahí, y mi hijo me grita: ¡Fascista! Y yo le grito: ¡Hijo de puta! Y él me grita: ¿A qué hora voy a comer, fascista? Y yo: ¡A las dos y media, hijo de puta!

Con su propia historia, la de Mollet se parte de risa. Me agarra las mollas del brazo y me dice que mañana los tiene a todos a comer en casa, a los indepes y a los otros. Me doy cuenta de que esta mujer es Cataluña personificada, y me gusta haberla encontrado aquí, envuelta en gorras y trapos peperos como podía haber estado en un acto de Junts pel Sí.

Así es Cataluña, este es el hecho diferencial catalán, la demostración de que esta tierra no podrá dejar de ser España ni aunque las instituciones europeas le pongan alfombra roja a su independencia. Me explico: aquí han venido los peperos, y los peperos son partes de familias donde se mezcla la izquierda y la derecha, el independentismo y lo español. Ningún resultado en las urnas, ni ahora ni dentro de cincuenta años, podrá convencer a la de Mollet para que suelte su bandera que le gusta.

Aunque una pareja comentaba que no le agrada que venga Sarkozy porque los franceses siempre nos vuelcan los camiones de la fruta, el galo sube al escenario y consigue encadenar una ovación detrás de otra. Este gabacho anuncia sin cortarse que es pepero. Dedica su discurso a Mariano Rajoy, le dice que es su verdadero amigo, clama que no podríamos tener mejor presidente. Sin darse cuenta, Sarkozy

está repitiendo como comedia la tragedia de los Cien Mil Hijos de San Luis.

Pero las encuestas van bajas, y esta noche el PP necesita enseñar los dientes. Ahí tenemos ya a García Albiol, que empieza su discurso. Ha recuperado la dureza a cuarenta y ocho horas de los comicios y grita que está orgulloso de haber limpiado Badalona, que no se arrepiente de su tono, que quiere hacer lo mismo en toda Cataluña. Le interrumpen hombres exacerbados que dejan salir gritos guerreros del pecho. Cuando habla García Albiol las banderas flamean con furia, los rebeldes elevan sus cánticos, a ratos no sabes si asistes a un desahogo o a la advertencia de hierro de Numancia.

Suerte que tenemos a Rajoy para enfriar los ánimos. La sombra se proyecta sobre el escenario y empiezan a descomponerse las fortalezas. El presidente se aplica, lee sus notas, mueve la manita, traga saliva, y me recuerda a Colin Firth en El discurso del rey. Su fragilidad de manos largas atenúa la forja de rebeldes, y antes de darnos cuenta estamos bajando las escaleras para regresar a la calle. Aquí se genera un tumulto donde la multitud empuja porque se ha encendido en las señoras ese resorte temible que usan para saltarse la cola del súper. Ahora son fieras que dan codazos y te aprietan los pechos contra la espalda para derribarte.

Yo solo quiero volver a casa. Quiero que acabe la campaña. He aprendido cosas, como diría Rajoy. He aprendido, por ejemplo, que si Cataluña no es España, tiene a España hasta los tuétanos. Pero para escribir esto tengo que sobrevivir a las cargas de tetas y codos. Levanto un brazo y lo estiro hacia la puerta al borde del desmayo, y en ese momento, sin saber cómo, Rajoy, que también intenta salir, me estrecha la mano.

Me hipnotizaron y me convertí en Oriol Junqueras

Imagine usted que ama su nación y que la mitad de sus compatriotas prefiere a la nación de enfrente. Abandone su españolismo y recapacite, fíjese en el péndulo, los párpados pesan, achique un ojo, abra mucho el otro, deje caer el belfo... Así, ¡así! Ahora es usted Oriol Junqueras. Sí, es Oriol Junqueras, un hombre que sueña con un Estado catalán pero mira las encuestas, mira el Parlamento deshecho, mira los resultados electorales y sabe que la mitad de los votantes, que son mayoría en las grandes ciudades, está en contra del Estado catalán.

Ahora despierte.

Ya entiende lo que pasa en Cataluña como si usted fuera independentista. Ya entiende lo que pasa en el Parlament. Desde Madrid, Oriol parece una mujer de bandera, pero ahora sabe usted adónde mira Junqueras en realidad. Mira a los del no lleno de rabia. Siente que está luchando por un país con grave déficit de patriotas. Él se agarra a un micrófono ardiendo y dice que hay una mayoría de independentistas, como Xavier García Albiol cuando dice que mucha gente quería votar al PP pero no lo sabía: la realidad, los votantes de Cataluña no les hemos dejado otra cosa que decir.

Pero cae la noche y se tiende el silencio neto sobre Barcelona. Ahora es cuando Junqueras se queda a solas con la pregunta más dura: en un país con tanto ciego, ¿quién hostias es el puto rey?

Otro ejercicio de empatía. Si pese a la hipnosis no he conseguido ponerle a usted en el lugar de Junqueras, imagine ahora que la mitad de los españoles votase a Bildu, o que creyera que España estaría mejor como provincia de Portugal... ¿Qué clase de nación tendríamos? ¿Qué posibilidad real de Estado? Si Garibaldi se hubiera encontrado esos complejines en los italianos, es posible que hubiese preferido fundar Nueva Rumasa en lugar de una Italia unificada.

De ahí que la política en Cataluña haya virado tan rápido del entusiasmo y la soflama a la duda y la cábala. Pasan los días y el plebiscito tecnicolor del 27-S se agrisa en los despachos. Los líderes son tantos y tan dispares que ni siquiera saben quién manda, si el rey Artur o un Yago Antonio Baños. Da la impresión de que pregunten a

los vientos, y no pasa un día sin que suelten en la prensa advertencias que tienen siempre un timbre de pregunta.

—¿Y ahora qué?

De manera que oímos las entrevistas de refilón porque nos parece más interesante palpar las paredes de los edificios oficiales. Somos como un médico que dispone solamente de un termómetro para determinar la enfermedad de su paciente. A ratos hierve la piedra y después se queda fría como un sudario, y uno nota que al otro lado de los tabiques se celebra un concilio pero no sabe si es de Trento o Vaticano.

Los independentistas pagan estos días el exceso de entusiasmo: invocaron a la fuerza de las masas como si las elecciones fueran la Diada, pero las masas aparecieron vestidas de domingo y con la raya en medio. Los entusiasmados tropezaron en la carrera hacia adelante: la mayoría de CDC y ERC hubiera sido la puerta a la tierra prometida, pero nadie se preocupó de prever cómo jugarían sin esa mayoría. Están en el suelo, revolcándose, incapaces de decidir quién se levanta primero, quién ayuda a los demás a incorporarse, quién elige al que se queda en el suelo.

Discuten si el Proceso es Uno o Trino; si la carne del rey Artur es sustancia pura de identidad nacional o una carroña que hay que dejar tirada en la cuneta.

Se han desequilibrado todas las fuerzas de la galaxia. Fíjense en Ciudadanos: el partido había decepcionado a los publicistas después de las últimas elecciones autonómicas, pero ha arrancado mil julios de energía al independentismo y sale de Cataluña con la cara limpia. Ahora es el partido de moda en la izquierda del centro-derecha. Ha cobrado tanta pujanza que a José María Aznar se le ha terminado de borrar el bigote.

Fíjense también en el PSOE, al que todos daban por muerto pero estaba de parranda con Iceta. Con los peores resultados de su historia en Cataluña, ha vampirizado otro pedazo de la energía revolucionaria del independentismo y relanzado el liderazgo de Pedro Sánchez gracias a la inesperada debacle de Podemos.

Y es que todo ha salido al revés en Cataluña. Apagados los resquicios de las hogueras de fiesta, se expanden las tinieblas. Desaparece la figura de Raül Romeva, se desenfoca el perfil de Oriol Junqueras y el espectro de Artur Mas brilla con tristísima fosforescencia. La única

linterna la tiene Antonio Baños en la mano, y la frágil mayoría independentista contiene el aliento como en una novela de Agatha Christie. Están asustados porque el pueblo ha puesto a la CUP de mayordomo, y ya sabemos cómo actúan los mayordomos en las novelas de misterio.

Ada Colau se convierte en alcaldesa de Barcelona

Hablaba anoche Ada, ya alcaldesa, a los simpatizantes y arrimados que gritaban su nombre y bailaban «El run run». Dijo que iba a erradicar los desahucios y los cortes de suministro a las familias pobres de Barcelona y en ese momento, ironías de la técnica, se le apagaron las luces del escenario.

La alcaldesa nueva continuó sin inmutarse. Durante unos segundos habló alumbrada solamente por el triunfo. Fue un momento sutil e importante, como el del niño que da sus primeras pedaleadas sin ruedines en la bicicleta justo antes de caer o de seguir. En el patio de la antigua fábrica de Fabra i Coats, entre muros altos de ladrillo tiznados de un hollín que huele más a Belfast que a Barcelona, muchachos y muchachas, abuelos y madres, escuchaban a su alcaldesa en absorto estado de irradiación.

Durante aquellos segundos de penumbra, antes de que la electricidad se reconciliara con los focos, la fábrica desmantelada puso cara de nostalgia. Hablaba la nueva izquierda y en la voz un run-run años treinta, como si surgiera del gramófono del cuarto de Liza Minnelli en la pensión de Cabaret. Al mapa postelectoral de España le estaba pasando lo mismo: el azul y el rojo coinciden hoy al milímetro con la geografía política del año 36. Sin sangre ni peligro, por fortuna.

Se hablaba mucho de los libros de historia del futuro, de que la juventud y la prisa siempre han sido novias. Puede que alguna de las mujeres de indumentaria pitonisíaca que proliferaban entre el público tuviera realmente poderes, pero la historia no se hace ganando elecciones sino aprovechándolas. Ada lo sabe o lo intuye. Hizo ejercicio de realismo, que siempre es un poco amargo, cuando se dirigió a los miembros de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca que habían venido a vitorearla. Les pidió que fueran más vigilantes que nunca:

—Y si ahora tengo que aguantar yo un escrache, lo afrontaré.

Aunque Colau sabe que lo tendrá difícil, se había demostrado que Barcelona quiere volver a ser la ciudad de los prodigios: una agrupación de partidos y asociaciones de izquierda con cuatro duros

para la campaña le había pasado la mano por la cara a Trias, un poco alcalde todavía, pero ya más que nada amigo de los ricos de la ciudad. Por otra parte, el secesionismo había empezado a arrugarse por la mañana, cuando se dieron a conocer las israelitas, y luego Artur Mas perdió una palabra de su vocabulario por cada voto perdido.

En cuanto a la independencia, Ada se mantuvo en su discurso complejo, que le acarrea problemas con ambos nacionalismos: habló en catalán y en español, cosa exótica en los últimos años, pero proclamó que defenderá el derecho a decidir y dejó claro que es alcaldesa de la capital de Cataluña. Aunque se refirió siempre a España como «el Estat», tuvo tiempo para celebrar las provincias españolas teñidas de violeta. Anunció que Manuela Carmena pisa a Esperanza Aguirre el callo del Ayuntamiento y el público catalán lo celebró.

Que en Barcelona se celebre lo que le pasa a Madrid no es baladí, y ahí sí que se respira una nueva forma de hacer política. El desencanto de la izquierda catalana con Esquerra Republicana ha sido evidente desde que Oriol Junqueras se arrodilló en el despacho de Artur Mas y dijo sí a los recortes. Aunque el secesionismo ha conservado Girona y Lleida, ha perdido pie en Barcelona y se ha despeñado por los riscos tarraconenses.

Pero Colau no se detuvo a pacer en estos pastos, lo que también es una declaración de principios. Durante la campaña, miembros chalados de la independencia-sí-o-sí habían insultado a Colau con una de las peores palabras del léxico indepe: espanyola. Parece evidente que la identidad de Colau es más la izquierda que lo catalán, y es en este ámbito donde se decidirá su lugar en la historia de la ciudad.

Pasaban los segundos y corría por el cielo una luna tan partida como la tarta electoral. Los técnicos sofocaron la breve rebelión de los focos. Vimos a Ada seria, como si no hubiera ganado:

—Perdonad que os corte ahora un poco el rollo, pero quiero decir esto: hoy hemos ganado la alcaldía, pero a partir de mañana todos tenemos que trabajar. Hemos abierto el Ayuntamiento a la ciudadanía, y eso quiere decir que necesitamos que todos vosotros os impliquéis.

El gran interrogante quedó planteado. ¿Conseguirán las alcaldías participativas de Ada Colau y Manuela Carmena que los ciudadanos se impliquen en la toma de decisiones? ¿Quién será el mayor enemigo de esta nueva izquierda, la derecha o la indolencia?

Anoten esto los historiadores del futuro: en el exterior de la fábrica, pasadas las dos de la madrugada, ausencia de taxis. Este gremio, siempre astuto, debió de pensar que allí iban a acercarse solamente los parias que vuelven a casa en autobús. Me pregunto cómo irán mañana los autobuses al Ayuntamiento. Si llenos o vacíos. Si sonrientes o furiosos.

Cataluña se hace a sí misma la secesión

Mi día de la independencia comienza conmigo recostado en la consulta del proctólogo —que es una señora proctóloga— con un dedo metido en el culo. Mal, Polonia, recibes a un extranjero. Pero el día sigue: hoy se produce la declaración unilateral de independencia que, por necesidades de cosmética política ante una mayoría insuficiente, ha terminado por llamarse de una forma que hace prescindible su transcripción.

A las puertas del Parlament y aplastándose contra las vallas de seguridad están los refugiados. Refugiados de un Estado que Raül Romeva quiere inaugurar a las 10.16 de la mañana mientras sopla el viento entre las esteladas que traen, gregarios, los forofos de la independencia. Hay megafonía en el parque de la Ciudadela que rodea el Parlament. Que nadie se quede sin oír las palabras del pueblo, hoy que el pueblo está dentro de la cámara.

Un pueblo dividido, claro. Dentro del edificio me encuentro un cristo considerable, porque los periodistas del mundo entero afluyen a Barcelona y no quedan tarjetas físicas de acreditación. Se gastan también muchos pañuelos. Cada vez que Romeva se refiera a la mayoría democrática que justifica el proceso, se oirán estornudos en la sala de prensa.

Después de que Romeva cuadre el círculo llega Anna Gabriel, de la CUP. Aparece en la tribuna con una camiseta que dice «Mi cuerpo, yo decido». Desde que las Candidaturas de Unidad Popular han deschaquetizado la política, convivimos con una política de pechos consumados. Mirando a las bancadas peperas, se refiere Gabriel a «la legalidad que nos hace imposible ser pueblo» y «al fundamentalismo constitucionalista de un régimen que nos niega nuestros sueños», y luego a «las niñas que iban a trabajar a la fábrica y les decían que la lengua en que les quería su madre, tan cansada de trabajar, no podía hablarse». Mientras la CUP le echa lírica al asunto, la cara de García Albiol es un poema.

Hoy será el elefante azul en el salón. Se sostiene la nariz con un trípode de dedos, lo que no es poca cosa, y entre el índice y el corazón le asoma una boca con los dientes en actitud escandalizada. Especialmente cuando Gabriel cita su propia camiseta y compara la

soberanía catalana con la del cuerpo de las mujeres.

Pero apenas habla Gabriel de corrupción. Se lo recordarán más tarde Inés Arrimadas y Miquel Iceta, tal vez los más comedidos en sus interpretaciones del sentimiento nacional, los más pragmáticos.

Cuando Gabriel termina, pasa junto a Mas como un jinete del Apocalipsis. El president que no es president de este Estado independiente que no es independiente no se atreve a levantar la cabeza. Da la impresión de haber envejecido diez años durante el discurso de la CUP, pero me sopla un periodista que el rey Artur lleva una semana durmiendo muy mal. Mi compañero y maestro Antonio Fernández ha publicado una serie de conjeturas que sugieren que en el seno de ERC y CDC están tratando de aplicarle al moribundo Artur Mas las mismas técnicas quirúrgicas que prolongaron la agonía de Francisco Franco en el hospital de La Paz.

Joan Coscubiela, de CSQP, se encarama a la tribuna para repartir un poco de realidad social y recuerda a los soñadores que Cataluña está hecha unos zorros. Menciona las listas de espera eternas en Cataluña, que yo mismo puedo certificar, hoy que termino con un tratamiento sencillo después de un año mirando el teléfono. Nos recuerda que Cataluña es líder en desahucios en España. Después cita a Alex Salmond y propone un referéndum negociado.

Cuando Forcadell le concede la palabra a García Albiol, remata su invitación con un gesto de resignación, estirando sus labios finos. Luego se asomará por detrás del popular como si no se fiase de lo que trae escrito en sus papeles. Sucede algo curioso: cuando García Albiol habla, la CUP se ríe a carcajadas. Parecen los asistentes a un monólogo de El club de la comedia, todo les hace gracia, incluso lo que no tiene ninguna.

Mas, que ha asistido a todo absolutamente paralizado, que no ha movido un músculo, también se permite reír cuando habla el popular. García Albiol, con apasionamiento, habla del Muro de Berlín y del trabajo de andaluces, extremeños y murcianos humildes que vinieron a Cataluña y trabajaron heroicamente. La conexión del PP con las clases populares es inversamente proporcional a su representación parlamentaria, pero después, en el turno de réplicas, Anna Gabriel regresa al estrado con una recriminación espeluznante:

—Nosotros somos los hijos y nietos de los que usted dice que vinieron a trabajar. ¡No es quién para hablar en su nombre!

A la CUP, últimamente, solo se le nota que es de izquierdas en el vicio de repartir y retirar los carnés de identidad.

Arrimadas arranca su intervención contra ellos. Recuerda las declaraciones de Antonio Baños al día siguiente de las elecciones, cuando la postura de la CUP parecía todavía anclada en la realidad matemática y el independentismo no había ganado en votos. Les recuerda también a los parlamentarios que JxS se ha negado a pedir un informe jurídico al Parlament sobre la viabilidad de la hoja de ruta independentista, y termina echándole retranca: «¡Qué colonia tan extraña somos, que el presidente de la comunidad autónoma y la presidenta del Parlament ganan más que el presidente del Gobierno!».

Arrimadas ha tenido que bajar los micros, porque antes que ella había comparecido García Albiol. Después de Arrimadas llega el pizpireto Iceta, y ha de bajar los micrófonos otro poco. Como siempre, Iceta utiliza el análisis para tratar de explicar a los independentistas que, además de avanzar en un proceso sin justificación democrática, dejan de lado los asuntos urgentes que acucian a la sociedad catalana. Cataluña, dice Iceta, necesita un gobierno.

Pues no pides nada, Iceta.

En la puerta del Parlament, entre los periodistas enganchados al tabaco, hay un grupo de estudiantes. Vienen a ver el Parlament.

—¿Sabéis lo que está pasando ahí dentro?

—Sí, lo del president, ¿no?

—No, eso es por la tarde. Ahora están con el inicio del proceso de independencia.

—Ah, eso.

—¿Os hubiera gustado votar?

—No, yo la política... Me da igual que esto sea España o Cataluña.

De vuelta al hemiciclo, está Romeva otra vez en la tribuna. Dice que si se hubiera hecho un referéndum legal, habría salido la mayoría del sí. «Esta es la realidad, por mucho que lo nieguen», insiste. Es decir: la realidad de Romeva es que, en un referéndum que no se ha hecho, habría salido lo que él considera. Los diputados afines aplauden. Arrimadas le dice que no con el dedito y yo me acuerdo de mi proctóloga. Mas continúa paralizado.

Tras la votación, previsible, aplausos. Y en ese momento las bancadas populares despliegan banderas de España y Cataluña y se quedan de pie con ellas poniendo cara de circunstancias. En la calle, lo que en la mañana era un grupúsculo estelado es ahora una pequeña manifestación. A pocos metros, y al otro lado del cordón policial, un grupo de rojigualdos con un megáfono:

—¡Si me lo dejarais a mí ibais a durar cuatro horas! —grita uno—. ¡En el 34 no durasteis ni ocho! ¡Cabrones, viva España!

Al otro lado de la calle:

—¡Independencia, independencia! Adéu, Espanya, adéu!

Mas sale y se monta en el coche oficial. ¡Mas president!, gritan unos. ¡A la cárcel, a la cárcel!, los otros. Hay un tipo con barba y traje que anima a los estelados a aplaudir más alto, como un regidor de la televisión. Las cámaras están atentas. Los periodistas miran a los energúmenos de las banderas de España y se ríen por lo bajo. Yo no.

Mi marcha del Borne

Cuando Ada Colau llegó a la alcaldía de Barcelona, prometió que haría algo contra el disparate turístico que hace imposible la vida en el centro de la ciudad. Todos suponíamos que, contra esta plaga, no había nada que se pudiera hacer desde el Ayuntamiento de un país democrático. Colau hablaba de tasas, de moratoria hotelera y facilidades para la dispersión del turismo en otros barrios. Nosotros soñábamos con la ira de Khaleesi.

Soñábamos con ejércitos de antidisturbios lanzando agua a presión contra los rebaños de borrachos sin camiseta y disparando pelotas de goma contra las turbias barbies drogadas que deciden ponerse a cantar el «God Save The Queen» debajo de tu ventana a las cuatro de la madrugada. También, por qué no, con comandos de zapadores del departamento de jardinería municipal cortando las pichas de esos gabachos que confunden el portal de tu casa con un urinario público y dejan su eau du bastard para solaz de tus fosas nasales a la mañana siguiente.

Soñábamos con una noche de los cristales rotos que redujera el comercio de yogur helado y botijos de porcelana cutre a una ruina de peñascos y ceniza humeante. Soñábamos con derrumbar los edificios de falso gótico decimonónico y aparente, con sembrar de barricadas y zanjas ese redil apestoso de la Rambla de las Flores, con contenedores de plutonio y chimeneas de azufre entre las tienduquis de camisetas Kukuxumusu, los Desigual, los H&M. Soñábamos con que el aeropuerto de El Prat dispusiera de baterías antiaéreas, como un aeródromo de la Segunda Guerra Mundial.

Nada de esto ha llegado. Nuestra fe en el Estado de derecho es más grande hoy, pero nuestra esperanza de vivir en el centro de Barcelona es nula. Nos vamos, señora Colau, ¡es hora de aceptar la derrota!

Porque hace muchos años que el centro de Barcelona es intransitable, insufrible, y cada día es peor, pero al menos no es inevitable. Hace unos meses empezamos a buscar piso en barrios alejados y feos, porque la fealdad es lo único que puede contener a los turistas. Andrea y yo nos íbamos a las barriadas obreras a mirar pisos y nos maravillábamos con los acabados cutres de ladrillo.

«¡Mira, amor, mira esas ventanas de aluminio, esos toldos verdes y podridos, este hediondo bar lleno de Manolos que liban vino de garrafa con cara de mala digestión! ¡Aquí seremos felices!» Una temporada en el infierno del Borne trastoca radicalmente los conceptos estéticos.

Y ya estamos haciendo cajas. No seré tan petulante como para considerarme un exiliado porque tampoco hay que irse tan lejos, pero sí quiero denunciar esta realidad española donde la única salida económica posible parece ser abrir un chiringuito y escupir sangría. La empresa que gestiona las fincas que hemos habitado estos tres últimos años ha empezado a subir los alquileres, como ocurre en todos los barrios condenados por su belleza a convertirse en parques temáticos.

Así que esta es la historia de una rendición. La inutilidad del Ayuntamiento contra la invasión de los ultrahorteras queda demostrada en el cachivache más estúpido que he visto en toda mi vida. Junto a la basílica de Santa María del Mar, monumento precioso, flanqueado como todos ellos por cientos de abrevaderos de guiris, se proyecta en el suelo un rótulo luminoso que pide educadamente a los turistas un poco de silencio.

Cada noche, durante toda la semana, las tropas guiris pasan por encima gritando. El suelo donde se proyecta el rótulo está tan negro por las copas derramadas que apenas se puede leer. Los balcones de la Rambla del Borne muestran un aspecto desolado. Los bares llenos, la calle repleta y ruidosa, y las pancartas de los últimos resistentes cuelgan moribundas. «Queremos un barrio digno», dicen. Ya se mudarán.

La caída de la estatua

Venían protegidos por la noche. No sabemos si embozados o temerosos, si sobrios o borrachos, pero nos despertó el estrépito porque volcaron una estatua de Jordi Pujol. Estaba bien protegida por la altura, como las de los césares romanos. Quizás los vándalos lanzaron cuerdas al cuello de Pujol y luego tiraron como bueyes, con la fuerza que da la decepción y, así como los bárbaros penetraron las fronteras romanas, los vándalos burlaron el pedestal.

Derribaron al suelo al padrecito de la patria, supongo, con las mismas tácticas y la misma fuerza que se empleó contra las estatuas de Lenin tras la caída del Muro de Berlín. Por el estrépito del bronce contra la hierba supimos que había volcado una estatua de Pujol, porque el bronce es el metal de la resonancia: los cañones retumban, las campanas doblan y las estatuas de Pujol amplifican la megalomanía de un político y la complacencia de sus súbditos. Tan fuerte sonó el golpe que Premià de Dalt resplandeció en los mapas.

Pujol, el que fuera famoso por la habilidad de sus silencios, se ha convertido en una caja de resonancia. Hace unos días oímos cómo amenazaba a las Cortes catalanas. Tiró de poesía y dijo que la caída de una rama pone en peligro los demás nidos, y luego se quedó mirando a los parlamentarios como una fiera acorralada y poderosa. Mientras algunos se echaban las manos a la cabeza preguntándose cuánta mugre habrá bajo las alfombras de la política catalana, yo pensaba en las habichuelas mágicas que agrandan enanos y les permiten alzarse a la altura soñada.

Pero por más que trepen, los bajos no parecen gran cosa al natural. Entonces sueñan con estatuas. Lenin medía un metro sesenta y cinco, y su estatua más grande alcanzó los cien metros. La de Jordi Pujol era grandota. No tanto, claro, porque el bronce es caro y Pujol es tacaño, pero volcada en la hierba medía 0,002 kilómetros. Mucho menos que la V de la última Diada, o que la distancia que separa Barcelona y Madrid, pero más de lo que mide el verdadero Pujol cuando se tumba a soñar con estatuas.

A veces paseo entre esculturas y me pregunto qué piensan cuando las palomas se les posan en la coronilla. La mirada de un emperador petrificado se vuelve cómica con un pichón a modo de peluca. ¿Qué

piensan Ataúlfo y Eurico, cubiertos de guano y palomas en la plaza de Oriente de Madrid? ¿Qué pensaría Pujol en sus alturas de Premià de Dalt cuando vio acercarse a los vándalos que lo iban a derribar?

Como el bronce no puede defenderse, habría de recordar tal vez aquellos versos de Kavafis en los que el emperador madruga y los cónsules se engalanan para recibir a los bárbaros. El bronce de los labios de Pujol murmuraría y después besaría la hierba, como las ovejas y los futbolistas quejicas. Supongo que no le habrá gustado esta caída, pero Pujol debería agradecerla: así lo hemos visto besar el suelo de Cataluña, a la que tanto ama.

Pujol se convirtió en hijo adoptivo de Premià de Dalt en 1997. Nueve años después le pusieron su nombre a una plaza, y en 2011 levantaron esa estatua de Xavier Martos destinada a caer en el otoño de 2014. Vienen a la memoria otros versos, esta vez de Juan Luis Panero: «... y las calles de Leopoldo Panero / y las lápidas de Leopoldo Panero / y el premio Leopoldo Panero / y el colegio Leopoldo Panero / y tu efigie entre otras ilustres / en los muros solemnes del Ateneo / y por fin esta estatua de Leopoldo Panero / que contemplo en un helado atardecer / mientras llueve a lo lejos sobre el Teleno».

Sobre el Teleno, esta vez, han llovido las reacciones maravillosas. El Consistorio de Premià de Dalt dice que han tirado la estatua «personas que no respetan la voluntad democrática de mantener los honores y distinciones otorgados a Jordi Pujol, expresada de forma unánime el 8 de septiembre de 2014». Y dicen que el ataque se produce coincidiendo con momentos políticos «de primer nivel», refiriéndose a la consulta soberanista que el lunes suspendió el Tribunal Constitucional. Eso es lo que dicen. Eso es lo que pasa cuando hombres sin poesía en la sangre quieren explicar algo tan maravilloso como la caída de una estatua.

He aquí lo más fascinante de todo: a la estatua le han dañado los dedos. Una justicia medieval, semejante a la que los moros aplican a los ladrones, ha castigado el órgano con que Pujol pasaba de honorable a horrorable. Por culpa de esta mutilación, la estatua espera al escultor en un almacén. Allí la tienen a salvo de los vándalos y buscan un nuevo emplazamiento para ella. Les recomiendo que la pongan donde esté el dinero del clan Pujol, pues allí nadie podrá alcanzarla ni hacerle daño. Pero al mismo tiempo deseo ver la estatua de nuevo en la plaza de Premià de Dalt, subida a su peana, y custodiada por guardaespaldas. Será tan hermoso y significativo como aquellos versos con los que termina el poema de Kavafis:

¿Y qué va a ser de nosotros ahora sin bárbaros?

Esta gente, al fin y al cabo, era una solución.

Vendetta catalana

Ayer fue el cumpleaños del escritor barcelonés Víctor Balcells Matas, que estaba muy contento de que la ciudadanía forme hoy una V gigante de Víctor en su ciudad. Yo he madrugado en Roses, provincia de Girona, y he cogido un tren de cercanías que transportaba a varias escuadras del ejército independentista hacia las calles de Barcelona. El tren iba hasta arriba y el ambiente era festivo y familiar. Chicos y chicas, padres con niños pequeños y algún anciano venerable: todos vestían uniformados. Unos llevan camisetas rojas y otros amarillas, y aunque la intención del estilismo es formar un gran mosaico, esto ha creado dos bandos entre los independentistas:

—Visca la groga! ¡Viva la amarilla! —grita un padre rodeado de pollitos con gorra.

—Vermella millor! ¡Roja mejor! —responde otro padre, con su prole de tomatillos.

No todos iban tan contentos. Frente a mí, un hombre calvo y torvo, con el cráneo de forma mussoliniana brillante por el sudor. Ha subido en Girona, en el corazón social de la reivindicación independentista. Al preguntarle por el significado de la V que hoy dibujará la población a lo largo de la avenida Diagonal y la Gran Via de les Corts Catalanes, responde:

—V de Victus, de Victoria y de Venganza.

—¿Venganza?

—Sí, vendetta catalana.

Sobre la Voluntad popular o el Voto no ha dicho nada. Posiblemente no haya escuchado a Artur Mas, que ha pasado todo el día repitiendo, en cada acto, que la asistencia masiva a esta Diada es prueba suficiente de la legalidad de la consulta. Nuestro vengativo señor, que era educado y tenía unas maneras muy amables, llevaba una curiosa banderola atada al cuello, llamativa por ser la más decrépita de cuantas he visto a lo largo de la mañana. Estaba el trapo tan desgastado que supuse que la bandera había pasado colgada al sol un año entero, desde la última Diada. Lo que demuestra que el independentismo es una postura nostálgica.

En Barcelona, la multitud resulta imponente, pero no se habla de política, ni de la fecha mágica de 1714, ni del caso Pujol, ni de la consulta. Barcelona está tomada por familias vestidas de rojo y amarillo, por una masa inmensa y torrencial disfrazada de bandera, y las conversaciones, en catalán y en español, tienen que ver con el anecdotario habitual de la gente corriente y con las peripecias del verano. Grupos de amigos se reencuentran, se pintan en las caras los colores del día y hacen pícnic en mitad de la Gran Vía. Incluso las Ramblas, zona fuerte de los turistas, aparecen repletas de familias catalanas disfrazadas con los colores del sí-sí. Paquistaníes cargados con banderas y sombreros baratos venden su mercancía. Los compradores, según cuenta Abú, que lleva toda la mañana bajo la solana de la Diada, son mayormente guiris.

Si uno pega la oreja, descubre el timo. Mucho guiri con bandera. Por eso, en la plaza de Sant Jaume se ha plantado un señor con barba de chivo, varias pancartas y una urna colgada del pecho. Habla en catalán a la multitud de curiosos que le hacen fotos, aunque lo hace con acento extranjero:

—¡La Ciutat Vella se presenta muy atípica hoy, pero mañana volverá a ser una guiridad más! Descubierta en ١٩٩٢, invadida, conquistada y ocupada. ¡Ayúdanos a recuperar nuestra Ciutat Vella! ¡Yo soy el único catalán! ¡Soy el único que habla catalán en Ciutat Vella! ¡Abajo el imperio guiri!

Luego reparte papelitos e improvisa una votación: «¿Quiere usted castrar a los cabrones de la Generalitat?». Yo lo que quería era entrar a la Generalitat, que hoy está de puertas abiertas, por ver si encontraba detrás de algún tapiz o debajo de una maceta algunas monedillas olvidadas por el clan Pujol, pero a las dos de la tarde se presenta ante el edificio un grupo anticapitalista con sonora pitada y protesta. Me acerco a uno de los manifestantes, que lleva camiseta amarilla y las orejas tachonadas de pendientes, y le pregunto qué planes tiene para esta tarde:

—¿Vas a ir a la V o a la A?

Porque los anarquistas animan a la gente a formar una línea en la calle Bruc, que conecta Gran Vía y Diagonal, de manera que la V de Vendetta se convierta en una A de Anarquía.

—Yo iré a la V, pero no sé si la haré.

Así que se puede estar en la V, formar parte de la V, aportar el color

de la camiseta al grandioso mosaico que han preparado, pero con los brazos cruzados y sin convicción. Para que vean ustedes si hay pocos matices entre la muchedumbre uniformada.

De manera que esta mañana las banderas lo ocultaban todo, incluso el fondo de confrontación y la relación viciada entre Cataluña y el resto de España. Sé por la prensa que a Albert Rivera le han pitado cuando participaba en el programa Al rojo vivo, que se emitía desde plaza Cataluña, pero yo no estaba allí y no he visto más que familias apacibles y banderas. Yo pensaba que las banderas eran unos trapos inútiles, un símbolo de la separación entre iguales, pero en el tren una chica se cubría los hombros con la estelada porque el aire acondicionado estaba muy fuerte. Luego, en la calle, otra chica se protegía la nariz con la senyera y se reía porque su compañero se había tirado un pedo. Había niños entretenidos ondeando sus enormes banderas, y así los padres se tomaban un descanso; otros usaban la tela para construirse una visera bajo el sol, y un par de borrachos ondeaban las suyas para dar paso a las motos que pasaban por la calle, como en el Mundial de MotoGP. También vi a una chica preciosa que hizo un gurruño con su estelada, y así pudo apoyar la cabeza en el hombro huesudo de su acompañante.

Total, una mañana de familias haciendo pícnic, comiendo sentadas por el suelo y hasta echándose una siesta reparadora bajo la sombra de los plátanos. Muchas banderas pero poca agresividad. Barcelona me recordaba a Madrid cuando vino el papa Benedicto para el encuentro con las familias. Al fin y al cabo, como dice el escritor Sergi Bellver, el nacionalismo es una religión laica.

Y así, en paz y multitud, se aproxima la hora de la V. De pronto hay una llamada silenciosa y las familias, a un tiempo, abandonan sus asentamientos y se dirigen hacia las calles de la V. Un treintañero sigue tumbado en el césped, como si estuviera muerto. Su novia le da una patadita. Le grita:

—*Ara és l'hora!*

Es el lema de la manifestación, que también sirve para meter prisa.

—Cinco minutitos más… —responde el otro.

¿Y si catalanizamos a todos los niños españoles?

El diputado andaluz de Ciudadanos José Antonio Funes ha lanzado una propuesta muy sensata. Quiere que los niños andaluces cursen una optativa en la escuela que les familiarice con las tres vernáculas del reino, el euskera, el catalán y el gallego. Supone Funes que con nociones básicas de los tres idiomas, los españoles de mañana mostrarán un poco más de amor —dicho de otra forma, un poco menos de hostilidad— hacia la riqueza idiomática española y nuestras diferencias culturofolclóricas. A mí me encanta esta idea, que está en las antípodas del sueño wertiano de españolizar a los catalanes.

A Funes le agradezco la valentía de la propuesta, pero yo iría mucho más lejos por esa vereda y la convertiría en autopista de diez carriles. Hemos de catalanizar, galleguizar, euskaldizar, murcianizar, asturianizar, aragonizar, leonizar, etcétera a todos los críos de España, para que las fuerzas de las particularidades periféricas no nos hagan saltar a todos por los aires. Hemos de enseñar a las nuevas generaciones algo que desconocen muchos españoles de mi quinta: que España es una pero son muchas, y todas igualmente valiosas; que el tesoro de quien nace en Sabadell solo es una pequeña parte de la riqueza que posee todo español.

A un separatista convencido no se le puede disuadir del sueño de un país propio, pero sí se le puede dejar solo con su matraca. Vivir en Cataluña me ha enseñado que muchos de esos nacionalistas que parecen tan hostiles solo esperan un poco de admiración por las cosas de su tierra. Llevamos demasiado tiempo entrando al trapo con las provocaciones de centristas y separatistas. Es hora de reconducir la visión de España, de romper con la psicología futbolera tan arraigada de Villa Arriba contra Villa Abajo.

Si enseñamos a los escolares nociones básicas de las lenguas cooficiales, como propone Funes, tendremos algo adelantado porque arrebataremos al recalcitrante el monopolio de la particularidad. El respeto y la curiosidad son dos formas del amor. ¿Por qué conformarnos con una asignatura optativa? Los escolares tienen derecho a conocer el suelo que pisan mejor que sus padres.

Yo propongo un ciclo entero que comprenda toda la formación, desde el parvulario hasta el bachillerato, con una asignatura anual sobre España y sobre las culturas que componen nuestro país. Es vital que los niños puedan investigar lo que queda más allá de la demarcación territorial donde han nacido, que puedan profundizar en las lenguas, la geografía, la historia y toda esa sabiduría fragmentaria que hace inútiles las banderas.

La unidad de España es un pacto de convivencia entre pueblos distintos que comparten una historia y un idioma. Lo que nos hace iguales a todos los españoles es que todos nos creemos mejores que los demás. ¿Por qué no darnos la razón todos al mismo tiempo por una vez?

Yo recuerdo mi primer viaje a Andalucía y ese asombro de pasar del desierto almeriense a las gargantas sinuosas que llevan a Guarromán. Y la primera vez que pisé Galicia con la sensación de llegar al fin del mundo, y mi primer trago en una taberna euskalduna, con ese idioma duro de piedra y madera que templaba música acordeónica a mi alrededor. Recuerdo pisar Burgos y notar el susurro de los espectros antiguos, recuerdo internarme en las callejas de Toledo de acero y espada, recuerdo enamorarme después de una catalana para vivir la vida gótica y recuerdo llevarla a Murcia porque en esta vida hay que probar el zarangollo.

Valorar nuestra diversidad es más urgente ahora que nunca. El sábado pasado, una legión de columnistas viajamos al país del acento suave para celebrar el octogésimo octavo cumpleaños del malagueño Manuel Alcántara, el poeta más prolífico de la opinión de los diarios y el más longevo. El maestro brindaba con Ruano y ahora con nosotros porque le salió bueno el hígado para la ginebra y las páginas impares. Tras la comida, nos dejó el recado de explicar bien la España que les deja a sus bisnietos. «Corre peligro y hay que defenderla.»

Después de décadas cultivando las diferencias entre comunidades autónomas, es hora de actualizar la enseñanza para que un murciano no se sienta extraño en Cataluña y cualquier catalán pueda afirmar que está en su casa más allá del Guadalquivir. Es el único camino hacia una segunda transición, y de esto ya escribió Unamuno.

Españoles, Artur Mas ha muerto

Acto primero

Los elementos tétricos del retablo de investidura de Artur Mas han seguido el orden previsto y todo ha concluido con el resultado que ya conocíamos anteayer. Aquí el demonio, aquí el ogro, aquí la doncella, aquí el vampiro. Veinticuatro horas con pausa para dormir en los ataúdes respectivos. Toneladas de disquisiciones que no conducían a parte alguna, que diría Rajoy. Sesión doble, aburrida y larga, y estéril como el procés.

Todos aquellos que nos acercamos al hemiciclo catalán recibimos el castigo de Ícaro. En un momento dado vi derretirse la cara de Lluís Rabell como si fuera de cera. Tantas vueltas le dieron al concepto de secesión, que la palabra perdió su sentido. Pruebe a decir muchas veces seguidas la palabra cuchara y ya no sabrá con qué tomar la sopa. Al final estábamos así: los más constitucionalistas soñaban con la independencia.

Con la independencia para irse a casa.

Hubo suerte. A las ocho de la tarde del martes, los grupos políticos lograron votar. Entre todos negociaron nuestra liberación. Periodistas y diputados salimos del Parlament, unos a pie y otros a motor. Yo corría más que los coches, bendito sea Dios.

Y ustedes, entretanto, furiosos. Si hubieran venido conmigo al Parlament no lo estarían. Los periódicos les han contado los dos últimos días de la vida política catalana con sobredosis de épica. Aquí estoy yo para sacarles de su error.

Todo empieza el lunes en el Parlament. El proceso de desconexión de Cataluña con el resto de España es tan coñazo que nadie en todo el edificio se lo cree. Después, por la tarde, Artur Mas da una arenga larga y aparatosa que él ha titulado «Declaración de investidura» pero que en realidad se llama «Memorias, volumen I».

Artur Mas iba a defender su candidatura, pero interpreta a Breznev en los congresos del Politburó soviético. No pinta las bondades de su

República soñada, no se conforma con eso. Se pone de óleo y aguarrás hasta los codos, nos informa de cada uno de los aspectos del milagro: cuánto ganará el pensionista, cuánto correrán los trenes, cuánto pagaremos por encender la lavadora. Si no enumera las toneladas de trigo y acero que transportarán los barcos, los barriles de brea que extraerán de las charcas pestilentes, es porque lleva una semana sin dormir.

Según Mas, la independencia es un campo absoluto que lo contiene todo, como el universo: no va de banderas, dice, y no va de poder, ni de salvar su figura política, ni su persona. No va de ocultar nada. Ni siquiera de separar. Todos ganamos. La independencia lo es todo, dice él, porque no es nada, acabo pensando yo. De la misma forma que el debate de investidura que no lo es, porque no se le va a investir. Del mismo modo que el momento histórico que no lo es, porque para montar la revolución faltan agallas.

Mas termina su discurso el lunes. En una de las salas contiguas al hemiciclo, unos cuantos periodistas aplauden a la pantalla. El resto somos momias. Si el viento sopla, ceniza por el campo.

Acto segundo

Las jornadas históricas son trepidantes a través de la prensa, de los libros: en directo son la muerte. El soldado ruso que colocó la bandera roja sobre el Reichstag se había aburrido meses enteros en la tundra y la trinchera. Lo mismo pasa con el cronista y el diputado: ayer nos mustiamos en los pasillos del Parlament para filtrarles a ustedes la enjundia.

Voy a analizar la composición del Parlament con el único dato crucial. Hay siete diputados que hablan. Son Artur Mas, Inés Arrimadas, Antonio Baños, Lluís Rabell, Xavier García Albiol, Miquel Iceta y Jordi Turull. Hay ciento veintisiete diputados que se aburren.

¿No es hoy ١٠ de noviembre? ¿No se aprobó ayer una declaración histórica, una desconexión? Pues bien: resulta insostenible. A ratos, a los de un grupo parlamentario les arrastra una emoción. Luego se mofan del enemigo, como cuando el cuerpo de Mas es poseído por el señor Casamajor y le habla a Arrimadas como si fuera un cebolleta. Más tarde aplauden, las ovaciones dependen del número de escaños. Por fin arman barullo porque algo les ofende. Pero ¿y el resto del

tiempo?

Los diputados se tocan el pelo, mueven la cabeza, se pasan el pulgar entre el labio y los dientes, lo sacan, lo huelen, se lo limpian en la chaqueta. En un momento dado, Lluís Llach contempla al orador con la expresión de un enfermo conectado al gotero de la quimioterapia. Los móviles echan humo. Un diputado de Esquerra explora su propio oído con la patilla de las gafas y luego examina maravillado la flor naranja que ha sacado del yacimiento.

—¿Seré de Ciudadanos, collons?

Y hablan, hablan y hablan. Como si fueran actores griegos. Es una representación, un retablo, una película. Durante horas enteras, una película de Antonioni donde se combinan la revolución y el aburrimiento. Como en las de Lynch, te preguntas: ¿cuál es el argumento?

Me hago esta y otras preguntas. Me hago todas las preguntas, y me gustaría hablar con el tesorero de Convergència, porque dicen que en la cárcel se encuentran muchas respuestas. Se desata el cachondeo cuando Iceta se encarama a la tribuna. Artur Mas y él bromean. Aquí se percibe que el enfrentamiento encarnizado se arregla tomando juntos una Coca-Cola, pero nada lleva a ninguna parte. A Andrea Levy se le escapa una risotada cuando Mas compara la intolerancia a la lactosa con la intolerancia a la democracia del Estado español. Se siguen diciendo estupideces.

Sin fin. Los ojos van y vienen sobre los relojes.

A este paso, Cataluña nunca será un Estado independiente. A este paso, todos vamos a morir de aburrimiento.

Acto tercero

Estamos esperando el final, lo acariciamos. Antonio Baños cita a un ministro de Luis Felipe que dijo a los franceses: «Enriqueceos». Su intervención es la penúltima y la única que estábamos esperando. «¿Quiénes son los soberanos, los bancos o nosotros?» Está muy tétrico y muy elegante, vestido de negro como un cura, como una manola. Tiñe la tribuna de melancolía y condena, no a España, sino al capitalismo entero. «Mas dijo que hubiéramos podido pasar sin

recortes en Cataluña de no ser por España», recuerda. Le responde que no: «Un Estado propio no garantiza una vida digna». Está a punto de emitir su veredicto. Ya está, ya lo tenemos:

—Votaremos NO a su investidura.

Con un porcentaje minoritario de votos y escaños, Antonio Baños es el Rasputín de Cataluña. Habla como si el pueblo, durante la noche, lo hubiera convertido a él en guardián y traductor de su voluntad soberana. Finalmente se enternece y le dice a Mas:

—Vuelva usted el jueves.

En su respuesta, el rey destronado se agarra a esas palabras:

—Volveré el jueves.

Justo antes ha admitido su tristeza, y creo que es el único momento de esta sesión interminable en que todos conectamos con su verdadero sentimiento. Artur Mas está políticamente muerto hoy, día 10 de noviembre. Y está triste, claro, dónde ha visto usted un muerto contento.

Sin embargo, pasado mañana es capaz de resucitar. Mientras los parlamentarios hablaban, los equipos de los partidos estaban reunidos. La realpolitik no sucede en esta cámara, sino en camarillas. Buscan un pacto de última hora como el pueblo judío buscaba la tierra prometida. No es Cataluña, sino el poder, lo que está mutando estos últimos días.

iii. Soy un ser humano y necesito comprensión

Mensaje de los viejóvenes que nacimos en los ochenta

Dicen que pertenezco a una generación perdida, pero creo que lo correcto sería decir generación descolgada. La lista habitual de problemas generacionales incluye exilio económico, alopecia prematura, falta crónica de oportunidades, discotecas que se llenan de yogurines... Pero todo eso es menos grave que la gran estafa de rango superior.

Porque más importante que encontrar un trabajo digno es tener unas aspiraciones acordes a los nuevos tiempos; haber construido una imagen de nosotros mismos que nos permita prosperar. Y eso, amigos, sí que nos lo han arrebatado por completo. Somos estanques, vías muertas, unos nostálgicos de poca monta.

Los nacidos en el cogollo de los ochenta adquirimos unas aspiraciones equivocadas durante la niñez. Teníamos sueños anacrónicos. Cuando vi las noticias sobre el Pequeño Nicolás confirmé lo que suponía: la generación siguiente, los nacidos en los noventa, viene pisando muy fuerte y por la pista de despegue correcta para el siglo xxi. Se han hecho con las herramientas adecuadas para convertirse en personas de éxito en estos tiempos tan extraños y, así, no nos sorprende que un chaval abra un canal de YouTube y a los dieciocho ya esté facturando miles de euros a base de clics. Los ochenteros agitamos nuestras hélices y vemos cómo despegan en la pista contigua estos maravillosos chavales a reacción.

Construimos proyectos vitales en una época que se extinguía. Nos preguntaban qué queríamos ser de mayores. Pedrito quería ser médico y acabó haciendo guardias de treinta horas sin contrato fijo y por un salario miserable. Andrea iba para profesora de Filosofía, y hoy tiene suerte porque le permiten impartir clases particulares de inglés. Jacinto sería una estrella del rock y se lanzó a una industria que se desplomaba. Manuela aseguraba que se haría arquitecta, y la línea más sólida que ha dibujado es la de la cola del INEM.

La crisis económica solo ha acelerado la transformación. El nuevo modelo del éxito tiene mucho que ver con los reflejos y la capacidad de reacción, pero los de los ochenta hemos salido vagos, diletantes,

románticos y reflexivos. Después de criarnos entre algodones, nos lanzaron a una época depredadora y ya éramos demasiado talludos como para encajar la daga entre los dientes.

Por eso miramos con nostalgia a la niñez. Jugábamos al Super Mario o al Sonic y nuestra madre nos decía que hiciéramos algo de provecho. Algo de provecho como, ¡ojo!, leer un libro. Pobres madres. En el futuro no habría industria más pujante que la de los videojuegos, y ellas creían que mirar una pantalla era perder el tiempo. En esa mentira nos educaron y, cuando Marty McFly llegó al año 2015 en su DeLorean, los más preparados de entre nosotros, los más leídos, éramos ya unos viejos prematuros. Ahora miramos con arrogancia cualquier éxito ajeno y musitamos: Paul Bowles eres, y en polvo te convertirás.

Naturalmente, no todo son condenas. Leí que nuestra generación es la que más ha follado y se ha drogado en la historia moderna. Recogimos el testigo de la Ruta del Bakalao y lo convertimos en afters y fiestas apoteósicas en nuestros pisos de estudiantes. Bien, perfecto, ¡otra paletada de nostalgia! Porque la consecuencia de aquella juerga ha sido una resaca monumental.

Nuestros padres ya se divorciaban, pero el cine y la televisión nos informaron de que tu media naranja está ahí fuera, en alguna parte. Miro a algunos amigos y amigas y los compadezco: han tenido decenas de relaciones a las que han sucedido otras relaciones y ahora, metidos en lo hondo de la treintena, viven a la manera de las plantas carnívoras, con el Tinder abierto a la espera de que se pose un insecto al que llamar amor mío, antes de que la rueda del cambio de pareja vuelva a girar.

A fuerza de amar y admirar cosas destinadas a la desaparición, la droga más popular entre los de mi generación es la nostalgia. Tampoco sale bien parada la generación anterior: uno de los libros más vendidos del momento se llama Yo fui a EGB y es un álbum de melancolías: los juegos de mesa como el Simon, los vasitos de natillas, el Scalextric y otras formas de chatarra encuentran entre sus páginas un nicho en el que resucitar. Si pienso en el año de nacimiento de Pablo Iglesias, veo su rabia de otra forma: se abraza al futuro con sus brazos de pasado y proclama que trae lo nuevo mientras los viejos tiran de él para meterlo en el ataúd.

Ah, la política… Nosotros, que nos deformamos la columna cargando los dominicales del periódico, que leímos las columnas rectas de Marías o de Umbral, nos tragamos eso de que el periodismo era un

pilar capital de las sociedades democráticas. ¿Cómo adivinar un futuro tan cínico, tan descreído como este?

Miradme vosotros, los siguientes. El mundo es vuestro, así que miradme si tenéis un rato disponible, si vuestra mente ágil ha sido capaz de recorrer la carrera de fondo hasta llegar aquí. Miradme los que nacisteis hace quince o veinte años. ¿Qué será de mí, qué será de los que tienen mi edad? He estado pensando mucho cómo podríamos contribuir a vuestro mundo trepidante, cómo convertir nuestras aspiraciones acartonadas en algo que podáis utilizar.

Empleadnos como combustible.

En una buena estufa, nuestra grasa corporal calentará vuestros apartamentos de veinte metros cuadrados durante el tiempo que tardáis en olvidar que habéis leído esto.

Mi primer porro

Aunque yo ya tenía catorce años cuando mi padre me dijo que nos íbamos a vivir a Tánger, lo primero que pensé no fue: ¡de puta madre, el país de los porros! A esa edad yo era un crío más bien poco precoz para los vicios. En el filo de la adolescencia ni había fumado cigarrillos ni había bebido alcohol. Mi primera borrachera iba a llegar tres años más tarde, jugando al duro con unos murcianos, y terminó media hora después de empezar, conmigo riéndome a carcajadas porque me hacían beber demasiado y vomitando al mismo tiempo encima de la mesa llena de vasitos de calimocho. Recuerdo perfectamente cómo las caras de risa pasaron a caras de espanto a mi alrededor mientras mi hormigonera estomacal volcaba su cemento hirviente delante de aquella manada de hijos de perra. Recuerdo mi satisfacción. Ya era el rey de los borrachos. A la primera. Prueba superada.

Pero este episodio no fue, ni de lejos, tan vergonzoso como mi primera vez con los porros. Mi amigo Fidel me ha pedido que os la cuente aquí para que os echéis unas risas y es precisamente lo que voy a hacer, pero antes tengo que explicaros una cosa: mi primera vez con los porros fueron en realidad dos veces, y también han sido las dos últimas. No es que solo haya fumado dos porros en mi vida —de hecho, en puridad sería uno porque el otro me lo comí—, lo que quiero decir es que no he vuelto a fumarlos en serio, en plan «me voy a poner to porcino, hasta quemarme los dedos».

Mis otras caladas han sido esporádicas y bastante inocentes. Tengo una amiga que se llama Ajo y es micropoetisa y con ella siempre recibo algo de su marihuana psicodélica, y también me dan caladas de sus porros de costo grasientos los amigos murcianos que lograron perdonarme por vomitarles encima. En la veintena me aficioné al consumo de otras drogas más jodidas y menos depresoras del sistema nervioso, como le pasaba al Chuki de Cieza, y a partir de los treinta he dejado de meterme hasta la raya negra de porquería que se queda delante del recogedor cuando estás barriendo. Digo esto considerando que los amables lectores de Cáñamo habrán barrido alguna vez en su vida, aunque sé que la NASA está intentando demostrar que tal cosa ocurre en el universo.

Cuando llegué a Tánger, lo primero que me impresionó fue el olor

poderoso que desprendía aquella ciudad, especialmente al paso por ciertos saloncitos de té recónditos donde había unos moros muy simpáticos que se partían de risa o se quedaban pensativos, meditando como si fueran los auténticos filósofos del islam. Era un aroma el de ese aire verdoso totalmente desconocido para mí, que había tenido hasta entonces una infancia de Super Nintendo, fútbol sala, dibujo y lectura compulsiva de cómics y, en general, de ese tipo de aficiones ingenuas que nos preparan para que nuestra primera experiencia con las drogas sea un desastre total.

Me matricularon en el instituto español y rápidamente hice un grupo de amigos, mezcla de españoles y marroquíes de familias acomodadas, que tenían por costumbre pasar las tardes en un café fabuloso llamado Hafa. Es un bar donde no venden alcohol ni falta que les hace, porque está compuesto de terrazas superpuestas unas sobre otras frente al mar salvaje del Estrecho. Si vais por Tánger, pedid a un petit taxi que os lleve al Hafa. Lo más seguro es que el propio taxista os venda un poco de esa materia que proporciona al establecimiento su solera y su prestigio.

La primera vez que me llevaron al Hafa y nos sentamos en una mesa cochambrosa a soplar té verde, tan caliente como si lo hubieran hervido en el interior de un reactor nuclear, me irritó que mis nuevos amigos, tan casi niños como yo, se pusieran inmediatamente a liar porros de hachís a mi alrededor. Mi madre había sido muy previsora conmigo y me advirtió de los peligros de las drogas desde que era muy pequeño. Tremenda fue mi decepción cuando descubrí que hasta la chica rubia que más me gustaba se ponía en los morros aquel veneno y aspiraba su humo tóxico. No le ordené a gritos que tirara el porro al suelo por timidez y porque ella, ni corta ni perezosa, me lo ofreció mirándome a los ojos amorosamente. En ese momento descubrí que el olor que me había llamado tanto la atención procedía de esa clase de cigarrillos confeccionados con cinco y hasta seis papeles y con pinta de trabuco de Curro Jiménez.

No los probé ese día. Ni al otro, ni al siguiente. Pero Nano, Dani y Fran, que eran un moro, un judío y un español respectivamente, y miembros ilustres de aquel grupo variopinto, empezaron rápidamente con esa actividad tan propia de los porreros que es hacer proselitismo y tratar de convertir a los infieles. Venga, Juan, si este es flojo. Va, tío, que no es malo para la salud. ¡Cohone, si yo hago diporte, a'zebi! Me congratula decir que no caí en la tentación hasta el cuarto día de ir con ellos. ¡Cuatro días haciendo valer mis principios, defendiendo el último resto de mi infancia ante esa jauría de adolescentes porreros!

Así que el cuarto día de Hafa pensé: ¿acaso no son ellos majísimos y gente muy sana? ¿Qué tengo que perder? Y me puse uno de esos cacharros en la boca después de que ellos me aseguraran por enésima vez que no era fuerte, que no era malo para la salud y que Nano hacía diporte, cohone. Nunca había dado una calada a nada que no fuera uno de esos cigarrillos de chocolate que venden en las pastelerías. Debido a mi inexperiencia, lo que hice fue aspirar a pleno pulmón el contenido de ese túbulo deforme hasta que la punta incandescente se convirtió en un soplete. Primero, los ojos se me llenaron de agua. Un instante después, los pulmones se me cubrieron de fuego. Al momento, una caña de bambú se hizo astillas en mi garganta. Lo siguiente que recuerdo es que, mientras me llevaban a mi casa, yo solo pensaba en que antes de que me vieran mis padres tenía que encontrar una forma de dejar de toser.

Huelga decir que ni me coloqué ni descubrí el motivo por el que mis amigos eran tan aficionados a esa máquina de producir esputos. Tras una primera vez tan decepcionante, lo lógico hubiera sido que no volviera a probar los porros, pero por desgracia no fue así. Por aquel entonces empecé a leer a Paul Bowles, un escritor norteamericano que se fue a vivir a Tánger. Su forma de hablar sobre sus experiencias con el hachís, pero especialmente con el kif y otra variante marroquí comestible llamada majoun, hizo que me interesara por el uso psicodélico de estas drogas. Consideré que había cometido un error fumando ese porro de forma recreativa con mis amigos. Según Bowles, hay una diosa que vive en el interior de estas sustancias y las almas sensibles tienen que reunirse con ella en total soledad.

Años después, cuando estudiaba la carrera en Madrid, hice un grupo de amigos y los llevé a Marruecos. Mis amigos madrileños conocían superficialmente la obra de Bowles y muy a fondo el tema de los porros, así que enseguida los convencí para que nos iniciáramos juntos en la ceremonia del majoun. Le pedí a mi amigo Karim que nos consiguiera un poco de esa cosa. Es una especie de turrón grasiento con sabor a almendras y una concentración de THC superior a la de la momia de Bob Marley. Karim nos trajo un pedazo del tamaño de un Samsung Galaxy y nos advirtió de que no tomásemos más que un pellizco.

—Esto es jodidamente fuerte —nos dijo—. Mi abuelo lo tomaba en la guerra del Rif, pero ni mi padre ni yo nos hemos atrevido nunca. Esto es para soldados.

A mis amigos les hizo mucha gracia la advertencia de Karim porque estaban absolutamente emporrados a esas horas, pero conseguí

arrancarles el turrón de las manos, guardarlo en mi mochila y convencerlos para que nos fuéramos a Chauen a probar allí la droga, a fin de tener juntos una verdadera experiencia psicotrópica al estilo Paul Bowles. Cogí uno de sus libros a modo de instrucción y volví a leer las partes donde habla del majoun. Me creía iniciado en las artes del consumo de THC por vía oral. Me creía un sumo sacerdote de esta mierda. Ya podéis imaginar que estaba absolutamente equivocado.

La pensión Amaia de Chauen está regentada por un vasco sarmentoso que sospecho debió de pertenecer a banda armada en su juventud. Su local es una maravilla, tan barato que prácticamente es gratis. Si vais a Chauen, hacedme caso y refugiaos allí. Dispone de una terraza maravillosa desde la que se divisan la montaña y la ciudad. Chauen es el nombre del pueblo en español; en marroquí se dice Choufschauen, que significa «mira la montaña». Mirando la montaña a la luz de las velas, en aquella terraza puesta justo debajo de los ojos de la diosa THC, tomamos un té verde a modo de ritual y cada uno de nosotros se metió un buen pellizco de majoun en el sistema digestivo.

Ya sabéis lo que pasa cuando ingieres hachís: tarda en hacer efecto. Pero al muy cabrón de Paul Bowles se le olvidó aclarar este dato, de manera que yo me sentí responsable de la experiencia y animé a mis amigos a tomar un segundo pedazo, cosa que hice yo mismo a continuación. Seguía sin hacernos nada. Ya creíamos que a Karim lo habían estafado. Ya pensábamos que el muy mamón de Karim nos había dado turrón y se había quedado él con el majoun. Uno de mis amigos propuso la idea de volver a Tánger para cargarnos a Karim. Todos celebramos su plan riéndonos a carcajadas. Las carcajadas nos dejaron en un estado de agotamiento agudo pero placentero. Sentíamos las piernas y los brazos muy pesados. Sentíamos el aire muy denso a nuestro alrededor. Choufschauen nos mostraba el poder de su montaña, casi un fantasma blancuzco en la oscuridad. Nos quedamos literalmente flipados y en silencio. Un minuto o cinco horas más tarde, empezó una taquicardia colectiva.

Mi amigo Lucas, que es muy sensible, se levantó como un muelle, se llevó la mano al pecho y empezó a suplicar que lo llevásemos al hospital. Yo también sentía el corazón latiendo como si fuera a romperme las costillas y no pude hacerle caso, pero otros dos amigos, más voluminosos (es decir: dos putos gordos), se levantaron y trataron de agarrar a Lucas. Este puso cara de terror, dio un grito y salió corriendo por la terraza. Al rato yo también lo perseguía, o perseguía a los gordos, y me di cuenta de que conmigo venían corriendo unos gnomos bastante graciosos y me tiré al suelo para abrazarlos y ellos se convirtieron en aros de calamar rebozados y se pusieron a bailar. A

esas alturas del partido, Lucas había huido de su taquicardia tirándose por las escaleras. El estruendo que provocó fue tan grande que el dueño de la pensión Amaia subió con la recortada para ver qué cojones estaba pasando.

Nos encontró tirados por el suelo, reptando como alimañas, riéndonos de su puta cara, riéndonos de la montaña, de los tejados, de la composición de las moléculas de agua. Nos preguntó qué cojones habíamos fumado y nos reímos mucho más fuerte. Finalmente, conseguí ponerme en pie, lo abracé, le di dos besos e intenté darle un morreo y él me dio una hostia y me exigió que le diera un poco de la mierda que habíamos tomado. Cuando vio mi trozo de turrón, abrió mucho los ojos, lo agarró, lo olió y aquel vasco viejo y yonqui dijo que era el majoun más fuerte que había visto en su vida.

Lucas se puso a vomitar y a llorar. Uno de los gordos se desmayó. El otro trataba de morderse los codos. Yo decidí bailar un rato con los aros de calamar rebozados. Por encima de nuestros gritos, llantos y carcajadas, oí la voz de ese vasco legendario decir una frase que jamás he podido olvidar:

—Joooodeeeeer, macho, ¡qué juventud más poco psicodélica!

Horror y fascinación de las tiendas Ikea

Me horroriza Ikea. Me fascina Ikea. Sucede lo mismo que con el sarampión o la varicela: casi todo el mundo tendrá que pasar por ahí en algún momento de su vida. Nos acercamos a sus puertas automáticas con instinto zorruno para saquear la baratez de sus productos, recorremos su scalextric dóciles como borregos y al final salimos aturdidos y cargados como mulas.

«Compré una pala en Ikea para cavar mi propia tumba», dijo el dramaturgo Rodrigo García.

Esas tiendas han sido un fenómeno en España, y digo fenómeno en el sentido totalizador, que los huracanes y los terremotos son fenómenos naturales e Ikea es un fenómeno social. Los ángulos rectos de sus muebles han barrido como un viento del norte la forma tradicional de las casas hispánicas, que había variado poquísimo desde la era de las pelucas empolvadas. Años después del desembarco vikingo desaparecen el viejo aparador aparatoso, al sinfonier apolillado de maderas oscuras, el armario armatoste y la mesa de comedor que cuesta Dios y ayuda extender cuando vienen invitados.

—Por no hablar del contrachapado barato y franquista de los armarios de la cocina.

Cuando los muebles de este gigante empezaron a invadir las casas españolas tenían un no sé qué de buen gusto. Los ambientes made in Sweden atrapaban la vista con sus líneas zen y sus colores planos. Al principio intuíamos que aquello sería carísimo, el sintagma «de diseño» nos atufaba a los pobres de la tierra, que estábamos resignados a la compra de muebles en el momento de la boda y poco más. El mobiliario solo lo cambiaban los más ricos. Pero la invasión avanzó y las casas Ikea se convirtieron en algo casi vulgar.

—¿Qué cuernos ni qué cuernos? Cariño, me acosté con tu mejor amiga porque pensaba que era nuestro dormitorio. ¡Si es que son todos iguales!

Pongámonos históricos. Es imposible concebir una cosa como Ikea antes de la caída del Muro de Berlín. Su concepción bebe del

capitalismo extremo: diseños y materiales atrayentes que quedarán obsoletos en poco tiempo; precio bajo que permitirá una renovación, alentada por la compañía con sus tarjetas de descuento, sus puntos y toda esa morralla del «vuelva por aquí lo antes posible». Pero también bebe del comunismo: ¡camaradas, aprendan a montar sus muebles, háganlo en grupo, usen las manos, trabajen, constrúyanse una casa asequible igual que las de sus vecinos! Los efectos de esta mezcla sobre la industria nacional han sido devastadores: en Yecla, que fue imperio del mueble español, cada vez quedan menos fábricas. Y es solo un ejemplo.

—La globalización es lo que tiene.

Cuando paseas por la zona de exposición, todo resplandece. Todo huele a nuevo. Todo huele a fácil. Pero observemos bien: todo es tremendamente complejo y retorcido. Me fijé en que la iluminación varía sutilmente para darles a los muebles más caros un halo brillante, mientras que los de a veinte euros la tonelada de madera quedan en discreto segundo plano. Una mente mefistofélica ideó el itinerario, que no hay forma humana de saltarse (existen atajos, pero es más fácil encontrar el Santo Grial). Quien quiera un soporte para el papel higiénico habrá visto antes cucharas soperas, vajillas, marcos de fotos, destornilladores eléctricos y toda clase de cosas que en ese purgatorio parecen indispensables. En todas las casas falta algo de vez en cuando.

—¿Dónde están las tijeras de la cocina? ¿No vendría bien algo para guardar las bolsas usadas?

Ikea lo sabe y coloca todos esos productos como obstáculos en el camino hacia Ítaca. Para salir de allí con lo indispensable hace falta un espíritu de samurái o un presupuesto ajustado al céntimo. Le doy las gracias a la crisis económica por haberme permitido completar el recorrido sin posibilidad financiera de llevarme caprichos.

—Porque cuanto más te lleves, más vas a tener que currar.

Yo pertenezco a una generación que se ha encontrado las cosas hechas. Ahora, las cosas están descomponiéndose y mi generación y las siguientes tendrán que arreglarlas. Esta empresa se complica si nos atenemos a la primera frase del párrafo: somos inhábiles, tenemos las manos suaves, nacimos mimados. Muchos miembros de mi generación, particularmente universitarios con variados títulos de desempleado, usaron por primera vez herramientas cuando tuvieron que montar sus muebles Ikea. Hablo de los hijos ineficientes de la falsa burguesía, los que a una isla desierta querrían llevarse un libro,

una videoconsola o a mamá con campingás haciendo cocletas debajo del cocotero.

—¿Alguien sabe cómo encender una estufa de butano sin quemar la casa?

(Visto en Facebook.)

Me llevé de Ikea un mueble repartido en varias cajas. Esperaba que al llegar a casa y abrir los envoltorios mi armario frökenfluzen (?) apareciera incólume como el monolito de 2001: una odisea del espacio, pero no. Allí había tablas y maderos y bolsas con tornillos raros.

—¡Mamáaaaaaaaaa!

Lo montamos, mi esposa y yo, con heroico arrojo. Mientras tanto yo reflexionaba sobre la genialidad del manual de instrucciones. Cuando uno hace un test de inteligencia, tiene que manejar con la mente figuras giratorias y tridimensionales. En este sentido, quien haya diseñado mi armario debe de ser una especie de Einstein de la madera. Mirando solamente dibujos esquemáticos, cualquier torpe consigue seguir paso a paso el proceso de gestación de un objeto complejo. Además, el diseño de los tornillos y las tuercas, que no cambiaba desde la época romana, se transforma de manera que un mamotreto de ciento treinta kilos se pueda ensamblar sin máquinas. Después de la agotadora jornada de montaje, miré el armario y me sentí poderoso. Empecé a sudar y a extraviar los ojos y exclamé:

—Lo que ha unido Dios, que no lo separe el hombre.

Ella me sugirió que durmiera dentro del armario. En fin, así es como vive su esplendor una cadena de tiendas que ha enterrado la industria del mueble de todos los países. Calidades variables, precios para todos los presupuestos y un alma comunista que obliga al consumidor a ser parte activa del montaje; disposición engañabobos de la zona de exposición, sumisión del consumidor al imperio del deseo, obsolescencia programada. Al menos, algo tan tedioso como comprar un mueble da mucho que pensar.

Teoría y práctica del humor cruel

No digo humor negro porque puede resultar ofensivo para Obama. Mejor humor de color, o afroamericano. Pero no nos distraigamos. Me pregunto cuántos tullidos leen esto. ¿Podrían levantar la mano, por favor? En caso de que tengan, claro. Y hablando de afroamericanos, ¿cuántos negros? Si ustedes comprenden mi idioma, ¿podrían levantar las manos? No se fijen en las palmas, señores del juzgado, las palmas de los negros son como la conciencia de los corruptos, engañosas. ¿Y cuántos moros hay presentes? Levanten la mano, la mano con la que no sostienen el mando del chaleco bomba. ¿Y cuántos judíos nos están leyendo?

Por cierto, que oí un chiste muy bueno sobre judíos. Dice así: «Aviso fúnebre en el diario de una comunidad judía: “La familia anuncia el fallecimiento de nuestro querido Salomón Rushkind. Sus restos serán velados en C/ Sefarad, 90, piso segundo. Dos dormitorios, salón comedor, dos baños, vestidor, garaje incluido. Muebles a la venta”». Es bueno, ¿eh? Pues no se rían tanto los moros de la sala, porque este chiste me lo contó un judío. Es, de hecho, una muestra del famoso humor negro judío, que solo un pacato sin remota idea sobre la realidad del pueblo judío puede ignorar.

Pero no nos perdamos en teorías y sigamos con el recuento. ¿Budistas? ¿Algún budista? ¿Eso naranja de ahí es un budista o el logotipo de Ciudadanos? Bien, contabilizado. Y capillitas, ¿cuántos hay? A ver: levanten ustedes sus tronos y sus pasos, y contamos ocho capillitas por cada Virgen o cada Cristo. ¿Y cuántos curas? Suelten a los niños un momento, que no se escapan de la sacristía, y levanten la mano. Veamos, trescientos, cuatrocientos… ¿Qué viene luego? Ni idea, soy de letras.

¿Cuántos matemáticos, informáticos y físicos hay por aquí? Por agruparlos de manera razonable: ¿cuántos empollones? No hace falta que levanten la mano, ya los reconozco por la cara de no follar mucho. Por favor, ustedes a contar a los que levanten la mano, háganme el favor. Yo no sé contar, solo sé gastar.

¿Cómo? ¿Qué pasa? Oigo murmullos de desaprobación. Oigo gente cabreada. ¿Quiénes son? Por supuesto son las feminazis, escondidas detrás de sus bigotes románicos. Están cabreadas porque me he

referido a negros, moros, judíos, budistas y empollones sin usar lenguaje inclusivo. Pues vamos a ver, señoras, levanten los brazos para que pueda contarlas de un tirón. Gracias. Ocho mil cuatrocientas veinte, es decir, dieciséis mil ochocientos cuarenta sobacos matogrosianos.

Antes de proseguir con el recuento, les diré algo que me hizo mucha gracia. Con el caso de Zapata había un montón de gente hablando del mal gusto de unos chistes... ¿Pero es que no vieron cómo suele ir vestido? ¿No vieron la pinta que lleva? ¿Cuántos perroflautas hay aquí?

Pero sigo, porque ahora quiero contar a los fachas. Primero que levanten la mano los fachas, que tienen bastante práctica. Después los rojeras, perroflautas y demás buenistas, después de los fachas que para eso perdieron la guerra. Ahora. ¿Cómo vamos, gafitas? Diez millones. Perfecto. Sigamos: procedo a llamar a los lectores de cada comunidad autónoma. Por supuesto, los vascos levantan la mano primero, están en su derecho. Y ahora que levanten la mano los catalufos, dejen un rato la calculadora. Bien.

Supongo que esos que no saben si levantar la mano o bajarla son gallegos, ¿verdad? Y en cuanto a los murcianos, por favor, saquen la mano del bolso de las señoras que tienen al lado. Gracias.

Vayamos ahora a por los calvos. No hace falta que levanten la mano, basta con que se pongan de pie. En cuanto a los paralíticos, todo lo contrario, por supuesto. Bien, ¿qué más? Ah, sí. Pido a los escritores que están leyendo esto que salgan un instante de su nebulosa de pedantería. Esto de aquí es el mundo real... ¿Hola? ¡Manos arriba! Bien, bien, apuntados. Jejeje, han levantado la mano para ver si les hago una crítica de sus libros. Siempre hacen lo mismo cuando ven a un periodista.

Uy, casi se me olvida. Gacetilleros del mundo, levantad vuestras garras, no tengáis vergüenza por vuestras uñas retorcidas. Vaya, vaya, cuánto periodista. Ahora, que levanten la mano solo los que cobran dignamente por su trabajo. Uno, dos, tres, cuatro. Esperanza Aguirre, usted baje la mano. Con lo que cobra por columna, está claro que no es periodista.

Si los empollones van bien con el recuento, por ahora llevo unos treinta millones de españoles en la lista. Aún falta gente, veamos... Ah, sí. ¿Cuántos afiliados a UPyD tenemos? Mmm... Así no vamos a acabar nunca. ¿Cuántos rancios? Veamos, ¿cuántos rancios que nunca se han

reído con nada, cuánta gente que se divierte en los bautizos o viendo la teletienda a altas horas de la madrugada? ¿Cuántos exfumadores rabiosos? ¿Cuántos aficionados al running de los que se ponen mallas fardahueviles a lo Ángel Cristo, dispuestos a correr delante de los pobres niños del parque con rostro de aguda agonía? ¿Cuántos abogados? ¿Cuántos albañiles salidos? ¿Cuántos zampabollos? ¿Cuántos dispuestos a admitir en público que son abogados?

Bien. Según los cálculos de los empollones, quedan unas trece mil personas en toda España que todavía no han levantado la mano. Por eso he traído este cartel:

los sordos, por favor, que levanten la mano

Y nos quedan seis personas. ¿Saben ustedes quiénes son esos seis? Son las seis personas más anodinas e indiferentes de toda España. Seis personas sin pasiones, sin vida en la mirada, sin gracia, sin nada destacable. Ni siquiera seis burócratas, porque los burócratas siempre son pasto de las bromas. Son seis personas que casi ni existen, que no despiertan la más mínima pasión ni la envidia de nadie. Por eso son las únicas seis personas que nunca serán susceptibles de convertirse en una broma o un chiste. ¿Alguien las envidia? Pues este flequillitos pedante, faltón y sensiblero no.

P. D.: Los fachas pueden bajar la mano ya, si quieren.

P. D.: los sordos también.

Anticuento de Navidad

Hace unos días, paseando por Barcelona, me crucé con un niño andrajoso que iba pidiendo dinero por entre las mesas de una terraza y me vino a la nariz un tufo familiar: el del disolvente químico que usan los miserables para colocarse. No había vuelto a notar esa peste desde que me fui de Tánger, donde viví la adolescencia. Allí era fácil toparse con el hedor químico que emana de las jaurías de niños callejeros, pero es la primera vez que me encuentro una cosa así en España. Pensé inmediatamente en términos que he oído demasiadas veces durante 2014: exclusión, pobreza infantil, las piezas de las que está hecho ese olor.

El olor a disolvente me puso las tripas del revés y me hizo recordar a un niño tangerino que se refugiaba en un muro desplomado cerca de la casa de mis padres. Al oler el perfume de la miseria total es como si lo viera otra vez. Quizás tenga doce años. Tiene una camiseta con un agujero muy pequeño que casi no se nota. Tiene unos pantalones largos que le quedan cortos. Estos pantalones tienen cuatro bolsillos. Los de los lados están rotos y no sirven para guardar monedas ni el cristal, pero los de detrás están bien y allí puede guardar las monedas y el cristal. Tiene unos calzoncillos malolientes muy incómodos porque se pegan al culo. Tiene unas chanclas muy malolientes pero cómodas, hechas a la forma del pie, menos cuando tiene que correr por algún motivo. Tiene un pañuelo que todavía huele a disolvente de primera. Tiene dos monedas: la de un dírham se la ha dado un turista rubio. La de medio dírham se la ha llevado del platillo donde otro turista dejó una propina. Tiene un cristal puntiagudo para quitarles a los niños de menos de diez años sus monedas. No tiene nada más.

La gente normal tiene nombre. El muchacho de once o doce años no sabe si tiene nombre. El tipo que le pone disolvente en el pañuelo y le da Raibi o basura le grita Mohamed, pero el muchacho sabe que no es su nombre. Ojalá el nombre pudiera devolvérseles a los padres y ojalá el nombre fuera una bomba que estalla en la cara de los padres cuando lo reciben. Tampoco tiene padres, o no se acuerda. Es difícil prestar atención a los detalles. Ahora lo único que puede hacerse es seguir adelante. El tipo que le pone disolvente de primera en el pañuelo se lo dice al muchacho de unos doce años que posee todas esas cosas: «Hay que seguir adelante». Eso es lo que dice cuando está de buen humor porque el niño de doce años tiene más de tres o cuatro

monedas en el bolsillo de detrás, el que está pegado al culo. Cuando tiene menos de tres monedas, como hoy, el tipo que pone el disolvente en el pañuelo lanza insultos que al chico se la traen floja. Si el chico se ha gastado el dinero en cualquier mierda, como un pan redondo o un poco de queso o algo así, o nadie le ha dado ni ha podido robarles a los niños de menos de diez años porque se han escondido o se han muerto, el tipo del disolvente coge una cadena de bicicleta y le da alguna hostia al niño de doce años. Los golpes pasan rápido, así que se la traen floja; lo malo es que después no quiere ponerle disolvente en el pañuelo. Entonces sí que llora el chico. Gimotea el nombre del tipo del disolvente —Driss— y le dice en árabe darija: «Por el honor de tu padre, por Alá, por el honor de tu padre, un poquito, por el honor de tu padre», pero el otro dice: «Trae dinero o te mato». Y no hay manera de convencerlo, así que el chico de doce años agacha la cabeza y se larga otra vez a la medina o al puerto.

Cuando no recibe su chorrito de disolvente de primera todo se la trae menos floja, y piensa constantemente en eso mientras siente náuseas y camina mareado pidiendo dírhams a quien se cruza con él. Piensa: el mundo es injusto porque yo no tengo disolvente de primera. Y tiene toda la razón del mundo. ¿Qué se han creído? ¡Tacaños! ¡Basura! ¡Locos! Din dimak! Tabon dimak! El chico de aproximadamente doce años se sabe muchos insultos. Decirlos le hace bien, aunque los diga llorando porque no quieren venderle disolvente o porque otro chico de catorce años le ha pegado y le ha quitado los dírhams que tenía. Grita a los de las tiendas hasta hacerlos salir corriendo detrás o hasta que algún adulto que pasa sale a perseguirlo por la cuesta del Marjane. Esa es una de las situaciones en las que las chanclas son muy incómodas, por dos razones: una, que se salen del pie por mucho que uno las intente agarrar con los dedos; la otra, que la suela es blanda y está medio rota y se dobla debajo del pie cuando uno corre muy deprisa, y entonces uno se hace polvo los dedos, se hace los dedos mierda y tardan muchísimo en curarse. Cuando los adultos o el de la tienda se han quedado atrás el chico se siente agotado, pero entonces tiene los pulmones abiertos y pegando una buena esnifada al pañuelo es capaz de aprovechar el último juguito del disolvente de primera. Se le nubla la vista y el chico de unos doce años deja de llorar y empieza a reírse. Unas veces se ríe por nada y otras de puro contento. El chico se ríe cada vez más, las náuseas desaparecen, los pinchazos de la columna tardan más pero al rato se ha olvidado de ellos.

Al chico de unos doce años se la trae floja otra vez que el mundo sea injusto. De hecho, ahora mismo le parece justísimo.

Pasa un español, un adolescente español, yo. «Pur favor, un dírham,

un dírham.» El chico piensa que los españoles son los tipos más ricos de la Tierra y que deben de tener todo el disolvente de primera del mundo. Y así es como termina este anticuento de Navidad, que envío a quien corresponda, impregnado del aroma real, verdadero, de las palabras «pobreza infantil». Así es como huelen estas, si se les permite instalarse en cualquier lugar.

No se entiende la agonía

Hoy está en el hospital, conectado a una máquina. El cáncer se ríe de él: después de la clásica batalla, vieja como el mundo, el hombre pierde. Ni la medicina ni las ganas de vivir sirven de nada algunas veces. En otras habitaciones del hospital otros hombres están guerreando. Algunos saldrán airosos y otros desaparecerán. Yo quería escribir sobre los recortes en sanidad y los problemas que han ocasionado al hombre anónimo y al resto de enfermos, pero no lo puedo hacer. Hace falta ironía para enfrentarse al sarcasmo de quienes recortan la sanidad y quieren convertir en cifras la enfermedad, pero no me queda ni una gota. Las llamadas se suceden:

—Delira por la medicación.

—¿Sabe lo que está pasando?

—A ratos. Discute con los médicos.

—Pero ¿lo sabe?

—Es difícil decirlo.

Mirémoslo más de cerca. El hombre anónimo tuvo una vida corriente: llena de amor y recelo, una vida caracterizada por la mediocridad y la grandeza, por las tardes estivales que se alargan hasta la caída de las primeras cañas y las mañanas frías de invierno, el abrigo apretado contra el pecho, camino de una reunión muy importante. Esa reunión tan importante no va a variar ni un minuto la duración de su vida. El proyecto fue un éxito. La inversión no salió bien. El amor y las peleas con su mujer, el crecimiento de los hijos, las promesas cumplidas o incumplidas, creer en Dios o descreer, las borracheras, el estudio, las lecturas, una mascota cariñosa que viene y va y finalmente el cangrejo y los tratamientos contra la enfermedad durante dos años interminables, comidas que no saben a nada, el calor huidizo en pleno verano con una manta encima de las piernas, operaciones, recuperación, esperanza. Y hasta aquí hemos llegado.

—Ayer bromeaba con venderles parte de su morfina a los yonquis del barrio.

—¿Y hoy?

—Le duele.

La espera es insoportable para los demás. ¿Cómo será para él? Hace un par de años murió un amigo mío, un hombre menos anónimo porque llevaba el apellido Berlanga. Yo lo conocí de rebote y sabía que estaba enfermo de cáncer. Por algún motivo, le caí bien. Charlábamos de vez en cuando si nos encontrábamos por ahí. Supe que había empeorado y de rebote, como siempre, lo vi por última vez. Estaba muy delgado, pero no fue eso lo que más me impresionó. Aquel hombre miraba las conversaciones. Digo bien: las miraba. El ruido que hacíamos y nuestra risa eran como eco, de vez en cuando sonreía pero era la sonrisa de quien está acordándose de algo. Los dedos del mundo se convertían en ceniza antes de tocarlo.

—Hola.

—Buenas, Juan...

Finalmente me acerqué, y él me miró como si yo fuera una fotografía. Nos dimos un abrazo y ocurrió aquello. Al poner mis manos en su espalda fue como si leyera en braille. Bajo la delgadez había un mensaje cifrado y lo leí. Aquella delgadez no pertenecía a este mundo. Los huesos de la espalda, al contacto con mis manos, ya no eran una arquitectura sino un lenguaje:

—Adiós.

Poco después moría. Yo sabía que iba a morir muy pronto, me lo había dicho su espalda. La última vez que abracé al hombre anónimo fue este verano. Después de mil operaciones, después de radiaciones y química, el cáncer se había reproducido en los huesos de la cadera. Nadie lo decía claramente, pero no había esperanza. En una cena familiar alegre, ruidosa como las de Fellini a la orilla del mar, el hombre anónimo nos miraba y decía alguna cosa, pero el mundo a su alrededor era memoria. Y cuando la cena terminó y él se levantó para despedirnos, más viejo que su padre, me dio un abrazo. El mensaje de los huesos de la espalda reapareció.

Me pilló por sorpresa.

—Ya nos vemos, tío —dije.

La espalda habló por él. Estamos acostumbrados a la vida y bastante hechos a la idea de la muerte. Puede que intuyamos lo que es una enfermedad. Sabemos que hay que pelear con ella y no ceder al desaliento. Unas se curan y otras no, pongamos lo mejor de nosotros,

agarremos la vida hasta que se convierta en briznas y se quiebre. Y entonces, ¿qué? Antes de que llegue la muerte hay un trayecto espantoso. ¿Quién nos prepara para la agonía? Sería muy fácil que yo escribiera esta tarde sobre la muerte de un hombre anónimo, pero la muerte no ha llegado todavía y no sabemos cuánto va a tardar. El hombre anónimo está viviendo los últimos momentos de su existencia en un mareante dolor y yo estoy lejos, en otra ciudad, pendiente del teléfono.

—¿Voy o no voy?

—No sé.

—Pero ¿me reconocerá?

—...

Los huesos de su espalda, este verano, me decían:

—Quédate.

¿Qué pasa por la cabeza del hombre anónimo ahora mismo? ¿Le importará que su sobrino no haya aparecido? ¿Hay una existencia superior desde la que podrá perdonarme, o simplemente va a desaparecer, a borrarse, y nada de lo que le hayamos dicho importará? Me hago muchas preguntas y es imposible ponerme en su lugar. El español, esta lengua festiva, sarcástica y maravillosa, tiene un dicho popular al que le encuentro ahora toda la significación:

—Está con un pie aquí y otro allá.

Ni aquí ni allí, ni con nosotros ni sin nadie. Qué piensa, de qué le sirve pensar cuando la memoria va a borrarse por completo. El español, esa lengua oscura, insuficiente y miedosa, no tiene palabras que expliquen lo que pasa por la cabeza cuando todo está terminando.

«La poesía sirve para llenar de lenguaje los ámbitos donde el lenguaje no sabe llegar de otra manera», me dijo el poeta Juan Carlos Suñén. Llevo horas intentando escribir sobre la agonía y no he conseguido acercarme. Mi tío, el hombre anónimo, sigue lejos. Yo quiero comprenderlo.

Carta a una víctima del bullying

¿Estás harto de que la tomen contigo? ¿Tienes ganas de cargártelos a todos? Te comprendo porque yo también he tenido que huir, que esconderme. Sabía cuál era el pasillo más peligroso del colegio, dónde me esperaban esos cabrones. Sabía que la cancha de fútbol era territorio terrorista. Sabía que cuando te agachas a beber en la fuente del patio es conveniente mirar a ambos lados para que ningún gracioso te parta el labio contra el grifo. En fin, sabía esas cosas, y sabía otras que he olvidado ya.

Eran normas estrictas. Uno las cumplía. Evitaba ciertas plazas, ciertas calles. Pero muchas veces fallaban. Te cogían por más cuidado que pusieras. El colegio era una guerra abierta. El regreso a casa era demasiado largo. Una calle llena de esquinas. De nada servía correr. Al fin y al cabo, si conseguías huir corriendo, al día siguiente podía ser peor.

También sé que el peor momento no es cuando te quitan el dinero o te rompen el móvil o te pegan. Sé que lo peor es el resto del día, ese agobio que uno siente cuando existe la posibilidad de que te cacen, cuando te conviertes en una cebra que trota por la sabana y huele a los leones agazapados. Pero ¿en serio crees que son leones? Son unos mierdas, eso es lo que son. A lo mejor tu madre o tu padre o tu profe te dicen que no uses malas palabras. Pero entonces, ¿cómo podríamos describir a esos mierdas? Sé que repites estas palabras en tu cuarto con la rodilla magullada, con el escupitajo todavía visible en la camiseta. Que son unos mierdas y unos hijos de puta y unos cabrones que ojalá se mueran todos. Y que imaginas escenas de película, como esta:

Tú vas por la calle con la mochila cargada. Aparecen los tres de siempre, con su andar chulesco, con sus risas estúpidas y sus insultos. Te paras frente a ellos y dejas que se acerquen. Dejas que empiecen a meterse contigo, pero de pronto eres un maestro de kung-fu. Lo has ensayado a solas, pegándole al aire en tu cuarto. Al más grande, al puto gordo, lo dejas sorprendido con tu primer derechazo rápido a la garganta. Mientras se ahoga, saltas por encima de él y de una patada rompes la nariz de su colega el garrulo.

Queda solo uno, es el más bajito pero también el peor de todos, el más

maligno. Al verse sin sus compinches no se atreve a pelear. Sale despavorido, pero tú eres más rápido que él. Juegas a ponerle la zancadilla, haces que tropiece unas cuantas veces sin llegar a derribarlo, corres con la felicidad de la venganza en la risa y en los gritos. Al fin te aburres, lo tiras al suelo, haces que se dé la vuelta y lo miras a los ojos justo antes de machacarle el brazo:

—Y no vuelvas a meterte conmigo nunca más.

—¡Perdona, perdona! —dice llorando.

Pero son sueños. Sueños de rabia, de impotencia. Vuelves al colegio. Sabes que nunca tendrás lo que hay que tener para plantarles cara, porque tú eres de los míos, un tirillas, un cobarde, una gacela: te repugna la violencia. Si llegara el momento de enfrentarte, el miedo te paralizaría. Al final, siempre te dejas pegar. Son más que tú, más fuertes, más malvados. Y mientras se meten contigo, tú piensas: que sea rápido. Y así soportas la humillación mientras los otros se ríen. Nadie hace nada por ti. A veces, eso es lo peor.

Pero claro, es que no se lo dices a tus padres porque te da vergüenza. No se lo dices a tus profesores porque temes represalias. Frente a ellos, siempre estás solo. Y lo pasas tan mal que piensas que sería mejor encerrarse en casa y no salir nunca más.

Bueno. Quiero que sepas que hay un escondite perfecto. Ese escondite es el futuro. El resto de tu vida, en cuanto acabes el colegio. ¿No me crees? Te voy a explicar cómo funciona eso. Yo también creía que toda la vida iba a ser igual, pero llega un momento en que dejas de encontrarte con los abusones. Ni siquiera te planteas dónde se han metido. Desaparecen y tú empiezas a disfrutar de la vida.

Hasta en las peores épocas tienes que estudiar mucho, que sacar buenas notas, porque entonces recibirás un premio enorme cuando por fin te hagas mayor: este premio será la libertad. Durante una época, todavía te asustarán ciertos tipos. Te recordarán a los que te cascaban en el cole, pero te darás cuenta de que no van contra ti. Al revés: algunos, sorpresa, son simpáticos. Rudos, pero simpáticos. Bromistas, pero simpáticos. Y algo menos espabilados que tú.

Ya nadie te va a pegar o insultar. ¿Sabes qué pasa con los abusones cuando crecen? Es fantástico: toda esa energía que empleaban en joderte la vida, la usan para joderse a sí mismos. No me preguntes cómo pueden ser tan imbéciles, yo no lo sé, pero es así.

Y mientras ellos siguen comiendo hierba como bestias (no eran leones,

eran vacas), tú despuntas. Has pasado solo más tiempo que los demás. Has cultivado lo que llevas dentro, has aprendido, has pensado cosas que nadie entendía cuando eras pequeño, y ahora descubres que todo eso vale mucho más que un montón de músculos. Es tu camino, tu propio camino, que llegará tan lejos como quieras tú.

Las dificultades de la vida adulta son un fastidio, pero ahora, sin abusones que te metan el miedo en el cuerpo, corres mucho más rápido que todos los demás. Y llega un punto de tu vida en que miras atrás, a tus recuerdos. Te acuerdas de esos tipejos que te hacían la vida imposible en el colegio. Los buscas en internet, a ver qué tal les ha ido. Y ¿sabes lo que encuentras? Ruinas humanas. Tipos medio calvos, tías horrorosas, teñidas, histéricas. Aquellos que se creían tan guays llevan vidas mediocres. Son los mismos, pero el tiempo y la crueldad los han deformado. Tú vuelas y ellos son anclas humanas enrocadas en el fondo de la mediocridad.

Por fin vives rodeado de gente divertida, inteligente y buena. Te diré una gran verdad: la gente mayor es mejor que la pequeña. La vida adulta manda al cuerno a los abusones, mientras que los abusados llegan lejos. Muchos de mis amigos, que son gente brillante y triunfadora, eran los pringados del colegio.

Sé fuerte por dentro, la cabeza sobre los hombros, bien alta. No te vengas abajo. El tiempo, aunque sea lento, pone las cosas en su sitio. Y tú estás destinado a llegar alto. Les verás la calva desde arriba. Estudia, lee, sueña una vida mejor, diviértete. No hay lotería en este negocio: el premio es para ti.

Algunos días le das tú la razón, y otros días que te la dé ella

Te puedes quedar embelesado mirando los agapornis de mi primo Manuel durante una hora. Son dos pajaretes verdes metidos en una jaula que viven una plenitud pequeña, el uno para la otra. El otro día, el macho estaba un poco renuente y se escapaba para un lado del palo. Ella lo seguía y se le encajaba detrás, apoyándole la cabeza en la nuca, como si le pidiera disculpas. Manuel, a base de cuidar a sus pájaros, se ha convertido en ornitólogo infantil. Nos contaba que muchos días se invierten los papeles y el macho busca a su novia, y que otras veces se quedan los dos atontados y juntos y hacen ver que no existe mundo fuera de la jaula ni aunque te acerques.

Al día siguiente estábamos comiendo pulpo y tomando cervezas en el bar que hay enfrente del faro de Águilas y de pronto me giré para mirar al yayo con nieta preocupación. Estábamos distraídos criticando a la policía local y riéndonos de la ley mordaza. Había una pareja de locales parados junto a los contenedores de basuras y mi yayo dijo que iban a multar al contenedor mal aparcado, pero entre la risa me sonó una alarma porque en ese momento pasó por la calle una mujer igual que mi yaya, que murió hace seis meses.

Aquella mujer caminaba igual, vestía parecido, llevaba la misma permanente y se subió a un coche que vino a recogerla. Cuando miré al yayo la seguía con la mirada, atento como uno de los perros que buscan supervivientes entre los escombros. Después la broma seguía en el aire y el tío Manolo se cebaba criticando a la policía local, pero el yayo se había quedado mudo y quieto, la mirada flotaba en el hueco que había dejado la señora al pasar por la calle, y era como si se desencajase el tiempo para el yayo, entre la risa de la broma y la añoranza.

Mientras mi mujer y yo dejamos kilómetros atrás, veo componerse y descomponerse parejas a mi alrededor. Amigos que se vuelven idiotas en el flechazo, amigos que se ponen ogros en la decrepitud de la relación. Me preguntaba por qué escribe tan bien Ricardo Colmenero y resulta que está enamorado: justo lo contrario que otro amigo, que cuanto más sufre mejor escribe. Todos empiezan, rompen, se dan un tiempo, se engañan, se sinceran, la cagan y la arreglan, compran un

anillo, tienen hijos, presumen, se hacen patéticos y heroicos. Por todas partes el amor juega con la vida de los amigos y los conocidos y fabrica sus anécdotas. A unos los vuelve niños y a otros los deja arrugados en la cuneta.

Cuando el CIS pregunta a los españoles lo que les preocupa, siempre me extraña que el amor no ocupe el primer puesto. Nunca he visto a mis amigos más obsesionados que en el momento en que se dan cuenta de que han fastidiado lentamente una relación. Quieren estar lejos de su pareja para sentirse mejor y a la vez no soportan la distancia. Se vuelven susceptibles a todo lo que oyen y a los gestos. Lo que les gustaba al principio, ahora lo detestan; las manías graciosas se han convertido en robots automáticos, las costumbres devienen en vicios, pasan noches en vela en camas parecidas a campos de batalla cubiertos de sábanas.

También están los que empiezan y se vuelven cómicos. Yo he visto al hombre más misógino de la tierra cambiar todas sus teorías sobre la humanidad, matar a Schopenhauer, enterrarlo en cal viva y quedarse mirando a su novia con los ojos descompuestos de alegría. He soportado horas de charla de una amiga a la que hacía terapia para que se olvidase de un novio que no la quería y al día siguiente venía toda contenta porque se había enamorado de otro peor.

Pero lo más grande que he visto es el amor de nuestros viejos. Siempre había envidiado esa manera de quererse, que me parecía un lujo de otra generación, sujeto a un millón de contrariedades. Resulta que los que hemos nacido en la relajación de costumbres y la libertad tenemos mucho que aprender de los que se echaban novia y se casaban. Mi yaya, cuando vio que mi relación con Andrea iba para largo, me dio este consejo valioso:

—No discutáis. El camino de en medio no va a ninguna parte. Algunos días le das tú la razón, y otros días que te la dé ella.

Como los agapornis, pienso ahora. En los matrimonios de los viejos hay una fuerza animal. Mis yayos construyeron con sus vidas eso que versificó Quevedo, constante más allá de la muerte. Hicieron visibles las metáforas en un poema que dura más de cincuenta años. Cuando pasó esa mujer parecida a la yaya, hubiera querido decirle al yayo: también yo la he visto.

Pero no dije nada. Me puse a hacer bromas como un loco. Se levantó la brisa y nos dio en la cara, y la luz también nos daba, y atravesaba la cerveza.

El viaje hasta San Juan

Somos hombres con la cara tiznada de carbón de lápiz desde que salimos de la forja del colegio. Allí se nos impuso su calendario. La noche de San Juan es el fin de año verdadero. En días como hoy, me tomo un rato para recordar.

Recuerdo esa tarde del 2 de marzo. Hemos acompañado al yayo Juan hasta la tumba de la yaya. Ocupa la esquina superior de un bloque de nichos que recuerda una urbanización vacía de la burbuja inmobiliaria. Somos pocos, creyentes y ateos, tres generaciones de una familia con los ojos vueltos a lo alto. El tío Manolo reza una oración.

No creo en Dios, pero creo en la belleza y el descanso. A nuestro alrededor cantan los cipreses infestados de pájaros, más allá cae la tarde, dorada por los cerros del monte yeclano. Mi yayo era viajante de comercio. Otros tienen a Magallanes, pero yo tengo a mi yayo. Cuando era niño odiaba los viajes. Llegar a casa era la victoria. La carretera nos gustará cuando leamos a Kerouac, pero no en la niñez. Nos recibía en el pueblo el silencio de las calles. Hacía pensar que el pueblo se hubiera quedado dormido mientras nos esperaba. Eso sí era cansancio. Eso, y lo de mi yayo Juan aquella tarde en el cementerio.

—Hace diecisiete días que está aquí —dijo el yayo Juan ante la tumba de su mujer.

El puro colgaba de su boca. Meses atrás me había sentado con él e hicimos un cálculo para averiguar qué distancia cubrirían todos los puros que ha fumado. No fue por entretenernos. Mi yayo Juan Ivars ha conducido jaurías de coches que luego reventaban de tanto viajar, y siempre lo hacía fumando. Tiene casi noventa años. Empezó a fumar a los catorce. A lo largo de su vida ha quemado diez kilómetros de puros.

—Menos que de aquí a Caudete —dijo decepcionado.

Yo he aprendido algunas cosas de los libros y muchas más de mis abuelos. Sé que el reto de la vida es conservar la perspectiva. Para ayudarnos tenemos la capacidad de recordar. Para recordar tenemos la noche de San Juan.

Pienso en mi yayo y veo cómo se ha transformado el viaje. Los

primeros trayectos mi yayo Juan los recorrió en bicicleta. Atravesó pedaleando una distancia asombrosa: la que separa Valencia de Cádiz. Aunque el viaje en busca del porvenir sigue siendo duro, nos hemos acostumbrado a las comodidades de los vuelos low cost. Nos parecen de otro mundo las penurias de Los viajes de Anatalia de Eloy Tizón, El viaje a ninguna parte de Fernán Gómez o La ruta de Barea. Pegotes de tela y cansancio que avanzan por caminos de tierra con las maletas colgadas del brazo.

Así viajó el yayo Juan antes de costearse su primer coche, un biscúter. Colgaba una maleta del manillar de una bicicleta prestada y emprendía la marcha de pueblo en pueblo para vender ropa a comerciantes. Una vez lo adelantó un pelotón de la Vuelta Ciclista a España. Mi yayo tenía quince años, vestía pantalón de pinza y camisa. Apretó la marcha y se metió en el pelotón. Se saltó varios pueblos de su ruta y alcanzó la línea de meta perseguido por los rezagados. Los promotores de aquella carrera querían colgarle medallas y él se revolvió:

—¡Pero qué dicen ustedes, si yo tenía que haberme parado cinco pueblos más allá para vender género!

Cuenta relatos de viaje en una España sin ciudades, una España hecha de pueblos y caminos, y es capaz de recordarlos todos puestos en fila a ambos lados de la carretera. El humo del puro dibuja pensiones deshabitadas, plazas convertidas en centro comercial, cuarteles derruidos de la Guardia Civil que tuvieron ventanucos enrejados, iglesias mudas, cuadras y carros, Caudete, La Encina, Fuente la Higuera, Mogente, Játiva... No hubo aldea que se le resistiera.

Después de aquella visita al cementerio en marzo, notaba en mi yayo el cansancio de todos sus viajes. Pensaba que no iba a viajar más. Nada le gustaba más que conducir, y cuando la edad le quitó el carné se cogió un buen rebote. El coche le había permitido trabajar sin pedales, abrigado de las lluvias, y le dio buenos momentos a su vida. Hace años llevó a mi yaya desde Yecla hasta Valladolid para la boda del hijo de unos amigos. A la vuelta, vieron un cartel que informaba sobre la distancia a la que estaba Portugal. Mi yaya dijo:

—Pues no he estado yo en Portugal.

Una semana después, mis padres y mis tíos se subían por las paredes. Yo era pequeño. Recuerdo que bisbiseaban que los yayos se habían matado en un accidente, no hubo cartas ni llamadas, en los hospitales no sabían nada. Poco después, el yayo y la yaya aparecieron en casa.

Traían gallos de cerámica, y así fue como la familia se enteró de que no estaban muertos, sino de parranda. Habían pasado una semana en Portugal. Todo por un cartel en la carretera y un comentario de mi yaya.

A la vuelta del cementerio, cada cual recordaba lo que le venía en gana gracias a la melancolía. Yo pensaba en los viajes de la infancia, tan aburridos, tan pesados. Y creía que mi yayo ya no viajaría más.

Pero hoy está en Bruselas con mis padres. Ha subido a un avión y se ha ido a visitarlos.

—He montado en tranvía después de setenta y cinco años —me dice por teléfono.

Este mundo nuestro se muestra tan pornográficamente que el viaje necesita tres cosas para ser auténtico: la emoción de lo inesperado, una decisión de última hora o la pura necesidad. Cosas que es imposible planificar, como el amor por nuestros viejos, tan grande que no cabe en ninguna maleta, tan portátil que siempre lo llevamos con nosotros. Y ahora me voy a las hogueras. Siempre quemo lo que sobra en el año escolar que se termina.

Hoy quemaré el derrotismo. Quemaré el dar a los demás por vencidos. Y mañana llamaré a mi yayo Juan y nos felicitaremos el santo. Él en Bruselas, yo en el pueblo, oliendo a hoguera.

¡Olé los tanques!

Así vivió el 23-F mi tío Juan Ivars Rubio.

Hazaña

1.

Con frecuencia, los hechos históricos más relevantes se desarrollarán gastando una broma a alguien como yo.

2.

Redoble, por favor. ¡Y ahí estaba, en un modesto salón de casa cuartel, parado ante un coro de urracas peinadas y despistadas, posibles clientas, posible atajo hacia el dinero a través de los desmesurados espacios desiertos de mis bolsillos! Tenía diecisiete años y empezaba la década de los ochenta. El mundo ya no era tan nuevo como antes.

—Esta olla exprés Magitronik 80 que ustedes contemplan, mis apreciadas señoras, no es una olla corriente. Es la máquina de cocina más moderna y efectiva de que dispone el mundo occidental...

Observando a las esposas de los guardias civiles del pueblo, estudiando sus caras medio descompuestas y apergaminadas, caras de esposas añejas de la Benemérita, de hembras fuertes de cuartel, decidí saltarme la línea siguiente del manual de vendedor a domicilio que había estudiado una semana antes de aquel primer intento. Tras una pausa estratégica, continué ante las ocho esfinges:

—... Pero no crean que por ser un dispositivo tan moderno resulta complicado su uso. Tan fácil como cerrar un tarro, distinguidas amas de casa. El secreto de este ingenio es su tapa hermética de válvula a vapor. Colocando la tapa sobre la olla y la olla sobre el fogón, la olla exprés Magitronik 80 genera en su interior una temperatura de más de mil grados centígrados, reduciendo el tiempo de cocción a unos pocos minutos. Además, su sistema de ahorro les permitirá cocer un pollo sin agua. ¡Han oído bien! ¡Sin agua!

¿Qué estaba ocurriendo? La frase que me había saltado era: «... tan adecuada para esta era actual y democrática de España...». El manual aseguraba que la exposición línea por línea del conjuro era una

estrategia infalible para conseguir ventas, pero yo había omitido aquella teniendo en cuenta que hablaba para mujeres de la Guardia Civil. En mi mentalidad maoísta de aquellos años, en aquella adolescencia tan parecida a una infancia, las esposas de los descendientes de los asesinos de Lorca no oirían con buenas orejas esta oda a la Transición. Y sin embargo, pese a que me la había saltado, algo iba rematadamente mal.

—¡Sin agua, sí, sí, sí! —repetí enfáticamente. Había supuesto que al escuchar que el pollo podía cocerse en seco las marujas revolotearían a mi alrededor y suplicarían que les hiciera una demostración. Según el manual, el ochenta por ciento del éxito de la venta giraba en torno a esta demostración, y a tal efecto era conveniente comprar pollo en una carnicería de la zona antes de subir al domicilio. Así que ahí estaba yo, con unas pechugas que mi madre me había dado y que en ese momento esperaban su debut en el maletín de viajante de comercio, sin despertar —pese a mi declamación aristotélica— la más mínima reacción en mi auditorio. Y ya pensaba en lanzarme a la cocina a buscar una botella de whisky para cocerme a mí mismo sin agua cuando sonó el teléfono que terminó de desbaratar mi discurso. Uno de los dragones con peluca saltó hacia la habitación contigua a descolgarlo y los otros siete permanecieron mirando la puerta entornada, por la que comenzó a brotar un inquietante bisbiseo.

Decidí seguir con mi discurso sin demostración, más por concluir el texto que había memorizado que por amortizar de esta forma ridícula mis horas de hincar los codos. Bla, bla, bla...

3.

Calculo que con diecisiete años existe una probabilidad infinitamente más alta de poner cara de idiota que con treinta y dos. Ahora que tengo cincuenta, y ni soy maoísta ni vendo ollas, intento imaginar la cara con la que seguía yo explicando a las mujeres los portentos de aquel armatoste que hoy es tan común.

Nos miraban a la puerta y a mí como si fuéramos seres igual de interesantes cuando algo empezó a removerlas por dentro. El bisbiseo telefónico cesó, se oyó un martilleo en el cuarto contiguo y un taconeo de pasos regresó para absorber por completo la atención de las mujeres. La señora del teléfono me tocó el hombro con la punta de las uñas. Todas levantaron los ojos hacia ella con una expectación todavía mayor que la mía y pudimos oír su voz entrecortada anunciando:

—¡Ya está! ¡Triunfo!

Se produjo un haldeo huracanado, todas se levantaron para abrazarla, todas a un tiempo formando un nudo de mujeres de cincuenta años, un enjambre de besos y felicitaciones y lágrimas extrañas para un joven como era yo, y gritaron ¡viva España! y ¡es un milagro! y ¡aleluya! y ¡arriba! y ¡abajo! y debajo, sentado, seguía yo. Y, como no paraban de hacer todo esto —parecían haberse convertido en un remolino único y vertiginoso—, me levanté, guardé la olla exprés Magitronik 80 en su estuche, recogí mi maletín con sus insulsas pechugas crudas dentro y me dirigí, sin que nadie reparase en ello, hacia la puerta de salida.

—¡Nene! ¡Nene! ¡Ven aquí ahora mismo!

Ante mi asombro, como un cerebro de ocho cabezas, decidieron comprarme un kit completo cada una, sacaron un cava y la botella hizo pup, y brindé con ellas mientras firmaban el albarán, mientras me convertía en un vendedor más rico que el chaval que había entrado a la casa.

—¡Viva España!

Cuando subí al coche de mi padre para regresar a mi pueblo, a veinte kilómetros de allí, ya leía mi nombre en letras de neón. Besaba y acariciaba mi primer albarán, donde ponía que las señoras tal y cual querían recibir sendos kits completos de cacharros y utensilios. Junto a cada kit venía el precio y tras el precio, ante mis ojos usureros de adolescente sin un duro, llameaba mi comisión. ¡Mi comisión! Más de diez mil pesetas que en aquel año y a aquella edad eran como el botín de Barbarroja, una cifra tan astronómica que casi me hacía pensar en la jubilación. Junto a la firma de aquellas señoras, figuraba la fecha: 23 de febrero de 1981.

4.

Conducir de noche por la curvulenta y tobogánica carretera comarcal que unía los dos pueblos en un desvencijado Peugeot es peligroso. Hacerlo infectado de prisa por emborracharme con mis amigos para celebrar mi fortuna solo empeoraba las cosas. Me dije ¡arriba la música! y enchufé a golpes la radio, pero ¿dónde estaban mis emisoras favoritas? ¡David Bowie, Bryan Ferry! Llamé a gritos y por poco me trago un árbol. ¡Lenon! El volante y el dial giraban bajo mis manos enloquecidas pero las frecuencias esquivaban la antena, y por suerte el coche esquivaba los precipicios y los baches hasta que de repente me topé en la radio con algo bastante adecuado a mi estado de ánimo. En mitad de la noche, a toda velocidad, el Peugeot de mi padre se llenó

de marchas militares y yo, con las ventanillas abiertas pese al frío, atronaba ya las calles desiertas de mi pueblo con ese barritar de mastodontes de hierro.

Pasados unos días recordaría cómo se iban cerrando algunas persianas a mi paso.

En cuanto abrí la puerta de mi casa, mi padre me agarró del pescuezo y fui succionado dentro.

—¡Cojones, ya era hora! —bramó.

Intenté recomponerme y saqué del bolsillo el albarán. Se lo puse delante de la cara, pero mi padre parecía mirarme a través de él.

—¿Sabes qué hora es? —graznó mi madre, y rodó sobre mí desde la cocina alternando bofetadas y besos.

El albarán me temblaba en los dedos.

—He hecho una venta cojonuda...

Mi voz sonaba realmente mustia. Me llevaron al sillón y mi padre me arrancó el papel de las manos y lo dejó sobre la mesa, donde había una botella de vino. Entonces, sonriendo por primera vez, comenzó a llenar dos copas en cuanto mi madre hubo desaparecido por la cocina.

—He vendido ocho kits completos... —musité. Mi padre brindó conmigo.

Durante unos minutos estuve relatándole mi venta. Me inventé una grandiosa hazaña comercial. Las mujeres de los guardias civiles, postradas ante mi labia, prácticamente me arrancaban las ollas de las manos.

—Debían de estar contentas —dijo mi padre como todo comentario a la proeza.

—¡Claro! —chillé sin escuchar, y luego, más flojo—: ¿Por qué?

La sonrisa de mi padre se acentuó un poco, me miró como si yo fuera imbécil y luego bebió lentamente. A través del vaso, con prudencia, preguntó:

—¿Es que no te has enterado?

Golpe

1.

¡Olé los tanques! ¡Olé los tanques!

2.

Parece que el único que pisa las calles es un adolescente alargado, todo codos, rodillas y cabeza, con la bufanda mal atada sobre el cuello del abrigo y una botella demediada de whisky colgando de una mano: yo. Me había escapado de casa. En el único balcón abierto gritaba el loco:

—¡Olé los tanques!

Algo me dolía en la cabeza más que los gritos de mi padre prohibiéndome salir a la calle, convirtiendo sus palabras en las palabras de Tejero, en toque de queda absoluto, en asado de piedra, en ensalada de tiros. —¡Olé los tanques!—. Lo más jodido era mi sensación creciente de que no iba a encontrar ni un bar abierto.

Así que los militares estaban en el Congreso. Así que nuestra joven democracia pendía de un hilo, del hilo de la chaqueta de un guardia civil. Así que las mujeres del cuartel habían comprado las ollas después de que el teléfono las avisara de que a sus maridos probablemente les subirían el sueldo. Así que mi victoria comercial era quizás la primera de las transacciones capitalistas de la nueva dictadura.

—¡Así revienten todos! —grité. Me las había arreglado para robar una botella de whisky del mueble bar de mi padre antes de escapar. Deambulando en el frío y la oscuridad, bebí todo el contenido de un trago: quedaba algo menos de un cuarto, pero me pegó fuerte—. ¡Así revienten, soy rico!

—¡Olé los tanques! —respondió el loco del balcón.

Sentí el calor del whisky explotar en mi estómago como una bomba de la ETA. La metralla corrió por mis venas hasta el cerebro: caminar recto empezaba a ser más difícil. Necesitaba a mis amigos y los necesitaba enseguida. Fui primero a casa de Manuel y llamé al timbre. Los balcones estaban cerrados como almejas y no se percibía ninguna luz por las rendijas de las contraventanas. Corrí a casa de Paco, a pocos metros, con idéntico resultado. Lancé la botella vacía contra una pared, provocando un estruendo parecido al del Big Bang en esa calle tan solitaria, y tuve una idea. Eché a correr. ¿Podía ser que estuvieran todos en El Rayo Cósmico? ¡Era más que posible encontrarlos reunidos

en el pub!

A punto estuve de tropezar cuando una figura menuda se cruzó en mi carrera. La oscuridad era casi total, pero hubiera jurado que el tipo era chino. Como sin venir a cuento, me dijo:

—Debemos apoyar todo lo que el enemigo combata y oponernos a todo lo que el enemigo apoye.

—¿Qué cojones...?

¿No era eso una frase de Mao? ¿No parecía efectivamente ese pequeñajo el presidente de la República Popular China? Lo esquivé como pude sin derribarlo y seguí corriendo hacia El Rayo Cósmico. Hay momentos para pensar en la revolución, y hasta entonces esos momentos habían colmado casi todos los días de mi vida porque nunca había tenido ni un duro. Pero cuando uno consigue forrarse con una buena venta, quizás la mente se nubla, tal vez uno se convierte instantáneamente en un enemigo del pueblo, pero es evidente que algo cambia en el cerebro. Me giré y chillé:

—¡Solo quiero beber con mis amigos! ¡Solo quiero celebrarlo!

El chino ya estaba lejos, pequeño, como del tamaño de la verruga de Mao:

—¡Todos los comunistas tienen que comprender esta verdad: el Poder nace del fusil!

—¡Mañana cogeré el fusil, si es necesario!

¡Diablos! Podía comprar un fusil con las diez mil pesetas y matar desde el alba a cuanto fascista se cruzase conmigo. Seguí corriendo, una esquina más y encontraría el pub.

Desolación. El mundo parecía estar en mi contra. El Rayo Cósmico estaba cerrado. La realidad se replegaba a su topera, así que tomé el camino de regreso a casa, dando tumbos. Me encontraba un poco borracho y no estaba seguro de haberme cruzado con ese chino enano que reproducía frases de Mao. Toda la calle estaba oscura, pero la perspectiva de mi noche era más oscura todavía. Volvería a casa, donde mi padre celebraba la sublevación, y no me quedaría otra que esperar a que se durmiera para liquidar su mueble bar. Emborracharme era la única consigna.

—¡Olé los tanques! —escuché de nuevo.

Y en la acera de enfrente, para mi sorpresa, me las vi con una persiana no del todo cerrada. Sobre ella, un rótulo milagroso: bar eusebio.

—¡Viva España, olé los tanques! —volvió a gritar el loco. Yo me tumbé en el suelo helado y rodé bajo la rendija que dejaba la persiana.

Prodigio

1.

Al incorporarme y mirar alrededor, me encontré en un pequeño bar muy viejo al que nunca había entrado. La barra estaba sucia, tres solitarios taburetes le hacían compañía, pero de la trastienda o la cocina, de la portezuela mediocre tapada con una cortineja, brotaba el sonido de una radio.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

La radio se apagó bruscamente, pero no salió nadie a recibirme.

—¿Oiga? ¿Me pone un whisky?

Una ligera sombra cinematográfica en la cortina, y después una cabecita canosa asomada al vano de la puerta, moviendo el bigote blanco como si olisquease lo que los ojos miopes eran incapaces de ver al otro lado de las gafas de culo de botella.

—¿Qué quieres? —murmuró el camarero con una voz ronca.

—Una copa. ¿Puede ser?

—Está cerrado.

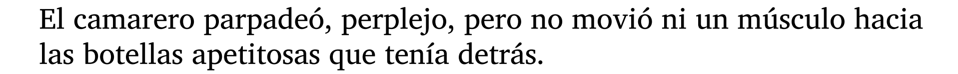
—Es el bar menos cerrado del pueblo, me he metido por debajo de la persiana.

El hombre salió de la trastienda y se colocó frente a mí, al otro lado de la barra. Me acomodé en uno de los altos taburetes y nos miramos unos instantes. Su cara reflejaba asombro y algo así como indignación.

—Por favor, me gustaría mucho tomar una copa.

—¿Tienes edad?

—Hoy he cerrado una importante transacción comercial —dije intentando resultar creíble y maduro—. Me gustaría celebrarlo tomando unas copichuelas.



El camarero parpadeó, perplejo, pero no movió ni un músculo hacia las botellas apetitosas que tenía detrás.

—Chico, ¿tú sabes lo que está pasando?

—Y tanto, y tanto. ¿Me pone usted una copa?

Su expresión se ensombreció, bajó la cabeza e hizo un gesto rotundo de negación. Después me dio la espalda:

—Puta juventud de mierda...

Y volvió a meterse detrás de la cortina. Estaba a punto de derrumbarme mientras sopesaba la idea de coger yo mismo unas botellas del aparador. Me fijé bien en las etiquetas: J&B, DYC, Cutty Sark. Todas parecían reírse de mí. Sobre ellas, encima del aparador, había un gran cartel del Partido Comunista. ¡Demonios, con el Partido Comunista! Tal como yo veía las cosas, era él quien se estaba sublevando contra mí.

En el cartel, una pareja de novios se besaba en la boca; el ramo de flores que ella tenía en la mano se deshojaba en una riada de pétalos entre los que aparecía el mensaje: 20 de noviembre, ¡LIBERTAD!

Volví a concentrarme en las botellas. Necesitaba, aunque solo fuera eso, llevarme una. Un camarada como el viejo dueño del bar tenía que comprenderlo, no podía fallar a otro camarada, y con esta excusa fabulosa pasé por debajo de la barra y descorrí la cortina de la trastienda. El viejo dio un respingo y se giró, estaba manipulando algo, pero procuró que yo no lo viera.

—Camarada —dije—, he visto sus carteles de propaganda comunista. Quiero decirle que yo soy también miembro del partido, de la facción maoísta socialista.

—Está bueno el maoísmo —gruñó.

—Me gustaría brindar con usted.

—¿Por hacerle el juego al capitalismo? ¡Vete a tomar por culo, chaval!

Negué lentamente, sonriendo con desesperación:

—Verá usted, se equivoca. Hoy he cerrado una operación comercial, efectivamente, pero lo que he comprado son fusiles, ¿entiende? Fusiles para frenar la reacción facciosa.



El viejo me interrogó con la mirada apenas un instante y luego sonrió diabólicamente.

—He dicho que te vayas a tomar por culo, niño, vete con tus padres y escóndete bien.

—Pero...

—No esperarás que me crea tus mentiras. Mira: me da igual por qué quieres emborracharte. Eres libre de coger las botellas que quieras, pero bébetelas fuera de aquí. A mí ya me da lo mismo.

—¿Lo dice en serio?

—Claro que sí.

Me volví y agarré una botella nueva de J&B antes de que se arrepintiera.

—¿No quiere brindar conmigo, camarada?

El viejo sonrió amargamente, se quitó las gafas y las guardó con cuidado en el bolsillo del delantal. Entonces me mostró lo que había estado ocultando desde que me asomé a su trastienda: una pequeña botella negra, como un tintero para plumas estilográficas.

—Con lo único que voy a brindar yo esta noche es con esto.

Me fijé en la etiqueta: una calavera con dos tibias cruzadas.

—¿Es...?

—Veneno, niño. Para brindar con los camaradas que murieron antes de que nacieras tú.

2.

El viejo se restregó la mano por los ojos y guardó el bote de veneno junto a las gafas, en el bolsillo. Me dirigió una mirada de perro apaleado y dijo:

—No comprendes la gravedad de la situación.

Yo agarraba mi botella con fuerza y echaba vistazos a la persiana entreabierta, a la rendija de oscuridad que se agitaba al otro lado. El albarán y mi fortuna me daban vueltas en la cabeza.

—Comprendo la situación, señor, es usted quien no comprende la mía —conseguí decir.

—Cuéntame, entonces.

—Yo soy un comunista intachable. Me sé muchas frases de Mao, estoy aprendiéndome su libro y en las reuniones de jóvenes afiliados siempre me llevo el gato al agua. Los veteranos están muy contentos con mi línea ideológica.

—Nunca te he visto por aquí.

—¿Cómo?

—Todos solían venir aquí a tomar un vino.

—¿Solían venir? ¿Antes de la guerra? ¡Ja, ja!

Dando un puñetazo en la pared, el viejo gritó:

—¡No hagas bromas! Solían venir hasta hoy mismo. Estaban aquí cuando la radio interrumpió la emisión. Hace solo un momento que el camarada Chen se ha marchado. Estaba tentado a brindar conmigo...

Me acordé del falso Mao y me dio la risa, pero conseguí refrenarla. El viejo empezaba a parecerme demasiado gracioso, pero quizás fuera culpa del whisky que había bebido. Recordar ese trago caliente y estimulante me dio más ganas todavía de abrir la botella que me llevaba como botín.

—¿Seguro que no quiere un poco? —pregunté.

—Peste de niños mimados... Tú no sabes lo que es una guerra. Podría estar empezando ahora. Los tanques han tomado Valencia, el Congreso está cerrado a cal y canto y ese patético rey seguramente esté brindando ya con los generales. ¡No voy a brindar contigo, hijo de puta!

—No hace más que insultarme. Ya veo qué buen comunista es usted, que insulta a un camarada.

—Tú no eres un camarada. Piérdete ya.

Gracioso, ridículo y bravucón. Este viejo empezaba a cabrearme. Abrí la botella de whisky y, delante de sus narices, me la llevé a la boca y empecé a beber. El jugo de fuego se deslizaba deliciosamente por mi tráquea como un benéfico napalm. Cuando dejé de beber, el viejo

había vuelto a esconderse tras la cortina.

—¡Que aproveche la copita, señor! —grité.

—¡Igualmente, cerdo asqueroso!

Rodé bajo la persiana y decidí que estaba realmente borracho. Maldito viejo carroza... Había mentido cuando le dije que los veteranos aplaudían mi línea ideológica. Yo ni siquiera había asistido aún a un verdadero congreso, lo más parecido eran las reuniones con Paco y Manolo en El Rayo Cósmico, donde después de un canuto y unas copas nos poníamos a arreglar el mundo. Fue una de esas noches cuando rellené en mi casa el formulario y lo metí en el buzón. Una semana más tarde había llegado mi carné del Partido Comunista y lo único que había sacado de él fueron broncas con mi padre, que no tardó en descubrirlo.

Sin embargo, tenía claro que esos viejos eran una lacra para el progreso, tal como lo veía yo. Para ellos todo eran amigos muertos en la guerra, como para mi padre, que había sido de Falange. No se podía combatir el capital con sus argumentos, pasados por la retórica española. Ninguno de ellos comprendía a Mao, al novísimo señor Mao que explicaba las cosas tan claras y había escrito cosas tan contundentes sobre las clases, los fusiles y los vencejos de la Revolución.

—¡Olé los tanques! —Miré hacia arriba y di otro trago. El loco estaba agarrado a la barandilla y temblaba tanto como una marioneta—. ¡Viva España!

Empecé a marearme. Una extraña oleada de tristeza bajó del cielo sobre mí. Me sentí observado por satélites soviéticos y americanos, y no sabía cuál de los dos bloques dispararía el primer misil atómico contra mí. ¿No era yo responsable de la muerte del viejo? ¿Qué tipo de camarada era yo si dejaba que un miembro del partido se matase por una simple cuestión de desavenencia dialéctica? Eso era propio de los estalinistas, amigos de las purgas y enemigos de sus correligionarios. Por una discusión parecida acabé por dejar de hablar con Tomás.

—¡Olé los tanques!

La botella colgaba tristemente de mi mano. Traté de pensar en los albaranes. La riqueza no logró reanimarme lo más mínimo. Miré al loco y grité:

—¡Hijo de perra! ¡Asqueroso fascista!

El loco se asomó para mirarme con su cara de avestruz y gritó:

—¡Franco vive!

—¡Viva la República! —respondí.

Entonces sucedió algo extraño. Un balcón se abrió y salió un señor que yo había visto alguna vez comprando el pan. Comenzó a cantar La Internacional con el puño en alto, mientras el loco le interrumpía con su salmodia. Canté con él y de otro balcón salió un matrimonio. Nos gritaban:

—¡Rojos, rojos! ¡Muerte a los rojos!

Al poco tiempo, la calle era un potaje de voces, y todo eran vivas y mueras, alaridos de un bando chocando contra los del otro. Se escucharon varios disparos o petardos, pero nadie se sobrecogió, ni siquiera yo, que estaba a tiro en la calle.

—¡Viva Mao! —grité, y luego, sin saber por qué—: ¡Mao catalán! —Y di otro trago a la botella en mitad del estrépito.

¿Cómo iba a matarse el viejo? ¡Quería demostrarle la que había montado en la ciudad! Cada vez más vecinos salían a sus balcones para gritar. El Cara al sol se escuchaba al fondo de la calle, y en el otro extremo sonaba una trompeta que tocaba a Jacques Brel. Me di la vuelta y encontré la persiana completamente bajada. Un escalofrío recorrió mi espalda y el estómago me pesó como si fuera una bolsa de plomo. Golpeé la persiana metálica y los golpes apenas se oían en mitad del estruendo de voces, insultos y cánticos. Un hombre tiró un huevo al del balcón de enfrente y le dio al loco en toda la cara, pero el loco siguió gritando como si nada. Todo el barrio parecía a punto de matarse desde los balcones, pero me di cuenta de que algunos de los gritones reían, poseídos por una estrambótica fiebre ideológica.

De repente, la persiana se abrió un poco y rodé de nuevo dentro del bar.

Vi al viejo retroceder, se retorcía las manos a unos metros, con la botella de veneno destapada entre ellas.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—¡Es la guerra! —respondí.

—¿Qué?

—¡La guerra! ¡Ha llegado la guerra! —grité bajando la persiana con violencia.

Sus ojos me echaron una mirada tan desvalida que supe que había creído mis palabras.

3.

Sobre cómo dejó la botella de veneno sobre la barra, sobre cómo terminamos hablando toda la noche, bebiendo juntos y viendo la programación de relleno en la televisión no quisiera extenderme. Al principio el viejo estaba muy asustado e insistía en beber de ese frasco mortal. Conseguí disuadirlo diciéndole que yo era demasiado joven para quedarme solo con un fiambre, y que cuando la escaramuza se atenuase me iría a casa y él se podría matar. Fuera se escuchaban petardos y gritos. Tenía que protegerme en su bar hasta que los primeros tiroteos se disolvieran.

Bebimos unas cuantas copas de whisky. Quizás por eso no nos dimos cuenta de que la calle había vuelto a su silencio invernal, y al poco tiempo, a las pocas copas, el viejo me hablaba con más dulzura que antes. Al poco rato yo escuchaba entre adormecido e interesado sus historias sobre el maquis, sus aventuras para traer prensa soviética y libros prohibidos a aquel pueblo provinciano y pequeño. Sí, hacía tiempo que la calle estaba en silencio. Luego estuvimos viendo la televisión hasta quedarnos fritos sobre la barra. Me desperté alterado, oí al viejo que roncaba. La botella de veneno estaba cerrada. La abrí y tiré el contenido por el fregadero. La cabeza me daba vueltas, estaba realmente borracho. Borracho y contento, pues había conseguido celebrar mi venta. La televisión seguía emitiendo programas de relleno y volví a quedarme dormido, acunado por su monótona voz.

Nos despertó un cambio brusco en la programación. Vi al rey anunciar que el golpe había fracasado y desperté al viejo. Se frotó los ojos como si un sueño remolón lo traicionase, pero no necesitó ponerse las gafas.

La noche empezaba a convertirse en este recuerdo absurdo. Cuando el viejo subió la persiana, la luz del sol se convirtió en pura resaca.

Atravesé el pueblo con la luz flameando sobre los tejados. La gente volvía a la actividad. Los vecinos que la noche anterior se insultaban parecían más tranquilos. El recelo de unos y otros iría disolviéndose en las peripecias de la vida común.

Luego, como en todo relato que se aproxima a su fin, pasa el tiempo.

Seguí viendo al viejo Eusebio hasta su muerte, hace ahora seis años. No le importó que yo dejase de ser comunista, y siempre nos curábamos de nuestras discusiones tomando unas copas de J&B. Con el paso de los años, su mente empezó a fallar y creo que él mismo se olvidó de que había sido comunista. Iba a verlo a su casa, pues en el local que ocupara su bar habían abierto una frutería. Poco antes de morir, la última vez que nos vimos, sentí que se despedía de mí con estas palabras:

—Me he acordado de cuando te conocí… En Marruecos… En la ciudad…

—No, no, Eusebio. A ver si te refresco la memoria. Fue el 23-F, ¿a que sí?

Una sombra pasó por sus ojos y se tocó levemente el bigote amarillento por el tabaco. Luego me miró fijamente, como si empezase a recordar:

—Sí… Eso es… Cuando la guerra pasó de largo.

La Emperatriz se despide

Corro a tomar notas en busca de la buena muerte. Hoy no soy cronista, soy un nieto que despide a su yaya. Un nombre cifrado: Virginia Rubio Francés, que nada tiene de poderoso salvo para los súbditos de la Emperatriz. Rescataré algunos momentos de esta despedida dulce para dárselos a ustedes. La muerte de los seres queridos no es noticia salvo para quienes la padecen, pero espero que estas anotaciones les sirvan de consuelo si a ustedes les llega el momento.

Es la habitación del hospital y mi tío sujeta la mano a la Emperatriz y la mira con una extraña intensidad. Ella abre los ojos lentamente y le dedica a su hijo la mirada de un recién nacido. Las luces permanecen atenuadas. Pensaba que sería terrible, pero la muerte es dulce y lenta y ámbar como una gota de resina que se desliza por el tronco de un árbol. Mi tío quiere que ella le vea. Dedica a esta tarea toda su paciencia, pues la Emperatriz apenas abre los ojos. Cuando ocurre, él acerca su aliento tímido al aliento débil de la Emperatriz y sonríe. En esa sonrisa, la de un hijo ante su madre moribunda, está codificada toda la bondad del universo.

La Emperatriz ha encogido bajo las sábanas del hospital, se consume despacio en la cama reclinable. Nos turnamos en los flancos y nos apoyamos en la barandilla de la cama. Ayer bromeaba, decía que la habían metido en un gallinero. Hoy se le ha marchitado la voz. Como la sujetamos de las manos, tengo la impresión de que hijos y nietos llevamos a la Emperatriz de la mano hacia el final de su reinado.

No todo es tristeza y majestuosidad. Los súbditos de la Emperatriz tenemos tendencia permanente a la broma y la algarabía. Mi prima tiene una perrita que le trajeron los Reyes Magos. Es un cachorro travieso y suave que intenta lamer nuestra boca. Una pequeña vida que invade con su alegría el decadente palacio imperial, la casa de la yaya. El bicho pasa corriendo con pataleo borracho hacia la habitación clausurada de la Emperatriz, inconsciente del peso de la ausencia en esas sábanas. Avienta el aire, lo renueva, es una vida pequeña, toda ella ingenuidad. El Emperador encuentra consuelo en la perrita, la atrae hacia sí y celebra sus juegos. Pienso que la perra es un lazarillo bueno que acompaña al yayo a la viudez.

Pero cae la noche y la casa se duele en la extrañeza para quienes no hacemos turno en el hospital. Es como si la casa supiera que la Emperatriz no volverá a habitarla. Las paredes están aturdidas, el olor se repliega en los rincones, los pasillos se hacen más largos cuando los quieres cruzar. Pero atención, porque el Emperador nos consuela y nosotros debemos consolarlo. Luchamos contra el vacío que se apodera del palacio imperial. A la hora de comer, el yayo se permite una pequeña queja:

—Bueno, ahora se va tu hermano, luego te vas tú, tu madre, la yaya no está... Aquí nos quedamos en cuadro, ¿sabes?

No hay un ápice de autocompasión. Es una tristeza amable e informativa, y a continuación el Emperador sigue hablando de naranjas con la invitada, que es valenciana como él.

—Las naranjas de Carcagente son mejores que las de Sueca.

Por la noche le hago una tortilla de patatas. Desastre absoluto, el resultado es un engrudo de huevo semiquemado con patatas a medio freír y aceitosas.

—Es la mejor tortilla que he tomado en años —dice el Emperador mientras la prima y yo nos reímos. Pero él lo dice muy en serio, detecta el cariño con que está hecho este atentado al paladar. Me quedo escribiendo estas notas y el Emperador mira la tele con el puro encendido entre los dedos. Al momento lo oigo roncar en el trono imperial, el puro cuelga de la mano, jamás se le cae, puesto que fuma desde los catorce años.

Al día siguiente pasa la noche con la Emperatriz en el hospital. Le toma el pulso cada diez minutos, preparado para dar pelea o saludo a la muerte si aparece. Pero como suele ocurrir, la muerte se hace esperar. Pasa otro día y la Emperatriz enmudece.

Tiene la boca abierta y los ojos cerrados. Es la expresión de los moribundos, pero también de quienes duermen la siesta. Durante sus siestas interminables de después de comer, rodeábamos a la Emperatriz con despreocupación, aturullados por las pequeñas cosas del día, agobiados por el ruido de la telenovela. La Emperatriz roncaba, despertaba, miraba un rato la telenovela y del aburrimiento se volvía a dormir. Le gustaba más el programa de Arturo Valls donde la gente cae despeñada cuando se abren las trampillas bajo sus pies.

—¡Hala, al hoyo, al hoyo!

Ahora nos asomamos de otra forma al pozo de su boca. Casi podemos ver con los ojos el aire precioso que penetra en el cuerpo de la Emperatriz. Cada bocanada se hace fundamental e inolvidable. Vigilamos su boca como si fuera a pronunciar una palabra. Yo la cojo de la mano por última vez. Noto el calor de la mano que me daba uva de pequeño, que hacía buñuelos de viento y pelotas de cocido, nuestra vida común pasa por delante de mis ojos e impongo mi rostro ante su rostro. Entonces, la Emperatriz nota un cambio, reúne sus fuerzas, abre los ojos y me sonríe. Suena un Juan casi de otro mundo y sé que esta es la palabra que yo estaba esperando.

Me tengo que ir y al día siguiente recibo este mensaje de mi tía, que estaba con ella cuando murió: «Es como si mil mariposas tiraran lentamente de ella y se fueran llevando su aliento poco a poco. Se ha ido sin oponer resistencia. Suavemente».

Así es como han de caer los imperios.

¿Por qué detestamos las palomas callejeras?

Unas horas antes de que el camión arramblase contra las personas que estaban disfrutando de la noche de paz y de fiesta en Niza yo estaba preguntándome por qué tanta gente odia las palomas callejeras.

Son sucias, las palomas: muñones en las patas, costumbre de despiojarse en la mesa de la terraza donde estamos comiendo, y además lo cagan todo. Pero hay pocos animales salvajes que nos soporten a nosotros y quieran vivir en nuestras ciudades y hozar en nuestra basura. Las detestamos pero se quedan por aquí, luego debemos de gustarles. Quizás sea porque convertimos a sus depredadores naturales en cojines castrados y les hacemos fotos humillantes y hemos erradicado la fiereza que asustaba a las palomas.

Yo creo que las odiaba un poco por contagio: era divertido hacerlo y era fácil ponerse de acuerdo con otros para odiar a las palomas callejeras. La imaginación encontraba motivos de sobra, los chistes sobre palomas callejeras son accesibles, todo el mundo ha sufrido alguna vez bajo los proyectiles apestosos que lanzan desde los cables de la luz y desde las ramas y las cornisas de las ventanas.

Me convertí en un ilustre odiador de las palomas callejeras. Cuando las veía por la calle las perseguía y trataba de patearlas. Cuando se acercaba una, la ahuyentaba a gritos y la insultaba. Mis acompañantes se partían de risa. Perseguíamos juntos a las sucias y malolientes palomas.

Lo hacíamos con impunidad, es raro que salga alguien en su defensa. Ayer por la tarde, en un parque de Girona, estábamos tomando los cafés después de la comida y dejé que las palomas del parque se acercaran a por las migajas. Pensé en patearlas ahora que estaban confiadas, pero entonces descubrí que son muy torpes y muy estúpidas: si dejas una miga grande junto a una rejilla de alcantarillado, se acercará una paloma hambrienta y al picar la miga perderá la mayor parte por la rejilla.

Estudié cómo se comportaban las unas con las otras. En el bordillo del parque, un palomo grande se hinchó persiguiendo a una hembra. A simple vista parecía feo y sucio y le faltaban dos falanges de un dedo

en la pata derecha, pero la paloma acabó fijándose en él y dejó que se le pusiera delante. El palomo abrió el pico y la paloma buscó dentro de su boca la comida que el palomo regurgitaba para ella. La hembra estuvo comiendo de su pico un rato, y luego se quedó mansa, y el palomo se le subió encima para aparearse. Por un momento, las plumas grises del cuello del palomo brillaron con un destello verde y violeta.

Después, la hembra siguió picoteando con indiferencia las migajas que encontraba por el suelo. El macho se fue para el borde del estanque y se quedó allí, saciado frente a las aguas.

Andrea tiene un detector de palomas moribundas. A veces vamos por la calle y de pronto da un respingo y señala algo en el suelo. Es una paloma que se ha colocado junto a la pared, hecha un ovillo, con la cabeza metida entre las plumas despeinadas. Mira con resentimiento a su alrededor, se está muriendo. Ya no emprende el vuelo cuando alguien viene pisando demasiado cerca. Permanecerá ahí hasta que le dé el siroco. Más tarde la veremos aplastada y destripada. Ya casi no hay gatos que vengan a comérselas.

¿Qué pasaría si yo fuera por ahí diciendo que ahora me gustan las palomas? La gente me diría que son las ratas del aire; es muy difícil luchar contra los tópicos y las ideas que quieren explicarlo todo con cuatro palabras. El odio cuesta menos que el aprecio. Es difícil detenerse a observar las cosas a las que nos hemos acostumbrado.

Pasa lo mismo en ciertos barrios de la ciudad, en ciertas secciones del periódico. Pero un día Noé soltó una paloma desde la claraboya del Arca porque quería saber si el diluvio había remitido y era posible dirigirse a tierra seca. El pájaro volvió con una rama de olivo en el pico.

Este libro terminó de imprimirse el 14 de septiembre de 2016. Tal día como este en 1580 nació Francisco Gómez de Quevedo y Santibáñez Villegas, hidalgo, escritor y poeta español del Siglo de Oro, uno de los más destacados de la historia de la literatura española. Caballero de Santiago y enemigo eterno de su coetáneo Luis de Góngora

Otros títulos

1. Anatomía poética

J.M. Caballero Bonald y J.L.Fajardo

2. Radical libre

Manuel Vicent

3. Zona de Obras

Leila Guerriero

4. Suspense

Patricia Highsmith

5. Para ser escritor

Dorothea Brande

6. El tiempo reversible

Francisco Umbral

7. Puntos suspensivos

Ángel Gabilondo

8. Toda la vida preguntando

Juan Cruz

9. Hambre de realidad

David Shields

10. La vida en cinco minutos

Virginia Galvín

11. Ensayos Bárbaros

Jordi Soler

12. Vidas de santos

Antonio Lucas

13. Lacrónica

Martín Caparrós

14. Las Encantadas

Charles Darwin y Edgar Melville

15. El arte de perder

F.Scott Fitzgerald

16. Japón el paisaje del alma

Rudyard Kipling e Inazo Nitobe

17. Cosas que brillan cuando están rotas

Nuria Labari

18. Largo viaje inmóvil

Doménico Chiappe

19. Mientras haya bares

Juan Tallón

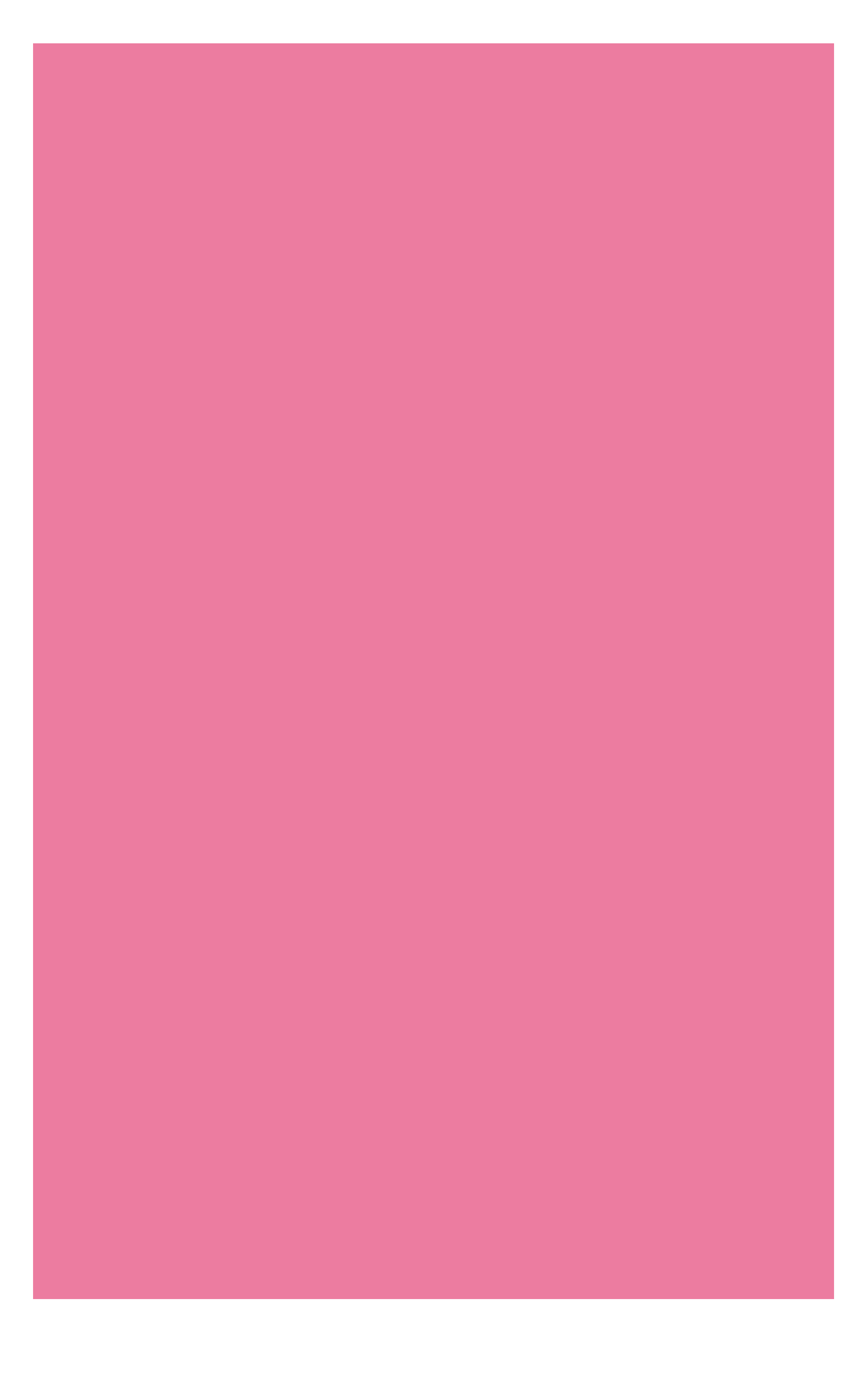
20. ¿Pero qué broma es esta?

Miguel Ángel Aguilar

21. Leer es un riesgo

Alfonso Berardinelli

circulodetiza.es



Índice de contenido